
FUEGO
en mi
ALMA
Anne K. Austen

CONTENTS

FUEGO EN MI ALMA
Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23
Capítulo 24
Capítulo 25
Capítulo 26
Capítulo 27
Capítulo 28

Capítulo 29
Capítulo 30
Capítulo 31
Capítulo 32
Capítulo 33
Capítulo 34
Capítulo 35
Capítulo 36
Capítulo 37
Capítulo 38
Capítulo 39
Capítulo 40
Capítulo 41
Capítulo 42
Capítulo 43
Capítulo 44
Capítulo 45
Capítulo 46
Epílogo
Nota de la autora
Agradecimientos
Bibliografía
Biografía

FUEGO EN MI ALMA

Anne K. Austen

Título: Fuego en mi alma
© Anne K. Austen
Febrero 2025
ISBN: 9798309706143
Sello: Independently published

Diseño de cubierta: Anne K. Austen
Maquetación y composición: Anne K. Austen
Corrección: Sara Nogales

@annekausten
annekausten@gmail.com
https://www.facebook.com/Anne—K—Austen

Reservados todos los derechos. Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización escrita de los titulares del copyright, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares de ella mediante alquiler o préstamo públicos. Si necesita fotocopiar o reproducir algún fragmento de esta obra, diríjase al editor o a CEDRO (www.cedro.org).

Cronología Histórica de Escocia

(1250-1745)

1250-1300

- 1250-1286: Reinado de Alejandro III. Durante su reinado, Escocia mantuvo una relativa paz y estabilidad económica.
- 1271: La condesa Marjorie de Carrick se casa con Robert de Brus, VI señor de Annandale. Serían los padres de Robert Bruce, el futuro rey de Escocia.
- ➔ 1286: Muerte de Alejandro III, lo que lleva a una crisis sucesoria.
- 1297 - 1305: William Wallace surge como líder durante las Guerras de Independencia de Escocia contra Eduardo I de Inglaterra.

1300-1400

- 1306-1329: Reinado de Roberto I (Robert Bruce).
- 1314: Batalla de Bannockburn, una victoria decisiva para los escoceses liderados por Robert Bruce contra los ingleses.
- 1320: Declaración de Arbroath, un documento que afirmaba la independencia de Escocia.

1400-1500

- 1488-1513: Reinado de Jacobo IV.
- 1513: Batalla de Flodden, una derrota devastadora para los escoceses contra los ingleses.

1500-1600

- 1513-1542: Reinado de Jacobo V.
- 1539-1540: En este período, hubo varias escaramuzas y conflictos menores entre Escocia e Inglaterra, como parte de las tensiones crecientes que eventualmente llevarían a las Guerras del Rough Wooing.
- 1542: Batalla de Solway Moss, una derrota significativa para los escoceses contra las fuerzas inglesas.
- 1542-1567: Reinado de María I, también conocida como María, Reina de Escocia.
    - *1542-43: María I es coronada reina siendo una bebé.*
    - *1544: Durante las Guerras del Rough Wooing, Inglaterra lleva a cabo una serie de incursiones destructivas en Escocia, incluyendo el saqueo de Edimburgo, conocido como el «Incendio de Edimburgo».*
    - *1543-1567: Durante su minoría de edad, Escocia fue gobernada por varios regentes, incluyendo a James Hamilton, 2.º conde de Arran, y más tarde por su madre, María*

de Guisa, hasta su muerte en 1560. Después de su muerte, su medio hermano, James Stewart, 1. ° conde de Moray, asumió la regencia hasta su asesinato en 1570.

- *1560: Reforma Protestante Escocesa y el fin del control de la Iglesia Católica.*

- 1567-1625: Reinado de Jacobo VI.
    - *1567: Jacobo VI se convierte en Rey de Escocia a la temprana edad de un año, tras la abdicación de su madre, María I de Escocia*
    - *1567: Muerte de Lord Darnley, el segundo esposo de María, Reina de Escocia, y padre de Jacobo VI.*
    - *1587: Ejecución de María, Reina de Escocia. Tras 19 años de cautiverio en Inglaterra.*
    - *1603: Tras la muerte de Isabel I, Jacobo VI de Escocia se convierte también en Jacobo I de Inglaterra.*

1600-1700

- 1603: Primera proscripción del clan MacGregor, una medida legal que prohibió el uso del nombre MacGregor y les desterraba de sus tierras, condenándoles a la proscripción.
- 1639-1651: Guerra Civil de los Tres Reinos, una serie de conflictos armados y maniobras políticas que ocurrieron en Escocia, Inglaterra e Irlanda. Estos conflictos vieron enfrentamientos entre los realistas, que apoyaban al rey, y los parlamentarios, que buscaban mayor control sobre el gobierno.
- 1649-1660: Interregno, un período sin monarca, durante el cual Oliver Cromwell lideró como Lord Protector de la Commonwealth, tras decapitar a Carlos I de Inglaterra y Escocia.
    - *1653-54: Oliver Cromwell establece el Protectorado.*
    - *1654: Batalla de Dalnaspidal, donde las fuerzas de Cromwell se enfrentaron a los realistas escoceses.*
- 1660-1685: Restauración de la monarquía con Carlos II como rey.
- 1689-1702: Reinado de Guillermo III y María II.
- 1689: Batalla de Killiecrankie, donde los jacobitas obtuvieron una victoria pírrica contra las fuerzas gubernamentales.

1700-1745

- 1707: Acto de Unión, que unió a Escocia e Inglaterra en el Reino de Gran Bretaña.
- 1714-1727: Reinado de Jorge I, de la casa de Hannover, también rey de Inglaterra.
- 1715: Primer levantamiento jacobita.
- 1727-1760: Reinado de Jorge II, también de la casa de Hannover y rey de Inglaterra.
- 1745: Segundo levantamiento jacobita.
- 1746: Batalla de Culloden, la última batalla librada en suelo británico, donde las fuerzas jacobitas fueron derrotadas por las fuerzas gubernamentales.

PRÓLOGO



Cormac recibe la carta del mensajero con una calma que me pone los nervios de punta. Su rostro, siempre tan controlado, apenas cambia al romper el sello con el emblema del rey. Pero yo le conozco lo suficiente para ver cómo sus dedos se tensan ligeramente y su mandíbula se endurece mientras sus ojos recorren la hoja.

Siento a Lilias moverse a mi lado, inquieta. Sus codos rozan los míos, como un recordatorio sutil de su presencia, pero no es suficiente para calmar la sensación de vacío que crece en mi pecho.

—¿Qué dice? —pregunta, aunque estoy segura de que no quiere saberlo realmente.

Cormac no responde de inmediato. Se toma su tiempo, dobla el pergamino con cuidado y lo deja sobre la mesa, como si las palabras escritas no fueran capaces de incendiarlo todo a su alrededor.

—El rey ordena que Mairead se case con Drummond MacKay.

La habitación se queda en silencio.

Siento cómo la sangre se agolpa en mis oídos; un zumbido ensordecedor que me obliga a respirar profundamente para no ahogarme. La noticia cae sobre mí como una losa que aplasta cualquier intento de raciocinio.

Lilias es la primera en reaccionar. Siempre lo ha sido.

—¿El hermano de Kester? ¿Después de lo que ocurrió? —Su incredulidad resuena en cada rincón del salón. Luego, añade, casi escupiendo las palabras:—¿Qué clase de broma es esta?

Cormac alza la mirada, serio, aunque no le contesta. Él nunca responde al calor de las emociones. Pero yo… Yo ya no puedo contenerme.

—No pienso hacerlo —digo, y mi propia voz me sorprende por su firmeza.

Lilias se vuelve hacia mí, pero no habla. Sé que me apoya; lo noto en la firmeza de su mirada, en la tensión de sus manos cerradas en puños.

Cormac, en cambio, muestra sorpresa. Se pasa una mano por el cabello, un gesto que delata el cansancio que siempre lleva consigo.

—Mairead, no es tan sencillo.

—Nada lo es. Pero no voy a casarme con ese hombre.

Mi voz tiembla ligeramente al final, traicionándome, y Cormac lo nota. Por supuesto que lo nota, aunque a veces actúe como si no fuera así.

—No estamos en posición de desobedecer al rey —dice al fin, su tono cargado de una paciencia que me enfurece.

Quiero gritarle, decirle que no soy su peón, que no soy una pieza que puede mover en este tablero para satisfacer los caprichos de un monarca. Pero las palabras se quedan atrapadas en mi garganta, y lo único que consigo hacer es apretar las manos sobre mi regazo hasta que los nudillos se vuelven blancos.

Lilias interviene por mí, su voz cortante como un cuchillo.

—Esto es una locura, Cormac. Después de lo que hizo Kester, ¿realmente crees que este matrimonio es una buena idea?

—No es una cuestión de ideas, Lilias. Es una orden. Igual que la que te unió a mí y no pudiste desobedecer.

Las palabras de Cormac flotan en el aire, pesadas, inamovibles. Pero no me doblegarán.

—Pues que el rey busque otra solución. No pienso hacerlo.

Mi tono no admite réplicas, y por primera vez en toda la conversación, Cormac parece dudar. Lilias se acerca y coloca una mano en su brazo.

—Déjala, Cormac. Esto no se resolverá hoy.

Su mirada se encuentra con la mía, y lo que veo en ella me obliga a contener las lágrimas. Comprensión. Solidaridad. No necesito más para saber que no estoy sola en esto.

Drummond MacKay. Perfecto. Otro MacKay. Como si el primero no hubiera sido suficiente castigo. Kester me humilló en cada oportunidad que tuvo, y ahora me entregan a Drummond, otro patán. Porque, claro, soy una mujer que solo vale para forzar alianzas, y ¿qué mejor solución que entregarme al clan que me desprecia?

Me levanto despacio, sintiendo cada músculo de mi cuerpo como si cargara con un peso invisible. Al salir del salón, la tensión en mis hombros no disminuye.

No sé cómo voy a salir de esta, pero lo que tengo claro es que no voy a ser un sacrificio para las ambiciones de otros.

No sé adónde voy, solo sé que no puedo quedarme. La opresión en mi pecho es como una mano invisible que aprieta con fuerza, robándome el aliento. Al pasar junto a una de las ventanas abiertas, el viento fresco acaricia mi rostro, pero no tiene el efecto calmante que espero.

El patio está vacío, salvo por unos pocos sirvientes que cruzan de un lado a otro con prisa. Nadie me presta atención, y por primera vez en mucho tiempo, agradezco ser invisible.

Atravesar la puerta principal me da una sensación de libertad inmediata, aunque sé que no es real. Respiro hondo y dejo que el aire húmedo llene mis pulmones. El cielo gris promete lluvia, pero no me detengo. Mis pasos me llevan a los jardines, donde la hierba alta se agita bajo la brisa de junio.

No puedo evitar pensar en Kester. Su rostro aparece en mi mente como un espectro al que no puedo desterrar, sus palabras clavándose en mi memoria como espinas:

—Mi corazón pertenece a Lilias. Jamás podré considerarte mi esposa.

¿Cuántas veces me repitió esas palabras? ¿Cuántas veces me hirieron?

A veces pienso que el rechazo de Kester me marcó más de lo que quiero admitir. No fue solo la humillación de que persiguiera a otra mujer a vista de todos, sino lo que simbolizó: mi inutilidad, mi falta de valor.

Y ahora no soy más que una viuda sin hijos, relegada a un rincón de las Highlands como un mueble viejo al que nadie presta atención.

La carta del rey, con su orden de matrimonio, no es más que una continuación de lo mismo. Otra jaula, otro sacrificio para mantener la paz entre clanes. Mi vida nunca me ha pertenecido, y ahora, ni siquiera puedo fingir lo contrario.

—No quiero esto —murmuro, aunque no sé si me refiero al matrimonio o a la vida que llevo. Tal vez ambas cosas.

No sé cuánto tiempo paso allí fuera, pero cuando finalmente regreso al castillo, una resolución empieza a formarse en mi mente, como una chispa débil en medio de la oscuridad.

No permitiré que me casen de nuevo por obligación con un MacKay. No esta vez. Ni voy a casarme con Drummond MacKay. No voy a dejar que el rey, Cormac o nadie decida mi destino.

CAPÍTULO 1



El aire del campamento es denso, cargado de humedad y olores que se mezclan en un cóctel insoportable: sangre, sudor y la ceniza que dejó la artillería en Norham. Aunque el sol se ha escondido tras nubes grises, el calor residual del verano todavía se aferra al suelo, y el ambiente resulta pegajoso, incómodo.

Aún puedo oler la pólvora del asalto al castillo, aunque han pasado dos días desde que los hombres lo tomaron en nombre del rey Jacobo IV. No puedo sacarme de la cabeza los gritos que resonaban en las murallas, el estruendo de los cañones y el olor acre de la carne quemada. El rey nos ha traído aquí con una promesa de gloria; sin embargo, entre los soldados, las dudas crecen. La gloria prometida huele mucho más a tragedia y vísceras de lo que cualquiera quiere admitir.

Ahora estamos en terreno de nadie, esperando. La frontera entre Escocia e Inglaterra es un lugar implacable, pero nunca se ha sentido tan frágil como esta semana.

El campamento se derrama en el valle como una bestia dormida. El castillo de Norham, o lo que queda de él, es solo una silueta oscura a nuestras espaldas. Las tiendas se alzan en filas desiguales, con estandartes que ondean en lo alto, aunque el viento parece demasiado cansado para agitarlos con fuerza. Los hombres yacen sobre mantas, algunos heridos, otros agotados.

No debería estar aquí. Eso me lo han recordado tantas veces que creo que podrían bordarlo en mi capa. Mi hermano, Cormac, lo dejó claro cuando le dije que quería acompañarlos.

—Una batalla no es lugar para una mujer —gruñó, sin mirarme mientras ajustaba la hebilla de su espada—. Y menos para mi hermana.

Pero Lilias intervino por mí, igual que siempre, con su agudeza y su capacidad de leerme

como si fuera un libro abierto.

—Mairead no quiere seguir viviendo como un fantasma, Cormac. Déjala ir. ¿No ves que se está consumiendo?

Ella le dio las palabras que yo no pude encontrar, y por eso estoy aquí, porque Lilias sabe lo que significa estar atrapada entre cuatro paredes, sintiendo que no sirves para nada, mientras el mundo arde a tu alrededor.

No es que mi presencia haya sido bien recibida. Cormac me mantiene vigilada de cerca y no dudo de que él mismo se arrepiente de haber cedido. Pero incluso con su descontento, estoy aquí.

No soy la única mujer en este lugar. Los campamentos de guerra nunca son solo para soldados. Hay mujeres que se ocupan de las heridas, otras que lavan ropa, preparan comida o llevan agua. También están las que se ganan la vida de maneras que nadie menciona en voz alta, mujeres que recorren las filas de tiendas ofreciendo compañía a cambio de unas monedas o de un trozo de pan.

Yo no soy como ellas, pero tampoco soy tan diferente. No importa lo que hagas: si eres mujer, siempre habrá alguien dispuesto a mirarte por encima del hombro y hacerte sentir que estorbas.

La verdad es que me he preparado para esto más de lo que nadie podría imaginar. He leído cada libro sobre curación que ha caído en mis manos desde que aprendí a leer. Desde tratados de hierbas medicinales hasta crónicas antiguas que describen métodos rudimentarios para asistir heridas en el campo de batalla.

Mis manos han aprendido a coser heridas y a aplicar vendajes con precisión. Pero la teoría y la práctica no son lo mismo, y aquí, rodeada de sangre y sufrimiento, todo resulta abrumador.

Me muevo entre las tiendas con la cabeza baja, tratando de no llamar la atención mientras recojo más agua caliente y paños limpios. Sé que para muchos de estos hombres soy poco más que un chisme andante. La viuda maldita, la mujer que trajo la ruina a Kester MacKay. El mayor logro de mi vida: convertirme en una leyenda de advertencia, justo detrás de los fantasmas que espantan a los niños.

La mayoría del tiempo, los hombres no me ven, pero hay excepciones. Como los MacKay. Ellos siempre me ven.

—Mira quién pasa por aquí —dice Drummond, su voz resonando como un látigo cargado de burla. Está apoyado contra una carreta, flanqueado por sus dos hermanos menores. Los tres tienen la misma sonrisa cruel.

—La viuda maldita —añade uno de ellos, y los demás ríen.

Intento ignorarlos, pero el calor que sube a mis mejillas traiciona mi aparente indiferencia.

—Dicen que fue ella quien condenó a Kester —continúa Drummond, esta vez lo suficientemente alto para que otros hombres puedan oírle—. Ya sabes cómo son las mujeres Sutherland. Brujas, todas ellas.

Me detengo en seco, apretando la jarra de agua contra mi pecho. No quiero mirarlos. No quiero darles esa satisfacción.

—¿Crees que conjurará algo aquí? —pregunta otro, riendo mientras lanza una mirada exagerada a su alrededor—. Tal vez haga que caigas de tu caballo mañana.

—Dicen que hasta el rey teme su hechizo —añade Drummond, con una sonrisa que parece cortarme más que cualquier cuchillo—. Por eso quiere casarla con un hombre fuerte capaz de domar a la bruja.

Esta vez no puedo evitarlo. Alzo la cabeza y lo miro directamente.

—Si tuviera esa clase de poder, lo habría usado para manteneros a todos callados —digo, con una voz más firme de lo que esperaba.

El grupo estalla en carcajadas, pero Drummond da un paso hacia mí y me sujeta por el brazo con fuerza.

—¿Eso es una amenaza?

—Ya basta.

La voz no es fuerte, sin embargo lleva un filo que hace que incluso los MacKay se tensen. Nairn Gunn emerge de entre las tiendas como un espectro, su figura imponente y su mirada ardiente atrapa a todos en un silencio incómodo.

Su cabello rojizo, casi oculto bajo el polvo de la batalla, brilla como un fuego apagado. Lleva su espada al costado, pero no necesita desenvainarla para que los MacKay se tensen.

No es la primera vez que alguien intenta salvarme de un MacKay, pero dudo que Nairn lo haga por otra razón que no sea el deber. Y aun así… no entiendo por qué me cuesta creerlo. Si hay algo que he aprendido en esta vida, es que la ayuda nunca es gratuita. Siempre hay un precio. ¿Por qué él iba a ser diferente?

Es la primera vez que lo veo tan de cerca desde que llegamos al campamento. Su capa oscura cuelga de sus hombros, manchada de tierra y sangre seca. La cicatriz que atraviesa su ceja izquierda no hace más que acentuar la intensidad de sus ojos, un dorado cálido con reflejos

rojizos que parecen arder bajo la luz tenue. Hay un magnetismo en ellos, como si escondieran secretos enterrados en las profundidades de su alma, un misterio que me obliga a apartar la mirada antes de perderme demasiado.

Es un hombre que lleva la batalla escrita en cada línea de su rostro, en cada músculo tenso bajo su ropa. No necesita hablar alto ni moverse con brusquedad. Su sola presencia exige respeto… y algo más que no sé definir.

Drummond se gira hacia Nairn, enderezándose como si intentara imponer su propia altura y presencia.

—Esto no es asunto tuyo, Gunn.

—Yo decido que es asunto mío y que no. Apártate de ella —ordena Nairn, y esta vez su voz no deja lugar a dudas.

Drummond da un paso adelante, sus hombres detrás de él, reforzando su postura.

—El rey me ha prometido a esta mujer. —Su mano señala hacia mí con un gesto que me quema como una marca—. Mairead me pertenece y no tienes ningún derecho a interponerte entre un hombre y su esposa.

Suya. Como si yo fuese un terreno baldío que espera a ser reclamado por el primero que arroje su estandarte. Me pregunto si se da cuenta de lo patético que suena, pero sé que no. La ignorancia siempre tiene una voz más fuerte que la razón.

Nairn no parpadea, su mirada está fija como el filo de una espada apuntando directamente a Drummond.

—Prometida o no, si vuelves a ponerle un dedo encima, te aseguro que no saldrás entero de este campamento.

—¿Me amenazas, Gunn? —Drummond deja escapar una carcajada seca, pero hay un temblor en su voz que traiciona su intento de valentía.

—No —responde Nairn, dando un paso adelante también, tan cerca que sus palabras son más una sentencia que una advertencia—. Te estoy diciendo lo que va a pasar si no te largas ahora mismo.

Por un momento, parece que Drummond va a replicar. Pero algo en la mirada de Nairn lo detiene. Finalmente, retrocede.

—Esto no termina aquí —murmura, lo justo para que yo lo oiga.

Claro que no. Los hombres como Drummond nunca terminan nada. Prefieren aferrarse al

odio como si fuera lo único que les queda. Y tal vez lo sea.

Cuando se van, el silencio pesa en el aire. Mi corazón late con fuerza, y me doy cuenta de que estoy apretando tanto los puños que me duelen las palmas.

La mirada de Nairn se encuentra con la mía por un instante, y lo que veo en sus ojos me deja sin aliento. Su intensidad es abrumadora, como si pudiera ver cada parte de mí que intento ocultar.

—¿Estás bien?

Asiento, aunque mi garganta está seca.

—Sígueme —dice después, y su tono es más bajo, casi suave, pero no menos firme.

La orden es clara, directa, y le sigo sin rechistar, aunque una parte de mí querría plantarse y decirle que no soy alguien a quien pueda mandar como si fuera uno de sus hombres.

Desde que Gordon, su padre, murió hace apenas dos meses, Nairn ha tomado el mando del clan Gunn. Es un Laird nuevo, pero no inexperto. Un hombre que parece haber nacido para esta posición, aunque, a veces, no puedo evitar preguntarme cuánto de ese control es real y cuánto una fachada para proteger lo que queda de su gente.

Tal vez por eso siempre parece estar al borde de un enfrentamiento, como si nunca pudiera bajar la guardia. Y también es la razón por la que se mueve como si llevara todo el peso de los Gunn sobre los hombros, y aun así camina erguido, como si el orgullo lo mantuviera firme.

Mientras avanzamos entre las tiendas, el ruido del campamento parece desvanecerse, como si la intensidad de Nairn absorbiera todo lo demás.

Me estudio a mí misma a través de sus ojos. Es como si cada paso suyo reafirmara algo que nunca me ha dicho, pero que siempre ha estado presente: yo le incomodo.

Siempre ha sido así. Incluso cuando hablé con él, y le pedí que detuviera a Cormac de lanzarse solo a rescatar a Lilias, pude verlo en su mirada: esa mezcla de tensión y distancia, como si mi mera presencia removiera algo en su interior que preferiría no enfrentar.

Sé por qué. Y no es porque yo sea especialmente imponente, ni dé motivos para que nadie se sienta en guardia conmigo. Pero Kester era su amigo más cercano, su compañero, su hermano de armas.

Sé que Nairn vio la oscuridad de su mejor amigo y la dejó ir, porque entendió que ya no podía salvarle. Pero con eso, también heredó algo más: una sombra que ahora proyecta sobre mí. Su mirada, siempre firme, siempre calculada, parece más pesada cuando me mira, como si viera

una deuda que nunca podrá saldar del todo.

Él camina delante de mí con la misma confianza con la que lo hace todo, su figura recortada contra las luces del campamento. Y, por un instante, me pregunto cómo es posible que alguien parezca tan seguro en un mundo que se tambalea.

El Lobo Negro. Lo llaman así porque lidera con fiereza, porque nunca retrocede, porque siempre tiene el control. Pero mientras lo sigo, no puedo evitar preguntarme qué habrá debajo de esa fachada impenetrable y por qué me resulta tan difícil apartar los ojos de él.

Quizás me incomoda tanto como yo a él.

CAPÍTULO 2



Cuando llegamos a la tienda, Nairn aparta la lona de la entrada con un gesto brusco, sin volverse para comprobar si lo sigo. Por supuesto que no lo hace. Es el tipo de hombre que no necesita confirmar si la gente le obedece. Porque claro, todos le obedecen.

Las tiendas son un privilegio reservado para los lairds y los altos mandos. El resto de los hombres duermen al raso o bajo refugios improvisados con mantas y lonas raídas. Yo solo tengo una porque la comparto con Cormac, aunque dudo que eso signifique algo para los que ya han decidido que no debería estar aquí.

Titubeo un instante antes de entrar, pero no quiero darles a los curiosos algo más que comentar, así que al final cruzo el umbral con la cabeza alta. La cabeza alta, las manos temblorosas y un revoltijo de nervios que intenta escapar de mi estómago. Todo en perfecto equilibrio.

El aire dentro es denso, con un leve olor a cuero y metal. Una pequeña lámpara de aceite proyecta sombras largas sobre las paredes de tela, dibujando siluetas que se mueven al compás de la llama. Nairn se detiene junto a un catre estrecho y se quita de la capa con un movimiento rápido, dejándola caer sobre un taburete.

Bajo la capa, el tartán que lleva envuelto alrededor de sus caderas luce los colores del clan Gunn: azul oscuro, verde y líneas rojas que parecen un recordatorio constante de que este hombre pertenece a un linaje que podría sobrevivir al mismísimo tiempo. O destruirlo, si decide que el día se le ha torcido demasiado.

Es un atuendo que he visto en muchos hombres de las Highlands, pero en Nairn se siente diferente, casi como si esos colores fueran parte de su piel. Ceñido a su cintura por un cinturón

de cuero oscuro, el tartán cae en pliegues pesados hasta por debajo de sus rodillas, y el extremo que lleva echado sobre su hombro se mueve al compás de sus gestos, como si tuviera vida propia.

Los Gunn son un clan tan antiguo como estas tierras. Dicen que descienden de los vikingos, que su sangre está mezclada con la de los hombres que conquistaron mares y tierras. Tal vez sea cierto, porque no se puede mirar a Nairn Gunn sin imaginarse a un hombre remando en un drakar, navegando hacia la batalla con el fuego de los dioses ardiendo en sus ojos.

Su lema, *«Aut pax aut bellum»* (O paz o guerra), es más que una frase para grabar en sus escudos: es un recordatorio constante de que ellos deciden si su presencia en tu vida será un suspiro de alivio o el principio de tu fin. Y si alguien encarna esas palabras, es Nairn.

Cuando se quita la camisa con un movimiento brusco, el aire en la tienda parece volverse aún más pesado. Por supuesto que tiene un cuerpo como ese. Uno que parece diseñado para recordarte que hay cosas más peligrosas que un arma bien afilada.

Es un cuerpo forjado por años de entrenamiento, por el peso de la espada y la armadura, por noches bajo el cielo abierto y días interminables en el campo de batalla. Cada línea, cada curva en su piel parece contar una historia, y aunque su presencia siempre ha sido imponente, verlo así, tan cerca, tiene un impacto que no esperaba.

Las cicatrices que cruzan su torso no le restan atractivo; al contrario, parecen acentuarlo, como si fueran medallas grabadas en su carne. Su abdomen, firme y marcado, se contrae ligeramente mientras respira, y por un momento, me encuentro incapaz de apartar la mirada.

Él no parece notar mi reacción, o tal vez simplemente no le importa.

—Necesito que veas esto —dice, señalando su costado con un gesto breve y práctico.

Mi corazón da un vuelco.

La herida que tiene es profunda, un tajo largo que comienza justo debajo de sus costillas y desciende hasta el borde de su cadera. La piel alrededor está enrojecida, y aunque no parece haber supuración evidente, es imposible ignorar lo grave que es. Pero lo que más me sorprende no es la herida. Es la forma en que él la lleva, como si no fuera más que una molestia menor. Es casi insultante, pero no digo nada.

No le importa el dolor. Lo veo en la forma en que sus músculos apenas se tensan mientras paso un paño húmedo sobre la carne abierta, en cómo su respiración sigue siendo lenta, controlada. La única señal de incomodidad está en sus ojos: una mirada fija que no deja de seguir cada uno de mis movimientos.

Mientras limpio, noto algo más. Su piel está caliente, más de lo normal, incluso para alguien como Nairn, que parece arder desde dentro, como si el fuego de su carácter también viviera en su cuerpo.

Si la herida se infecta, su situación empeorará mucho más. Necesito saber si tiene fiebre y apoyando mi frente en la suya, podré sentirlo de inmediato. ¿Es apropiado? Probablemente no. Pero tampoco lo es morir porque alguien no quiso inclinarse lo suficiente como para que una mujer pudiera llegar a su cabeza.

Sin pensarlo más, acerco mi cara a la suya. Él me sigue con la mirada, su expresión pasando del desconcierto a algo que no sé descifrar del todo.

—¿Qué haces? —pregunta, su voz baja, pero con un filo que me detiene por un segundo.

—Inclínate un poco —le pido, porque es demasiado alto para que esto funcione sin que yo parezca un pájaro torpe intentando alcanzar una rama.

Noto cómo sus músculos se tensan ligeramente al verme acercarme más. ¿Está nervioso? Claro que no. Nairn Gunn no es de los que se inquietan. Debe de ser mi imaginación… o tal vez sea yo la que está tensa.

Me pongo de puntillas y necesito apoyar una mano en su brazo para estabilizarme. Es un movimiento práctico, no otra cosa. Aunque ese músculo bajo mis dedos bien podría ser una roca calentada al sol. Esto no está ayudando.

Cuando nuestras frentes están a punto de tocarse, su aliento roza mis labios.

De repente, algo cambia.

Su mano sube con rapidez, envolviendo mi cintura en un movimiento que me deja sin aliento. Sus dedos, fuertes y firmes, se asientan en mi cadera con una seguridad que me desarma por completo. Antes de que pueda apartarme o explicar lo que estoy haciendo, inclina la cabeza y captura mis labios con los suyos.

El primer contacto es inesperado, una mezcla de calor y presión que me deja inmóvil. ¿Qué está pasando? Esto no puede ser real. Y, sin embargo, lo es, porque lo siento en cada parte de mi cuerpo como una ola que no puedo detener.

Sus labios son firmes, pero no ásperos, y se mueven sobre los míos con una decisión que no admite dudas. No hay timidez en él, solo una intensidad que me envuelve como una tormenta que no puedo evitar.

Mi primer beso.

No debería ser así. Se supone que el primer beso es un roce torpe en la oscuridad, algo dulce y fugaz. No esto. Esto es demasiado.

Mi respiración se detiene mientras mis manos, que hace un segundo sostenían paños y agua, ahora están atrapadas entre nosotros.

Cuando su lengua roza la comisura de mis labios, el calor en mi pecho se extiende por todo mi cuerpo. Es un gesto lento, deliberado, que me invita a abrirme a él. Y lo hago, casi sin pensar, como si una parte de mí supiera exactamente qué hacer, aunque no tengo ni idea.

El sabor de su boca es una mezcla de sal y algo más profundo, algo que no puedo identificar, pero que me resulta embriagador. Su lengua encuentra la mía, un roce que comienza con cuidado, casi como una exploración, aunque que pronto se vuelve más audaz.

No entiendo muy bien cómo hemos llegado a esto. Hace apenas unos segundos, estaba inclinándome hacia él con una intención muy distinta. Y ahora, aquí estoy, atrapada en este beso que me consume como el fuego que arde bajo su piel.

Sé que debería detenerle. Sé que debería apartarme y explicarle que ha malinterpretado mi gesto. Pero hay algo en este momento, en la forma en que su boca se mueve sobre la mía, que me hace dudar. Porque nunca, jamás, he sentido algo parecido.

¿Desde cuándo un beso puede ser así? Tan lleno de calor, tan intenso, tan… inesperado. Pero lo que más me desconcierta no es que no se haya apartado. Es que profundice el beso, como si no pudiera evitarlo.

Por un instante, una pequeña y tonta parte de mí lamenta que esto sea solo un malentendido, algo que tiene que terminar. Porque mientras me pierdo en la intensidad de su boca, por primera vez en mi vida siento que un hombre despierta algo en mí, algo que no sabía que estaba ahí.

Mis dedos, antes inmóviles, se deslizan por su pecho sin que me dé cuenta, encontrando el calor de su piel. Él responde a mi toque inclinándose más sobre mí, acercándonos tanto que no queda espacio entre nuestros cuerpos. Su otra mano sube hasta mi rostro, atrapando mi mandíbula con una delicadeza que contrasta con la fuerza con la que su lengua recorre mi boca.

Cuando finalmente se separa, lo hace con una lentitud que me deja un vacío inmediato. Sus labios rozan los míos una última vez, como si no quisiera romper del todo el contacto. Mi respiración es irregular, y mi pecho sube y baja con un ritmo descontrolado mientras intento procesar lo que acaba de ocurrir.

Sus ojos me observan desde tan cerca que me siento atrapada, como si pudiera perderme en ellos y no encontrar el camino de vuelta. Su pulgar, que aún descansa sobre mi mandíbula, traza

un pequeño círculo que envía un escalofrío por mi columna.

—¿Utilizas este tipo de tratamiento con todos tus pacientes? —pregunta, su voz baja y cargada de algo que no sé si es sarcasmo o un intento de provocarme.

Me congelo, aún atrapada entre su mirada y su cercanía.

—¡No! —exclamo, retrocediendo un paso con brusquedad. Mi rostro arde, y me cuesta encontrar las palabras—. Yo… estaba comprobando si tenías fiebre con mi frente.

Sus cejas se alzan, y la curva de sus labios se transforma en una media sonrisa que hace que mi pulso se descontrole aún más.

—¿Eso era todo?

—Sí —respondo, mi tono firme, aunque mi voz todavía tiembla ligeramente.

«¿Por qué tengo que parecer siempre culpable incluso cuando estoy diciendo la verdad?».

Su sonrisa no desaparece, pero me suelta con una lentitud calculada, como si quisiera prolongar el contacto.

—Vaya, me has confundido —murmura, pero no hay burla en su voz esta vez. Solo algo que no alcanzo a descifrar.

El calor de su mirada sigue ahí, atrapándome, pero no tengo fuerzas para sostenérsela más tiempo. Me giro hacia la mesa donde he dejado los paños y trato de concentrarme en algo, cualquier cosa que no sea él.

—No tienes fiebre. No mucha al menos —digo con más dureza de la necesaria, pero no consigo borrar el temblor en mi voz.

—Eso me tranquiliza —responde, y por el tono sé que sigue sonriendo.

¿Por qué no puede simplemente dejarlo estar? A estas alturas, estoy convencida de que disfruta viéndome incómoda. Y, para ser honesta, lo hace mejor que nadie.

El silencio se extiende mientras recojo lo que necesito para terminar de limpiar la herida. Pero incluso cuando me alejo, siento su mirada fija en mí, tan intensa como si todavía estuviera tocándome.

Intento recuperar algo de dignidad mientras su presencia aún llena la tienda. Pero no importa cuánto lo intente, no puedo ignorar el sabor de su boca, ni la forma en que su beso ha dejado mi mundo completamente al revés.

—¿Es algo que haces a menudo? —pregunta con un tono que es mitad burla, mitad genuina

curiosidad.

Sus palabras me detienen en seco. Me giro hacia él, todavía sintiendo el calor de su mirada, y sé que está esperando algo más.

—¿Hacer qué? —replico, aunque sé perfectamente a qué se refiere.

—Acercarte tanto.

—Solo cuando es necesario.

—¿Y cuántos lo malinterpretan?

La pregunta, lanzada con la misma calma que las anteriores, me golpea con fuerza.

—No es algo que pase.

—Curioso.

El ambiente dentro de la tienda se siente denso y siento como si cada palabra suya se adentrara en mi piel. No sé si está bromeando o si realmente espera una respuesta, pero la provocación en su tono es inconfundible.

—¿Vas a seguir interrogándome o prefieres que termine de limpiarte la herida? —digo con más brusquedad de la que pretendía.

Nairn se endereza lentamente, como si mi reacción no lo afectara en absoluto.

—Adelante. Haz lo que tengas que hacer. Si no puedes coserlo, utiliza el fuego. Pero no pierdas el tiempo dudando o… haciéndome pensar cosas que no debería.

Levanto la cabeza de golpe, pero él ya no me está mirando. Su expresión es impasible, como si su comentario no tuviera importancia. Como si no acabara de decir algo que me deja con el pulso descontrolado. Por supuesto. Para él, las cosas siempre son simples: fuego o aguja, vida o muerte, un beso o nada. Mientras tanto, yo estoy aquí intentando no desmoronarme por dentro, pero claro, eso no cuenta.

Me acerco de nuevo, dejando que mis manos busquen automáticamente entre los suministros. Encuentro una pequeña aguja de metal y un trozo de hilo grueso, ligeramente encerado para que pase con más facilidad por la piel. Lo limpio con el aguardiente antes de empezar, mientras mis pensamientos intentan centrarse solo en la tarea.

Él no se mueve ni emite un solo sonido cuando la aguja atraviesa su piel por primera vez. Es como coser cuero, pienso con un estremecimiento, mientras el hilo tensa los bordes de la herida con un movimiento preciso.

—Si te duele, dímelo —murmuro, sin atreverme a mirarle a los ojos.

—Si me doliera, lo sabrías —responde con un leve gruñido, su voz cargada de ironía. No sería un Gunn si no encontrara una forma de decir algo intimidante incluso cuando está a medio coser.

Limpio la herida entre cada puntada, asegurándome de que no quede ningún rastro de sangre seca antes de cerrar la siguiente parte del corte. El proceso es lento, casi metódico, y el peso del silencio entre nosotros hace que cada pequeño sonido —el roce del hilo, el crujir de la tela del catre— se amplifique.

—Veo que pones pasión en lo que haces —comenta de repente, su tono bajo y casi... admirativo.

La aguja se detiene un instante entre mis dedos.

Levanto la mirada y me encuentro con la suya, fija en mí con esa calma impenetrable que siempre lleva consigo.

—¿Qué?

—Que no haces nada a medias.

—No quiero que esto se infecte —respondo con rapidez, volviendo a centrarme en mi tarea.

—No es eso a lo que me refiero.

Sus palabras quedan suspendidas en el aire, y me encuentro deseando que las explique, aunque sé que no lo hará. Nairn no es de los que dicen más de lo necesario, y ese silencio suyo es casi tan intimidante como él mismo.

Cuando termino la última puntada, dejo escapar un suspiro que no sabía que estaba conteniendo. Limpio la herida una vez más, colocando una venda sobre ella y ajustándola con cuidado alrededor de su torso.

—Ya está —digo al fin, retrocediendo un paso. Mis manos aún tiemblan ligeramente, pero trato de ocultarlo—. Aunque no tienes fiebre, deberías descansar.

—Lo haré si puedo.

Su respuesta, igual de práctica, no revela nada, y me pregunto si es siempre así: una barrera impenetrable. ¿Qué hace falta para que este hombre admita que es humano como el resto de nosotros?

—Espero que lo hagas. No quiero volver a… —Me detengo a tiempo, dándome cuenta de lo

que iba a decir.

Sus ojos se encuentran con los míos, y esta vez la sombra de una sonrisa es más clara.

—¿Volver a qué? ¿Coserme? ¿O algo más?

El calor me sube al rostro, pero me obligo a mantener la compostura.

—Volver a aclarar algo que no debería necesitar explicación.

Digo las palabras con firmeza, pero incluso a mí me suenan como una excusa.

Nairn no responde enseguida. Me sostiene la mirada un segundo más, lo justo para que sienta que acaba de ganar algo, aunque no sé qué.

Aprovecho el silencio para apartarme hacia la salida de la tienda.

La humedad del campamento se adhiere a mi piel como una capa invisible, y aunque el sol está oculto tras gruesas nubes, el calor residual de septiembre todavía se aferra al ambiente, haciéndolo insoportablemente sofocante.

El Lobo Negro. Ahora entiendo por qué lo llaman así. Es un cazador, uno que te observa con calma, esperando el momento justo para atacar.

CAPÍTULO 3



Después de la batalla de Flodden, el campamento huele a muerte.

El hedor de la sangre seca, el sudor y la pólvora quemada se mezclan con el amargor de la tierra empapada por la lluvia incesante.

Los heridos no dejan de llegar, sus cuerpos maltrechos son cargados sobre carretas o arrastrados por compañeros que apenas tienen fuerzas para mantenerse en pie.

Algunos no sobreviven al viaje y sus cadáveres son apartados, cubiertos con mantas desgastadas que no ocultan la tragedia. Otros reciben los últimos ritos del sacerdote que parece haber perdido la cuenta de las almas que ha enviado al Creador.

Con la sotana raída sobre los hombros, el padre Aedan se mueve entre los hombres como una sombra, murmurando oraciones y trazando cruces sobre frentes sudorosas. En sus manos lleva un pequeño cáliz y un frasco de aceite para la extrema unción. Sus gestos son rápidos, precisos, como si su fe fuera lo único que mantiene su temblor contenido.

—Que el Señor te reciba en su reino y te conceda la paz —murmura mientras sus dedos trazan un último signo de la cruz sobre un hombre que no puede haber llegado a los veinte años.

Algunos dicen que la batalla de Flodden será recordada como la peor derrota de Escocia. Lo creo. El desfile interminable de hombres destrozados, el silencio roto solo por los gritos de dolor y el rumor constante de que el rey Jacobo ha caído confirman que este día nos perseguirá para siempre.

Cormac no ha vuelto todavía. Ni Nairn tampoco.

Mi pecho se encoge mientras trabajo, limpiando una herida tan imposible de sanar como las

pérdidas que hemos sufrido. Intento no pensar en ello, pero la incertidumbre es como un cuchillo que se retuerce cada vez más.

Afuera, las voces de los soldados susurran, cargadas de desesperación.

—Todo esto es culpa de Catalina de Aragón —dice uno, su tono impregnado de frustración.

—La reina de Inglaterra, ¿no?

—Sí, pero no es inglesa. Es española.

El segundo hombre gruñe, como si aquello le pesara más.

—Esa mujer ha planeado esta masacre desde su castillo, mientras Enrique está entretenido jugando a ser Dios en Francia.

—Dicen que ella misma eligió el terreno. Sabía que no podíamos ganarle en estas colinas. Nos empujaron hacia su trampa como si fuéramos corderos.

Catalina de Aragón, hija de los Reyes Católicos de España. Un nombre que todos conocemos aquí. La regente de Inglaterra, esposa del rey Enrique VIII. Dicen que su inteligencia y su frialdad como estratega son legendarias, que entiende la guerra mejor que la mayoría de los hombres que la rodean. Y ahora entiendo por qué.

Otro grito desde la entrada de la tienda me arranca de mis pensamientos. Un soldado herido es arrastrado adentro, su pierna ensangrentada cubierta apenas por un trapo. Mi corazón se encoge, pero no hay tiempo para detenerme.

Mientras trabajo, mi mente se aferra a una sola pregunta: ¿Estará bien Cormac? No puedo dejar de pensar en Lilias a punto de dar a luz y en el pequeño Hallam de apenas un año.

El aire de la tienda cambia de golpe. Levanto la cabeza, y mi respiración se detiene cuando una figura cruza la entrada.

Nairn.

Su armadura está cubierta de barro y sangre seca, su cabello rojizo desordenado y pegado a la frente. Hay una herida en su brazo izquierdo, pero parece no prestarle atención. Sus ojos, ese dorado ardiente, me encuentran al instante.

—¿Dónde está Cormac? —pregunto, mi voz quebrada por la angustia que llevo reprimiendo todo el día.

—Está vivo —responde con calma, aunque su tono tiene un peso que me hace temer lo peor —. Pero está herido.

Mi corazón se encoge y, al mismo tiempo, late con fuerza. Vivo. Esa palabra debería ser suficiente, pero no lo es.

—¿Dónde está? —insisto, dando un paso hacia él.

—Lo he llevado a mi tienda —responde—. Me pidió que te avisara.

Su mirada no se aparta de mí, pero no me detengo a analizarla. El alivio momentáneo de saber que Cormac sigue respirando es rápidamente reemplazado por la urgencia de ir a verle. Me doy la vuelta y avanzo hacia la salida, pero no llego muy lejos. La mano firme de Nairn me agarra del brazo, deteniéndome en seco.

—Mairead.

Su voz es baja, grave, pero hay algo en su tono que me hace girarme hacia él de inmediato. Sus ojos están fijos en los míos, y el peso de su mirada es casi insoportable.

—Él está grave —dice, sus palabras lentas, como si quisiera asegurarse de que las entiendo completamente—. Quiere despedirse.

El aire me abandona. Mis piernas tiemblan, y si no fuera por la mano de Nairn sujetando mi brazo, caería al suelo.

—No… no puede ser —susurro, mi voz apenas audible.

—Queda poco tiempo. Vamos.

No me da opción a protestar. Suelta mi brazo y comienza a caminar, pero se detiene al darse cuenta de que no le sigo. Me quedo inmóvil, como si mi cuerpo se negara a aceptar lo que acabo de escuchar.

—Mairead.

Su voz es firme, pero no dura. Algo en su tono logra sacarme de mi parálisis. Asiento rápidamente, intentando recuperar el control de mi respiración, y corro detrás de él.

Cuando llegamos, Nairn se detiene en la entrada y me deja pasar. El interior está oscuro, apenas iluminado por una lámpara de aceite. El aire en la tienda es irrespirable. La sangre de Cormac cubre las vendas y empapa las mantas. Su rostro está pálido, casi gris, y sus labios se entreabren en un jadeo irregular.

El padre Aedan ya está allí. La visión del sacerdote, siempre un símbolo de consuelo, ahora parece un presagio de lo inevitable.

—Que el Señor te guarde y te proteja —recita.

Me arrodillo junto a Cormac. La herida en su abdomen es profunda, demasiado profunda. Intento contener las lágrimas mientras ajusto una venda suelta que ya no sirve para detener la hemorragia.

Cormac abre los ojos con esfuerzo, sus pupilas fijas en mí y luego en Nairn, que permanece de pie al otro lado del catre, rígido como una estatua de hierro.

—Mairead… —Su voz es apenas un susurro, pero el peso de su tono me destroza por dentro —. Lilias… mis hijos. Diles que los quiero.

—No hables así —le interrumpo, apretando su mano con la mía—. No te vas a ir, ¿me oyes? No voy a dejar que lo hagas.

El padre Aedan hace una pausa en su ritual, sus ojos fijos en mí como si mis palabras fueran una interrupción imperdonable.

—Es mi hora —continúa, ignorando mi protesta. Su mirada se desvía hacia Nairn, que no ha dicho una palabra, pero cuya expresión lo dice todo—. Tú… protege a mi familia. Hazlo como si fuera la tuya. A todos.

Nairn asiente una vez, su rostro imperturbable, pero sus ojos brillan con algo que no había visto antes.

—Lo haré.

Mi hermano no puede irse. No puede abandonarnos. Él es invencible, siempre lo ha sido. Es fuerte, implacable, tan seguro de sí mismo que parece imposible que algo pueda doblegarle.

—Cormac, escúchame —susurro, inclinándome hacia él mientras mi pecho arde con una desesperación que amenaza con desbordarse—. No te vas. No todavía.

Cierro los ojos, ignorando el temblor en mis manos y el latido frenético en mis oídos. Me obligo a respirar, a concentrarme, a recordar. El padre Aedan murmura algo en voz baja, una oración o una advertencia, pero no le presto atención.

«Piensa, Mairead. Piensa».

Mis manos tiemblan cuando las coloco sobre su herida. La sangre caliente me empapa los dedos, pero no los aparto. Cierro los ojos, intentando ver más allá de lo evidente, como si pudiera adentrarme en su cuerpo.

En mi mente se forma una imagen clara: las paredes internas desgarradas por el filo de una espada, los vasos sanguíneos rotos, el daño que no debería ser visible, pero que ahora veo con una claridad que me asusta.

Mi respiración se acelera. Algo me guía cuando deslizo los dedos dentro de la herida, ignorando la arcada que amenaza con cerrarme la garganta.

El calor y la humedad de su interior son sofocantes. Mi pulso martillea en mis sienes. Palpo los bordes del músculo desgarrado, el tejido roto, la sangre que mana de un punto más profundo. Y entonces lo noto.

Un desgarro en algo que no debería estar roto. Algo que late con vida propia.

—No… —susurro.

Un órgano ha sido perforado. No sé cuál, pero lo siento moverse bajo mis dedos, vibrar con cada latido irregular de Cormac. Si no lo cierro desde dentro, se desangrará por más que cauterice la herida externa.

Abro los ojos de golpe.

—Voy a necesitar más luz —digo, y mi propia voz me suena distante, como si no me perteneciera.

Nairn se mueve sin cuestionarme. Confía en mí. No sé si eso me consuela o me aterra más.

—¿Qué estás haciendo? —la voz del padre Aedan resuena con incredulidad.

—Salvando su vida.

Sujeto la daga de Nairn y deslizo la hoja con cuidado, ampliando la abertura de la herida. El cura jadea, horrorizado.

—¡Dios nos ampare!

Ignoro su exclamación.

—Nairn —miro al guerrero sin titubear—. Necesito que sostengas la herida abierta.

Él frunce el ceño, pero obedece. Se arrodilla junto a mí y coloca las manos a cada lado de la herida. Cuando sus dedos se hunden en la carne abierta, su mandíbula se tensa, pero no se aparta.

El padre Aedan hace el signo de la cruz repetidamente, murmurando oraciones con los ojos clavados en el catre, como si quisiera expulsar algo oscuro e invisible.

Hundo la aguja en el tejido profundo, cerrando con puntos precisos lo que no debería poder ver, pero veo. La hemorragia disminuye. Mi pulso sigue acelerado, pero mis manos ya no tiemblan. Saben lo que hacen, aunque yo no.

—Nairn —murmuro, mi voz apenas un susurro.

Él levanta la cabeza.

—¿Qué necesitas?

—Tu daga. Caliéntala en el fuego.

Con un movimiento rápido, toma la daga y la lleva al brasero encendido en la esquina de la tienda. Veo cómo su hoja comienza a enrojecer, el calor transformándola en una amenaza brillante y mortal.

Mientras espero, limpio la herida de nuevo, mis manos firmes aunque mi interior esté lleno de pánico. Cormac no puede morir. No aquí ni ahora.

Nairn vuelve, la daga caliente en su mano.

—Hazlo rápido —dice, su tono bajo, casi un gruñido.

La tomo con cuidado, su calor atravesando incluso el cuero de mis guantes.

—Cormac, lo siento —susurro, más para mí misma que para él.

Acerco la hoja a la herida, y el sonido del metal al tocar la carne es un siseo que me atraviesa como un golpe. El olor a carne quemada llena el aire, tan fuerte que me hace contener la respiración. Pero sigo adelante, presionando justo donde sé que la hemorragia es peor.

No sé cuánto tiempo pasa, pero algo en mi interior se apaga mientras trabajo, como si una parte de mí se desconectara para soportar lo que estoy haciendo. Y entonces, sin saber por qué, coloco mi otra mano sobre su frente, cerrando los ojos.

—No mueras —murmuro.

La frase resuena en mi mente como un eco, pero no es solo eso. Es una súplica, una orden, algo que siento profundamente en cada fibra de mi ser.

El calor de la daga parece fluir también por mi cuerpo, como si el fuego no estuviera solo en el metal, sino en mí. Cuando finalmente retiro la hoja, el sangrado ha cesado. La piel alrededor de la herida está ennegrecida, pero sigue respirando.

Mis manos tiemblan cuando hurgo en mi bolsa, la misma que he llevado conmigo desde que salí de casa. Entre las hierbas secas y los pequeños frascos de ungüentos, mis dedos rozan algo liso, frío.

Las piedras.

Las compré hace años, en una feria de Inverness. Un mercader las vendía junto con hierbas raras y remedios traídos de lugares lejanos. No supe por qué las quise en aquel momento, pero

sentí una conexión especial con ellas.

Miro de reojo al padre Aedan, que sigue murmurando oraciones con la vista clavada en su breviario. Cuando aparta la mirada, deslizo la amatista sobre la frente de Cormac y la presiono suavemente contra su piel ardiente.

—Por favor… —susurro, sin saber si estoy hablándole a él, a Dios o a mí misma.

Saco la segunda piedra, más cálida al tacto. Cornalina. En los tratados antiguos se dice que fomenta la vitalidad, que fortalece el cuerpo. Que ayuda a cerrar heridas. No sé si es verdad, pero sí sé que estoy dispuesta a creerlo.

La coloco con cuidado sobre la venda de su abdomen.

El movimiento de Nairn es apenas un cambio en el aire, pero lo siento.

—¿Qué estás haciendo? —Su voz es baja, pero afilada.

No levanto la vista.

—Algo que podría ayudar.

Silencio. Sé que está observándome. Que está decidiendo si esto es locura o desesperación.

Los minutos se alargan, llenos solo por el sonido de la respiración rasposa de Cormac.

—Pues hazlo rápido —dice al final Nairn, su tono más grave, pero sin burla.

No sé si cree en ello o si solo respeta que yo lo haga. Pero eso no importa.

Coloco mis manos sobre las piedras y cierro los ojos. No sé qué estoy haciendo. Solo sé que no puedo detenerme.

No hay magia aquí. Solo fe.

Fe en que aún puedo salvarle.

Mis cuidados siguen durante todo el día. El padre Aedan ya nos ha dejado para ocuparse de otros moribundos.

Yo no puedo permitirme descansar, no cuando cada instante cuenta. Me mantengo atenta a cualquier signo de fiebre o pérdida de lucidez, limpiando la herida con cuidado para asegurarme de que no se infecte.

El agua ayuda a enfriar la carne quemada, aliviando un poco el calor que aún emana de la piel ennegrecida. Utilizo un paño húmedo para limpiar los bordes de la herida, procurando no tocar demasiado la carne cauterizada. Las quemaduras deben mantenerse limpias, lo sé por los

tratados que he leído, pero también sé que son heridas caprichosas, propensas a gangrenarse si no se manejan con cuidado.

Me aseguro de aplicar ungüentos en los bordes, mezclas que preparé en Dunrobin con hierbas conocidas por sus propiedades curativas: consuelda para ayudar a regenerar los tejidos, caléndula para prevenir infecciones. La pasta tiene un color terroso y un aroma fuerte, pero es lo mejor que puedo ofrecerle.

Una parte de mí sabe que estoy haciendo todo lo posible. Otra, más oscura, se pregunta si será suficiente. Cormac es fuerte, más fuerte que nadie que conozca, pero incluso los hombres como él tienen límites.

El día avanza con lentitud, cada hora marcada por el ritmo desigual de su respiración. Cada vez que su frente se calienta más de lo que debería, le coloco paños fríos, cambiándolos con frecuencia. Cuando su cuerpo tiembla con escalofríos, le hablo en voz baja, palabras sin sentido que espero que lo mantengan aquí, conmigo.

—Vamos, hermano. No puedes rendirte.

A medida que cae la noche, sigo trabajando, limpiando, observando. Cada pequeño cambio en su piel, cada fluctuación en su respiración, se convierte en un presagio que no sé cómo interpretar.

El campamento se sume en el silencio, roto solo por los ocasionales murmullos de los soldados o los gritos distantes de otros heridos. Pero dentro de esta tienda, el mundo parece haberse reducido a nosotros dos: a mi hermano, atrapado entre este mundo y el otro, y a mí, que intento sujetarlo antes de que cruce el umbral.

La luz temblorosa de la lámpara proyecta sombras en las paredes de tela, figuras ondulantes que parecen moverse con voluntad propia. Por un momento, la imagen de mi madre cruza mi mente: su voz murmurando viejas historias, relatos de mujeres que podían tocar la frontera entre la vida y la muerte con solo un susurro. Y no dichas con admiración, sino con algo más oscuro.

¿Estoy haciendo eso ahora? ¿Es solo conocimiento lo que me guía… o hay algo más en mis manos, algo que no quiero nombrar?

Si solo fuera habilidad, ya habría muerto. Pero sigue aquí. Y yo sigo tirando de él.

Nairn entra en algún momento, su presencia tan imponente como siempre, pero no digo nada. No necesito mirarlo para saber que se ha detenido en la entrada, observándome.

Sigo trabajando, mis manos moviéndose con un propósito que no sé si me pertenece o si es algo más antiguo que yo.

Solo cuando él se arrodilla a mi lado, en completo silencio, me doy cuenta de que no soy la única que siente que aquí está ocurriendo algo más.

—Es suficiente —dice Nairn finalmente, su voz baja pero firme.

—No, no lo es —respondo sin mirarle. Mi voz suena más fuerte de lo que esperaba—. Las infecciones lo matan más que la herida.

—¿Y sabes cómo evitar eso?

Levanto la mirada hacia él, y por un instante veo algo en sus ojos: incredulidad mezclada con una pizca de… respeto.

—Sí —respondo, aunque no sé si es cierto. Pero tengo que creerlo.

Sigo trabajando durante horas. Cambio las vendas, limpio cada puntada, vuelvo a colocarle paños húmedos sobre la frente para mantener su fiebre bajo control. Todo lo que hago se siente desesperado, pero necesario.

Finalmente, cuando el amanecer comienza a asomarse entre las rendijas de la tienda, su respiración se estabiliza. El color ha regresado a sus mejillas, aunque sigue inconsciente. Me dejo caer en el suelo, agotada, con las manos manchadas de sangre y mi cuerpo temblando.

Nairn me observa desde el otro lado del catre, sus brazos cruzados sobre el pecho.

La quietud que sigue es tan profunda que incluso puedo oír el tamborileo constante de la lluvia sobre el techo de la tienda. Mis brazos cuelgan a los lados de mi cuerpo, agotados, y el peso de todo lo que he hecho me hunde en el suelo.

Cormac, aunque aún inmóvil, respira con un ritmo estable. El calor de su cuerpo ha remitido, su piel, aunque aún pálida, no tiene ese tono gris que me aterrorizaba antes.

—No era magia, ¿verdad? —pregunta Nairn finalmente, su voz grave pero sin sarcasmo.

Levanto la mirada hacia él, encontrándome con sus ojos dorados, que parecen más oscuros en la penumbra de la tienda.

—No —respondo, mi voz apenas un susurro—. Era desesperación.

Él inclina la cabeza, como si considerara mis palabras. Durante un largo momento, no dice nada. Su mirada se desvía hacia Cormac, y puedo ver cómo sus labios se tensan ligeramente.

—Luchaste como un guerrero por él —dice al fin, su tono más suave de lo que esperaba—. Si todos los hombres tuvieran a alguien así a su lado, habría menos viudas y huérfanos en este maldito mundo.

No sé si su comentario está dirigido a mí o a sí mismo, pero no respondo. Mis manos aún tiemblan, y el sabor del miedo sigue en mi boca, como si no pudiera apartarlo aunque Cormac esté fuera de peligro.

—¿Por qué lo hiciste? —pregunta de repente.

Parpadeo, sorprendida.

—¿Cómo que por qué? Es mi hermano.

Él niega con la cabeza lentamente, como si mi respuesta no fuera suficiente.

—No todos tienen el coraje de enfrentarse a algo que parece imposible. Podrías haber dejado que los curanderos se encargaran, decir que hiciste lo que pudiste y apartarte antes de que él muriera. Pero no lo hiciste.

No sé qué responder. Porque tiene razón. Podría haberme rendido.

—¿Es que tú lo habrías hecho? —pregunto, mi voz un poco más fuerte de lo que pretendía.

Nairn sonríe, pero es una sonrisa breve, sin alegría.

—No lo sé. Sin embargo, hay pocos que habrían luchado como tú. Y menos aún que habrían logrado lo que tú has conseguido.

Su mirada me desconcierta. Hay respeto en ella, pero también algo más. Algo que me hace apartar la vista, demasiado agotada para descifrarlo.

—No hice nada extraordinario —susurro, volviendo la vista a Cormac, que sigue durmiendo —. Solo intenté mantenerle con vida.

—Eso es lo extraordinario.

Su voz es baja, pero hay un peso en ella que me inmoviliza.

Me aterra que lo vea de esa forma.

Porque si él lo considera extraordinario, significa que hay algo en lo que hice que no encaja del todo, algo que no puede explicarse solo con conocimiento.

Trago saliva y me obligo a seguir mirando a Cormac.

—Solo hice lo que pude —murmuro.

No sé si intento convencerle a él. O a mí.

La tienda vuelve a quedar en silencio.

—Tienes que descansar —dice Nairn al cabo de un rato, señalándome con un movimiento de

cabeza—. No sirve de nada que tú también te derrumbes.

—No puedo dejarle.

—Puedes echarte en el catre libre. Yo me quedaré vigilando.

Levanto la mirada, sorprendida por sus palabras. Hay algo en su tono que me deja sin argumentos. No es una sugerencia, ni siquiera una orden. Es una afirmación, como si ya hubiera decidido que haré lo que me dice y no tuviera sentido discutirlo.

—Gracias —susurro al final, aunque la palabra me sabe extraña en los labios.

Él asiente una vez, como si no hiciera falta más. Sus ojos permanecen fijos en los míos un instante más de lo necesario y luego se gira, acomodándose cerca de Cormac con la seguridad tranquila de quien nunca duda de sus propios pasos.

Me dejo caer sobre las mantas, que huelen sorprendentemente a él: una mezcla de cuero, humo y algo más cálido, una esencia que no puedo identificar, pero que me resulta inexplicablemente reconfortante. Cierro los ojos, dejándome envolver por el aroma y por el agotamiento que me arrastra como una ola imparable.

La última imagen que pasa por mi mente antes de caer en un sueño profundo es la de Nairn, sentado junto a mi hermano, con los hombros rectos y la mirada fija, como si pudiera mantener alejada a la muerte con su mera presencia.

CAPÍTULO 4



El aire de la mañana es frío, cortante como una hoja, y el campamento parece más silente de lo que debería. Tal vez sea el peso de la derrota o el miedo a lo desconocido, pero incluso los murmullos entre las tiendas tienen un tono apagado. Salgo con pasos lentos. El sol tenue acaricia mi piel, un recordatorio de que la vida sigue, aunque para muchos aquí ya haya terminado.

Cerca de un grupo de hombres maltrechos, escucho susurros entre bocados de gachas.

—Las bajas han sido incontables. —La voz ronca de un hombre rompe el silencio—. Nobles y campesinos por igual: todos caen del mismo modo cuando el acero atraviesa sus entrañas.

—Dicen que apenas quedan hombres con vida. Que el río está lleno de cadáveres, apilados unos sobre otros.

—Y también... dicen que el rey ha muerto.

Esa frase queda suspendida en el aire como un golpe. Nadie se atreve a alzar la voz para confirmarlo.

—Cállate —gruñe otro, mirando en todas direcciones como si las palabras fueran suficientes para convocar desgracias—. Hasta que lo confirme alguien con autoridad, no repitas eso.

Si el rey ha muerto, Escocia está al borde del abismo. Su sucesor, un niño de apenas un año, no podrá sostener el reino. No puedo evitar sentir un nudo en el estómago al pensar en lo que eso significaría para el país entero.

Una mujer se acerca a mí con un tazón de gachas. Su rostro está surcado de arrugas y cansancio, pero me sonríe débilmente mientras me lo tiende.

—Come. Necesitas fuerzas.

Murmuro un agradecimiento y me siento lejos del grupo de hombres, deseando un momento de tranquilidad antes de probar mi primera comida en días. El calor del tazón en mis manos es reconfortante, pero antes de poder llevarme la cuchara a los labios, un pie se interpone en mi vista, justo entre los míos.

Levanto la cabeza y me encuentro con Drummond MacKay. Su expresión es la misma mezcla de burla y amenaza de siempre, pero en su mirada hay algo más: una furia contenida que presagia desastre.

—Dicen que tu hermano sobrevivirá a su herida —empieza, su voz lo suficientemente alta como para que otros hombres se vuelvan a escucharlo—. Que tu hechicería lo ha salvado.

Mis manos se tensan alrededor del tazón.

—Yo no he hecho nada fuera de lo común —respondo, intentando que mi voz suene firme, aunque mi interior esté temblando.

Drummond da un paso más cerca, su sombra cubriéndome por completo.

—¿Nada fuera de lo común? —dice, con una risa amarga que no alcanza sus ojos—. Yo vi esa herida, Sutherland. El sacerdote le dio la extremaunción. Era imposible que sobreviviera. Imposible.

Su tono sube de intensidad, y siento las miradas de los demás clavándose en mi espalda.

—¡Admítelo! Usaste tus malditos trucos. —Su voz resuena como un látigo—. Si puedes salvar a tu hermano, entonces puedes salvar al mío.

—No sé de qué hablas —replico, intentando mantener la calma—. Solo le he cuidado. He hecho lo que cualquiera haría en mi lugar.

Pero Drummond no me escucha. Su ira crece y está tan cerca que su aliento me roza la piel.

—Te lo ordeno, Mairead. Salva a mi hermano, y hazlo ahora. —Sus ojos chispean de rabia —. Aunque el rey muera, no olvides que sigues siendo mi prometida. Me perteneces, y harás lo que yo diga.

Su última palabra es un grito que hace que muchas personas alrededor se detengan en lo que hacen. El aire se vuelve pesado, denso, cargado de una tensión que amenaza con romperse en cualquier momento.

Mis manos tiemblan mientras aprieto el tazón con fuerza, pero Drummond me tira del brazo con un movimiento brusco, obligándome a ponerme en pie y el tazón sale despedido hacia el

suelo.

Luego me arrastra sin consideración, su mano apretando mi brazo como si quisiera dejar su marca en mi piel. Intento resistirme, pero su fuerza es brutal, y cada tirón suyo me hace trastabillar más.

—¡Déjame! —grito, luchando contra su agarre inútilmente.

—¡Cállate! —gruñe Drummond, apretando con más fuerza—. Si sabes lo que te conviene, harás lo que te digo.

Cuando estamos a pocos pasos de una tienda mal iluminada, una voz firme nos detiene.

—¿Adónde la llevas, MacKay?

Levanto la cabeza y veo a Ewan Gunn de pie junto a un grupo de hombres. Sus ojos están fijos en Drummond, su postura relajada, pero cargada de una tensión palpable.

—Esto no tiene nada que ver contigo, Gunn —responde Drummond, sin detenerse.

—Cuando arrastras a una mujer contra su voluntad delante de todos, me parece que tiene que ver con cualquiera que tenga ojos.

Drummond se detiene finalmente, girándose para mirarle con una sonrisa forzada sin rastro de humor.

—No estoy haciendo nada que no tenga derecho a hacer.

Ewan ni siquiera pestañea, pero se inclina hacia el hombre que está a su lado.

—Ve a buscar a Nairn —le ordena. El otro Gunn asiente y desaparece de inmediato.

Drummond se limita a gruñir, tirando de mí con más fuerza hacia la tienda. Ewan no lo detiene, pero su mirada permanece fija en nosotros, como un aviso silencioso.

Finalmente, me empuja al interior de una lona desvencijada. Mi mirada cae de inmediato sobre el cuerpo de un hombre tendido en un catre. Es el más pequeño de los hermanos MacKay. Su piel está cenicienta, sus ojos cerrados en un reposo que no es de esta vida.

—Haz algo —gruñe Drummond, girándose hacia mí como una bestia acorralada—. Haz algo para traerlo de vuelta. ¡Sé lo que puedes hacer!

Trago saliva, el aire en la tienda se siente denso, irrespirable.

—No puedo hacer nada —respondo, mi voz temblando aunque intento sonar firme—. Está muerto, Drummond. Nada puede cambiar eso.

—¡Mentira! —ruge, dándome un paso hacia mí que me hace retroceder instintivamente—. Si pudiste salvar a tu hermano, puedes salvar al mío. ¡Hazlo ahora!

—Cormac estaba vivo —replico, intentando no dejarme intimidar—. Respiraba. Él no…

—¡Cállate! —Drummond golpea con el puño una mesa cercana, haciendo que varios objetos caigan al suelo.

Se inclina hacia mí, y el odio en su rostro me corta la respiración.

—Arrastras la muerte contigo, bruja —escupe—. Y me da igual si el rey vive o muere. Sigues siendo mía. Haré de tu vida junto a mí un infierno.

Antes de que pueda responder, la lona de la tienda se aparta de golpe y Nairn irrumpe como una tormenta. Su presencia llena el espacio de inmediato, haciendo que incluso Drummond se tense.

—Solo te lo diré una vez más, MacKay. Suéltala.

Los ojos de Drummond chispean con una mezcla de rabia y desprecio mientras apunta un dedo hacia mí.

—¿Quién te ha nombrado paladín de esta mujer? —escupe, su tono cargado de veneno.

Nairn avanza un paso, lento, pero firme, hasta que queda lo suficientemente cerca como para que Drummond no pueda ignorarle.

—Es la hermana de Cormac Sutherland, mi aliado. Y, como cuñada de mi hermana, también tengo la obligación de garantizar su seguridad.

Drummond suelta una carcajada amarga, pero esta vez no tiene fuerza, como si incluso eso le costara.

—¿Protección? —repite, con los labios torcidos en una mueca—. ¿De qué, exactamente? ¿De mí?

—De tus decisiones —responde Nairn, sin un ápice de emoción en su voz—. No eres tú mismo, Drummond. Entiendo tu dolor, pero esto no te llevará a ninguna parte.

Las palabras caen como piedras en el suelo de la tienda. Drummond retrocede un paso, sus hombros cayendo ligeramente, como si el peso de la situación finalmente le alcanzara.

—No tienes idea de lo que es esto. He perdido a mi hermano. ¿Lo ves ahí? —Señala el cuerpo inerte en el catre—. Mi carne y mi sangre. Y tú vienes aquí a darme lecciones. —Su voz se rompe al final, apenas un murmullo.

—No he venido a darte lecciones —responde Nairn, su tono tan bajo que resulta peligroso—. He venido a asegurarme de que no arrastras a alguien más contigo mientras te ahogas en tu propia culpabilidad. Tú lo pusiste delante mientras tú te quedabas en la retaguardia.

Drummond da un paso hacia él, sus ojos ardiendo de rabia contenida.

—¿Te crees mejor que yo? ¿Más fuerte, más justo? ¿Es eso lo que piensas, Gunn?

Nairn no se mueve, no parpadea siquiera.

—No pienso en ti, MacKay. No me importas lo suficiente como para hacerlo. Pero no voy a quedarme quieto mientras llevas a una mujer inocente contigo.

—¡Inocente! —grita Drummond, girándose hacia mí con una furia que me congela en el sitio —. ¡Esta mujer es cualquier cosa menos inocente! ¡Es una bruja!

—Estás buscando alguien a quien culpar para no enfrentarte a la realidad. Tu hermano murió, igual que miles de hombres aquí, porque entramos en una batalla perdida desde el principio. Pero prefieres volcar tu rabia en ella.

—¡No hables de mí como si me conocieras!

—No te conozco, pero sí puedo ver a un hombre débil, incapaz de honrar la memoria de su hermano.

Por un momento, Drummond parece tambalearse, como si el peso de todo lo que lleva dentro lo estuviera aplastando. Pero entonces me mira de nuevo, con los labios temblando por la rabia.

—Esto es culpa tuya —dice, su voz baja pero cargada de veneno—. Todo esto. ¿Y sabes qué? Algún día, no quedará nadie que pueda salvarte de mí.

La amenaza se queda suspendida en el aire. Pero antes de que pueda decir algo, Nairn avanza un paso, colocándose entre él y yo.

—No lo escuches, Mairead. Sal de aquí. Ahora.

El tono de Nairn no es alto, pero su autoridad es innegable. Hago lo que me dice y salgo al exterior.

Nairn no me mira cuando sigue mis pasos, pero dice:

—Esto tiene que acabar.

Me detengo, incapaz de ignorar la dureza en su tono. Me vuelvo hacia él, mi corazón latiendo con fuerza en mi pecho.

—¿Qué tiene que acabar? —pregunto, esforzándome por mantener la calma en mi voz.

—Todo esto. —Hace un gesto con la mano, señalando hacia la tienda de Drummond, pero su mirada está fija en mí—. Ponerte en medio de situaciones que sabes que no puedes manejar.

Sus palabras me hieren más de lo que quiero admitir.

—No me pongo en medio de nada —replico, apretando los puños junto a mi cuerpo—. Él vino a buscarme, no al revés.

Nairn se cruza de brazos, su mirada inquebrantable, como si no creyera una sola palabra.

—Y, sin embargo, estás aquí. Siempre en el lugar equivocado, siempre atrayendo problemas.

—¿Es eso lo que piensas de mí? —pregunto, mi voz temblando ligeramente, aunque trato de mantenerme firme—. ¿Que soy una molestia, alguien que no hace más que complicar las cosas?

—Pienso que eres alguien que debería aprender a protegerse mejor —responde, sin rastro de suavidad en su tono—. Prometí a Cormac que velaría por ti mientras él no pudiera. Pero eso se acaba aquí, Mairead.

El peso de sus palabras cae sobre mí como una roca.

—¿Eso es lo que has estado haciendo? ¿Cuidarme porque te lo pidió Cormac?—La pregunta sale antes de que pueda detenerla, cargada de una rabia que no sabía que tenía dentro.

Por un instante, algo cruza su rostro, una chispa de algo que no puedo identificar. Pero desaparece tan rápido como llegó.

—Sí —responde al final, con una firmeza que me desarma.

Sus palabras son un puñal, y esta vez no intento ocultar la herida.

—No pedí tu ayuda, Nairn. Ni tu promesa.

—Lo sé. —Se inclina ligeramente hacia mí, sus ojos clavados en los míos—. Y yo tampoco la habría dado si no se tratara de Cormac.

La distancia entre nosotros parece hacerse más grande de repente, aunque ninguno de los dos se mueve. Quiero responder, gritarle que no tiene derecho a hablarme así, pero las palabras se quedan atascadas en mi garganta.

Finalmente, Nairn da un paso atrás, rompiendo la conexión entre nosotros.

—Mantente fuera de su camino, Mairead porque mi ayuda termina aquí.

Se da la vuelta y se aleja, su figura desapareciendo entre las sombras del campamento. Me quedo allí, con el pecho ardiendo de rabia, frustración y algo más que no quiero admitir.

Por supuesto que su ayuda termina aquí. Seguro que es agotador cargar con su sentido del deber a cuestas, como si fuese el único hombre en todo el campamento capaz de sostener la moral y la justicia con una mano mientras blande una espada con la otra.

Y luego estoy yo, la pobre y desvalida Mairead, siempre necesitando que la rescaten. ¿Qué sería de mí sin el gran Nairn Gunn, el hombre que, al parecer, hace favores a regañadientes? Oh, espera… a lo mejor seguiría exactamente en la misma posición en la que estoy ahora: tratando de evitar un matrimonio con un MacKay.

Por un instante, me pregunto cómo sería estar lejos de todo esto. No del campamento. Lejos de los hombres que creen tener derecho sobre mi vida, sobre mi destino, sobre si debo ser salvada o condenada.

Pero, claro… es solo un pensamiento fugaz. Porque por fuera, sigo siendo Mairead, la mujer callada que sabe cuál es su lugar.

CAPÍTULO 5



Cormac sigue pálido, pero sus ojos están abiertos y alerta, siguiendo cada movimiento de mis manos mientras ajusto las vendas en su abdomen.

—Ni siquiera sangras como un hombre normal —bromea Fingal, apoyado despreocupadamente contra uno de los postes de la tienda, con una sonrisa que no llega a suavizar la preocupación en sus ojos.

—Me esfuerzo por destacar —responde Cormac con un gruñido, aunque sus labios esbozan una mueca que podría ser algo parecido a una sonrisa.

—¿Quién más puede sobrevivir a esto solo para escuchar tus chistes, Fingal? —interviene Duncan, con un tono tan calmado como siempre, mientras ajusta la espada que cuelga de su cadera.

Miro a Duncan de reojo. Es una figura reconfortante incluso en medio del caos. Su presencia tranquila parece una fuerza anclada, algo que no debería ser posible en un lugar donde todo se desmorona.

Antes de que alguien pueda responder, la lona de la entrada se aparta, dejando entrar una ráfaga de aire cargado de humedad y el sonido de gritos y órdenes a lo lejos. Nairn entra seguido de Ewan, ambos con expresiones que no dejan lugar a dudas de que las cosas fuera están peor de lo que pensamos.

—El rey está muerto. Está confirmado —anuncia Nairn sin rodeos. Sus palabras caen como una losa.

Fingal, que estaba inclinado sobre una mesa revisando suministros, alza la vista de golpe.

Duncan frunce el ceño, su calma habitual quebrada por la gravedad de la noticia.

—¿Estás seguro? —pregunta Cormac, con un esfuerzo visible para mantenerse erguido en el catre.

—Lo he visto con mis propios ojos. No queda duda —responde Nairn con firmeza—. El Conde de Home ha tomado el mando y ordenado la retirada.

El silencio que sigue está cargado de tensión. Fuera, los gritos de los heridos y las órdenes apresuradas llenan el vacío.

—¿Qué hacemos? —interviene Duncan, siempre práctico.

—Huir —dice Nairn, tajante—. Los ingleses no tardarán en reorganizarse y perseguirnos. No podemos permitirnos quedarnos aquí.

—Cormac no está en condiciones de viajar —añado, incapaz de ocultar mi preocupación.

Nairn me lanza una mirada, su expresión dura como el acero.

—Debéis encontrar la forma de moverlo, Mairead. Y cuanto antes.

Su tono me golpea como un látigo, pero no tiene tiempo para consolarme. Sus propios hombres dependen de él, y aunque sus palabras duelan, sé que son ciertas. Sin embargo, antes de que pueda responder, Cormac habla con voz ronca.

—No voy a retrasar a nadie. Fingal, Duncan, llevaos a Mairead.

—¿Crees que vamos a dejarte morir aquí? —responde Fingal, su tono mordaz aliviando la tensión—. Haremos una camilla. No te preocupes, jefe. Si los ingleses nos alcanzan, me aseguraré de que al menos tú tengas un buen asiento.

Duncan suelta una risa baja, y por un momento, la oscuridad de la situación se aligera.

—¿Y qué hacemos con los demás heridos? —pregunto, mi voz más alta de lo que pretendía.

Los ojos dorados de Nairn se clavan en los míos, y aunque no dice nada de inmediato, puedo ver la decisión ya tomada.

—Nos llevamos a los que podemos —responde finalmente, su tono frío y decidido—. A los que no... les dejamos al cuidado de los que quieran quedarse.

—El tacto nunca ha sido tu fuerte, Gunn —murmura Duncan, mirando a Nairn con el ceño fruncido.

—No hay tiempo para tacto —responde este sin mirarle—. Aseguraos de reunir agua y comida para el viaje y de tomar rutas secundarias hacia Caithness, los ingleses estarán en las

principales.

—Nairn —interviene Ewan, mirando a su hermano mayor—. No podemos esperar mucho más.

Él asiente y, antes de irse, me observa una última vez.

—Mairead, haz lo que tengas que hacer para mantenerlo vivo, pero no os quedéis atrás.

Y con eso, sale de la tienda, dejando tras de sí una sensación de urgencia que cala en los huesos.

Duncan y Fingal trabajan rápidamente, improvisando una camilla con cuerdas y ramas fuertes. La tensión en la tienda es densa, pero sus bromas contienen el miedo.

—Siempre supe que terminaría cargando con él algún día —dice Fingal mientras ajusta mantas a la camilla—. Pero pensé que sería porque estaba borracho, no herido.

Cormac gruñe algo ininteligible, y por un momento, casi parece el mismo de siempre.

Mientras ellos trabajan, reúno los pocos suministros que puedo llevar conmigo: agua, hierbas curativas, vendas. Todo lo que necesitaré para mantener a mi hermano con vida durante el viaje.

Cuando la camilla está lista, Duncan se gira hacia mí, su expresión más seria.

—Esto no será fácil, Mairead. Pero lo sacaremos de aquí.

—No esperaba menos de vosotros —respondo, obligándome a mostrar una confianza que no siento.

Al salir de la tienda, el olor me golpea antes incluso de que mis ojos puedan captar lo que ocurre a mi alrededor. Es un hedor que se pega al aire, que se mete en la piel y no se va. Sangre, carne, tierra mojada. Toda la vida que el campo había contenido se ha convertido en una escena de pesadilla, una que no puedo apartar de mi mente, por mucho que lo intente.

La lluvia cae con fuerza, sin tregua, empapando todo a su paso y convirtiendo el suelo en un lodazal traicionero. Cada paso es un esfuerzo. Cada movimiento nos hunde más en el barro que ha sepultado hombres y sueños.

Veo cuerpos atrapados, brazos extendidos hacia el cielo como si hubieran intentado agarrarse a algo en sus últimos momentos. Quizá esperanza. Quizá un recuerdo.

El valle es una fosa abierta. Aquí no hay honor, no hay gloria. Solo el eco de los gritos que todavía parecen resonar entre las colinas. El pantano, que engulló a tantos durante los ataques finales, ahora se ha convertido en un cementerio abierto. Los soldados que intentaron huir

quedaron atrapados en el barro, sus cuerpos amontonados unos sobre otros, las manos aún aferradas a sus armas, aunque ya no las necesitan.

Un niño de no más de catorce años avanza con una lanza rota. Su cabello, apelmazado por lluvia y sangre, le cubre la frente. Sus pasos vacilan. Su mirada está vacía. Nadie lo detiene.

Una mujer se agacha sobre un cuerpo, abrazándolo con una intensidad que rompe algo dentro de mí. Su cabello está mojado, pegado a sus mejillas, y sus dedos se aferran con desesperación a los ropajes del hombre caído. Su esposo, pienso. Quizá su hijo. O ambos.

Me detengo en seco, incapaz de avanzar. Las lágrimas amenazan con salir, pero no quiero permitírmelo.

—No mires, Mairead. —La voz de Duncan es baja, con un filo de ternura.

—No puedo no mirar —murmuro, mi voz quebrándose al final.

Él suspira, su mano apoyándose brevemente en mi hombro antes de apartarse. Duncan siempre es protector, siempre trata de aliviar un peso que sabe que no puede cargar por mí.

Fingal aparece a mi derecha, su mirada está cargada de una tristeza que no necesita palabras.

—Esto es un infierno —dice, su voz apenas un susurro, como si temiera que alzarla fuera irrespetuoso con los muertos que nos rodean.

No puedo responder. Mis ojos se detienen en una mujer que arrastra un cuerpo pequeño, un niño. Está cubierta de barro hasta las rodillas, y su llanto es un sonido tan desgarrador que me hace apretar los puños. No sé si el niño está muerto o vivo, pero ella no parece dispuesta a dejarlo atrás.

—¿Adónde vamos? —pregunto finalmente, aunque siento que ya conozco la respuesta.

—Al norte. A casa —responde Fingal, sin mirarme.

Casa. Esa palabra parece un eco lejano. ¿Cuántos de los que quedan aquí podrán regresar a sus hogares? ¿Y qué les espera cuando lo hagan? Tierras vacías, familias incompletas, vidas rotas.

La lluvia arrecia, como si el cielo intentara limpiar lo que ha sucedido aquí, pero el lodo sigue subiendo, tragándose todo lo que encuentra a su paso. Paso junto a un soldado que yace boca abajo, su rostro sumergido en el barro. Su armadura brilla débilmente bajo la lluvia, pero no lo suficiente como para ocultar el desastre.

—Mairead. —La voz de Duncan me hace volver a la realidad. Me mira con esos ojos que siempre parecen saber más de lo que dicen.

—Esto no debería haber pasado.

—No —responde, su tono cargado de resignación—. Pero el rey decidió que su orgullo valía más que nuestras vidas.

La guerra no es lo que esperaba. Siempre supe que era cruel, que tomaba más de lo que daba. Pero esto… Esto es una masacre.

El camino al norte será largo. Tendremos que escondernos, huir por rutas secundarias y buscar refugio donde podamos. Pero lo peor no es eso. Lo peor es saber que este valle, con su barro y sus cadáveres, es un recordatorio de lo que sucede cuando un hombre poderoso olvida que el precio de sus ambiciones lo pagan otros.



Avanzamos en fila, tropezando sobre un sendero que apenas merece ese nombre. Cada paso se hunde en el barro, y la lluvia que cae sin cesar no hace más que empeorar la situación. Los restos del contingente Sutherland se mueven como espectros, sus rostros demacrados y sus cuerpos curvados por el peso de la derrota. Apenas somos quince, tal vez veinte, contando a los heridos que cargamos en camillas improvisadas.

El silencio es casi absoluto, roto solo por el chapoteo de las botas contra el lodo y algún que otro gemido de los hombres que llevamos. Fingal y Duncan van delante, cargando a Cormac entre ambos. Sus hombros, fuertes y acostumbrados al esfuerzo, parecen más pesados de lo habitual. No hay caballos; los que teníamos se sacrificaron para alimentar a los hombres hambrientos durante los días previos a la batalla. Ahora, nos movemos a pie, como reos condenados, nuestras sombras alargándose bajo la escasa luz que se filtra entre las nubes.

Cada giro nos lleva a una pendiente más empinada, donde las rocas sueltas amenazan con hacernos caer. Las manos me duelen por apretar la tela de mi capa; hace frío, un frío que se siente en los huesos, y la humedad no ayuda.

Alzo la vista y veo a Nairn no lejos de nuestra posición. Va al frente de su grupo. Los Gunn han perdido tanto como nosotros, pero él no lo muestra. Sus hombros están rectos, su paso firme. Incluso desde aquí, puedo notar la tensión en su postura, como si cada uno de sus músculos estuviera alerta.

Gira ligeramente la cabeza, su mirada barre el grupo que lleva detrás y, por un breve instante, se detiene en mi dirección. Es tan rápido que podría habérmelo imaginado. Pero una parte de mí sabe que no fue así.

—¿Cómo vas? —La voz de Duncan me saca de mis pensamientos. Está junto a mí, con una sonrisa cansada, pero aún amable.

—Voy. —Mi respuesta es breve, porque no tengo fuerzas para más.

—Si te caes, te llevaremos también en una camilla —bromea, aunque su tono tiene un toque de preocupación.
—Eso no hará más que ralentizarnos. —Intento sonreír, pero sé que no lo consigo.

Delante, Fingal gruñe algo ininteligible mientras ajusta su agarre en la camilla de Cormac.

—No te preocupes, Mairead. A este ritmo, llegaremos a casa para la próxima cosecha. —Su sarcasmo es un intento evidente de aliviar la tensión, pero nadie responde.

A medida que avanzamos, los cuerpos se encorvan y el barro nos lastra, volviendo cada paso más pesado. Algunos hombres se tambalean, obligados a detenerse.

Las colinas se extienden hasta el horizonte, salpicadas de bosques y rocas que nos observan en silencio.

Pienso en los que quedaron atrás, en los hijos que nunca entenderán su ausencia, en los que aún caminan junto a mí, buscando sentido a lo que queda de nosotros.

La guerra no nos hizo héroes. Solo nos enseñó cuán frágiles somos y lo fácil que es perderlo todo.

CAPÍTULO 6



La lluvia sigue cayendo como si pretendiera borrar la huella de nuestra derrota. A mi lado, Ewan no para de hablar, soltando su habitual mezcla de sarcasmo y resignación.

—¿De verdad crees que el monasterio de Arbroath va a abrirnos las puertas como si fuéramos peregrinos en busca de redención? Porque, hasta donde sé, lo más cerca que hemos estado de la piedad fue cuando robamos la última ofrenda en Caithness.

Lo ignoro. Ewan siempre ha tenido el don de hablar por los codos, pero ahora no tengo paciencia para sus tonterías. Mis pensamientos están en otro lado.

Detrás, los Sutherland avanzan a duras penas, llevando a Cormac en una camilla improvisada.

Y ella.

Mairead camina a su lado, con la cabeza baja y los hombros tensos. Su falda está cubierta de barro, y sus manos están rojas por el esfuerzo de limpiar y cuidar heridas que nadie más quería tocar. Hay algo en su determinación que me inquieta. Algo que me hace desviar la mirada antes de que mis pensamientos vayan demasiado lejos.

Ewan me da un codazo.

—Ahí está otra vez. Esa cara de perro rabioso. ¿Qué te pasa ahora?

—Concéntrate en mantener a los hombres en fila —gruño, sin molestarme en explicar nada.

Cuando divisamos las torres del monasterio de St. Toran entre la niebla, dejo escapar un suspiro que no sabía que estaba conteniendo. El edificio no es tan imponente como recordaba, pero su ubicación en la colina lo hace parecer un castillo en comparación con la miseria del

campo.

—Voy a necesitar un hombre que avise a los Sutherland —digo, girándome hacia Ewan—. Diles que buscaremos refugio aquí.

Él frunce el ceño, pero no discute. Es uno de los pocos momentos en los que su boca no suelta un comentario sarcástico, lo cual me preocupa más de lo que me alivia.

Cuando alcanzamos las puertas del monasterio, golpeo con fuerza. El sonido resuena en el aire húmedo, y me cruzo de brazos mientras espero. No tarda mucho en aparecer un monje delgado, con el rostro pálido y la mirada llena de recelo.

—¿Quiénes sois? —pregunta, su tono cortante.

—Gente que necesita amparo —respondo, sin darle más detalles.

El monje duda, pero cuando ve el estado de mis hombres, suspira y asiente.

—Entrad. Pero mantened la paz. Este es un lugar santo.

—Haremos lo necesario para que lo siga siendo.

Cuando cruzamos las puertas, la sensación de alivio es casi palpable. Pero no hay tiempo para relajarse. Dirijo a mis hombres hacia una esquina del patio principal, lejos de los heridos que ya están allí. Los Sutherland llegarán pronto, y el espacio es reducido.

Miro hacia Mairead una vez más cuando llegan y esta vez no aparto la vista. La veo hablando con Duncan y Fingal, con los ojos llenos de algo que no puedo descifrar. Tristeza, tal vez. O rabia.

Ewan se detiene junto a mí, cruzando los brazos.

—¿Sabes? Si sigues mirándola así, cualquiera pensaría que te importa.

—Cállate, Ewan. Solo hago honor a una promesa.

Él ríe entre dientes, pero no dice nada más.

Cuando vi a Mairead por primera vez junto a su hermano en el camino a la guerra, no pude evitar pensar que alguien había perdido la cabeza. Era como colocar una flor en medio de un campo de espinos, esperando que sobreviviera sin marchitarse.

Ella siempre ha sido... diferente.

Una sombra tranquila en el castillo de los Sutherland, siempre con un libro en las manos o cuidando de algún accidentado en las cocinas sin mucho ruido. Callada, sí, pero no sumisa. Había algo en la forma en que se movía, con pasos ligeros aunque decididos, como si no

quisiera llamar la atención, pero tampoco aceptara que la ignoraran. Una contradicción con falda.

Cuando Cormac apareció con ella aquella mañana, mi primera reacción fue incredulidad. ¿Mairead, la reservada Mairead, marchando hacia la guerra? Había algo casi absurdo en la imagen. Sus hombros tensos, su mirada fija en el horizonte como si supiera exactamente lo que hacía, mientras el resto del mundo parecía tambalearse.

—¿Qué hace ella aquí? —recuerdo haberle preguntado a Cormac, apartándolo unos pasos de su grupo.

—Está aquí porque quiso venir. —Su tono no admitía discusión, pero eso no bastó para mí.

—¿Y tú se lo permitiste? —Mi incredulidad rozaba la burla—. No creí que fueras de los que aceptan decisiones así sin pelear.

Cormac solo me devolvió una mirada cargada de paciencia y algo más, una mezcla de orgullo y exasperación que rara vez mostraba.

—Ella está buscando su lugar.

En ese momento, no supe si Cormac lo decía con resignación o con certeza, pero ahora, al verla entre los heridos, moviéndose con una determinación casi inhumana, sin titubear, sin pedir permiso ni aprobación, lo entiendo.

Si buscaba probarse a sí misma, lo está haciendo.

Si intentaba ser invisible, ha fracasado por completo.

Ewan, como siempre, interrumpe mis pensamientos.

—Mira tú, nunca pensé que la guerra te volvería sentimental.

Su sonrisa es pura provocación, disfrutando de ver hasta dónde puede molestarme antes de que pierda la paciencia.

Le lanzo una mirada impasible antes de responder, seco:

—Estoy calculando cuántas veces más vas a interrumpirme antes de que me canse de escucharte.

Ewan suelta una carcajada breve y sacude la cabeza.

—Claro, hermano. Y yo estoy calculando cuánto falta para un buen whisky.

Le ignoro, porque no tengo ganas de entrar en sus juegos.

Mis ojos vuelven a Mairead. Está inclinada sobre un soldado herido, concentrada, con las manos firmes y seguras, como si cada movimiento estuviera calculado de antemano. No debería sorprenderme, pero lo hace. No porque dude de su capacidad, sino porque nadie más parece haberlo visto antes.

Nunca fue una flor en un campo de espinos.

Los demás solo ven a la viuda callada, la mujer discreta que nunca alza demasiado la voz. Pero yo sé que hay más. Lo he sabido desde el principio.

El mundo ha sido injusto con ella, la ha mantenido enjaulada, esperando que se conforme con el espacio que le han dado.

Pero yo sé lo que oculta debajo de toda esa calma contenida. Lo sentí en sus labios cuando la besé. La pasión que intenta sofocar, el fuego que no le han permitido arder.

Sé que no debería haberlo hecho sin detenerme a pensar en lo que ella realmente quería, pero una parte de mí no puede arrepentirse del todo.

Creo que el día que deje de ocultarse, sorprenderá a todos.

Tal vez, incluso a sí misma.



El sonido de botas pesadas y murmullos apagados llena el patio del monasterio.

Levanto la cabeza, pero lo sé antes de que Ewan hable.

—Los MacKay están aquí.

Miro hacia las puertas, donde un grupo de hombres maltrechos cruza el umbral bajo la lluvia persistente. Avanzan como espectros, cubiertos de barro y sangre, arrastrando los pies sobre el terreno embarrado. Las cruces rojas de su tartán son inconfundibles, incluso desdibujadas por el agua y la suciedad. Entre ellos, destacando como una maldición andante, está Drummond MacKay.

—Perfecto —mascullo entre dientes, apretando la mandíbula hasta que un dolor sordo se extiende por mis sienes.

—No hay escapatoria, ¿eh? —comenta Ewan a mi lado, cruzándose de brazos con esa

expresión socarrona que me irrita más de lo que debería—. Parece que el destino tiene un extraño sentido del humor.

—No es el destino. Es el maldito camino al norte —respondo con brusquedad. No necesito recordatorios del desastre que se avecina.

Desde donde estoy, veo cómo los monjes se apresuran a recibir a los MacKay. Aunque mantienen la compostura, hay tensión en cada movimiento. Saben tan bien como yo que este no es un refugio; es un polvorín esperando una chispa.

Mi mirada busca instintivamente a Mairead. La encuentro junto a Duncan y Fingal, atendiendo a Cormac. Por un momento, su postura parece relajada, pero cuando su atención se desvía hacia las puertas, la veo tensarse. Sus ojos se fijan en los MacKay, y su expresión cambia. No es miedo, pero tampoco es indiferencia.

—¿Crees que Drummond volverá a hacer el imbécil? —pregunta Ewan, esta vez con seriedad.

—Siempre lo hace —respondo, sin apartar la vista de Mairead. El recuerdo de Drummond agarrándola en el campamento, su tono amenazante, vuelve a mi mente con una claridad desagradable.

Los MacKay comienzan a ocupar una sección del patio, no muy lejos de nosotros. Demasiado cerca para mi gusto. Me aseguro de que mis hombres estén atentos, aunque agotados, y lanzo una mirada a Duncan y Fingal. Ellos captan la señal al instante, posicionándose de manera que bloqueen la línea directa entre Drummond y Mairead.

Ewan resopla, rompiendo el silencio.

—¿Qué pasa por esa cabeza tuya? —pregunta Ewan, deteniéndose a mi lado. Su tono es ligero, pero su mirada está fija en Drummond, igual que la mía.

—Que el rey está muerto, pero su orden aún respira.

Ewan resopla, cruzándose de brazos.

—¿Quién se preocupa por eso ahora mismo?

—Él lo hace. —Inclino la cabeza ligeramente hacia Drummond, que ahora está de pie junto a sus hombres, observando a Mairead con intensidad.

Ewan me lanza una mirada rápida, como si intentara medir mi reacción, y luego sacude la cabeza.

—Siempre pensé que las órdenes reales morían con el rey.

—No siempre. Y Drummond lo sabe. —Aprieto los puños, pero mi voz sigue siendo firme—. Este matrimonio fue ordenado para consolidar una alianza. Mientras quede un líder dispuesto a mantener esa política, Drummond tendrá un pretexto para reclamarla.

Ewan se ríe entre dientes, una risa baja, como si el cansancio también lo estuviera alcanzando.

—La Sutherland no tiene suerte, ¿eh? Primero la obligan a casarse con Kester, que la trató como si fuera un trapo que alguien más había dejado en su camino. Y ahora Drummond, que no solo no la quiere, sino que parece odiarla.

—La mayoría de los matrimonios no tienen nada que ver con el amor —replico, cruzando los brazos sobre el pecho. Mi tono es más cortante de lo que pretendía.

Ewan me lanza una mirada burlona, ladeando la cabeza.

—Lo sé. Créeme, lo sé. Pero hay algo que decir sobre no sentir que tu esposo quiere verte colgada de un árbol, ¿no crees?

Esa imagen me golpea más fuerte de lo que esperaba. Drummond no es precisamente un hombre conocido por su paciencia o su bondad.

—Kester tampoco la quería —añade Ewan, encogiéndose de hombros—. Pero al menos él no la habría maltratado. No me sorprendería que Drummond intentara romperla, solo por el placer de hacerlo.

—No debería preocuparnos. Lo que haga o deje de hacer Drummond con ella no es asunto nuestro —gruño, tratando de cortar la conversación.

Mi mirada se queda fija en Mairead. Su cabello oscuro, empapado por la lluvia, cae en mechones rebeldes alrededor de su rostro. Incluso así, sin el más mínimo esfuerzo por cuidarlo, parece tan suave como la seda, un contraste que me resulta casi irritante en este entorno de barro y sangre. Sus ojos, de un gris tempestuoso, son un reflejo inquietante de los de su hermano. Pero mientras en Cormac esa mirada parece un desafío constante al mundo, en ella hay algo distinto: un abismo que oculta más de lo que deja entrever.

Tiene las mejillas pálidas por el frío y el agotamiento, pero su belleza sigue siendo innegable, incluso aquí, entre los horrores que nos rodean. Es una belleza contenida, silenciosa, como si no quisiera ser vista, como si quisiera fundirse con las sombras. Pero es imposible ignorarla. Hay algo en su porte, en la forma en que sus labios se presionan en una línea fina mientras trabaja, que exige atención. Parece tan frágil como una rama al borde de romperse, pero hay una fuerza en ella que es más dura que cualquier acero.

Mientras la observo, una parte de mí se pregunta si ella es consciente de cómo afecta a quienes la rodean. Porque no es solo su belleza lo que atrae las miradas; es su presencia, esa mezcla de vulnerabilidad y fortaleza que parece desafiar las expectativas de todos.

Y sin embargo, no puedo evitar pensar en lo que la espera si Drummond se sale con la suya. La imagen de esas manos cuidadosas y firmes atrapadas en el matrimonio con un hombre como él me pone un nudo en el estómago que no sé cómo deshacer.

Aparto la vista antes de que esos pensamientos se adentren en territorios que no tengo derecho a explorar. Esto no me concierne. Ella es la hermana de Cormac, su problema, no el mío. Pero, por mucho que lo intente, no puedo sacarme de la cabeza el contraste entre su delicadeza y la brutalidad del mundo al que pertenece.

Ewan deja escapar una risa baja, cargada de esa malicia ligera que parece su especialidad.

—Se dice que Kester ni siquiera consumó el matrimonio con ella —comenta, inclinándose hacia mí como si compartiera un secreto que espera que valore—. Lo que significa que la pequeña Sutherland sigue siendo más pura que una monja recién ordenada. Aunque, claro, igual eso fue lo que espantó a Kester. Nunca fue exactamente un experto en lidiar con lo delicado.

La idea me golpea con más fuerza de la que debería. ¿Es cierto? ¿Kester nunca la tocó? ¿La tuvo a su alcance, bajo su nombre, y no reclamó lo que le correspondía como esposo? Es una posibilidad que me resulta tan intrigante como absurda. Kester era muchas cosas, pero no un hombre que se privara de tomar lo que quería.

Ewan no me da tiempo para procesar.

—Y ahora Drummond está frotándose las manos como un carnicero antes de cortar la carne. Se jacta de que la tomará, aunque sea a la fuerza, que una mujer no le va a negar lo que le pertenece. —Su sonrisa desaparece por un instante, reemplazada por una mueca de desdén

Mi mirada se vuelve hacia él, afilada, pero él levanta las manos en un gesto de fingida inocencia.

—Solo repito lo que he oído, hermano. Ya sabes cómo son los MacKay: más boca que cerebro. Aunque... —Hace una pausa, dejando que la frase cuelgue en el aire con su típico dramatismo exagerado—…no dudo de que Drummond cumplirá sus amenazas.

La risa de Ewan es más un susurro esta vez, pero el brillo en sus ojos es inconfundible. Siente rabia.

—Aunque, claro, hasta en sus mentiras tiene que exagerar. Seguro presume que la tiene tan grande como una espada. Aunque, siendo sinceros, apuesto que no es nada comparado con lo

que tú escondes.

—¿Quieres que resolvamos eso aquí y ahora, Ewan? —gruño, mi voz baja, cargada de advertencia.

Él levanta las manos con una sonrisa más amplia, como si mi reacción le divirtiera más que cualquier otra cosa.

—Tranquilo, tranquilo. No hace falta. Solo intento hacer esto más llevadero. —Su tono es despreocupado, pero su mirada tiene ese destello pícaro que nunca desaparece—. Aunque, si te lo planteas, igual sacamos apuestas. La tropa necesita algo de entretenimiento.

Le lanzo una mirada de advertencia, pero él sigue hablando, como si el barro en el que estamos hundidos no fuera suficiente miseria.

—Vamos, Nairn. No te hagas el modesto. Todo el clan sabe que cuando decían que los Gunn eran grandes hombres, no hablaban solo de la altura.

Mi ceño se frunce, pero no puedo evitar la risa seca que escapa de mis labios.

—¿Eso te dijeron a ti? Qué curioso. Porque estoy bastante seguro de que a ti nunca te lo mencionaron.

Ewan se lleva una mano al corazón, fingiendo estar ofendido.

—¡Qué crueldad! ¿Y yo que siempre hablo tan bien de ti? Pero, ahora que lo pienso, quizás no te imaginas lo incómodo que es cargar con la sombra de un hermano que, según todos, es perfecto en... bueno, todo.

—Perfecto no sería la palabra que usaría para mí, Ewan.

—Ah, claro —responde, recuperando el equilibrio con una sonrisa descarada—. Porque la perfección sería demasiado obvia para ti. Prefieres que te vean como el héroe estoico, el tipo que no sonríe, que siempre sabe lo que hace.

—Y tú prefieres ser el bufón —le replico, ladeando la cabeza—. Supongo que a cada uno lo suyo.

Ewan se ríe de nuevo. La conversación podría continuar, pero un movimiento delante de nosotros llama mi atención. Mairead gira ligeramente la cabeza como si hubiera captado algo de nuestra charla. Sus ojos grises se encuentran con los míos durante un segundo, antes de que vuelva a centrar su atención en su hermano.

Ewan, por supuesto, lo nota.

—Y ahí está otra vez —dice en voz baja, inclinándose hacia mí—. Esa mirada tuya, Nairn. No sé si es que quieres salvarla, consolarla o devorarla.

—Ewan —le advierto, sin apartar la mirada del camino—. No sigas.

—Oh, tranquilo. Solo estoy diciendo que, con el historial de esa pobre mujer, igual una distracción no le vendría mal. Pero claro, eso sería demasiado complicado para ti, ¿no?

Me niego a responder.

CAPÍTULO 7



Los monjes nos guían con paso firme, con la prisa de quien prefiere tratar con libros y rezos antes que con hombres armados y cubiertos de barro. No los culpo. Pocas cosas en este mundo son más impredecibles que un grupo de guerreros cansados y hambrientos. Cormac va en la camilla, cargada por Fingal y Duncan, que avanzan con esfuerzo aunque sin una sola queja.

Su rostro está pálido, perlado de sudor, pero sus ojos están abiertos, clavados en algún punto indeterminado del techo del pasillo de piedra. Cada movimiento parece enviarle una punzada de dolor, pero no dice nada. Mi hermano nunca admitirá debilidad, incluso cuando su cuerpo ya no pueda sostener su orgullo.

El monje se detiene frente a una puerta de madera sencilla, marcada con una cruz tallada que el tiempo ha desgastado.

—Podéis dejar al herido aquí —dice, con la voz neutra de quien está acostumbrado a recibir hombres al borde de la muerte. Su mirada se desvía levemente hacia mí antes de añadir—: Tenemos otra celda para la mujer, si quiere.

—Gracias —respondo rápidamente.

Fingal y Duncan maniobran la camilla con cuidado, entrando en la pequeña habitación. Les sigo de cerca, sintiendo el peso de la responsabilidad como una losa en mis hombros. Cormac es mi hermano, pero también es el líder de los Sutherland. Su caída afecta a más personas de las que puedo contar, y todos parecen mirarme a mí para decidir qué hacer, como si yo tuviera las respuestas.

La celda es austera, con una cama de madera sencilla cubierta por una manta de lana áspera. El aire aquí es más seco, pero todavía frío, y hay un candelabro de hierro en una esquina, con una

vela que apenas ilumina las sombras.

—Déjalo ahí, Duncan —indico, señalando la cama.

Con movimientos precisos, colocan a Cormac sobre el lecho, y él reprime un gruñido que me hace apretar los dientes. Me acerco para ajustar las mantas sobre su cuerpo, intentando no pensar en lo frágil que se ve en este momento. Este no es el hombre imponente que siempre he conocido. Este es alguien al borde de romperse.

—¿Qué más necesitas? —pregunta Fingal, su voz baja, como si temiera despertar a algún espíritu que habita en estas paredes.

—Encárgate de reunir a los hombres en el refectorio —le digo—. Y asegúrate de que nadie toque nada que no sea suyo. Los monjes ya tienen suficiente con lidiar con nosotros. Yo iré ahora a revisar a los heridos.

Cormac me observa desde la cama con una expresión entre agotada y curiosa. Sus ojos grises, tan parecidos a los míos, me siguen mientras me muevo por la celda, comprobando que todo esté en su lugar y ajustando las mantas sobre él. Fingal y Duncan ya han salido, dejándonos solos, y el silencio en el aire pesa tanto como mis propios pensamientos.

—Hablas como una auténtica líder —dice de repente, su voz ronca, como si cada palabra le costara un esfuerzo que no está dispuesto a admitir.

Me detengo y le miro, sorprendida por el comentario.

—No digas tonterías. Solo intento asegurarme de que todos estén donde deben estar —respondo, tratando de restarle importancia.

Pero Cormac no aparta la mirada. Hay algo en su expresión, una mezcla de orgullo y tristeza, que me hace sentir como si estuviera viendo más allá de mi fachada.

—No, lo digo en serio, Mairead. —Su tono es bajo, pero firme—. Siempre has tenido esa fuerza. Si las cosas hubieran sido diferentes… Habrías manejado las riendas del clan con mano firme y sabia. Lo sé.

La amargura en sus palabras es inconfundible, y me duele más de lo que debería. Porque en otro tiempo, en otro lugar, tal vez él habría tenido razón. Pero aquí y ahora, soy solo su hermana. Una pieza más en el tablero del que él siempre ha sido el jugador principal.

—Eso nunca fue una opción, Cormac —le respondo, intentando que mi voz no tiemble—. Lo sabes tan bien como yo.

—Pero debería haberlo sido —insiste, y sus ojos se entrecierran como si le molestara más de

lo que está dispuesto a admitir—. En lugar de eso, tuve que verte casada con ese malnacido de Kester. Y ahora… —Hace una pausa, dejando que sus palabras cuelguen en el aire como una sombra—. Ahora te quieren encadenar a otro.

—El rey ha muerto —respondo rápidamente, como si eso pudiera cambiarlo todo—. Su orden ya no tiene validez. Drummond no puede obligarme a nada.

—Eso es lo que quieres creer, Mairead. Pero sabes que no es tan simple. —Cormac niega con la cabeza, cerrando los ojos por un momento como si le doliera más el tema que la herida que lleva en su costado—. Incluso sin un rey, los acuerdos entre clanes son tan sólidos como el hierro. Y Drummond… —Su voz se endurece al pronunciar su nombre—. Ese hombre no se rendirá. No por las buenas.

Un escalofrío recorre mi espalda, pero no quiero que él lo note.

—¿Y si encuentro una forma de evitarlo? ¿Me apoyarías? —susurro, aunque no estoy segura de si intento convencerle a él o a mí misma.

Cormac abre los ojos y me mira con una mezcla de preocupación y algo que no alcanzo a descifrar del todo.

—No quiero que cargues con esto sola, Mairead. Pero, si alguien puede encontrar una salida a esta situación, esa eres tú.

Cormac suspira profundamente, como si el peso de la conversación le estuviera robando el poco aliento que tiene.

—Pero tendrá que ser una salida que no perjudique al clan ni ponga en peligro tu vida o tu integridad —añade con voz grave, su mirada clavándose en la mía como si intentara transmitirme toda la seriedad de sus palabras.

—Huiré —respondo casi sin pensar, aunque en mi interior sé lo absurdo que suena—. Me alejaré de Dunrobin, de Drummond, de todo esto.

—No, eso no es viable, Mairead —dice, su tono firme, cortante—. Drummond te dará caza como a un conejo, y si te encuentra, tu situación será mucho peor. Ese hombre no olvida, y su orgullo no le dejará pasar una afrenta como esa.

Aprieto los labios, mi frustración creciendo con cada palabra suya.

—Entonces, ¿qué sugieres? ¿Qué opción tengo?

Cormac me observa en silencio durante un momento que parece eterno, antes de inclinar ligeramente la cabeza hacia un lado.

—Podría casarte con Duncan.

Mis ojos se abren de par en par ante la sugerencia.

—¿Duncan? —pregunto, con incredulidad.

—Dios sabe que él siempre te ha mirado de forma especial —responde Cormac, su tono calmado pero cargado de intención—. Y sería bueno contigo. Es leal, fuerte y un hombre que respeta sus votos.

—Pero… —intento replicar, aunque él ya está levantando una mano para detenerme.

—Pero con él no tendrías el respaldo de su nombre ni de su familia —admite con un suspiro pesado—. Nada detendría a los MacKay de deshacerse de él y llevarte con ellos. Drummond no se detendría ante Duncan. Su familia tampoco tiene la fuerza o la influencia para protegerte.

Me quedo en silencio, mis manos tensándose en el regazo mientras intento procesar sus palabras. Cada opción que propongo parece cerrarse tan rápido como se abre, dejándome atrapada en un círculo sin salida.

—Mairead… —Cormac se inclina ligeramente hacia mí, con los ojos llenos de una mezcla de preocupación y determinación—. Hay una solución más.

No responde al instante, como si lo que estuviera a punto de decir fuera algo que le cuesta admitir incluso a él.

—¿Cuál? —insisto, sintiendo un nudo formarse en mi estómago.

—Nairn.

El nombre queda suspendido entre nosotros, denso, inevitable.

—¿Nairn? —repito, casi en un susurro.

—Es un Gunn —responde Cormac, su voz baja pero clara—. Su clan tiene suficiente peso para plantar cara a los MacKay. Incluso Drummond no se arriesgaría a desatar una guerra con ellos.

Mi mente comienza a girar, considerando las implicaciones de lo que dice, pero también recordando el rostro de Nairn, su mirada intensa y los roces accidentales.

—¿Crees que aceptaría? —pregunto, aunque no estoy segura de qué respuesta quiero oír.

Cormac deja escapar un suspiro profundo, su pecho subiendo y bajando con esfuerzo.

—No lo sé, Mairead. Él es un misterio para mí. Nunca sé qué está pensando o planeando. Nairn Gunn no es como nosotros, Mairead. Ni siquiera como otros que conozcas. Nairn no

parece actuar por emociones, sino por una brújula interna que no se deja desviar por nada ni por nadie. Cuando vino conmigo para liberar a Lilias, no me ofreció una alianza. Me dejó claro que iba a juzgar la situación. No era mi hermano en armas; era un juez, dispuesto a decidir si Lilias debía quedarse conmigo o con Kester. —Su mirada se oscurece, y noto la tensión en su mandíbula—. Me lo dijo claramente: si encontraba una razón para pensar que Lilias estaba mejor con Kester, habría luchado contra mí por eso.

—Pero no lo hizo —digo, mi voz baja, tratando de encontrar sentido a lo que Cormac me cuenta.

Él asiente, su mirada perdida en algún punto de la pared de piedra.

—No, porque vio desde el principio algo que yo no era capaz de ver, que Lilias me había elegido a mí mucho antes. —Su tono se suaviza apenas, dejando entrever un destello de emoción que rara vez muestra—. Y Nairn respeta eso, Mairead: la elección. Pero, más que nada, respeta lo que él considera correcto. Es por eso que estoy seguro de que, si decides pedirle su protección, no lo hará por mí, ni siquiera por ti, sino porque… Ay, demonios. Es impredecible. No sé qué haría.

Hace una pausa, y su mirada se desvía momentáneamente hacia la ventana pequeña de la celda, donde la lluvia sigue golpeando el vidrio con fuerza. Cuando vuelve a mirarme, hay una determinación sombría en sus ojos.

—No voy a mentirte: no sé qué piensa de ti. Nairn es un muro, incluso para alguien como yo. Si consigues arrancarle la promesa de que te protegerá, lo hará hasta las últimas consecuencias.

Las palabras son claras, pero mi mente se queda atrapada en una maraña de dudas. Porque arrancarle una promesa a Nairn Gunn suena más complicado que cruzar un campo de batalla ilesa. Y aun si lo consigo, ¿qué significa eso para mí? Para él.

Cormac parece leer mis pensamientos y añade, su voz más suave:

—No voy a obligarte a nada, Mairead. Esto es tu decisión.

—Hablaré con él —digo al fin, aunque la idea me hace temblar por dentro. Porque pedir algo a un hombre como Nairn no es un acto sencillo, ni mucho menos seguro.

Cormac asiente con lentitud, como si aprobara mi decisión, aunque el peso en su rostro no desaparece.

—Sé cuidadosa, Mairead. Nairn no es un hombre que se convenza fácilmente. Pero si lo logras, él podrá protegerte de Drummod MacKay.

Sus palabras deberían darme fuerza, pero lo único que siento es el vértigo de lo que está por venir. Porque, aunque me cueste admitirlo, no solo me asusta la posibilidad de que Nairn se niegue. Me asusta también la posibilidad de que acepte.

Dudo por un instante, pero entonces lo miro y murmuro:

—Tú ya le arrancaste una promesa.

Cormac frunce el ceño.

—¿Qué?

—Tú le pediste que me protegiera en Flodden.

Su expresión se congela.

—¿Te dijo él eso?

Lo miro directamente a los ojos.

—Me lo dijo todas las veces que acudió en mi ayuda cuando Drummond se puso pesado o violento.

Por un momento, el desconcierto en su rostro es absoluto. Luego, algo cambia. Su boca se curva en una sonrisa lenta, cargada de incredulidad y diversión.

—Impredecible —murmura, casi para sí mismo—. Por supuesto. Nada en él es predecible.

CAPÍTULO 8



El refectorio está abarrotado. Cada rincón del amplio salón de piedra parece ocupado por cuerpos exhaustos, hombres heridos o simplemente derrotados por la carga de la batalla. El aire es denso, una mezcla de sudor, sangre y el humo de las velas que parpadean en sus candelabros de hierro, proyectando sombras irregulares en las paredes desnudas. Los murmullos son constantes, salpicados por algún quejido de dolor que rasga la monotonía.

Voy de un lado a otro, mi falda rozando el suelo sucio, atendiendo a los que necesitan ayuda. Los Sutherland y los Gunn se mezclan sin demasiados problemas, pero los MacKay son una historia diferente. No es solo la rivalidad entre clanes; es algo más personal. Y yo soy el blanco fácil.

Me arrodillo junto a un joven Sutherland que tiembla bajo una manta. Su rostro está pálido, sus labios agrietados. Le limpio la frente con un paño húmedo y murmuro algo tranquilizador. Fingal, cerca, bromea con él mientras ajusta otra manta sobre los hombros de un hombre mayor.

—No todos tienen el privilegio de ser cuidados por Mairead Sutherland —dice con su sonrisa habitual—. Aguanta, muchacho. Podrás presumir de esto cuando vuelvas a casa.

El joven sonríe débilmente, y siento un pequeño alivio al ver que su respiración se vuelve más estable. Me levanto y busco el siguiente rostro necesitado. Sin embargo, antes de que pueda llegar al herido su voz áspera me detiene.

—No me toques, bruja.

El tono, cargado de desprecio, viene de un MacKay al que le falta un brazo y tiene el muñón cubierto con una venda empapada de sangre. Sus ojos oscuros me observan con odio, como si mi mera presencia fuera una ofensa.

—Ya bastante desgracia he tenido como para que me maldigas aún más.

La palabra me golpea como un látigo. Respiro hondo y mantengo la expresión impasible, pero mis dedos se crispan sobre la tela de mi falda. Estoy acostumbrada a esto. Demasiado acostumbrada.

—Como quieras —respondo, mi voz helada. Me giro para irme, pero su compañero, otro MacKay con menos filtro, lanza una carcajada.

—A mí no me importa que me toque —dice, su tono cargado de burla—. Aunque preferiría que fuera en otro sitio.

Unas risas roncas resuenan a mi alrededor, como ecos que rebotan en las paredes de piedra. El calor sube a mis mejillas, no por vergüenza, sino por la furia contenida. No me detengo. No les doy la satisfacción de reaccionar. Pero entonces, la voz de Drummond corta el aire, rasposa y cargada de una crueldad calculada.

—Callaos, idiotas.

Por un momento, casi creo que ha decidido frenarlos. Hasta que su mirada se cruza con la mía y entiendo la verdadera razón de su intervención.

No lo ha hecho para protegerme. Lo ha hecho para asegurarse de que su espectáculo favorito continúe sin interrupciones.

—No creo que quiera tocaros, muchachos. Está reservándose para alguien más… importante.

«Claro. Una dama siempre sueña con ser reservada como si fuera un jabalí en el mercado, esperando a que su comprador decida cuándo meterle el cuchillo».

El asco que siento no tiene nada que ver con las palabras en sí, sino con el deleite viscoso con el que las pronuncia, por el modo en que me observa, como si ya fuera algo suyo.

Antes de que pueda decir nada más, una figura alta se pone en pie desde el lugar en que estaba sentado.

Nairn.

Su presencia es como una ráfaga de aire frío, y la atención de la sala parece desplazarse hacia él de forma automática. Su mirada pasa rápidamente por todos los presentes antes de detenerse en mí. Por un instante, siento que el mundo se detiene, pero él no dice nada. Simplemente camina hacia el otro extremo de la sala, su postura relajada pero cargada de autoridad.

Y, como si su mera presencia hubiera cambiado algo en el ambiente, los murmullos y las risas se apagan lentamente.

Cormac tiene razón. Él es el único que puede protegerme y liberarme de Drummod. Pero, ¿cómo se lo planteo?



Al caer la noche, decido que no puedo posponerlo más. Sé que está en su habitación o celda, y que probablemente esté tan agotado como todos los demás. Pero si espero, si dejo que mi miedo me paralice, perderé la oportunidad. Y no puedo permitírmelo.

Al llegar a la puerta, dudo. Mi mano, que hasta hace un segundo sostenía firmemente la lámpara, comienza a temblar. Respiro hondo, tratando de calmar el torrente de pensamientos que se acumulan en mi mente. No puedo flaquear ahora.

Sin embargo, antes de que pueda golpear, oigo pasos acercándose por el pasillo. Mi pecho se encoge de puro pánico. Si alguien me ve aquí, sola frente a la habitación de Nairn Gunn, el escándalo será inevitable.

Sin pensarlo dos veces, abro la puerta y entro rápidamente, cerrándola tras de mí con un golpe sordo.

—¿Qué demonios...?

La voz profunda de Nairn corta el aire, y mi mirada se levanta hacia él.

Está de pie junto a la pared, con las piernas ligeramente separadas y el tartán alzado justo lo necesario para dejar al descubierto... bueno, todo.

El sonido de un chorro golpeando la cerámica que está en el suelo llena el pequeño espacio, y mi cerebro tarda un instante en procesar lo que estoy viendo. Nairn Gunn, el hombre más reservado y serio que conozco, está orinando delante de mí.

Cuando gira la cabeza para mirarme, sus ojos dorados me perforan, y siento como si la tierra se deslizara bajo mis pies.

—¿Mairead? —Su tono es bajo, peligroso, como si pronunciara mi nombre fuera suficiente para condenarme.

Mis ojos bajan por instinto, y entonces lo veo. El miembro de Nairn, grande y expuesto, apenas a unos pasos de mí. Mi boca se seca, y mi mente se queda en blanco. No sé si es por el

tamaño, por la inesperada intimidad de la escena o por algo que no quiero admitir ni ante mí misma.

—¡Oh! —exclamo, dándome la vuelta tan rápido que casi dejo caer la lámpara que sostengo —. ¡Lo siento! Yo... no sabía que estabas… ocupado.

—¿Qué haces aquí? —gruñe, y puedo escuchar el sonido del orinal siendo dejado a un lado.

Me presiono contra la puerta, deseando que esta me trague, mientras intento encontrar palabras que expliquen mi presencia sin que suene como lo que claramente parece.

—Había alguien en el pasillo. No podía esperar.

—Así que decidiste irrumpir en mi habitación. Muy lógico.

Mis mejillas arden, y busco un punto aleatorio de la puerta como si mi vida dependiera de ello, evitando volverme para mirarle.

—No quería interrumpir —balbuceo, con la voz temblorosa y completamente inútil.

—Pues ya es tarde para evitarlo —murmura, su tono seco, pero con un destello de diversión velada.

Él suelta un suspiro bajo, y cuando giro la cabeza, lo encuentro acomodándose el tartán con movimientos lentos y deliberados. Su expresión es inescrutable, pero hay algo en la curva de sus labios, en la manera en que sus ojos no se apartan de mí, que me hace sentir atrapada.

—¿Es una costumbre de los Sutherland entrar en habitaciones ajenas sin permiso? — pregunta, cruzando los brazos sobre el pecho.

—No —respondo con firmeza, intentando recuperar algo de dignidad—. No es una costumbre. Solo… una excepción.

—Vaya excepción —murmura, inclinando ligeramente la cabeza hacia un lado mientras me observa con esa mirada que siempre parece desnudarme más allá de lo físico.

El silencio que sigue es insoportable. Me aclaro la garganta, dando un paso hacia adelante, aunque cada fibra de mi ser me pide que salga corriendo.

—Vine porque necesito hablar contigo —digo finalmente, obligándome a sostener su mirada —. Es importante.

—¿Más que mi intimidad? —replica mientras se acerca a la jofaina y se lava las manos con calma, como si la conversación no tuviera más peso que la rutina de asearse tras orinar.

—Mucho más —respondo, con un tono que espero suene convincente.

Nairn suelta una risa baja, apenas un susurro, pero suficiente para que mi piel se erice. Se apoya contra la pared, cruzando las piernas con una casualidad que no tiene derecho a ser tan atractiva, y una sonrisa torcida aparece en sus labios, pero no tiene nada de amable. Más bien parece la de un depredador que decide tolerar, por ahora, la presencia de un intruso.

—Tienes suerte de que esté tan cansado que no pueda dar ni un paso, Mairead, o podrías haberme descubierto en algo mucho más… incómodo. Dios sabe que lo necesito. —Su tono, bajo y grave, se desliza por mi piel como una advertencia. Su mirada, fija y penetrante, es un recordatorio de que estoy jugando en su terreno.

Trago saliva, mi garganta repentinamente seca, pero no tengo oportunidad de responder antes de que él hable de nuevo.

—A veces me pregunto si te das cuenta de lo que haces. —Su voz es un susurro afilado, y sus ojos no se apartan de los míos—. Te acercas descuidadamente, Mairead. Entras en mi espacio como si no hubiera límites, como si no te dieras cuenta de que esos pasos que das hacia mí tienen un peso.—Hace una pausa y vuelve a mirarme—. ¿Eres consciente de que soy un hombre?

El aire parece espesarse, y la intensidad de su mirada me deja clavada en el sitio. Hay algo en su tono que no consigo descifrar del todo, pero que me retuerce el estómago con una mezcla de incomodidad y algo más que no quiero analizar.

—Sé que eres un hombre —respondo finalmente, obligándome a mantener la cabeza alta. Mi voz, aunque baja, es firme—. Pero también sé que eres más que eso. Eres alguien razonable que no actúa por instinto.

—¿Razonable? —repite, como si la palabra fuera una especie de broma privada que solo él entiende. Se inclina ligeramente hacia adelante, y su altura y postura hacen que el espacio entre nosotros parezca aún más pequeño—. ¿Eso piensas de mí?

—Sí —digo con firmeza, aferrándome a lo poco que me queda de compostura—. Porque si no lo fueras, no estarías escuchándome ahora mismo.

Por un instante, algo pasa por su rostro, algo que no puedo identificar. Luego, su expresión se endurece de nuevo, pero hay una tensión nueva en la línea de su mandíbula, como si mis palabras hubieran alcanzado un lugar que no quería mostrar, y me señala con un leve movimiento de la cabeza.

—Entonces, habla.

Me pregunto si voy a ser capaz de pronunciar palabra. La imagen de lo que acabo de ver —

él, tan natural, tan… expuesto— sigue latiendo en mi mente como un eco que no puedo ignorar. Las palabras que había ensayado parecen haberse desvanecido, dejándome sola con mi propósito y una determinación temblorosa.

—Quiero pedirte que te cases conmigo. No, te lo suplico más bien.

Nairn no reacciona de inmediato. Me mira, con la cabeza ligeramente inclinada, como si intentara descifrar un acertijo absurdo. Sus cejas se alzan con lentitud, y la comisura de su boca se curva en algo que no es una sonrisa, pero tampoco una mueca de burla.

—¿Casarme contigo? —repite, despacio, dejando caer cada palabra como si estuviera probando su peso.

—Sí.

Su incredulidad se transforma en algo más frío. Da un paso hacia mí, y la pequeña habitación parece encogerse con su movimiento. Es más alto de lo que recordaba en este espacio cerrado, más imponente.

—¿Y por qué crees que voy a querer casarme contigo, Mairead? —pregunta, su tono bajo, cargado de un sarcasmo que corta como una navaja—. Porque, te lo aseguro, no es algo que haya considerado en ningún momento.

—No lo has considerado, y tampoco yo. Esto no es… —trago con fuerza, intentando aclarar mis ideas—. No es una cuestión de deseo. Es una necesidad.

—¿Necesidad? —repite, su tono endureciéndose—. ¿De qué tipo, exactamente?

—Drummond MacKay —digo, y veo cómo su mandíbula se tensa al instante.

—Ah, claro. El infierno personificado.

—Esa orden sigue en pie, Nairn. Y si no hago algo antes de que la situación se estabilice, me obligarán a casarme con él.

Por un momento, no dice nada. Pero su mirada se intensifica, como si intentara atravesar mi piel y leer lo que hay dentro de mí.

—¿Y tú crees que soy la mejor solución para eso?

—No lo creo. Lo sé. —Mi voz tiembla al principio, pero recupero el control rápidamente—. Un matrimonio contigo haría que cualquier reclamación de Drummond quedara en nada. Eres el Laird de los Gunn. Él no se atrevería a enfrentarse a ti ni a tu clan.

Nairn deja escapar una risa breve, seca, pero no hay humor en ella.

—¿Y luego qué?

—Nos casamos, mantenemos las apariencias y un día lo anulamos porque nunca consumaremos el matrimonio —Mis palabras salen más rápido de lo que esperaba, y su reacción inmediata es un destello de incredulidad en sus ojos.

—Un matrimonio vacío —murmura, casi para sí mismo—. Sin obligaciones, sin consumación, solo un papel para detener a Drummond.

—Sí —afirmo, con más fuerza—. Solo eso.

Se acerca otro paso, y ahora el calor de su cuerpo parece envolverme. Su mirada baja, recorriéndome con la misma intensidad con la que estudia a sus enemigos en el campo de batalla.

—¿Y qué gano yo, Mairead? —pregunta, su voz baja, pero con un filo que me hace contener el aliento.

—Ganas una deuda de honor con los Sutherland —respondo rápidamente—. Ganas demostrarle a Drummond que los Gunn no ceden ante él. Que tú no cedes ante él.

—¿Solo eso? —pregunta, inclinando la cabeza ligeramente hacia un lado—. ¿Un matrimonio sin sentido y una declaración de poder?

Trago saliva y me obligo a dar un paso más en mi explicación.

—Además de mi dote —añado, con cuidado—. Que, si bien no es insignificante, sé que tiene algo que podría interesarte.

Un destello de curiosidad cruza por su mirada, aunque su rostro sigue imperturbable.

—¿Tu dote? —repite, como si estuviera probando las palabras antes de decidir si valen su atención.

—Incluye tierras que lindan con las de los Gunn —digo rápidamente, observando cómo su postura se tensa apenas—. Sé que vuestro clan las ha codiciado durante generaciones. Este acuerdo no solo sería una alianza temporal, sino que os permitiría consolidar vuestro territorio de forma definitiva.

Sus ojos brillan con algo que no sé si es interés o cautela, y por un instante, el silencio entre nosotros se hace casi insoportable.

—Tierras que vuestro padre y hermano nunca quiso ceder —dice finalmente, su tono frío como una daga—. ¿Y ahora vienes a ofrecerlas como si fueran una moneda de cambio?

—Esas tierras siempre han sido mías. Mi padre se aseguró de eso para que ningún conflicto

entre clanes le forzara a cederlas —respondo con firmeza, encontrándome con su mirada sin vacilar—. Puedo ofrecerte algo que convierta este sacrificio en una ventaja para ti.

—¿Y qué más? —pregunta, avanzando un paso más, lo justo para que el aire entre nosotros parezca cargado de algo que no sé cómo nombrar—. ¿Qué más tienes para ofrecerme, Mairead?

Mi corazón late con fuerza, pero me niego a apartar la vista.

—Y mi eterno agradecimiento. Si lo haces… estaré en deuda contigo para siempre. Nunca olvidaré lo que estás dispuesto a sacrificar por mí. Tal vez no parezca mucho, pero es todo lo que tengo para darte.

El silencio que sigue es ensordecedor, roto solo por el sonido de mi propia respiración, que parece demasiado fuerte en este espacio cerrado. Su mirada, oscura y cargada de algo que no alcanzo a descifrar, se fija en mí como si quisiera desmontar cada palabra que acabo de decir.

—¿Sabes lo que estás pidiendo? —dice finalmente, su tono grave—. No es un juego, Mairead. Casarte conmigo puede protegerte de Drummond, pero también te pondrá en el centro de otras guerras. No soy un hombre que inspire calma. Y un matrimonio, incluso en estos términos, puede tener consecuencias que no te gustarán.

—Prefiero cualquier consecuencia contigo a las que me esperan con Drummond. —Mi respuesta sale sin vacilar, y veo cómo sus ojos brillan con algo parecido a la sorpresa.

Finalmente, se inclina ligeramente hacia mí, tanto que su aliento roza mi piel.

—Si acepto —dice, su voz tan suave que apenas es un murmullo—, más vale que entiendas lo que eso implica. Mairead. No me vengas luego con arrepentimientos o excusas.

—No me arrepentiré —respondo, aunque mi corazón late tan rápido que me cuesta creer mis propias palabras.

Nairn me observa un momento más, antes de enderezarse y cruzar los brazos sobre su pecho.

—Entonces pídemelo otra vez. Hazlo como si realmente lo quisieras.

Sus palabras me toman por sorpresa, pero no desvío la mirada. Trago con fuerza y me obligo a hablar, aunque mi voz tiemble.

—Cásate conmigo, Nairn Gunn, por favor.

El silencio que sigue es tan tenso que casi puedo sentirlo. Finalmente, él asiente, aunque su expresión sigue siendo inescrutable.

—¿Tuviste el mismo acuerdo con Kester? —pregunta, su tono casual, pero cargado de

intención—. ¿También fue un matrimonio sin consumación?

Su pregunta me toma por sorpresa, pero no tardo en responder. La verdad es algo que ya no me pesa.

—No —digo, manteniendo su mirada con naturalidad—. Consumamos el matrimonio.

Sus cejas se alzan apenas, un gesto sutil que no consigo interpretar del todo.

—Una vez —sigo—. La noche de bodas. Había testigos esperando en la habitación. Era necesario.

La mención de los testigos parece añadir algo más a la tensión en su mirada. Es como si analizara cada una de mis palabras, pesándolas, desmenuzándolas.

—¿Solo lo hiciste porque era necesario?

La ironía en su tono es sutil, pero no menos cortante.

—Para él, lo era —respondo con una sonrisa amarga que no logro contener—. Para mí… era un intento de cumplir con lo que se esperaba de mí como su esposa, pero Kester no estaba interesado en mí. Y no hay forma de complacer a alguien que nunca quiso tenerme cerca.

Sus ojos no se apartan de los míos, y el peso de su silencio hace que las palabras sigan fluyendo, aunque sé que no necesito justificarme ante él.

—Intenté ganarme su afecto. Intenté ser la esposa que se suponía que debía ser, pero… —hago una pausa, buscando las palabras adecuadas—. él no me veía.

—Entonces, ¿qué es lo que buscas ahora? —pregunta, su tono más bajo.

—Busco algo que no me destruya —respondo, con toda la sinceridad que puedo reunir—. Algo que no me haga sentir que tengo que luchar constantemente para ser aceptada, para ser suficiente. Sin expectativas, no hay dolor.

Hago una pausa. Nairn guarda silencio por un momento, pero su mirada no se aparta de mí. Hay algo en ella que me incomoda, como si intentara leerme de una forma que nadie ha hecho antes

—Sé que lo que te estoy pidiendo no es justo. Que no puedo atarte a algo que no deseabas. —Mi voz se quiebra ligeramente, pero no me detengo—. Por eso te ofrezco la posibilidad de que sea algo temporal. Un vínculo solo en apariencia, que puedas disolver cuando todo esto haya pasado sin impedimentos.

Sus ojos se estrechan, como si mis palabras le irritaran de alguna manera que no logro

entender. Esa mirada suya, penetrante y cargada de juicio, me hace sentir como si estuviera siendo medida y encontrada en falta.

—Yo no soy Kester —añade, con una intensidad que hace que me tiemblen las rodillas.

Mis labios se curvan en una sonrisa triste, y bajo la mirada, incapaz de sostener la suya por más tiempo.

—Eso… —susurro—. Eso ya lo sé.

Da otro paso hacia mí, y tengo su pecho prácticamente en mis ojos. Su voz, cuando habla, es baja pero firme, cargada de esa autoridad que parece envolverle como una segunda piel.

—Entonces, no hay nada más que discutir por ahora. Mañana lo arreglaremos. No tiene sentido retrasarlo —concluye, con ese tono bajo y definitivo que parece cerrar cualquier conversación.

Pero yo sé que esto no está cerrado. Ni para él, ni para mí.

CAPÍTULO 9



Camino detrás de Nairn, con las manos apretadas contra mi vientre, intentando calmar el nudo que parece crecer con cada paso. La segunda boda de mi vida. Qué ironía.

La primera fue un evento orquestado, con un vestido de brocado, una corona de flores frescas sobre un peinado elaborado, y un clan entero presente para presenciar cómo me entregaban a Kester MacKay. Pero no había alegría, sino una tristeza densa, una especie de resignación que envolvía a todos como una niebla imposible de disipar.

Hoy, en cambio, todo es diferente. La prisa y la urgencia han reemplazado a la solemnidad. Mi vestido, sencillo y funcional, está lejos de ser digno de una novia. Anoche intenté limpiarlo, frotando los bajos manchados de barro y sangre con un agua helada que hizo que mis manos se entumecieran. No sirvió de mucho. El lino gris sigue mostrando las huellas de todo lo que hemos vivido en estos días: la guerra, la derrota, la desesperación.

No recuerdo la última vez que me miré en un espejo. Mi cabello está recogido en un moño práctico, del que inevitablemente se escapan mechones, pegándose a mi rostro con la humedad. Parezco cualquier cosa menos una mujer que camina hacia el altar. Pero, cuando huyes de una guerra perdida, el aspecto de uno es lo último que importa.

Al menos he podido darme un mísero baño en un barreño diminuto, frotándome la piel con agua apenas templada hasta sentirme un poco más humana. No es un lujo, pero después de días envuelta en suciedad y sangre seca, se siente como uno. Por el aspecto de Nairn, diría que él también la ha aprovechado. Su cabello, aunque despeinado, no está apelmazado por el sudor y la tierra, y su piel luce limpia bajo la tenue luz de las velas. Es extraño verle así, sin el rastro de la batalla pegado a cada parte de su cuerpo, como si por un instante se le hubiera permitido dejar de ser un guerrero.

Se detiene de repente, girándose hacia mí con esa expresión seria que utiliza para observar mis reacciones.

—He tenido que justificar la urgencia de esta boda —dice, en voz baja como si hablara de una estrategia de batalla—. Le he dicho al sacerdote que anoche nos encontramos en una situación… indecorosa.

Abro los ojos con incredulidad.

—¿Cómo? —pregunto, la sorpresa cortándome la respiración.

Sus labios se curvan apenas en lo que podría interpretarse como una sonrisa irónica.

—Le dije que me visitaste en mi habitación. Lo cual, es cierto.

—¿Y eso fue suficiente para convencerle? —replico, tratando de mantener la compostura.

Él se encoge de hombros con una naturalidad que me desconcierta.

—También le mencioné que tuvimos nuestro momento de intimidad —añade, con un tono tan despreocupado que hace que mis mejillas ardan.

—¿Qué?

—No mentí, Mairead. No del todo, al menos. Lo que ocurrió entre nosotros puede interpretarse como... íntimo. Aunque no del modo en que él lo imagina. Tengo suficientes pecados en mi haber como para ganarme un sitio destacado en el infierno; añadir mentir a un hombre de Dios no está en mi lista de prioridades.

El desconcierto y la diversión pelean por dominar mi expresión, pero Nairn ya se ha girado para seguir caminando.

—¿Y qué piensa el sacerdote de todo esto? —pregunto, siguiéndole deprisa.

—Que estamos haciendo lo correcto al casarnos. —Su respuesta, lacónica y directa, deja claro que no piensa darle más vueltas al asunto—. Pero no sé si Cormac estará de acuerdo con esto o cómo reaccionará.

—Fue Cormac quien me sugirió que me casara contigo —respondo, con sinceridad—. Según él, es la única solución para evitar la boda con Drummond MacKay.

Ladea la cabeza, observándome con una mezcla de incredulidad e ironía.

—Así que no solo la idea no fue tuya, sino que he de suponer que agotaste todas las demás opciones antes de recurrir a mí, ¿verdad? —Su tono es seco, cargado de una ironía que corta más que cualquier reproche directo.

Aprieto los labios, porque sé que tiene razón. Lo sabe él y lo sé yo. Pero no estoy aquí para endulzar la verdad.

—Busqué otra salida —admito, sosteniendo su mirada—. Pero no la encontré.

Él deja escapar un leve resoplido, como si ya hubiera esperado esa respuesta cuando llegamos a una puerta cerrada y se gira hacia mí.

—¿Y qué habría pasado si la hubieras encontrado?

—No estaríamos teniendo esta conversación —respondo sin dudar.

Un destello de algo que no logro descifrar cruza por su rostro, pero desaparece tan rápido como llegó.

—¿Qué otra cosa podría hacer? —añado, sin apartar los ojos de él—. ¿Huir? Eso me condenaría. ¿Casarme con Duncan? Ni siquiera su lealtad podría protegerme de Drummond y su clan. Tú eres el único que puede detener esto, Nairn. Y lo sabes.

—¿Duncan MacKay? ¿Lo consideraste a él en primer lugar?

La forma en que lo dice, con esa calma peligrosa, me hace sentir como si acabara de cometer un error grave. Respiro hondo antes de responder, tratando de no dejar que mi nerviosismo se note.

—Sí, lo consideré —admito, levantando la barbilla en un intento por mantener mi dignidad intacta—. Es un buen hombre y habría sido amable conmigo.

—Ya. —La ironía en su tono corta como un filo afilado, y sus ojos no se apartan de los míos.

Siento cómo la tensión crece entre nosotros, como un lazo que se tensa más con cada palabra.

—Pero no habría podido protegerme. —Mi voz es más firme esta vez, aunque mi pulso martillea en mis oídos—. Tú sí. Y eso lo cambia todo.

Nairn da un paso hacia mí, cerrando la distancia entre nosotros lo suficiente como para que el aire parezca más espeso. Su altura, su fuerza contenida, todo en él me hace sentir como si estuviera ante una tormenta a punto de desatarse.

—¿Así que cuando viste que él no era suficiente, recurriste a mí? —pregunta, con una calma peligrosa que casi me hace retroceder—. ¿Soy tu segunda opción, Mairead? ¿O la última?

El peso de su acusación me golpea, pero no dejo que me derrumbe. Respiro hondo y le sostengo la mirada.

—Eres mi única opción. —Mis palabras salen claras, sin temblor.

Él me observa en silencio, y por un momento, creo que va a apartar la mirada. Pero no lo hace. Sus ojos permanecen clavados en los míos, cargados de algo que no sé si es furia, resignación o simple cansancio.

—No es un cumplido precisamente. Supongo que deberíamos dar gracias por tu pragmatismo —murmura, antes de girarse y empujar la puerta—. Vamos, Mairead. No hagamos esperar al sacerdote.

Entramos en una pequeña capilla, modesta y austera, en la que el eco de nuestros pasos parece resonar con demasiada fuerza. Las paredes de piedra están desnudas, salvo por una cruz de madera oscura colgada en el altar, iluminada tenuemente por las velas que parpadean en sus candelabros. El ambiente está impregnado de un silencio solemne que pesa más de lo que debería.

El sacerdote, un hombre de rostro severo y mirada cansada, está esperando junto a un monaguillo que sostiene un libro abierto en sus manos pequeñas y temblorosas. Ambos levantan la vista al vernos entrar, y el sacerdote frunce ligeramente el ceño, como si intentara descifrar qué tipo de unión estaba a punto de bendecir.

Nairn camina hacia el frente con la misma seguridad con la que se enfrentaría a un enemigo en el campo de batalla, dejando que yo lo siga a un paso más lento. Mis manos están entrelazadas frente a mí, y trato de concentrarme en algo que no sea el sonido de mi respiración o la forma en que los ojos del sacerdote se posan brevemente en mi vestido arrugado y mis botas manchadas de barro.

—Padre —dice Nairn con un tono firme, inclinando la cabeza en señal de respeto—. Estamos listos para proceder.

El sacerdote asiente, aunque su expresión no se suaviza del todo. Parece a punto de decir algo, pero sus ojos se detienen en mí, evaluándome con un escrutinio que me hace desear que el suelo me trague. Bajo la mirada instintivamente, sintiéndome fuera de lugar en este espacio sagrado.

—¿Habéis confesado vuestros pecados antes de este sacramento? —pregunta el sacerdote, con una voz que parece hecha para llenar salas mucho más grandes que esta.

—Aún no, pero estamos muy arrepentidos, padre. Proceda, ya habrá tiempo para eso —responde Nairn sin dudar, su tono tan seguro que el sacerdote solo asiente, aunque parece poco convencido.

El monaguillo coloca el libro en el atril frente al sacerdote y se retira unos pasos, quedándose

al margen con la cabeza gacha. Nairn se sitúa junto a mí, tan cerca que puedo sentir el calor que irradia de su cuerpo, un contraste absoluto con el frío de la capilla. No me mira, pero su presencia es abrumadora, como siempre.

—¿Estáis seguros de esto? —pregunta el sacerdote, dirigiendo la pregunta a ambos, pero sus ojos se detienen en Nairn, como si esperara que él hablara primero.

—Completamente —responde Nairn sin vacilar, su voz cortante como el filo de una espada.

La seguridad en su tono debería tranquilizarme, pero en lugar de eso, siento una punzada de algo que no puedo identificar del todo. ¿Resignación? ¿Desesperanza? Quizás ambas cosas.

El sacerdote asiente lentamente y comienza la ceremonia, recitando las palabras con una precisión medida, como si cada una tuviera un peso sagrado que no podía ser alterado. Mi mente se divide entre seguir sus palabras y luchar contra el torbellino de pensamientos en mi cabeza. Esto es real. Me estoy casando con Nairn Gunn.

El monaguillo se acerca con un cáliz y un crucifijo de plata, sus manos temblando ligeramente al presentarlos al sacerdote. Nairn y yo inclinamos la cabeza al unísono, siguiendo las instrucciones, mientras las palabras del sacerdote llenan el aire con una solemnidad que parece ajena al caos de nuestras vidas.

—Por el poder que me otorga Dios y Su Santa Iglesia —dice el sacerdote, levantando el crucifijo por encima de nuestras cabezas—, os declaro marido y mujer.

La frase final resuena en mis oídos, y por un instante, el peso de lo que acabo de hacer amenaza con aplastarme. Levanto la vista hacia Nairn, quien permanece inmóvil, su mirada fija en el sacerdote, como si este momento fuera solo un paso más en una larga lista de obligaciones que cumplir.

El sacerdote baja el crucifijo y da un paso atrás, su expresión neutral, pero con un leve destello de algo que podría ser comprensión en sus ojos.

Levanta la mano para bendecirnos, y por un instante, el aire en la capilla se vuelve más pesado, como si todo el universo hubiera contenido la respiración.

—Y ahora, como símbolo de esta unión, podéis sellar vuestro matrimonio con un beso.

Mis músculos se tensan. La pequeña capilla, con sus paredes de piedra fría y el eco de cada susurro, se convierte de repente en una prisión demasiado estrecha. Siento la mirada del sacerdote, del monaguillo, y peor aún, de Nairn, fija en mí.

Él no se mueve al principio. Solo me observa, con ese modo suyo de hacerlo que siempre

parece más un desafío que un gesto de cortesía. Pero entonces da un paso hacia adelante.

—No te pongas nerviosa, Mairead —murmura lo suficientemente bajo para que solo yo lo escuche, su voz cargada de una ironía que no logra ocultar del todo—. Ya hemos hecho antes esto, ¿verdad?

Su tamaño es una amenaza silenciosa, su presencia una sombra que se cierne sobre mí. Inclina ligeramente la cabeza, y por un instante creo que su boca rozará la mía con esa indiferencia calculada que tanto le gusta exhibir. Algo ceremonial, práctico. Un movimiento vacío para cumplir con el ritual.

Pero me equivoco.

Su mano sube hasta mi rostro, envolviendo mi mandíbula con una firmeza que me obliga a mirarle directamente a los ojos. Hay algo oscuro en ellos, algo que no logro descifrar. Y antes de que pueda siquiera procesar lo que ocurre, sus labios se apoderan de los míos.

No hay nada vacío en este beso. Nada superficial.

Su boca choca contra la mía con un hambre controlada, un fervor contenido que amenaza con desbordarse. Sus labios son cálidos, tersos y firmes, moviéndose con una maestría que me desarma. No hay vacilación, ni titubeos. Es directo, como si quisiera enseñarme algo que ni siquiera sabía que necesitaba aprender.

El primer roce de su lengua contra la comisura de mis labios es una orden disfrazada de caricia. Mi instinto es resistirme, pero mi cuerpo, traidor, no le hace caso. Siento cómo su lengua se abre paso, deslizándose con una precisión que me roba el aliento. Es un baile metódico, deliberado, cada movimiento suyo está diseñado para provocarme, para hacerme ceder.

La humedad de su boca mezcla calor y deseo, y cuando su lengua roza la mía, una corriente me recorre de pies a cabeza. No solo me explora, me reta. Me empuja a responder, a participar en esta guerra silenciosa entre su boca y la mía.

Mis dientes chocan con los suyos al principio, un roce que no es incómodo, sino intensamente humano, un recordatorio de lo tangible de este momento. Y cuando mi lengua se encuentra con la suya, él cambia el ritmo, marcando un territorio que ni siquiera sabía que podía ser reclamado.

Cuando su mano sube lentamente hasta mi nuca, tirando apenas de los mechones sueltos de mi cabello, mi cuerpo cede del todo. Su toque no es brusco, pero tiene una seguridad que me hace temblar. Me sostiene, me ancla, y al mismo tiempo, me desarma.

Finalmente, cuando se aparta, lo hace con una lentitud que es casi cruel. Sus labios se quedan

lo suficiente para dejar una última marca, como si quisieran asegurarse de que mi piel recuerde este momento incluso cuando él ya no esté cerca.

—Ahora que ya está hecho —dice, su voz baja y cargada de gravedad, mientras su aliento todavía roza mis labios—, tienes que entender algo.

Mi pecho sube y baja con fuerza, y mis labios, aún sensibles por su tacto, apenas logran formar palabras. Pero él no espera.

—No sé fingir. Y no voy a ser el marido perfecto que sonríe y asiente. —Sus palabras caen con un peso que me deja clavada en el suelo—. Todo lo que veo en ti es a alguien desesperado, buscando a quien arrastrar a su lucha. Pero no lo haré a tu manera, Mairead. —Hace una pausa, sus ojos oscuros ardiendo con algo que no puedo descifrar—. Lo haré a la mía.

Mi mente, todavía embriagada por el recuerdo de su boca, busca una respuesta, pero lo único que consigo murmurar es:

—Perfecto. Hazlo como quieras.

Su sonrisa es breve, pero está cargada de algo que parece un desafío, como si acabara de ganar una batalla que yo ni siquiera sabía que estaba librando.

El sacerdote cierra el libro que tiene ante él, un volumen grueso con las páginas desgastadas por el uso. La pluma de ave que ha usado para escribir sigue apoyada en el tintero, y el leve olor a tinta fresca flota en el aire.

—Ya está registrado —dice, con voz firme mientras deja el libro a un lado—. Este matrimonio es válido ante los ojos de Dios y, ahora, también de los hombres.

Nairn asiente brevemente, como si ese detalle fuera apenas una formalidad, pero mi pecho se siente más apretado que nunca. La simple mención de algo tan tangible como un registro escrito hace que esto sea aún más real, más definitivo.

Nairn extiende una mano hacia mí.

—Vamos —murmura en voz baja.

Mi mirada se desliza hacia esos dedos, fuertes y seguros, que parecen capaces de aplastar o sostener con la misma facilidad.

Tomo su mano, porque no me da otra opción. Su agarre me envuelve, cálido y firme, y me arrastra hacia la salida de la capilla, hacia un futuro que no puedo prever, pero que ya sé que será cualquier cosa menos predecible.

CAPÍTULO 10



El refectorio está lleno. El murmullo de voces, el chocar de los utensilios contra los cuencos de madera y el aroma de gachas calientes mezclado con pan recién hecho llenan el espacio. Mi mirada recorre la sala con calma, como un cazador que evalúa su terreno antes de moverse.

Allí están los Sutherland, agrupados cerca de la chimenea, con las caras marcadas por la fatiga pero los ánimos algo más aliviados. Los Gunn ocupan otra esquina, algunos en silencio, otros riendo por alguna broma mordaz de Ewan. Y luego, claro, están los MacKay. Drummond en el centro, hablando en voz alta.

Aprieto ligeramente la mano que sostengo. La de Mairead. No intenta liberarse, pero la tensión en sus dedos habla por ella. Tímida como es, detesta este tipo de atención. La multitud, los ojos inquisitivos. Puedo sentir su incomodidad, incluso sin mirarla directamente.

Yo, por otro lado, sé lo que estoy haciendo.

—¿Por qué vamos por aquí? —murmura ella, tensándose.

—Porque quiero. —Mi respuesta es seca, casi indiferente, pero noto cómo me mira de reojo. Sabe que hay más, pero no insiste.

Atravesamos el refectorio con paso firme, y las conversaciones se van apagando a nuestro alrededor. Mis botas resuenan sobre las tablas del suelo, y siento el peso de las miradas seguirnos. Algunos hombres de los MacKay alzan las cejas; otros intercambian susurros. Drummond levanta la cabeza, y su expresión cambia de curiosidad a una mezcla de incredulidad y furia contenida.

Perfecto.

Me detengo justo donde sé que él puede vernos claramente. Giro hacia Mairead, y sin darle

tiempo a reaccionar, la tomo por la cintura, acercándola a mí. Sus ojos grises se ensanchan, pero no me detengo. Bajo la cabeza y capturo su boca con la mía.

No es un beso cualquiera. Es una declaración de guerra.

Mi mano sube a su nuca, asegurándome de que no retroceda, y durante un segundo que parece infinito, todo en el refectorio se detiene.

Mairead sabe a algo fresco y limpio, con un toque de dulzura inesperada, como miel en un día frío. Su aliento es rápido, entrecortado, y cuando su mano se apoya involuntariamente en mi pecho, siento el latido acelerado de su pulso a través de la tela.

Cuando me aparto, lo hago despacio, dejando que el eco de lo que acabamos de hacer se asiente en el aire del refectorio.

—¿Qué estás haciendo? —susurra Mairead, sus labios todavía entreabiertos, su rostro encendido por el rubor.

—Lo que se espera de un marido —respondo en voz baja, mi tono deliberadamente casual, aunque sé que cada palabra tiene un peso que ella no puede ignorar.

El sonido de una silla arrastrándose contra el suelo corta el aire. Giro la cabeza, y allí está Drummond, poniéndose de pie con movimientos rígidos, como si cada músculo de su cuerpo estuviera conteniéndose para no estallar.

—¿Qué demonios significa esto, Gunn? —gruñe, su voz baja pero cargada de rabia contenida.

Me coloco frente a Mairead, interponiéndome entre ella y el bastardo, aunque no de manera evidente. Cruzo los brazos sobre el pecho, dejándole claro que no pienso retroceder ni un paso.

—Significa que he besado a mi esposa —respondo con calma, mis palabras un desafío envuelto en una sonrisa tranquila—. ¿Hay algún problema con eso?

Drummond suelta una carcajada amarga, mirando alrededor como si buscara apoyo en sus hombres.

—¿Esposa? —escupe, señalando a Mairead con un gesto brusco—. ¿Desde cuándo?

—Desde esta mañana —respondo, con una tranquilidad que sé que lo enfurece aún más—. Ante un sacerdote, testigos y, por supuesto, Dios. ¿Quieres que te lo dibuje?

El murmullo en el refectorio aumenta. Los ojos de Drummond se estrechan, y da un paso más cerca.

—Esto es una farsa —gruñe—. Todos sabemos que este matrimonio es un truco para evitar lo que debía hacerse.

—¿Truco? —repito con una media sonrisa—. ¿Así es como llamas a un hombre que toma lo que desea? No sabía que ahora lo llamaban así.

Drummond se enerva aún más, sus puños apretándose a los costados.

—Todos sabemos lo que es esto, Gunn. Una treta, un intento desesperado de apartarla de mí.

—Si lo fuera, tal vez habría buscado otro camino. Pero, Drummond, esto no tiene nada que ver con estrategias ni tretas. Esto es amor.—La palabra cuelga en el aire mientras dejo que una sonrisa ladeada aparezca en mi rostro.

La sala queda en silencio, el peso de mis palabras cayendo sobre todos como una piedra en un estanque. Drummond parpadea, su expresión pasando de incredulidad a una furia contenida.

—¿Amor? —gruñe, como si la palabra le supiera amarga en la boca.

Doy un paso hacia él, cerrando la distancia entre nosotros. Mi voz baja, casi un susurro, pero cargada de intención.

—Sí. Amor. ¿Es que no lo habías notado? —Inclinando la cabeza, dejo que mis palabras calen hondo—. Pensé que eras más perspicaz. Pero dime, Drummond… ¿te duele más haberla perdido o saber que ha venido a mí por voluntad propia?

La furia en sus ojos es palpable, pero no dejo que me intimide.

—Esa mujer estaba prometida a mí —gruñe Drummond, sus ojos brillando de furia.

—Y ahora está casada conmigo. —Doy un paso adelante, invadiendo su espacio personal, obligándole a mirar hacia arriba para mantener contacto visual—. Quizás deberías aprender a perder con dignidad, MacKay.

—Esto es un insulto a mi clan, a mí —escupe, dando otro paso que lo acerca demasiado. Puedo sentir el calor de su furia irradiando de su cuerpo—. Y te juro que no me quedaré de brazos cruzados mientras robas lo que me pertenece.

La palabra pertenece hace que mi sonrisa se ensanche, aunque la furia en mi interior amenaza con desbordarse.

—¿Robar? —digo, inclinándome ligeramente hacia él, asegurándome de que solo él pueda escuchar las palabras que dejo caer con calma—. Robar implica tomar algo que no es mío. Mairead está conmigo porque ella lo eligió. No te pertenece, Drummond. Ni a ti ni a nadie más.

Él levanta la mano, señalándome con un dedo tembloroso de rabia.

—¡Esto es una provocación! —gruñe, su voz resonando en el refectorio.

Doy un paso más, cerrando el espacio entre nosotros hasta que nuestras frentes casi se tocan.

—Sí, lo es —respondo con una franqueza que lo descoloca. Mi tono es tan frío como el acero —. Y no puedes hacer nada al respecto.

—¿No? —gruñe, y en un movimiento brusco, lleva la mano a la empuñadura de su espada.

El sonido del metal raspando contra la funda reverbera en la sala, y el refectorio se llena de movimiento. Los Gunn y los Sutherland se levantan casi al unísono, con las manos listas para empuñar sus armas. Ewan, en una esquina, sonríe de forma peligrosa mientras sujeta con calma el pomo de su daga.

—Inténtalo, Drummond —murmuro, sin moverme ni un centímetro—. Saca esa espada y veremos cuántos de tus hombres sobreviven para contarlo.

Sus ojos, llenos de rabia y desafío, se fijan en los míos. Por un instante, el mundo parece detenerse, como si todos contuvieran el aliento esperando su siguiente movimiento.

Pero entonces, una voz firme y cargada de autoridad rompe el silencio.

—Reclamo mi derecho a felicitar a mi hermana por su reciente enlace.

Todos giramos la cabeza hacia la entrada, donde Cormac está apoyado contra el marco de la puerta. Su rostro sigue pálido, pero la sonrisa que adorna sus labios es todo menos amistosa.

—¿O alguien va a impedírmelo? —añade, su tono gélido mientras deja que sus ojos viajen lentamente por cada MacKay en la sala.

Cormac no está en posición de pelear, pero eso nunca lo ha detenido antes.

Drummond frustrado, no responde. Sus hombres, aunque tensos, parecen dudar. No es solo un enfrentamiento entre él y yo; ahora es un posible conflicto entre clanes y las probabilidades no están a su favor.

Mairead se tensa a mi lado, pero no se mueve. Su mano sigue en la mía, su palma cálida contra mis dedos, incluso cuando Cormac se acerca a nosotros. Cada paso marcado por una debilidad que no logra ocultar. Pero eso no importa. Es un hombre que sabe cómo llenar un espacio con su sola presencia.

—No voy a detenerte —digo, girándome hacia él con una calma estudiada—. Pero hazlo

rápido. Mi esposa y yo tenemos planes y ninguno incluye compartir nuestro tiempo contigo.

—No sabía que eras de los que celebran matrimonios apresurados, Gunn.

—No soy de celebrar nada que no tenga un propósito, pero supongo que esta vez he hecho una excepción —le respondo sin sutileza alguna.

Su mirada se desliza hacia mi mano, aún entrelazada con la de Mairead, y luego sube hasta mi rostro. Sus ojos se clavan en los míos con una intensidad que pocos pueden igualar

—Esto —hace un gesto hacia Mairead— es una jugada interesante, incluso para alguien como tú.

—¿Alguien como yo? —repito, inclinándome ligeramente hacia él—. ¿Qué quieres decir con eso, Cormac?

Su sonrisa se ensancha, pero no llega a sus ojos.

—Un hombre que siempre parece saber lo que quiere. Y que nunca duda en tomarlo.

—¿Y eso te molesta? —pregunto, mi tono tan suave como un cuchillo bien afilado.

Mairead intenta hablar, pero una leve presión de mi mano la detiene. Esto es entre nosotros, y ambos lo sabemos.

—No me molesta. —Cormac da un paso más cerca, su voz apenas un susurro, pero cargada de significado—. Me intriga. Porque si algo sé de ti, Gunn, es que nunca haces nada sin calcularlo antes.

—Entonces deberías estar tranquilo. —Mi sonrisa se amplía, y mis palabras salen con una calma que sé que lo irrita—. Porque eso significa que Mairead está en buenas manos.

Por un instante, el silencio entre nosotros es como un campo de batalla en pausa, cargado de promesas de futuros enfrentamientos.

—Ya veremos. Espero que la cuides bien, Gunn. Porque si la haces daño, te mato.

—Qué reconfortante —respondo, mi tono tan neutro que parece una provocación en sí misma—. Casi me siento querido.

Cormac se gira hacia Mairead, su expresión suavizándose apenas.

— ¿Puedo felicitarte ahora, hermana?

—No tienes que pedir permiso, Cormac —responde ella, su voz llena de esa calma sarcástica que siempre me sorprende—. Pero no deberías haberte levantado.

Él sonríe, aunque su gesto está teñido de dolor.

—No me quedaré de brazos cruzados mientras mi hermana se entrega al lobo negro.

—Para ella no soy el lobo negro, Cormac. Soy su esposo. Y como tal, te aseguro que su bienestar está en las mejores manos. Aunque entiendo que eso te moleste.

—Molestia no es la palabra —responde, dejando escapar un largo suspiro—. Tal vez irritación.

Luego se dirige a su hermana y le da un suave beso en la mejilla.

—Espero que este nuevo camino te traiga algo de paz. Y recuerda… siempre puedes contar conmigo. Pase lo que pase.

Luego se acerca Fingal, con esa sonrisa suya que parece no desvanecerse ni en las peores circunstancias. Su cabello oscuro está enredado por la humedad, pero su porte sigue siendo tan seguro como siempre.

—Mairead Gunn —dice, inclinando la cabeza en un gesto que mezcla respeto y algo de picardía—. Felicidades. No sé si dar mi pésame también, pero felicidades.

—Gracias, Fingal —responde Mairead, su tono ligero, aunque sus mejillas están algo enrojecidas.

Mi hermano Ewan tiene una expresión de satisfacción que me irrita y divierte a partes iguales.

—¿Quién iba a imaginar que mi hermano mayor, tan frío y calculador, acabaría siendo un romántico empedernido? —dice, cruzándose de brazos mientras me observa con exagerada curiosidad.

—Ewan, no empieces —advierto, aunque mi tono no tiene verdadera dureza.

—Es un día especial, Nairn. Deberías estar más relajado. —Luego gira hacia Mairead, ofreciéndole una sonrisa que es un poco demasiado encantadora para mi gusto—. Mairead, si alguna vez necesitas un descanso de este ogro, ya sabes dónde encontrarme.

Entonces aparece Duncan. Su paso es lento, deliberado, y su mirada, aunque dirigida a Mairead, no tarda en detenerse en mí antes de volver a ella.

—Mairead —dice con ese tono bajo y calmado que parece reservado solo para ella—. Quiero felicitarte y desearte lo mejor en esta nueva etapa.

Mairead asiente con la cabeza y una sonrisa ligera.

La interacción termina ahí, sin gestos significativos, sin palabras que rompan la barrera de la formalidad. Pero es suficiente para que mi mente registre cada detalle: cómo él parece contenerse, cómo ella no parece notarlo.

Finalmente, mi paciencia se agota. Las felicitaciones, los comentarios, incluso las miradas, todo comienza a sentirse como un peso insoportable. Entiendo la necesidad de todo esto, de afianzar la unión a los ojos de todos, de asegurarme de que los MacKay entiendan que no hay grietas en esta fachada. Pero hasta yo tengo un límite.

Aprieto suavemente la mano de Mairead y doy un paso hacia adelante, levantando la voz lo suficiente para que todos puedan oírme.

—No esperéis vernos más hoy. —Mi tono es suave, casi indiferente, pero la insinuación detrás de mis palabras no deja lugar a malentendidos—. Tengo un deber de esposo que cumplir.

La carcajada que sigue es contagiosa. Incluso algunos de los Sutherland, siempre tan serios, no pueden evitar sonreír. Pero hay una excepción notable: Cormac. Su rostro se endurece como una roca, y su mirada, fija en mí, podría derribar un muro si las miradas mataran.

—¿Te hace gracia, Gunn? —gruñe, con los dientes apretados.

Le sostengo la mirada, dejando que mi sonrisa se ensanche, lo justo para que la chispa de su irritación crezca un poco más.

—Eso me recuerda algo —respondo con calma, mi tono lleno de una falsa inocencia que sé que le sacará de quicio—. Justo después de tu boda con Lilias… ¿cómo fue aquello? Ah, sí. La alzaste sobre tu hombro como un bárbaro y te la llevaste a la alcoba sin molestarte en seguir ningún protocolo. ¿Me equivoco?

Cormac aprieta los labios, sus ojos relampagueando, pero no hay mucho que pueda hacer.

Me giro hacia Mairead. Sus ojos, grandes y grises, me observan con una mezcla de desconcierto y algo que podría ser diversión, aunque está bien oculta.

—Tal vez debería hacer lo mismo, solo para honrar la tradición familiar. —Mi tono es tranquilo, pero la intención detrás de mis palabras es tan clara como el filo de una espada.

Mairead me mira con los ojos abiertos como platos, una mezcla de incredulidad y algo más que no alcanzo a identificar. Alcanza a murmurar un débil:

—No te atrevas—, pero es demasiado tarde. Mi decisión ya está tomada.

—Nairn, no… —empieza a decir, pero su protesta muere en sus labios cuando me inclino y la tomo por la cintura, alzándola sin esfuerzo alguno sobre mi hombro.

El aire en el refectorio estalla en carcajadas y exclamaciones sorprendidas. Fingal y Ewan son los primeros en aplaudir, sus risas resonando entre las paredes de piedra como el eco de una fiesta inesperada.

—¡Así se hace, hermano!—grita Ewan, con una carcajada.

Mairead, por su parte, no está tan entretenida. Aunque no se debate, su rostro está encendido de rabia y vergüenza.

Cormac frunce el ceño, pero hay algo en la curva de sus labios que delata su verdadera reacción.

—Si se cae y se rompe algo, Gunn, te aseguro que no seré tan indulgente —dice al fin, con un tono que intenta ser severo, pero que no logra ocultar la sombra de diversión en sus ojos.

Mientras cruzo el umbral del refectorio, dejo escapar una risa baja. Cormac puede molestarse todo lo que quiera. Pero sé que, en el fondo, está agradecido. Quizás no por esta demostración en particular, pero sí porque sabe que, pase lo que pase, Mairead está bajo mi protección. Y eso, para un hombre como él, significa más de lo que nunca dirá en voz alta.

Pero esto no es solo por Cormac. Esto es por Drummond.

Por cada vez que la ha tratado como si fuera de su propiedad. Por cada palabra llena de veneno que ha derramado sobre ella. Por cada mirada de asco o deseo que le ha lanzado como si tuviera derecho a ambas cosas.

Hoy le arrebato el control. Hoy se lo dejo claro ante todos. Cuanto más estridente sea el espectáculo, más rápido se extenderá la noticia, más difícil le será a Drummond impugnar este matrimonio y más profundamente quedará grabado en la mente de cada hombre aquí presente.

Cuando la baje de mi hombro, nadie volverá a verla como la prometida de Drummond MacKay.

La verán como Mairead Gunn.

Y Drummond lo sabrá. Y arderá en su propia rabia.

CAPÍTULO 11



La puerta de la celda se cierra tras nosotros con un sonido seco, y por un instante, todo se queda en silencio. Solo el leve crujido de la madera bajo los pies de Nairn rompe la calma mientras me deja en el suelo. Sujeta mi cintura un segundo más de lo necesario antes de soltarme, y aunque quiero alejarme para recuperar algo de compostura, mis piernas parecen hechas de agua.

Frente a mí está el catre. No sé si reír o llorar. Es pequeño, estrecho y tan incómodo que hasta un saco de harina lo consideraría insuficiente. Y luego está él. Su altura, su tamaño, su mera presencia llenan la pequeña habitación de una manera casi opresiva.

—Bueno... —murmuro, mirando el catre como si pudiera darme una respuesta mágica—. ¿Y ahora qué hacemos?

Nairn se apoya contra la pared, cruzando los brazos sobre el pecho. Su expresión es neutral, pero hay algo en el brillo de sus ojos que me inquieta.

—Tenemos dos opciones —dice, su tono casual, como si estuviera hablando del clima—. Consumar nuestro matrimonio... o fingir que lo hacemos.

Mis ojos se abren de par en par, y un calor abrasador sube por mi cuello hasta mis mejillas.

—No bromees con esto —espeto, intentando mantener mi dignidad intacta—. Tenemos un acuerdo, ¿recuerdas? Si queremos anular este matrimonio más adelante, no podemos… no podemos...

—Consumarlo —completa él, su voz baja y deliberadamente calmada, como si estuviera disfrutando de mi incomodidad.

—Exacto —digo, apretando los dientes—. No podemos consumarlo.

—¿Y cómo planeas demostrar que no lo hicimos? —pregunta, inclinándose ligeramente hacia mí, su mirada tan intensa que apenas puedo sostenerla—. Ahí fuera hay un buen número de testigos convencidos de que ahora mismo estamos en ello.

—Ellos no saben lo que está ocurriendo detrás de estas puertas —respondo, aunque mi voz suena menos segura de lo que pretendía—. Podemos alegar que… no sé… que soy frígida. O que realmente soy una bruja. O que… —la vergüenza se me atraganta, pero las palabras salen igual —… que se te encoge cuando te toco.

Un silencio sepulcral cae sobre la habitación, y cuando finalmente alzo la vista, Nairn me está mirando como si acabara de escuchar la cosa más absurda del mundo. Sus labios se curvan lentamente en una sonrisa, y luego una risa grave y profunda llena la habitación.

—¿Dónde has oído esa locura? —pregunta entre carcajadas, su tono cargado de regocijo.

—Un hombre en el campamento me lo dijo —respondo, cruzándome de brazos y desviando la mirada para evitar su expresión burlona—. Comentó que no sabía si se la ponía dura o se le encogía de miedo.

Nairn se detiene. No es un parpadeo, no es un resoplido de fastidio. Es un silencio afilado que corta el aire entre nosotros.

Sus ojos dorados se oscurecen un matiz, sopesando mis palabras, como si estuviera midiendo el alcance de lo que ha escuchado.

—¿Quién? —pregunta, su voz baja, pero con el filo de una cuchilla recién afilada.

—No importa —murmuro, apartando la vista—. Estoy acostumbrada a ese tipo de desprecios.

Silencio.

—Ah. —Deja caer la palabra con una calma letal—. Claro. Porque eso es lo que haces, ¿verdad? Ignorarlo. Fingir que no lo has oído.

Mi mandíbula se aprieta, pero no respondo. Porque sé que tiene razón.

—Bien. —Su voz sigue siendo tranquila, pero la línea de su mandíbula se endurece—. Ojalá ellos también aprendieran a **mantener la boca cerrada**.

—Nairn… —empiezo, sin saber exactamente qué quiero decir.

Él parpadea, y en un instante, **la tensión se disuelve** como si nunca hubiera existido. Su expresión cambia, una media sonrisa torcida asoma en su boca.

—Así que oíste eso y… ¿decidiste usar eso como excusa para esta situación? —dice, y su tono ahora está teñido de diversión—. Es un argumento creativo, te concedo eso.

Hace una pausa. Su mirada me atrapa.

—Pero no es algo que me ocurriría contigo.

Mi piel se calienta en cuestión de segundos. Le lanzo una mirada de reproche, aunque mi rostro está tan encendido que dudo que tenga el efecto deseado.

—No estoy bromeando, Nairn. Esto es serio.

Él deja de reírse, su expresión suavizándose, aunque sus ojos aún brillan con diversión.

—Lo sé. Solo estoy siendo honesto —dice, y su tono es lo suficientemente serio como para hacerme olvidar mi vergüenza—. Pero aquí dentro, no importa lo que hagamos o no. Ellos ya han decidido lo que quieren creer. Así que lo único que de verdad importa es lo que tú y yo decidamos.

La honestidad en sus palabras me desarma, y por un momento, olvido mi incomodidad. Nairn no es solo grande y abrumador; también es pragmático. Y, aunque nunca lo admitiría en voz alta, esa combinación me resulta desconcertantemente atractiva.

—Pero nosotros ya lo dejamos claro y lo decidimos —digo, tratando de inyectar firmeza en mi voz, aunque una pequeña parte de mí, duda de mis propias palabras.

—¿Eso crees? —Su voz es baja, casi un susurro, pero el peso de sus palabras me recorre la piel como un escalofrío.

Me muerdo el labio, aferrándome a la certeza de mi respuesta, pero algo en su mirada me hace dudar.

—Si no es así… —trago saliva—, dime entonces qué decides.

El silencio entre nosotros se tensa hasta volverse insoportable. Entonces, Nairn da un paso adelante, invadiendo el poco espacio que queda entre nosotros.

—Decido respetar tus deseos —su tono es firme, pero lo suficientemente bajo como para hacerme contener el aliento—. Si alguna vez cruzamos esa línea, Mairead, será porque los dos lo queremos.

Su mirada baja fugazmente a mi boca antes de volver a mis ojos.

—Pero no olvides algo. —Hace una pausa, dejando que la advertencia cale hondo—. No soy de piedra. Así que, si decides ponérmelo difícil, al menos sé consciente de lo que estás haciendo.

El calor me sube a las mejillas. Quiero responder, pero lo único que consigo es una risa nerviosa.

—No sé de qué hablas.

Nairn ladea la cabeza, estudiándome como si acabara de decir algo terriblemente ingenuo.

—¿Sabes lo que es el deseo, Mairead? —pregunta, su voz baja, casi un susurro, pero con una intensidad que me deja clavada en el sitio.

— Claro que lo sé —respondo rápidamente, mi voz más alta de lo necesario, como si con el volumen pudiera añadir convicción.

—¿De verdad? —pregunta, con una lentitud que hace que cada palabra suya sea un arma—. Porque no lo parece.

—No soy una ignorante, Nairn —espetó, levantando la barbilla, aunque mi pulso late con fuerza descontrolada—. He estado casada, ¿recuerdas?

Sus labios se curvan en una sonrisa apenas perceptible.

—Ah, sí. Kester. —Su tono al pronunciar ese nombre está lleno de una ironía que corta como un cuchillo—. Dime, Mairead, ¿él te mostró lo que es la pasión? ¿Te hizo temblar de deseo?

—No —respondo. No hay sentido en mentir—. No fue… así.

Él no responde de inmediato, pero sus ojos no dejan los míos, como si estuviera buscando algo más allá de las palabras. La presión del silencio me obliga a continuar.

—La noche de bodas fue rápida —admito—. Incómoda. Kester… —sigo hablando, como si al hacerlo pudiera liberarme de la vergüenza—, se puso encima, me sujetó y… fue doloroso. No dejaba de empujar, como si fuera una tarea que debía terminar lo antes posible. Hacía esos sonidos… —Me detengo, dándome cuenta de lo mucho que he dicho.

Me detengo de golpe, dándome cuenta de lo mucho que he dicho. La vergüenza me golpea como un torrente. Quisiera arrancarme la lengua.

Maravilloso, Mairead. Justo lo que hacía falta para poner la situación aún más incómoda. Tal vez debería haber añadido más detalles sobre mi torpeza o la absoluta ausencia de cualquier emoción. Eso sí que sería el epítome del erotismo. Seguro que Nairn lo habría apreciado.

Me atrevo a mirarlo solo para encontrarme con una expresión que no esperaba. Nairn no se está burlando.

—Así que nunca has disfrutado con un hombre —murmura, y aunque su tono es bajo, hay

una nota de comprensión en él que me desarma.

—No es tan importante —respondo rápidamente, intentando quitarle peso al tema—. Muchas mujeres no lo experimentan.

Él deja escapar un resoplido, apenas un indicio de incredulidad.

—Eso es una maldita tragedia, Mairead. —Su tono es bajo, pero cargado de una intensidad contenida—. Y no debería ser así.

Doy un paso atrás, pero él avanza, cerrando la distancia entre nosotros. Mi espalda roza la pared, atrapada entre la piedra fría y el calor de su cuerpo, demasiado cerca, demasiado firme, demasiado todo.

—¿Quieres saber lo que es el deseo? —pregunta, su voz un susurro rasposo que me recorre la piel como una caricia invisible.

—No… no creo que… —empiezo, pero no me deja terminar.

—Te diré cómo es.

Su tono cambia, más suave, más bajo, pero no menos implacable. No necesito verle para sentir su presencia. La siento en la forma en que su aliento roza mi mejilla, en la calidez que desprende su piel, en la tensión latente que vibra en el espacio reducido que nos separa.

—Es como una fiebre que se desliza por tu cuerpo, lenta… incontrolable. —Señala su propio pecho con un gesto perezoso, como si el simple acto de describirlo ya fuera un placer en sí mismo—. Te quema desde dentro y no puedes apagarla.

Su mano baja despacio. No me toca. Pero el peso de su mirada en mi piel es tan tangible como si lo hiciera.

—Luego se arrastra hasta aquí… —Su dedo se detiene justo debajo de la línea de mi vientre, sin rozarme, pero mi cuerpo reacciona como si lo hubiera hecho.

—Aquí —murmura, su voz tan grave que resuena en mi piel.

Mis labios se abren, pero no puedo formular una sola palabra. El calor que se enciende en mi interior es una traición flagrante. Me muerdo el labio, intentando sofocar el escalofrío que recorre mi columna.

—Es el temblor que recorre tu piel cuando alguien te toca, aunque sea por accidente. Es el latido acelerado en tus oídos, la sensación de que tu cuerpo ya no te pertenece porque responde a algo más fuerte que tú. —Se inclina apenas, su aliento caliente rozando mi sien—. Es pura necesidad, Mairead. Cruda. Implacable.

Trago saliva. Las palabras se me atascan en la garganta, y él lo sabe.

—¿Lo has sentido alguna vez?

Niego con la cabeza, atrapada en su mirada. No sé qué me inquieta más: el hecho de admitirlo o la forma en que él ya lo sabía.

—No —susurro, mi voz apenas un hilo de sonido.

Por un instante, algo parpadea en su mirada. Algo oscuro, satisfecho, peligroso.

—Eso explica muchas cosas.

Se aparta con una lentitud deliberada, dejándome con el corazón latiendo desbocado y un vacío inexplicable en mi interior. La habitación se siente de repente más fría, más grande, como si su ausencia se extendiera en cada rincón.

—Descansa —murmura, girándose como si nada hubiera pasado. Como si mi pulso no estuviera desbocado. Como si no acabara de incendiarme desde dentro solo con palabras—. Estoy seguro de que lo necesitas.

Y con eso, se gira y se acomoda en el suelo, dejándome sola con mis pensamientos y un calor que no consigo disipar, pero antes añade:

—Y, Mairead… quizá deberías intentar sentirlo por ti misma antes de decidir que no es importante.

CAPÍTULO 12



Cuando abro los ojos, un leve mareo me indica que he dormido más de lo que pensaba. A través de la estrecha ventana, la luz de la luna se filtra en la celda con un tono pálido y frío. Me incorporo y me doy cuenta, con cierto desconcierto, de que el día entero ha transcurrido mientras descansaba.

Al alzar la vista, lo veo. Sentado en el suelo, con la espalda contra la estructura de madera del lecho y la cabeza ladeada sobre el colchón, dormido. Su respiración es estable, pausada, pero incluso en el sueño, parece contener una energía latente, como si pudiera levantarse en cualquier momento y convertirse en el lobo que todos temen.

La luz de la luna perfila sus rasgos con un brillo plateado: la mandíbula firme, los pómulos marcados, la boca entreabierta y los labios blandos en un gesto inconsciente que le roba parte de su dureza habitual. Sin la sombra de la batalla en sus ojos, parece casi humano.

Y, sin embargo, sigue siendo él. Me pregunto qué sueña. Si un hombre como él puede soñar en algo más que en batallas y sangre.

En el deseo.

Si lo que describió antes es el deseo, si realmente es un fuego que consume desde dentro, entonces él debe haber ardido muchas veces. En mujeres que sí sabían lo que hacían, en noches que no terminaban en insatisfacción y dudas. Él lo conoce, lo ha domado y lo ha usado a su antojo. Yo, en cambio, me siento como una niña jugando con una antorcha en mitad de un bosque seco, sin saber si la llama me dará calor o arrasará con todo lo que soy.

El peso de mi propia ignorancia me abruma. Me han casado, me han usado, me han tomado sin importar si yo lo deseaba o no. Pero nunca me han enseñado lo que significa el deseo. Y no

sé qué me enfurece más: si la injusticia de ello o el hecho de que, hasta esta noche, ni siquiera me había dado cuenta de lo que me faltaba.

En el campamento, era inevitable escuchar sobre ello. A veces en susurros, a veces sin ningún pudor. Quizá por la soledad, por el miedo, por la desesperación, algunos lo hacían en las sombras de la noche, cuando pensaban que nadie los veía, acompañados o solos. Otros, con la indiferencia de quien ya ha olvidado la vergüenza.

Pero la verdad es que no lo comprendo. No del todo. Y tal vez eso es lo que más me inquieta.

El deseo… ¿qué es realmente? ¿Es esa punzada que palpita entre mis piernas, esa necesidad insaciable que no encuentra alivio? Pero eso no se parece a la plenitud de la que hablaba Nairn. Es una emoción efímera, como beber un sorbo de agua cuando mueres de sed.

Hasta ahora.

Mi piel arde, un calor insidioso que no proviene de ninguna manta, sino de algo más profundo.

Mi mirada se pierde en Nairn. Me permito observarlo sin reservas, sin la barrera de la vergüenza o el decoro que siempre me impongo. Nairn Gunn. El hombre que ahora es mi esposo, aunque ese título me suene extraño en la boca, como algo prestado, ajeno. El mismo que me besó ante todos como si no hubiera nada más en el mundo, que me mira con esa intensidad capaz de reducir a cenizas cualquier certeza que crea tener sobre mí misma.

Trago saliva. Mi cuerpo sigue despierto, inquieto. La pulsación entre mis muslos aumenta, llamándome con un lenguaje que no sé interpretar.

Cierro las piernas con fuerza, intentando sofocar la sensación, pero solo consigo avivarla. Un escalofrío me recorre la columna, un estremecimiento que nada tiene que ver con el frío. Me abrazo a mí misma, como si con ese gesto pudiera contener la marea que amenaza con desbordarme.

La presión se acumula, palpitante, creciente, burlándose de mí con su constancia. Intento ignorarla, intento respirar hondo y pensar en otra cosa, pero es imposible. Es como si mi propio cuerpo se hubiera rebelado contra mí, exigiendo algo que no sé darle.

Mis manos bajan casi por instinto, buscando aliviar la tensión, contenerla de alguna forma. Presiono la palma contra mi bajo vientre, apretando los muslos en un intento inútil de apagar la punzada ardiente que se extiende por mi piel. No ayuda. No hace más que intensificar la necesidad.

Mis caderas se mueven sutilmente contra la cama, buscando fricción, cualquier cosa que

calme esta desesperación absurda. Pero solo consigo avivarla.

Ahogo un suspiro, mordiendo mi labio con fuerza. El calor se expande, sube por mi garganta, convierte mi respiración en jadeos entrecortados que ni siquiera el silencio de la celda puede absorber.

Me retuerzo sobre el colchón, cambiando de postura, buscando una forma de aliviar la tensión sin delatarme. Giro ligeramente hacia un lado, con las rodillas dobladas, apretando aún más mis piernas, pero la presión solo se vuelve más aguda.

Y me encuentro más cerca de él.

Sus labios. Recuerdo cómo se sintieron sobre los míos: seguros, exigentes, sin darme espacio a la duda. Y de repente, la sensación entre mis piernas se aviva. La punzada de placer se intensifica, recorriéndome en un latigazo dulce que me deja sin aliento.

Mis ojos vagan por él. La nuez de su garganta marcada bajo la piel, las venas sobresalientes en sus manos y el tartán que cubre sus piernas, plegado de un modo que deja entrever la línea de su muslo.

Un susurro se me escapa de los labios. Un gemido involuntario, apenas un suspiro. Pero suficiente para que algo cambie.

Sus ojos están abiertos. Y fijos en los míos.

No dice nada. No se mueve.

Y ese silencio es peor que cualquier palabra.

Su postura sigue relajada, con la cabeza apoyada contra el catre, pero sus ojos dorados brillan en la penumbra, pesados, fijos en mí con una intensidad que me abrasa más que cualquier roce.

Mi sangre se hiela y arde al mismo tiempo.

¿Cuánto lleva observándome?

Su respiración es lenta, demasiado medida, demasiado consciente. Su mandíbula está tensa, la sombra de su barba acentuando la dureza de sus facciones. No dice nada. No se mueve.

Pero yo sí.

Un movimiento reflejo, un último intento de disimular, hace que mi cuerpo se sacuda levemente sobre el colchón. Y eso es lo que lo delata todo.

El roce de mis muslos. La forma en que mis dedos aún descansan sobre mi vientre.

Los ojos de Nairn bajan un instante, siguiendo el rastro de mi propio deseo como un

depredador que ya ha cazado su presa.

Cuando vuelve a mirarme, veo el reconocimiento en sus ojos.

Él sabe.

Lo ha sabido todo este tiempo.

La puerta de la celda sigue cerrada, pero el mundo parece haberse abierto de golpe.

El calor en mi rostro se mezcla con una oleada de vergüenza. Quiero apartarme, esconderme bajo las mantas, fingir que esto no está ocurriendo. Pero no puedo. Estoy atrapada en su mirada, inmóvil, vulnerable, expuesta de una manera que nunca antes había sentido.

Nairn sigue sin moverse. No habla. No se burla. No me deja escapar.

La tensión que se extiende entre nosotros es espesa, densa, casi tangible. Puedo oír el latido en mis oídos, el roce entre mis piernas cuando intento cerrarlas, la fricción de mi propia piel ardiente negándose a calmarse.

Entonces, se mueve.

Sin apenas alterar el aire a su alrededor, su mano se desliza desde su costado. Su gesto es lento, medido, deliberado.

Me da tiempo para apartarme. Para decirle que no. Para hacer algo.

Pero no lo hago.

Sus ojos bajan a la manta que me cubre. No la aparta. No la levanta. Simplemente deja que su mano se deslice bajo ella, lenta, implacable.

La tela gruesa se alza apenas cuando su palma se mueve más arriba, encontrando el borde de mi falda.

Y entonces, con la misma naturalidad con la que desenvainaría una espada, su mano se cuela bajo mi vestido.

El contacto directo es un golpe de calor que me corta el aliento. Toda la piel de mi muslo se estremece bajo sus dedos.

Sus nudillos rozan el interior de mi pierna en una caricia deliberadamente lenta.

Y luego sigue subiendo.

Mis músculos se tensan instintivamente. Es demasiado íntimo. Demasiado real.

Pero no puedo decirle que se detenga. Porque no quiero que lo haga. Un estremecimiento me

sacude desde el cuello hasta la espalda, haciéndome encoger los dedos sobre las sábanas. Mis labios se entreabren, pero no sé si es para protestar o para suplicar.

Cuando sus yemas se deslizan más arriba, y encuentran mi sexo, el mundo entero parece contener la respiración. Un jadeo entrecortado se me escapa antes de poder atraparlo entre mis labios.

Nairn emite un sonido bajo, una especie de gruñido satisfecho que me hace estremecer aún más.

—Tan caliente… —murmura, su aliento rozando la piel de mi cuello—. Tan húmeda.

Me retuerzo bajo la manta, pero no es para escapar. Es para acercarme más.

La primera caricia sobre mi punto más sensible es un latigazo de placer que me arquea contra el colchón.

Y cuando su dedo se desliza, empujándose entre mis pliegues resbaladizos para abrirme más, sé que estoy perdida.

—Abre las piernas, Mairead.

Su voz llega desde algún lugar entre las sombras, baja, grave, vibrante., áspera, cargada de esa autoridad que no admite réplica.

Ni lo pienso. Mi cuerpo reacciona antes que mi mente, mis rodillas se separan con lentitud. Lo suficiente para que él pueda tocarme de verdad.

Y yo ya no sé cómo respirar.

Él cambia de posición, moviéndose con una fluidez sorprendente, inclinándose más cerca de mí. Sus dedos apartan la tela de mi falda, bajo la manta.

No levanta la vista. Toda su atención está ahí, entre mis piernas, como si nada más existiera. Sus dedos se desplazan a lo largo, desde la parte más externa de mi sexo hasta adentrarse en esa hendidura que palpita y que me arrancan sonidos que no sabía que podía hacer. Casi sin darme cuenta, empujo las caderas hacia él, buscando un alivio que ansío y que intuyo que estoy punto de alcanzar.

Y luego, sin previo aviso, uno de sus dedos se desliza dentro de mí. Noto cómo mi carne se cierra en torno a él, húmeda y temblorosa. Es una sensación tan íntima y placentera que emito un pequeño gemido que retumba en la celda silenciosa.

—Eres más suave de lo que imaginaba —murmura, su tono grave vibrando en el aire—. Y más sensible.

Su voz penetra en mi confusión y añade otra capa de calor a mi vientre. Cierro los ojos un segundo, sintiendo que me disuelvo bajo sus dedos. Luego otro dedo se uno al primero y ese movimiento provoca que mis piernas se tensen, atrapando su muñeca. Un gemido ahogado se me escapa, incapaz de asimilar tanta intensidad de golpe.

Su otra mano se une, acariciando mis caderas, asegurándome en mi lugar mientras sus dedos con movimientos lentos, penetran y retiran, buscando un ritmo que me hace enloquecer. Por instinto, mis manos se aferran a las sábanas, buscando un asidero.

Me estremezco al percibir lo húmeda que estoy, cómo mis propias paredes se abren para recibirlo.

Siento la palma de su mano rozar mi sexo al hundir sus dedos, y sus caricias en esa pequeña protuberancia oculta se vuelven más firmes. Cada roce es un golpe directo a mi capacidad de pensar.

Mis manos dejan de aferrarse a la tela, y una de ellas asciende hasta su antebrazo, palpando la contracción de sus músculos.

Un escalofrío me sacude cuando noto un tirón que se propaga desde mi sexo hasta mis entrañas. Mis propios sonidos, jadeos y gemidos, resuenan en la celda, y me doy cuenta de que no podría contenerlos aunque quisiera.

—Nairn… —intento pronunciar su nombre, pero él, con los dientes apretados, se concentra en encontrar justo ese ángulo en el que sus dedos rocen el punto que me hace perder por completo el control.

Lo consigue: un movimiento de su muñeca hace que sus dedos se curven dentro de mí, rozando ese lugar tan recóndito que me arranca un grito sordo. Instintivamente, aprieto mis piernas alrededor de su brazo, y mi espalda se arquea. El placer aumenta en oleadas, pisándome los talones, cada vez más fuerte.

—Ya estás ahí —masculla, con un hilo de voz ronco—. No lo reprimas.

Apenas necesito su estímulo. Un espasmo me recorre de pies a cabeza, y la oleada de calor estalla, contrayendo mis músculos y arrancándome un gemido tan intenso que mi garganta se quiebra. Siento que el mundo se oscurece durante un segundo, mientras mi cuerpo se estremece con una sacudida prolongada, húmeda, liberadora.

Cuando finalmente me suelta, retiro mis manos de su brazo y dejo caer la cabeza contra la almohada, con el pecho alzándose en jadeos frenéticos.

Bajo la manta, sus dedos se retiran de mí con una lentitud insoportable. El roce final, ligero

pero íntimo, me arranca un escalofrío involuntario. Mi piel sigue ardiendo, demasiado sensible aún, pero entonces… su toque cambia.

Un leve roce. Diferente.

Algo en mi muslo.

Mi mente, nublada por el placer, tarda un segundo en entenderlo.

Las cicatrices.

Nairn las ha notado.

No se detiene de golpe, pero su movimiento vacila apenas un instante. Un pulgar que roza la piel de forma inconsciente, un cambio sutil en la presión. No hay preguntas, ni una pausa evidente.

Pero lo sabe. Lo ha sentido, sin embargo, no dice nada.

Saca la mano y un resto de humedad brilla en su piel, y yo me sonrojo al verlo, abrumada por la evidencia de mi propia entrega.

Se limpia los dedos en el borde de su tartán, sin apartar la mirada de mi rostro. Sus ojos tienen una expresión satisfecha, mezcla de curiosidad y orgullo.

—Eso, Mairead —musita—, es el deseo. Ahora lo has sentido de verdad.

Mi mente, enredada en el caos de emociones que él ha desatado, no logra encontrar las palabras para responder.

Finalmente, recupero la voz, aunque es más un murmullo que un sonido firme.

—Es… es interesante —murmuro, mi voz apenas un susurro mientras intento juntar los fragmentos de mi cordura.

Deja escapar una risa baja, profunda, como si acabara de escuchar la broma más absurda del mundo.

—¿Interesante? —repite, inclinando ligeramente la cabeza hacia un lado, su mirada cargada de esa mezcla de ironía y diversión que parece ser su marca personal—. Esa no es la palabra que esperaba, Mairead.

Mientras yo me siento enredada en este torbellino, Nairn parece controlado, como si nada hubiera cambiado para él.

Casi.

Se pone de pie, pero no de inmediato. Primero se queda ahí, inmóvil durante un instante, como si necesitara controlarse antes de moverse. Como si necesitara recuperar el aliento. Sus manos van a su tartán, ajustándolo de manera que, a primera vista, podría parecer un simple gesto rutinario. Pero no lo es. Es demasiado preciso. Demasiado cuidadoso.

Mi mirada, aún atrapada en la niebla de lo que acaba de ocurrir, baja por instinto.

Y entonces lo veo.

La tela se ha tensado en su entrepierna, levantándose de manera inconfundible, marcando una erección dura, gruesa, imposible de ignorar.

Intento apartar la mirada. Dios, lo intento. Pero no puedo.

Nairn, al darse cuenta de lo que ha captado mi atención, deja escapar una risa baja y cargada de ironía. No parece avergonzado. En absoluto. Si acaso, parece divertirse con mi reacción.

—¿Algo más que necesites, Mairead? —pregunta, su voz tan controlada que no sé si me está provocando a propósito o si simplemente es así de natural en él.

Trago saliva y sacudo la cabeza rápidamente, tratando de recobrar la compostura. Pero las palabras no llegan, y él, con una sonrisa que es más peligrosa que amable, asiente.

—Voy a buscar algo para comer —dice, su tono neutral, casi indiferente—. No has probado bocado en todo el día.

—No tienes que… —comienzo a decir.

—Volveré pronto. No hagas nada que me obligue a arrepentirme de dejarte sola.—Sus ojos se clavan en los míos durante un segundo más, como si estuviera dejando algo sin decir, antes de girarse hacia la puerta.

Cuando la madera cruje al cerrarse tras él, dejo escapar el aire que no sabía que estaba conteniendo. El eco de sus palabras y la imagen de ese bulto bajo su tartán se quedan conmigo, impregnando el silencio de la celda como una promesa de algo que aún no sé si quiero o temo explorar.

CAPÍTULO 13



La puerta se cierra con un golpe seco tras Nairn, y el silencio que deja tras de sí es tan abrumador como su presencia.

Permanezco inmóvil sobre el catre, con el pulso acelerado y los labios entreabiertos mientras intento recuperar el aliento. Mi cuerpo aún vibra con el recuerdo de sus manos bajo las mantas y la intensidad de su mirada mientras me llevaba al límite.

Trago saliva y cierro los ojos con fuerza, intentando recomponerme, sofocando en lo más profundo lo que acaba de despertar. Pero es inútil.

Pasan varios minutos. Quizá más. Me obligo a respirar hondo, a relajar los dedos que aún se aferran a la tela del colchón como si fuera lo único que me anclara a la realidad.

Entonces, escucho sus pasos.

Firmes. Decididos.

Vuelve.

Mi espalda se tensa cuando la puerta se abre de nuevo y su silueta aparece en el umbral, más imponente de lo que recordaba. En sus manos lleva un plato con pan y queso, y un pequeño odre de vino que sostiene con una naturalidad que me irrita.

Como si nada hubiera pasado. Como si todo siguiera igual. No me muevo cuando se acerca y deja la comida sobre la mesa con calma.

—No te has movido —comenta con neutralidad.

«Como si pudiera».

—No tenía a dónde ir.

Nairn deja escapar un leve resoplido, casi como si se burlara de mi propia obviedad, pero no dice nada más.

—Y pensaba que te habías ido por más tiempo —suelto, mientras me incorporo y desvío la mirada hacia la comida solo para evitar la suya.

—Y yo pensaba que te alegrarías de verme de vuelta —replica con una media sonrisa ladeada.

Parte el pan con las manos, y el simple movimiento de sus dedos fuertes desgarrando la corteza me trae recuerdos que me estremecen. Él lo nota. Lo sé porque su mandíbula su sonrisa se amplía apenas un instante antes de hablar.

—Deberías comer.

—No tengo tanta hambre.

Nairn apoya una mano sobre la mesa y me observa con la cabeza ladeada, con esa calma inquietante suya que siempre parece estar evaluándolo todo.

—Mentirosa —murmura, sin apartar la vista de mí.

Y sin poder evitarlo, me río.

Es una risa baja, breve, que me toma por sorpresa tanto como a él. Pero no es una risa de diversión. Es el tipo de risa que escapa cuando alguien te acorrala con la verdad y no te queda más remedio que admitir la derrota.

Sacudo la cabeza y desvío la vista, exhalando despacio.

—No sé qué me molesta más —murmuro, casi para mí misma—. Que siempre lo sepas todo… o que yo nunca consiga engañarte.

Nairn sonríe apenas, un brillo divertido asomando en sus ojos.

—Ambas cosas, seguramente.

Su seguridad me exaspera y me fascina a partes iguales.

Tomo asiento con cuidado, notando que él me ofrece una copa de vino antes de acomodarse frente a mí. El silencio entre nosotros es denso, pero no incómodo. Es como si ambos supiéramos que hay demasiado que decir y ningún lugar por donde empezar.

—¿De dónde sacaste esto? —pregunto finalmente, señalando el vino, más por llenar el espacio que por verdadera curiosidad.

—Del almacén de los sacerdotes —admite sin vergüenza alguna, llevándose la copa a los

labios.

—¿Robarles está bien, pero mentirles no? —replico, alzando una ceja.

Él suelta una risa baja, casi inaudible, pero suficiente para que vibre en mi pecho.

—Tu bienestar es mi prioridad ahora, Mairead. Es mejor que tengas el estómago lleno, incluso si eso requiere sacrificar un poco de virtud.

El comentario me arranca una sonrisa inesperada. No sé por qué, pero hay algo en él que logra desarmarme cuando menos lo espero.

—Siempre tan práctico —murmuro, más para mí misma que para él.

—Es lo único que me mantiene cuerdo —responde, inclinándose ligeramente hacia adelante, sus ojos fijos en los míos como si buscara algo en mi interior que yo misma no puedo ver.

—¿Por eso te llaman el Lobo Negro?

Su expresión cambia ligeramente, una sombra cruzando sus ojos antes de que la remplace con calma.

—En parte —admite, apoyándose contra la pared de piedra y mirando hacia la ventana como si estuviera viendo algo mucho más allá de las barras que la atraviesan—. El lobo es un símbolo en nuestra tierra. Lo respetan porque es astuto, leal a los suyos, pero también porque es salvaje. No puede ser domado.

—¿Eso significa que tú tampoco puedes serlo? —pregunto con un intento de ligereza, aunque la respuesta me importa más de lo que debería.

Él me mira de nuevo, sus ojos más suaves esta vez, pero no menos intensos.

—Significa que no nací para seguir las reglas de nadie. —Hace una pausa, como si eligiera cuidadosamente sus palabras—. Pero también significa que haré lo que sea necesario para proteger a los míos. Como un lobo, nunca abandono a mi manada. Y, Mairead, ahora eres parte de ella.

Su declaración me deja sin aliento, y por un momento, me pregunto si él entiende el impacto que tienen sus palabras. Pero antes de que pueda responder, continúa.

—¿Sabías que los lobos son animales monógamos? —dice, su tono cambiando a algo más ligero, pero no menos cargado de significado—. Si pierden a su pareja, permanecen solos. Alimentan a sus crías, protegen a los ancianos de la manada y siempre cumplen con su deber.

—Eso no lo sabía —admito, sorprendida por su conocimiento, pero más aún por la ternura

con la que lo describe.

—Son más leales que la mayoría de los hombres —añade, con un deje de amargura que no intenta ocultar—. Y más inteligentes. Observan, planean, y nunca actúan sin un propósito claro.

El silencio que sigue está cargado de algo que no puedo nombrar, pero cuando él me mira de nuevo, siento que estoy viendo a un hombre que no se permite mostrar su humanidad a menudo.

—Esa es una forma muy bonita de describirte a ti mismo —digo al fin.

Él suelta una risa seca, sin humor.

—Si yo soy como un lobo, Mairead, es porque la vida me ha obligado a serlo. Y ahora que lo sabes, dime… —Su tono se suaviza, pero sus palabras no pierden peso—. ¿Te da miedo?

Respiro hondo antes de responder, mi voz más baja de lo que esperaba:

—No. No me das miedo.

Ladea la cabeza, su mirada se suaviza apenas, pero sus labios no dejan de curvarse en esa sonrisa ladeada, cargada de secretos.

—Eres valiente, Mairead. —Su voz es baja, íntima, como si estas palabras estuvieran reservadas solo para mí.

—No es valentía —respondo, tratando de que mi tono sea firme, aunque mis manos se tensan sobre el borde de la mesa—. Es… confianza. Por mucho que te esfuerces en parecer un lobo solitario y salvaje, Nairn, sé que no lo eres del todo. Has cuidado de mí, incluso si eso significa robarle a un sacerdote.

Sus ojos brillan, y una risa profunda y breve escapa de sus labios.

—Así que ahora soy un ladrón benévolo —murmura, llevándose un trozo de queso a la boca —. Supongo que hay cosas peores. Y tú, ¿cómo te definirías, Mairead? —pregunta de repente, con un cambio en su tono que me toma por sorpresa—. ¿Eres diferente de lo que los demás ven en ti?

Me aparto ligeramente, intentando recomponerme antes de responder.

—Supongo que depende de a quién preguntes —digo finalmente, mi voz más suave ahora—. Para algunos, soy solo la hermana callada y obediente de Cormac. Para otros, la viuda desechada de un hombre que no supo qué hacer conmigo, para otros…

—Para algunos, soy solo la hermana callada y obediente de Cormac. Para otros, la viuda desechada de un hombre que no supo qué hacer conmigo. Y para otros soy una mujer maldita.

Dudo un instante, sintiendo el peso de cada palabra antes de pronunciarlas.

—Para otros, soy invisible.

Nairn no responde de inmediato, pero su expresión cambia. Su mirada, siempre aguda y escrutadora, se fija en la mía con algo que no logro descifrar del todo.

—Invisible —repite en voz baja, como si probara la palabra, como si le resultara inconcebible.

Me encojo de hombros, fingiendo indiferencia, aunque sé que el nudo en mi garganta me delata.

—No es tan difícil de creer. Hay mujeres a las que se las ve solo cuando resultan útiles. Y cuando dejan de serlo… desaparecen.

La sombra de una sonrisa se dibuja en sus labios, pero no es burlona. Es algo más.

—Y sin embargo, aquí estoy —dice, con voz tranquila—, incapaz de apartar los ojos de ti.

Su sinceridad me golpea más fuerte de lo que esperaba. No sé qué responder, así que miro hacia otro lado, fingiendo que sus palabras no me afectan.

Pero me afectan.

Más de lo que estoy dispuesta a admitir.

—¿Y para ti? ¿Quién eres? —pregunta. Sus palabras son suaves, pero encierran una intensidad que me obliga a encontrar una respuesta.

—No lo sé —admito, bajando la vista al suelo. Mis manos juegan nerviosas con el borde de la falda—. Nunca he tenido la oportunidad de pensar en ello. Siempre he sido lo que otros necesitaban que fuera.

Nairn ladea la cabeza, esa leve sonrisa que apenas suaviza la dureza de sus rasgos jugando en la comisura de sus labios.

—Lilias siempre quiso ser vista —dice con calma—. No soportaba la idea de que alguien la subestimara. Donde ella luchaba por destacar, tú preferiste observar, mantenerte al margen.

Me cruzo de brazos, sintiendo cómo mi piel se enciende bajo su escrutinio. Es evidente que me compara con su hermana.

—Lilias siempre ha tenido una manera especial de atraer las miradas —digo, intentando encontrar las palabras correctas—. Yo no soy así. Nunca lo he sido. No puedo rivalizar con ella.

Por un instante, su expresión no cambia. Luego, deja escapar un sonido bajo, casi una risa,

que no tiene ni un ápice de burla.

—Lilias compite con sus propios fantasmas. —Sus palabras son bajas, controladas, con esa serenidad que parece inherente a él—. Lo que ella elige hacer no define quién eres. Ni al contrario.

Me quedo en silencio, sintiendo el peso de su respuesta. Es pragmático hasta el punto de que me pregunto si alguna vez se ha dejado arrastrar por la emoción.

—Pero entiendo por qué piensas así —añade, inclinándose apenas hacia mí, como si compartiera un secreto que nadie más podría oír—. Has pasado tu vida rodeada de personas que caminaban como si el mundo les perteneciera, dejando poco espacio para los demás. —Hace una pausa, su mirada sosteniendo la mía con una intensidad que me obliga a quedarme quieta—. Pero tú, Mairead, eres diferente. No ocupas espacio, lo construyes. Y cuando decides hacerlo, nadie puede detenerte. Lo vi en el campamento. Lo veo ahora. Pero creo que a ti no te dieron muchas opciones para decidir quién eras.

El aire parece volverse más pesado a mi alrededor, cargado con algo que no puedo identificar del todo.

—Cuando elijas quién quieres ser, serás imparable.

Su tono es tan calmado, tan deliberado, que no sé si me está animando o desafiando. Quizás ambas cosas. La certeza en sus palabras se siente tan sólida que casi puedo tocarla, y me deja sin aliento.

Por un momento, no sé qué decir. Mi mente busca respuestas, excusas, pero nada parece adecuado. Lo único que sé es que, por primera vez en mucho tiempo, alguien me ve realmente.

—Nairn… —Su nombre escapa de mis labios antes de que pueda detenerlo. Apenas un susurro, pero suficiente para que él incline la cabeza, dándome toda su atención.

La intensidad de su mirada me desarma. No es una mirada interrogante, ni siquiera desafiante, pero hay algo en ella, en esa paciencia implacable, que me obliga a seguir hablando, aunque no esté del todo segura de qué quiero decir.

—Gracias… por todo —murmuro, sintiendo cómo el calor sube por mi cuello hasta mis mejillas—. Por lo que has hecho por mí, por mi familia, mi clan…

Él no dice nada. Solo me observa, permitiendo que mis palabras se derramen en el aire como agua en una piedra. Sus ojos parecen ver más allá de lo que digo, como si intentara descifrar lo que realmente quiero expresar.

—No sé cómo... —Mi voz se quiebra, y mis manos, inquietas, se aprietan en mi regazo—. No sé cómo demostrarte lo agradecida que estoy.

Una pequeña sonrisa curva sus labios, apenas perceptible, pero lo suficiente para que mi pulso se acelere.

La madera de la silla cruje ligeramente bajo mi peso cuando me inclino hacia él. Mis manos tiemblan apenas, pero no lo suficiente como para que se note, o al menos eso espero.

Dejo la copa a un lado, apoyándome ligeramente sobre una mano mientras acerco mis labios a su mejilla. Un beso casto, ligero, apenas un roce.

Cuando me enderezo, algo en su mirada me detiene. No tiene esa calma irónica habitual; hay algo más, algo que me hace sentir como si acabara de cometer un error.

Antes de que pueda apartarme, su mano se cierra alrededor de mi muñeca con una firmeza que no es agresiva, pero tampoco permite resistencia.

—Eso no parece suficiente agradecimiento, Mairead.

Su voz es baja, grave, cargada de algo que no logro definir del todo. Mis ojos se clavan en los suyos, y lo que veo en ellos me desarma: no hay sarcasmo ni frialdad, solo una intensidad cruda que me roba el aliento.

Y entonces ocurre.

Sus labios se presionan contra los míos con una seguridad que me roba el aliento. Es un beso que empieza suave, como una pregunta que no espera respuesta, pero pronto se vuelve más firme, más intencionado.

Sus labios se abren ligeramente, y el roce de su lengua contra la mía es suficiente para que todo pensamiento coherente se desmorone.

Mis dedos, que al principio no sabían qué hacer, encuentran su lugar en el borde de su tartán, aferrándose a la tela como si fuera mi única ancla. Su mano, aún en mi muñeca, se desliza hasta mi cintura, atrayéndome más hacia él.

El sabor de vino y pan aún permanece en su boca, pero hay algo más, algo que es únicamente Nairn. Su lengua se mueve con una precisión que me hace temblar, explorando cada rincón con una mezcla de control y libertad que me domina por completo.

Cuando finalmente se aparta, lo hace despacio, como si quisiera prolongar el momento. Su aliento acaricia mi piel mientras sus ojos se clavan en los míos.

—Eso —murmura, su voz baja y raspada—, me parece un agradecimiento más apropiado.

Mi pecho sube y baja rápidamente, intentando recuperar el aire que me ha robado. Intento encontrar algo que decir, pero mi mente está atrapada en el eco de lo que acaba de pasar.

—Yo… —empiezo, pero su sonrisa ladeada me detiene.

—Eres mi mujer, Mairead —responde, con un tono tan tranquilo que casi parece inofensivo —. Y mi mujer no necesita dudar cuando quiere pedirme algo.

Mis mejillas arden, pero no consigo apartar la mirada de la suya.

—¿Eso significa que me darás lo que quiera? —pregunto, tratando de ocultar mi confusión detrás de un tono sarcástico.

—Eso significa —responde, inclinándose apenas hacia mí—, que si realmente lo quieres, sabrás cómo pedírmelo.

—¿Y si no sé cómo pedirlo? —replico, mi voz apenas un susurro, incapaz de apartar la mirada de sus ojos.

Él se acerca un poco más, y su respuesta llega en un tono tan bajo que parece envolverme como un secreto compartido.

—Entonces será porque no lo quieres lo suficiente.

Su honestidad, cruda y directa, golpea como una tormenta repentina, dejándome sin palabras. Odio esos segundos de silencio, porque siento que él ve en mí algo que yo misma no entiendo, pero que me impulsa y me reta.

—¿Hay algo más que necesites, Mairead? —pregunta de nuevo, con un tono más bajo, casi íntimo.

—No lo sé —susurro finalmente, sorprendida por la honestidad en mi voz.

—Bien. —Se recuesta ligeramente, como si el peso de la conversación ya no fuera suficiente para mantenerlo inclinado hacia mí—. Cuando lo sepas, estaré aquí.

CAPÍTULO 14



Observo la herida de Cormac bajo la tenue luz que se filtra por los ventanales del monasterio. La piel, antes desgarrada y sangrante, ahora es casi una línea pálida, como si la carne se hubiera sellado por arte de magia. Paso los dedos cerca, sin tocarla, notando el leve calor residual, como si aún quedara algo latente debajo de la superficie.

—No entiendo cómo te has recuperado tan rápido —murmuro, más para mí que para él.

—Tampoco yo —responde, con ese tono que usa cuando algo le preocupa pero no quiere admitirlo. Sus ojos me observan con intensidad—. Pero no estamos aquí para hablar de mi herida.

Me enderezo lentamente, preparándome para lo que viene.

—¿Entonces?

—Nairn. —Pronuncia su nombre como si le pesara en la lengua—. ¿Cómo demonios le convenciste para que aceptara este matrimonio?

Parpadeo, un poco descolocada.

—Tú mismo dijiste que es imposible prever lo que hará —replico, midiendo mi tono.

—Sí, pero incluso Nairn Gunn no hace nada sin un propósito. —Cruza los brazos sobre su pecho y su mirada se endurece—. Y por mucho que me esfuerce en encontrarlo, aún no entiendo cuál es. Y tú sabes tan bien como yo que no basta con ofrecerle tierras o lealtad.

—Tal vez simplemente pensó que era lo correcto —aventuro, aunque ni yo misma me lo creo.

—¿Lo correcto? —Cormac suelta una risa seca—. Nairn Gunn no es un hombre fácil de

manipular. Es un estratega, un depredador. ¿Qué le dijiste?

Dudo por un momento, sintiendo el peso de su mirada. Cormac es un maestro en desentrañar la verdad, y ahora está aplicando toda su concentración en mí.

—Nada que no fuera cierto.

—Eso no me responde. —Inclina la cabeza hacia un lado, y su expresión se vuelve seria—. ¿Le suplicaste?

El calor me sube al rostro en una oleada furiosa.

—Por supuesto que sí. Estaba desperada.

Cormac entrecierra los ojos.

—¿Y eso lo conmovió?

Su incredulidad me irrita.

—No lo sé. Nairn no es fácil de interpretar.

Cormac asiente pensativo.

—No sería la primera vez que un hombre hace algo estúpido por una mujer.

—Es Nairn. —Dejo caer la cabeza hacia atrás, exasperada—. No es estúpido, y tampoco es el tipo de hombre que se deja llevar por sentimentalismos.

—Exactamente. —Cormac me mira fijamente—. Y aun así, aquí estamos.

No sé qué responder.

—Nairn Gunn no ata su destino al de alguien sin una razón de peso y si alguna vez siente que le debes algo más... no es de los que olvidan.

—No le debo nada que no pueda cumplir —respondo, más para convencerme a mí misma que a él—. Tal vez lo hizo porque le convenía —digo, repitiendo la misma excusa que me he dicho a mí misma desde que todo esto comenzó.

—O tal vez… —Cormac se inclina hacia mí, sus ojos brillando con una intensidad que no me gusta—. Tal vez ni él mismo se ha dado cuenta de cuál es su verdadero motivo.

Antes de que pueda responder, la puerta se abre con fuerza, y Fingal entra como una ráfaga de aire frío, con el cabello alborotado y una sonrisa que promete problemas.

—He conseguido una carreta.

El anuncio cuelga en el aire como si esperara un aplauso.

—¿Cómo? —pregunto, dejando escapar un suspiro mientras cruzo los brazos de nuevo.

—Digamos que he sido persuasivo.

Cormac resopla, y la expresión que se dibuja en su rostro es todo menos impresionada.

—Eso significa que la ha robado.

—¡No la he robado! —Fingal levanta las manos como si fuera una acusación absurda—. Solo he negociado con un campesino.

—¿Negociado? —repito, arqueando una ceja.

Fingal se encoge de hombros, claramente disfrutando de la atención.

—Le prometí que el rey recompensará a todos los que ayuden a los hombres que lucharon en Flodden.

—¿El rey? —Cormac se echa hacia atrás, con una mueca que podría ser diversión o pura exasperación—. ¿Le dijiste eso al pobre hombre? El rey ha muerto, Fingal.

—Ya, pero ellos aún no lo saben. Además, le liberé de un caballo medio muerto y de una carreta que apenas podía arrastrar. Si me preguntas, le hice un favor.

—Eso no es un favor, Fingal —respondo, cruzando la distancia que nos separa—. ¿Qué va a hacer ahora? ¿Cómo va a llevar lo poco que tenga al mercado?

Fingal me mira, aparentemente pensativo, antes de encogerse de hombros.

—No tenía mucho que llevar. De todas formas, la tierra no ha dado nada este año.

—Eso no lo hace correcto.

—Mairead —interviene Cormac, con voz cansada—, deja de perder el tiempo con él. Fingal siempre encuentra una forma de justificar lo que hace, aunque sea robando a un ciego.

Fingal finge indignación, llevándose una mano al pecho.

—Eso es una calumnia. Nunca he robado a un ciego.

—Aún.

—¡Gracias por la fe, Cormac! —exclama Fingal con una sonrisa.

Mi paciencia llega al límite.

—Espero que al menos hayas dejado algo al hombre.

—Claro que sí —dice Fingal, sonriendo de nuevo, más descarado que antes—. Le dejé mi

bendición.

Cormac suelta una carcajada, y yo solo puedo taparme la cara con una mano, respirando hondo para no decir lo que realmente pienso. ¿Cómo es que Fingal logra siempre que parezca que el caos es una estrategia brillante?

Miro a los dos hombres, que intercambian sonrisas cómplices, como si no hubiera un campesino en alguna parte rascándose la cabeza y preguntándose qué demonios va a hacer ahora sin su carreta. Es en momentos como este cuando me doy cuenta de que estar rodeada de hombres así no es una prueba de paciencia; es una sentencia a perpetuidad.

Abro los ojos y dejo que mi atención se deslice hacia el vendaje en la mesa, enfocándome en algo que no sea su expresión descarada. Por fuera, soy la imagen de la calma. Por dentro, estoy contando hasta diez, o hasta cien, dependiendo de cuánto tiempo necesite para no explotar.

Porque la verdad, y esto nunca se lo admitiría, es que no puedo permitir que se den cuenta de cuánto les necesito. Si alguna vez descubrieran que su caos es mi orden, que su ruido llena el vacío que me ha perseguido toda la vida, perdería el único terreno sólido que tengo bajo mis pies.

Pero no les daré ese poder. Ni a ellos, ni a Nairn, ni a nadie.

—No pienso ir en esa carreta. Puedo ir a caballo —protesta Cormac.

—¿Y qué vas a hacer cuando te caigas? —le pregunto, casi amable. Como si no supiera que cualquier sugerencia de debilidad es un ataque directo a su orgullo.

—No me caeré.

Miro de reojo a Fingal, esperando que diga algo, pero él está entretenido ajustando una correa de su cinturón con una concentración que roza lo ridículo. Él sabe cuándo intervenir, y claramente ha decidido que este no es el momento.

Me enderezo, sacudiendo los pliegues de mi falda, y le dedico a Cormac una mirada que espero que entienda como una advertencia.

—No montarás a caballo. Aún no sabemos cómo te estás recuperando internamente, y no seré yo la que le diga a Lilias y a tus hijos que moriste porque fuiste demasiado testarudo para aceptar que necesitabas una carreta.

El silencio en la habitación es casi palpable. Fingal abre la boca, probablemente para añadir alguna observación innecesaria, pero me giro antes de que lo haga.

Camino hacia la puerta con pasos firmes, sintiendo el peso de su atención en mi espalda. Pero

justo cuando estoy a punto de salir, oigo a Fingal soltar un silbido y un comentario, bajo pero suficientemente claro como para alcanzarme.

—Un día casada con ese tipo y ya parece una Gunn de los pies a la cabeza.



Avanzo despacio cuando veo a Drummond al final del corredor. Su silueta recortada contra la luz tenue es inconfundible.

Bajo la cabeza y acelero el paso, esperando que esta vez me deje pasar sin hacer un espectáculo. Ingenua. Es como pedirle al lobo que no cace.

—Zorra traidora. ¿Cuántos hombres más tendrás que arrastrar contigo antes de quedar satisfecha?

Los insultos son su arma favorita conmigo, un cuchillo afilado con el que ha aprendido a desgarrar cada fibra de mi calma.

No me detengo. Acelero un poco más, aunque el sonido de sus pasos se acerca rápidamente.

—No te escondas, Mairead. Eso es lo único que haces bien, ¿verdad?

El tono de su voz está cargado de desprecio, y sé que si sigo avanzando, solo conseguiré provocar su ira. Pero antes de que pueda decidir qué hacer, Drummond da un paso al frente y se interpone en mi camino, bloqueando el paso con su cuerpo.

Mi instinto me grita que retroceda, pero me obligo a quedarme inmóvil, a contener el temblor en mis manos.

—¿Qué necesitas, Drummond? —pregunto, girándome despacio, con la mirada fija en el suelo.

—Lo que siempre he necesitado de ti: un cuerpo bonito donde entrar.

Su voz es baja, pero peligrosa, como el crujido de una rama antes de romperse.

Levanto los ojos un instante, solo para encontrarme con la dureza de su expresión, la mandíbula tensa y los ojos ardiendo de ira y algo más oscuro que prefiero no nombrar.

Aprieto los labios.

—Déjame pasar.

Mi voz es baja, pero hay algo en ella que me sorprende incluso a mí.

Él entrecierra los ojos, evaluándome como si intentara decidir si vale la pena insistir.

—¿Pasar? —repite, con una sonrisa que no llega a sus ojos—. ¿Por qué tendría que hacerlo?

—Soy una mujer casada. —Mis palabras salen rápidas, aunque mi cuerpo entero me pide que corra—. Ahora soy la esposa de Nairn Gunn.

Drummond da un paso más cerca, obligándome a retroceder hasta que mi espalda choca contra la pared fría.

—No te confundas, Mairead. —Su risa corta llena el pasillo, burlona y cruel—. Lo que eres es una traidora. Una Sutherland débil que huyó de mí para esconderse detrás de un hombre más fuerte.

Antes de que pueda reaccionar, su mano se cierra en mi muñeca y me empuja de cara contra la pared, doblando mi brazo a mi espalda. El impacto me deja sin aliento, la piedra fría mordiendo mi mejilla mientras su cuerpo se pega al mío, atrapándome.

—Pero eso no cambia nada. Todavía eres mía. Aunque ahora tenga que arrancarte de las manos de Gunn para demostrarlo.

El miedo me eriza la piel, pero me niego a dejar que me vea temblar.

—Si Nairn se entera de esto…

—No tiene por qué enterarse. —Su aliento caliente y agrio roza mi oído, su tono impregnado de una satisfacción perversa—. No seas ingenua, Mairead. A ese cabrón no le importas tanto como crees. Y aunque le importaras, ¿qué va a hacer? ¿Matarme? —Su risa me taladra el cráneo —. No sería el primero que intenta ponerme las manos encima por follarme a su hembra.

—Drummond… —intento hablar, pero mi voz se quiebra cuando sus dedos se deslizan hasta mi cadera y tironean de mi falda, subiéndola.

—¿Qué pasa, bruja? ¿No tienes una maldición que lanzarme? ¿Un truco para hacerme desaparecer? —Se burla, inclinándose hasta que su rostro queda demasiado cerca del mío—. Oh, no, claro que no. Las brujas como tú solo saben tentar a los hombres.

El olor metálico de su aliento me provoca náuseas cuando se pega a mi oreja y me debato para deshacerme de él.

—Vamos, Mairead, no pongas esa cara. Seguro que después de lo que te habrá hecho ese

cabrón, ni lo notas. —Su voz es un susurro lleno de veneno, y su sonrisa se ensancha aún más cuando me ve tragar saliva—. Ese bastardo te ha debido dejar bien abierta. Con lo que maneja ese cabrón, me extraña que puedas andar.

Me revuelvo con todas mis fuerzas, pero su agarre es férreo.

—¿Te gustó, eh? Seguro que gimoteaste como una zorra cuando te rompió de una embestida. —Su risa es un susurro sucio en mi oído, su cuerpo bloqueándome cualquier escape—. Quizá deberíamos comprobar si todavía queda algo de ti para mí.

Su mano sube más, sus dedos aferrándose con fuerza a mi muslo. La presión es despiadada, su piel áspera contra la mía, un contacto que me revuelve el estómago.

La náusea me golpea con fuerza, pero la rabia es aún más intensa.

—Drummond, suéltame. Ahora.

—No me des órdenes, mujer. —Su voz es un gruñido bajo, vibrante de ira contenida—.Siempre pensé que serías mía, ¿sabes? —murmura, su tono impregnado de un rencor venenoso—. Desde el principio. Desde que eras una mocosa, te veía y sabía que te haría mi esposa.

Aprieto la mandíbula con fuerza, pero no puedo evitar la punzada de miedo que se instala en mi pecho.

—Pero, claro, los Sutherland siempre tienen que traicionar. —Su rodilla se clava entre mis muslos, empujándome más contra la piedra, inmovilizándome con la facilidad de un cazador sujetando a su presa—. Y tú no eres la excepción.

Su mano sube más, deslizándose bajo mi falda con un descaro que me hace querer gritar.

El sonido metálico de una hoja desenvainándose corta el aire.

—Aléjate de ella, Drummond.

La voz de Nairn no es un grito. No es necesario. Su tono bajo, áspero, cargado de una furia tan densa que parece llenar cada rincón del pasillo, es infinitamente más aterrador que cualquier alarido de rabia.

Drummond se congela.

Lo noto en la tensión de su cuerpo, en la forma en que sus dedos aún se aferran a mi muslo, dudando entre soltarme o sostener su desafío.

Y luego, lo veo.

Nairn avanza por el pasillo con pasos lentos, pesados, como un animal que ya ha elegido a su presa. Su espada brilla bajo la escasa luz, pero su expresión es lo que hiela la sangre. Su mandíbula está tensa, sus ojos dorados arden con una oscuridad implacable.

No hay duda en ellos. No hay contención. Solo una certeza absoluta.

Drummond es un hombre muerto.

—Aléjate de ella —repite Nairn, su voz más grave, más letal.

Drummond vacila, y yo siento cómo su agarre se afloja ligeramente. Pero luego, como si su orgullo no pudiera permitirse ceder, aprieta de nuevo y me empuja contra la pared, aumentando la torsión de mi brazo.

—¿Y si no lo hago? —pregunta, girándose hacia Nairn con una sonrisa desafiante—. ¿Vas a matarme aquí mismo, Gunn? ¿En un monasterio?

Nairn sonríe.

Y es la sonrisa más cruel que he visto en mi vida.

—Sí.

No hay vacilación. No hay advertencia.

Solo un hecho.

—Esto es tierra sagrada. Ni siquiera deberías desenvainar tu espada.

Drummond traga saliva, pero intenta aferrarse a su arrogancia como un hombre que se niega a creer que está a punto de ahogarse.

—Esto es tierra sagrada —espeta, su tono teñido de burla y de algo más… miedo—. Ni siquiera deberías desenvainar tu espada aquí.

Nairn ladea la cabeza, estudiándolo con la calma de un depredador que ya ha decidido morder.

—Pues entonces, reza.

Y, sin previo aviso, lo empuja con una violencia que lo estampa contra la pared de piedra. El impacto resuena en el pasillo, seco y contundente. Drummond gruñe, pero no tiene tiempo de reaccionar antes de que Nairn le clave una daga en el hueco de la clavícula, lo justo para hacerle sentir el filo sin atravesarlo.

—Porque si vuelves a tocarla, Drummond… —susurra Nairn, acercándose hasta que sus labios casi rozan su oído—, te arrancaré la lengua antes de que puedas volver a pronunciar su

nombre.

El aliento de Drummond se vuelve errático. Sus ojos, inyectados de furia y miedo, oscilan entre la daga y el rostro pétreo de Nairn.

—Gunn… —gruñe, con el orgullo atragantado en la garganta.

—Fuera. Tienes suerte de que aún me quede un mínimo de integridad y respeto por lo sagrado.

Drummond duda un segundo. Un error fatal.

Nairn empuja la daga un milímetro más, suficiente para que un hilo de sangre descienda por su piel.

—He dicho fuera.

Esta vez, Drummond se aparta con brusquedad, sin dignidad, sin réplica. Con una última mirada en mi dirección—una promesa velada de que esto no ha terminado—, gira sobre sus talones y se aleja por el pasillo.

Cuando desaparece, el filo de la daga brilla un instante más antes de que Nairn la guarde en su funda con un movimiento preciso.

Pero no ha terminado.

No hasta que él decida que esto ha acabado.

Su mirada se encuentra con la mía, aún encendida de furia contenida. Pero hay algo más en esos ojos dorados… algo que no logro descifrar del todo, pero que me ancla al suelo como si hubiera pronunciado mi nombre sin necesidad de abrir la boca.

—Te dije que no te pusieras en peligro.

Su voz es baja, áspera. No hay reproche en ella, pero tampoco dulzura. Solo esa certeza inamovible que tiene de que lo que dice debe cumplirse.

Intento responder, pero mi garganta está seca.

Porque, aunque la amenaza de Drummond se ha desvanecido, la intensidad en la mirada de Nairn sigue ahí.

Oscura. Penetrante.

Como si aún no hubiera soltado del todo la furia que lo ha impulsado a enfrentarse a él. Como si la violencia aún vibrara en sus músculos, esperando un motivo para desatarse.

Y por primera vez, no estoy segura de a quién temer más. Pero entonces, algo cambia.

Apenas un matiz en su expresión. Un leve descenso en la tensión de su mandíbula. Un brillo distinto en sus ojos, que ya no parecen los de un guerrero al borde de un ataque, sino los de un hombre que se da cuenta, de repente, de que estoy conmocionada.

Su mirada se suaviza.

No del todo. Nunca del todo.

Pero es suficiente.

Es como si la bestia se retirara un paso atrás, como si el filo de su furia se apagara lo justo para dejar ver al hombre que hay detrás.

—Vamos —me dice extendiéndome una mano.

No respondo. El peso de lo que acaba de suceder me golpea como una ola, y mis piernas finalmente ceden. Mi espalda resbala contra la pared fría hasta que quedo sentada en el suelo, con las manos temblorosas descansando en mi regazo.

Nairn no dice nada. En lugar de hablar, avanza hasta mí con pasos firmes. Se agacha lentamente frente a mí, como si el menor movimiento brusco pudiera romperme en pedazos.

Por un instante, solo me mira, su mandíbula aún tensa, su respiración profunda pero controlada. Luego, sin una palabra, estira los brazos y me alza con facilidad, como si no pesara nada. El calor de su cuerpo me envuelve mientras me pega contra su pecho.

El ritmo constante de su respiración y el latido de su corazón, fuerte y decidido, me dan una extraña sensación de seguridad. No digo nada mientras me lleva, pero el movimiento de sus pasos y la firmeza de su agarre son suficientes para calmar el temblor que aún recorre mi cuerpo.

CAPÍTULO 15



El bastardo no merece vivir.

Mientras camino con Mairead en brazos, su peso ligero contra mi pecho, la rabia sigue ardiendo en mis entrañas, densa y punzante como un puñal recién afilado. Cada vez que parpadeo, la imagen de Drummond se graba con más fuerza en mi mente: su cuerpo pegado al de ella, sus manos sujetándola con la soberbia de quien se cree con derecho, la sombra de su risa sucia y confiada, convencido de que podía hacer lo que quisiera sin consecuencias.

Podría haberlo matado allí mismo. Lo habría hecho sin dudar, sin remordimientos, sin darle siquiera el tiempo de comprender que estaba a punto de morir.

Pero no lo hice, aunque mi espada ya estaba lista para abrirle el cuello, porque no era el momento ni el lugar. Aunque la fe nunca ha sido algo que me detenga y la sangre de los hombres ha teñido mis manos más veces de las que puedo contar, hay líneas que incluso yo prefiero no cruzar sin una buena razón.

Pero si vuelve a tocarla…, si vuelve a pronunciar su nombre con esa arrogancia repugnante que tiene…

No habrá suelo sagrado que lo salve de mí.

La próxima vez, lo mataré.

Ahora lo único que quiero es poner distancia entre Mairead y él antes de que mi paciencia se agote del todo.

Mis hombres ya han descansado lo suficiente, y los heridos pueden alcanzarnos más tarde. No hay razón para quedarnos más tiempo, especialmente con ese loco bastardo merodeando.

Llegamos al refectorio, y siento cómo Mairead comienza a tensarse en mis brazos.

—Bájame —me pide.

No tiene caso discutir conmigo ahora, pero parece que aún no lo entiende.

—No.

—Nairn, por favor. No quiero que me vean así.

No me detengo. Un hombre puede llevar a su esposa como le plazca, y ella ahora mismo no está en condiciones de andar. Está afectada, aunque se esfuerce por ocultarlo. Además, si alguno de mis hombres se atreve a decir algo, recibirá un puñetazo.

Empujo la puerta con el hombro y entro en el refectorio. El murmullo de voces y el sonido de cubiertos sobre madera se detienen de inmediato. Todo el mundo nos mira. No me importa.

Camino directamente hacia Ewan, que está sentado al final de una mesa, con una jarra en la mano y una expresión de cansancio que desaparece en cuanto nos ve. Sus cejas se alzan, sorprendido, pero no hago caso. Dejo a Mairead con cuidado en el banco junto a él, notando cómo intenta apartarse de mi agarre incluso cuando sus manos tiemblan ligeramente.

—No te muevas —le ordeno, mirando a Ewan mientras hablo—. Vigílala.

No espero una respuesta. Me doy la vuelta y camino hacia el centro de la sala, levantando la voz para que todos puedan escucharme.

—Gunn, nos vamos. Ahora. Preparaos. Los heridos que no puedan seguirnos, que se queden y nos alcancen más tarde.

El movimiento empieza de inmediato, con hombres levantándose y ajustándose los cinturones y espadas. Estoy a punto de salir del refectorio cuando la voz de Mairead me detiene.

—Nairn…

Me giro hacia ella. Está sentada junto a Ewan, mirando al suelo, pero cuando alzo las cejas en su dirección, alza la vista y habla:

—Fingal consiguió una carreta para Cormac. También podemos ponernos en camino.

La forma en que lo dice, como si todavía formara parte de ellos, me hace fruncir el ceño. Camino hacia ella, cruzándome de brazos.

—¿Podemos?

—Sí —dice, mirándome con un destello de confusión—. Podremos alcanzaros.

Dejo escapar una risa breve, seca.

—No, Mairead. Ellos pueden hacer lo que quieran. Tú te vienes conmigo.

Sus labios se entreabren, sin embargo, no parece entender del todo.

—Pero Cormac me necesita. Yo puedo…

—Cormac encontrará cómo arreglárselas. Va a Dunrobin. Nosotros vamos a Dirlot. Nuestros caminos se separan aquí.

Su boca se cierra de golpe, y su expresión mezcla desconcierto y una pizca de reproche.

—Aprende esto ahora —digo, con un tono más bajo pero cargado de intención—. Tu lugar no está con ellos. Está conmigo. Te advertí que este matrimonio sería bajo mis términos y tendrías que asumir las consecuencias.

Ella traga saliva y cierra los ojos un instante. En ese gesto se intuye el cansancio de quien ha librado demasiadas luchas en pocos días. Cuando vuelve a abrirlos, me observa con una mezcla de resentimiento y aceptación.

—Entonces… no tengo elección —dice, con una amargura contenida.

Siento un arranque de culpa, pero me mantengo firme.

—Mairead —digo, esforzándome en no sonar tan brusco—, estoy cumpliendo mi parte, que es protegerte. No pienso soltarte para que Drummod o cualquiera se aproveche de esa obstinación tuya por cargar con problemas ajenos. Además, si sigues ligada a todo lo que fuiste antes, jamás serás libre para lo que puede venir ahora.

Me doy la vuelta y clamo hacia los Gunn que llenan el refectorio:

—Salimos en una hora —digo a los hombres mientras me alejo, dejando claro que no hay tiempo para discusiones.

Salgo del lugar, dejando a Mairead, aún procesando mis palabras. No es el momento de discutir con ella; lo entenderá con el tiempo. Ahora, lo que queda por hacer es asegurarme de que Cormac también lo entienda.

Cruzo el pasillo y entro en su celda. Lo encuentro sentado junto a una ventana. Tiene un brazo apoyado en el alféizar y la mirada fija en el exterior, aunque por la rigidez de sus hombros está claro que no se permite bajar la guardia, ni siquiera aquí.

Levanta la cabeza en cuanto me oye y su ceja se arquea con la misma mezcla de ironía y cansancio que lleva grabada en el rostro siempre para mí.

—Si has venido a darme sermones, vete. Ya tengo suficiente con Mairead.

Me detengo frente a él, cruzando los brazos.

—No. Vengo a decirte que lo Gunn nos vamos.

Su expresión cambia de inmediato.

—¿Tan pronto?

—Sí. No veo razón para quedarnos. Quiero alejarme de los MacKay cuanto antes.

—Entiendo. —Su mirada se oscurece un poco mientras asiente—. Supongo que Mairead y yo podemos seguir vuestro ritmo con la carreta que Fingal consiguió.

—No.

La palabra es firme y definitiva. Veo cómo Cormac frunce el ceño, claramente confundido. ¿Qué demonios les pasa a los Sutherland que no pueden asumir que Mairead ahora es mi esposa?

—¿No?

—Mairead viene conmigo.

Su expresión cambia. El ceño se frunce aún más, pero no dice nada de inmediato. Es un hombre que mide sus palabras, y eso lo respeto, aunque en este momento me está poniendo a prueba.

—Entiendo. —Finalmente rompe el silencio, su tono bajo pero cargado de significado.

—No hay nada que entender. Ahora es una Gunn.

—Gunn o no, sigue siendo mi hermana.

—Y mi esposa por si no te ha dado cuenta. —Cruzo los brazos, inclinándome ligeramente hacia él—. Asegúrate de que tus hombres mantengan a Drummond bajo control hasta que nos alejemos. No quiero tener que volver a recordarle que lo mataré si vuelve a poner una mano sobre ella.

—¿Qué ha pasado?

Lo miro a los ojos, evaluando cuánto debo decirle. Pero sé que Cormac no es un hombre que acepte evasivas, y tampoco me interesa darlas.

—La acorraló en un pasillo y no fue amable precisamente.

La rabia cruza su rostro como un relámpago, y su postura cambia al instante, como si

estuviera listo para salir de la celda y enfrentarse a ese bastardo ahora mismo.

—Ese hijo de puta… —gruñe, sus manos cerrándose en puños a los lados de su cuerpo—. ¿Dónde está?

—Respirando. Por ahora. —Mi tono es frío, pero hay un filo en mis palabras que deja clara mi paciencia limitada—. Le advertí que no habrá un segundo aviso.

—¿Y crees que eso basta?

—No. Por eso nos vamos. Sabes tan bien como yo que si me quedo un segundo más cerca de ese loco, no podré contenerme.

—Si Drummond vuelve a intentarlo…

—Créeme, no saldrá vivo para intentarlo una tercera vez.—Mis palabras son rápidas, cortantes.

Por un momento, ninguno de los dos dice nada. Entonces Cormac se recuesta ligeramente contra la pared, su mirada volviéndose más relajada, aunque el filo sigue ahí.

—Sigues sin decirme por qué aceptaste casarte con Mairead.

Dejo escapar una risa breve, seca.

—¿Estoy obligado a hacerlo?

—Deberías. Me tienes en ascuas. No entiendo qué te hizo aceptar algo así.

Le sostengo la mirada, dejando que el silencio alargue la tensión entre nosotros.

—Digamos que tenía mis razones.

Cormac suelta un resoplido, exasperado.

—Por supuesto que no las vas a compartir. Maldito Gunn, siempre jugando a los secretos.

—Por eso te caigo tan bien.

—Por eso me sacas de quicio. No sé qué me molesta más: que siempre hables en acertijos o que parezcas disfrutarlo.

—Ambas cosas, probablemente. —Me apoyo contra la puerta, manteniéndole la mirada con una media sonrisa que sé que le saca de quicio—. Pero admítelo, te divierte.

—¿Divertirme? —suelta una risa seca, aunque sus ojos brillan con una chispa de desafío—. Verte con mi hermana en brazos, llevándotela como si fuese un saco de grano, no ha sido exactamente divertido, te lo aseguro.

—No la llevaba como un saco de grano, Cormac. —Me inclino un poco hacia adelante, dejando que el sarcasmo se cuele en mi tono—. Lo habría notado.

Él se limita a negar con la cabeza.

—¿Siempre debes tener la última palabra?

—No siempre. Solo cuando es importante.

—Y esto, supongo, lo es. —Resopla, sacudiendo la cabeza—. En serio, Gunn, ¿qué te impulsó a aceptar este matrimonio?

—¿Otra vez con eso? —Me enderezo, descruzando los brazos con un gesto deliberado—. ¿Qué más da el motivo? Ya está hecho.

—Claro que da. Eres un hombre que no da un paso sin tener una razón. Y te conozco lo suficiente como para saber que no lo hiciste solo por los acuerdos entre clanes o más tierras.

—¿Eso crees? —ladeo la cabeza, dejando que una sonrisa perezosa curve mis labios—. Quizá fue exactamente por eso.

—No me vendas esa mierda. —Su tono se endurece, pero hay una sombra de curiosidad en sus ojos que no puede ocultar—. Hay algo más.

Me quedo en silencio, dejando que sus palabras floten en el aire. Es un hombre inteligente, y sabe que no voy a darle lo que busca.

—Voy a decirte una cosa, Sutherland. —Finalmente rompo el silencio, inclinándome hacia él —. Me casé con tu hermana porque quise hacerlo.

Cormac se inclina también, apoyando los codos en las rodillas, sus ojos clavados en los míos.

—Eso no me responde nada.

—Claro que sí. Responde más de lo que crees. —Mi tono es ligero, casi burlón, y puedo ver cómo sus labios se tensan al darse cuenta de que no voy a soltar prenda.

—Maldito Gunn. —Se recuesta en el banco, pasándose una mano por el rostro—. Eres como un puzle imposible de resolver.

—Si no puedes descifrar esto, quizá es que no estás a la altura —le respondo, alzando las cejas con un gesto deliberadamente provocador.

—Si tuviera tiempo para entretenerme, tal vez. Pero en este caso, lo único que me importa es Mairead.

Asiento lentamente, aunque dejo que la sonrisa permanezca en mi rostro.

—Y yo también me preocupo por Mairead. Por eso está conmigo y no con Drummod.

—Espero, Gunn, que seas tan bueno protegiéndola como lo eres tocándome las narices.

—Oh, Cormac, soy mucho mejor. —Cruzo los brazos de nuevo, inclinándome ligeramente hacia la puerta—. Pero si algún día dudas de ello, siempre puedes venir a comprobarlo como hice yo cuando Lilias se convirtió en tu esposa.

Cormac deja escapar un suspiro largo, como si estuviera reuniendo paciencia.

—Más te vale que estés a la altura de tu propia arrogancia, Gunn. Porque si algo le pasa a Mairead…

—No le pasará nada. —Mi voz pierde el tono ligero, convirtiéndose en algo mucho más frío y firme—. Nadie se atreverá a tocarla mientras esté conmigo.

Cormac me sostiene la mirada un segundo más, con la mandíbula tensa, como si estuviera sopesando si seguir insistiendo o si es mejor dejarlo estar. Finalmente, sacude la cabeza con un resoplido.

—Aunque tal vez no eres tan enigmático como te gusta pensar. ¿Qué coño es eso de que me prometiste velar por ella cuando yo no pudiera?

Levanto una ceja, fingiendo desconcierto.

—¿No me lo pediste?

—Claro que no. Lo recordaría.

—¿Estás seguro? —ladeo la cabeza, estudiándolo con fingida inocencia—. Ya sabes, en el fragor de la batalla se dicen muchas cosas… palabras que se pierden entre el estruendo de las espadas, la sangre y el cansancio.

—No lo hice, Gunn. —Su tono es tajante, y la dureza en su expresión deja claro que no piensa tragarse ni una sola de mis evasivas—. Si tuviera que confiarte a Mairead, lo haría con plena conciencia, no en mitad de una lucha.

—Pues entonces considéralo un favor que ni siquiera tuviste que pedirme —respondo con una media sonrisa— porque tú sabías que ella estaría mejor conmigo que con cualquier otro.

Cormac aprieta los dientes, y por un instante, creo que va a soltar un improperio. Pero en lugar de eso, exhala despacio y se pone en pie.

—Espero que tengas razón. —Su tono es bajo, pero cargado de intención—. Porque si no, yo

mismo me encargaré de recordarte que no eres tan intocable como crees.

—Lo anotaré en mi lista de cosas que me quitan el sueño. —Le lanzo una última mirada cargada de sarcasmo antes de girarme hacia la puerta—. ¿Algo más, Sutherland o puedo seguir con mi día?

Su mirada se endurece, aunque hay una chispa de diversión escondida detrás de su aparente fastidio.

—¿Sabes qué es lo curioso, Gunn? Que cuanto más hablas, más ganas tengo de romperte la cara.

No puedo evitarlo. Me río abiertamente, una carcajada breve y sincera que retumba en la pequeña celda.

—¿Romperme la cara? —repito, inclinándome hacia la puerta con una sonrisa amplia—. Sutherland, si me dieran una moneda cada vez que alguien me dice eso, ya sería el hombre más rico de estas tierras.

Cormac me mira, intentando mantener el semblante serio, pero la sonrisa que le amenaza la comisura lo traiciona.

Hay un silencio breve, cargado de algo que va más allá del sarcasmo habitual.

—Gracias, Gunn.

Sus palabras son bajas, casi murmuradas y me obligan a mirarle más de cerca.

—¿Por qué? —pregunto, aunque ya sé la respuesta.

—Por protegerla. —Levanta la mirada hacia mí, su expresión más abierta de lo que suele permitirse—. Por cuidarla, por… verla.

No respondo enseguida. En lugar de eso, sostengo su mirada por un largo momento antes de asentir.

—Es imposible no hacerlo.

Cormac deja escapar un suspiro, como si estas palabras confirmaran algo que ya sospechaba. Se inclina hacia atrás y cruza los brazos sobre el pecho, su mirada aún fija en la mía.

—Hemos mejorado mucho desde los días en que vuestros hombres secuestraban a las mujeres Sutherland.

Suelto un resoplido, cruzándome de brazos mientras niego con la cabeza.

—Tú y yo recordamos esa historia de forma diferente, Cormac. Fue al revés.

Cormac ladea la cabeza con fingida consideración, una sonrisa burlona asomando en la comisura de sus labios.

—¿Ah, sí? Entonces explícame por qué eres tú quien se lleva ahora a mi hermana. Porque, llámalo como quieras, pero a mis ojos no deja de parecer lo mismo… solo que esta vez te has ahorrado el esfuerzo de asaltarnos de noche.

Dejo la celda con una sonrisa, escuchando su risa seca mezclarse con una retahíla de improperios por haber esquivado, una vez más, su pregunta.

¿Por qué lo hice? ¿Qué me impulsó a aceptar este matrimonio?

La respuesta debería ser sencilla. Alianzas, política, tierras, acuerdos entre clanes… Podría escupir esas palabras sin pestañear y convencer a cualquiera de que fue una decisión calculada, fría, lógica. Podría decírmelo incluso a mí mismo.

Y todas serían mentiras.

Desde que la vi, algo en ella no me dejó en paz. Una incomodidad que no entendí del todo.

No fue por Kester. No se trataba de lealtad, ni de un sentimiento de responsabilidad. No fue por él.

Fue por ella.

Había algo injusto en todo lo que rodeaba a su existencia. Mientras todos los ojos estaban puestos en Lilias y en su situación, Mairead siempre quedaba al margen. Invisible, como si su dolor y su vida fueran secundarios, una nota al pie en la tragedia de los Sutherland.

La forma en que aceptaba en silencio lo que había ocurrido con Kester… No. Lo aceptaba no porque no fuera fuerte, sino porque sabía que nadie iba a escucharla. Porque todo el peso de la desgracia recayó sobre sus hombros mientras ella trataba de ser invisible, de no hacerse notar, de esconder dentro de sí misma lo que sentía.

La viuda despechada. La mujer que llevaba la ruina a los hombres. Esa fue la etiqueta que le quedó después de Kester. Como si todo lo que él hizo —su cobardía, sus elecciones, sus pecados — hubieran sido culpa de ella.

Es tan injusto que hasta ahora siento el ardor de esa verdad.

La vida nunca ha sido fácil para una mujer en su posición. Pero para Mairead… fue peor. El mundo la redujo a un montón de cenizas que ella, de alguna manera, logró mantener juntas. Invisibles para la mayoría, sí, pero aún ahí.

Resoplo, ajustándome el cinturón mientras continúo caminando. No soy un hombre que actúe sin calcular las consecuencias, ni alguien que cargue con responsabilidades que no le pertenecen.

Pero a ella quería llevármela lejos de todo eso. Quería salvarla de hombres como Kester o Drummod. Quería darle espacio y voz para poder ver a esa Mairead que lucha con furia y convicción para salvar la vida de un hombre.

Y quería más que eso.

Desde el primer momento, hubo algo en ella que no me dejó en paz. Algo que me arrancaba el control que siempre he tenido sobre mí mismo. Esa mirada suya, fija pero esquiva al mismo tiempo, como si no quisiera que nadie viera lo que guardaba dentro. Esa forma de moverse, como si intentara ocupar el menor espacio posible, pero logrando que yo no pudiera apartar los ojos de ella.

Quería saber cómo sería romper ese silencio que tanto la envuelve. Escuchar su voz decir mi nombre, no con timidez, sino con deseo.

Y eso es lo más jodido de todo.

Esa es la verdad que no pienso compartir con Cormac ni con nadie. Es suficiente con que yo la sepa.

Respiro hondo y dejo que el aire helado del monasterio llene mis pulmones. La respuesta no importa. Al menos, no ahora. Lo que importa es que Mairead está bajo mi protección, que nadie volverá a arrinconarla en un pasillo, que nadie la verá como una simple herramienta.

Empujo la duda a un rincón de mi mente y continúo mi camino. Los Gunn nos marchamos en una hora, y Mairead viene conmigo. Le pese a quien le pese.

CAPÍTULO 16



La capilla está casi en penumbra, iluminada solo por las velas que arden en un rincón. El aire es denso, cargado con el aroma de la cera derretida y la piedra húmeda. El silencio aquí es absoluto, salvo por el crujido ocasional de una llama que parece suspirar con el peso del mundo.

Me arrodillo frente al altar, sintiendo cómo el frío de la piedra atraviesa las capas de mi falda, como si quisiera recordarme que siempre hay algo bajo mis pies dispuesto a quebrarme. Entre mis dedos, una vela sin encender se siente extrañamente pesada, aunque es ligera.

Cierro los ojos por un instante, tratando de encontrar en el vacío algo más que esta sensación de asfixia.

—Dame fuerza —susurro, mi voz apenas un eco que se pierde entre las sombras.

Mis manos tiemblan al acercar la vela al fuego, viendo cómo la llama cobra vida. Es tan frágil y tan pequeña que podría desaparecer con el más leve suspiro. Pero no lo hace. Permanece, bailando, luchando contra la oscuridad.

—Dame fuerza —repito, más alto esta vez, como si las palabras pudieran abrirme un camino hacia algo más grande que yo—. No para soportar, sino para resistir, para enfrentar este mundo que nunca me ha dejado ser más que un reflejo apagado. Dame el coraje de alzar la voz cuando me tiemble el alma, de caminar cuando mis piernas se rindan, de mirarme al espejo sin ver solo las sombras de lo que otros dejaron en mí.

Mis dedos se aprietan alrededor de la vela mientras la coloco en el candelabro. Por un momento, la luz parece extenderse hacia mí, como si buscara envolverme.

—Dame la voluntad de no necesitar más que mi propio latido para seguir adelante, de no buscar consuelo en manos que nunca estarán ahí y dejar atrás a esta Mairead frágil y temerosa.

El nudo en mi garganta se aprieta hasta que apenas puedo respirar, pero continúo, porque detenerme sería peor.

—Quiero ser más. Quiero tener el coraje necesario para sostenerme sin que nadie tenga que hacerlo por mí, para vivir en soledad sin sentirme rota. Necesito convertirme en alguien inquebrantable, segura de que mi voluntad basta para sobrevivir.

Mis palabras se quiebran, pero sigo hablando, porque hay tanto dentro de mí que necesita salir que parece imposible detenerlo.

—Te pido, humildemente, la determinación que me falta... porque anhelo creer que puedo ser algo más que un susurro. Estoy cansada de ser frágil. De romperme en mil pedazos cada vez que alguien me recuerda lo que he perdido, lo que nunca tuve.

Una lágrima cae sobre mis manos entrelazadas, y alzo la vista hacia el altar. La vela que he encendido sigue ardiendo, pequeña pero persistente. Por alguna razón, esa imagen me golpea más fuerte que cualquier otra cosa.

—No quiero ser fuerte solo para soportar. Quiero ser fuerte para vivir.

No sé cuánto tiempo paso arrodillada, escuchando mi propio aliento mezclarse con el silencio de la capilla. Pero cuando abro los ojos, la vela sigue ahí, ardiendo con una terquedad que no puedo evitar envidiar.

Acaricio con la mirada el suave resplandor. Y doy un paso hacia la vida que me espera, dispuesta a encender mi propio fuego sin volver la vista atrás.

Cuando abro la puerta de la capilla, el aire frío me golpea el rostro como un recordatorio de que el mundo no se detiene, sin importar lo que pase en mi interior.

Y entonces lo veo.

Nairn está allí, apoyado contra la pared opuesta, con los brazos cruzados sobre el pecho y la mirada fija en mí. No dice nada, pero sus ojos parecen leer cada pensamiento que he tratado de ocultar.

—¿Llevas mucho ahí? —pregunto, esforzándome por mantener la voz tranquila, aunque siento cómo mis mejillas se calientan bajo su escrutinio.

—El tiempo suficiente. —Su tono es bajo, seco, pero no cargado de reproche.

Asiento, intentando evitar su mirada mientras me aliso la falda con manos temblorosas. Paso junto a él, pero apenas avanzo cuando su voz me detiene.

—¿Qué has pedido?

Mis hombros se tensan, y por un instante, no sé si responder. Me giro hacia él despacio, encontrando su rostro a media sombra por la luz que se filtra desde la capilla.

—Fuerza.

Una palabra, tan simple y tan pesada, que parece llenar el espacio entre nosotros.

Nairn no responde de inmediato. Descruza los brazos y se aparta de la pared, dando un paso hacia mí. Su altura me obliga a alzar la cabeza para mirarlo, pero no retrocedo.

—No necesitas pedirla. Ya la tienes.

Su afirmación me desconcierta, y abro la boca para protestar, pero él levanta una mano, silenciándome antes de que pueda hablar.

—Crees que nadie lo nota, pero yo sí. —Sus palabras son bajas, casi un murmullo, pero cada una golpea con la fuerza de una verdad que no esperaba—. No eres débil, Mairead. Nunca lo has sido.

Mi garganta se cierra, y me obligo a desviar la mirada, porque si no lo hago, sé que él verá demasiado.

—Solo soy buena escondiéndome —respondo, intentando que mi tono suene ligero, pero mi voz tiembla.

—Eso no es debilidad. Es supervivencia. —Nairn da otro paso, acercándose lo suficiente como para que su presencia me envuelva.

Levanto la mirada.

—Lo sé. No necesito que me lo digas —digo, aunque el calor en mi pecho me contradice.

—No. Pero creo que necesitas escucharlo.

Y con eso, da un paso atrás, rompiendo la tensión entre nosotros como si nunca hubiera existido.

—Vámonos —dice, su voz firme pero más suave de lo habitual, como si no quisiera romper del todo el momento que acabamos de compartir—. Ewan ha conseguido algunos caballos.

Le miro de reojo mientras comenzamos a caminar por el pasillo, intentando recuperar algo de compostura tras esa conversación que me ha dejado más desnuda de lo que me gustaría.

—No me digas que también los ha conseguido de manera inapropiada —respondo, recordando demasiado bien cómo Fingal obtuvo la carreta.

Nairn deja escapar una risa breve, profunda, que reverbera en el aire frío del monasterio.

—Digamos que no hemos dejado una gran impresión en esta región.

—Luego nos quejamos cuando los de las tierras bajas nos consideran a los de las tierras altas unos pendencieros y unos bárbaros.

Nairn se gira hacia mí con una sonrisa ladeada, esa que siempre parece llevar un reto implícito.

—¿Y no lo somos?

Intento mantenerme seria, pero al final, la curva de mis labios me traiciona.

—Si lo somos, no pienso admitirlo en voz alta.

—Sabia decisión. —Asiente como si acabara de darle un consejo importante, y por un instante, me olvido dela humedad, del cansancio, de todo lo que he dejado atrás.

Cuando salimos al exterior, el aire helado me golpea de nuevo, pero esta vez, no lo siento tan pesado. Frente a nosotros, Ewan está ajustando los caballos con expresión concentrada, aunque al vernos, levanta la vista y alza una ceja, como si supiera exactamente de dónde venimos y por qué tardamos.

Nairn no dice nada, pero yo puedo sentir su mirada sobre mí mientras me acerco al animal que Ewan me entrega por las riendas.

Mientras acaricio el cuello del caballo para calmarme, veo a Cormac acercarse. Duncan lo ayuda a caminar, aunque el orgullo de mi hermano está tan intacto como siempre. Su rostro, sin embargo, muestra rastros del esfuerzo que hace para mantenerse firme. Detrás de mí, siento a Nairn, su presencia sólida como una montaña. No dice nada, pero sé que está ahí, observando, analizando cada gesto.

—No deberías… —empiezo a decirle a Cormac, pero él me detiene de golpe con un gesto.

—¿Pensabas irte sin despedirte? —me increpa, sus ojos entrecerrados con una mezcla de reproche y algo más profundo que no puedo identificar del todo.

—Es que… no quiero que sea una despedida. —Mis palabras salen apresuradas, pero no titubeo—. Además, estoy segura de que volveré pronto a Dunrobin. Quiero conocer a mi nuevo sobrino y abrazar a Hallam.

Los hombros de Cormac se relajan ligeramente, aunque sus ojos siguen fijos en los míos.

—Hallam te echará de menos.

—Y yo a él. —La confesión sale en un susurro, y sé que lo entiende.

No quería despedirme porque las despedidas me pesan demasiado. Porque cada vez que he dicho adiós, algo importante se ha roto dentro de mí, y no estoy segura de cuánto más puedo romper sin desaparecer del todo.

—No quería que me vieras marcharme, Cormac. —Finalmente levanto la mirada hacia él, dejando que vea la verdad en mis ojos—. Si no me despido, puedo fingir que esto no es un adiós. Que nos veremos pronto, como si nada hubiera cambiado.

Cormac me observa en silencio, sus labios formando una línea tensa. Finalmente, asiente, como si entendiera algo que yo misma apenas puedo explicar.

Duncan se mueve, como si mi silencio le quemara más que cualquier palabra.

—Cuídate, Mairead. —Su tono es ligero, casi despreocupado, pero sus ojos me buscan, llenos de algo que me obliga a apartar la mirada—. Gunn o no, algunos de nosotros siempre estaremos pendientes de ti.

Me giro hacia él, forzando una sonrisa que espero que no note demasiado falsa.

—¿Eso significa que me echarás de menos, Duncan?

El brillo de sus ojos cambia, apenas un instante, antes de que me devuelva una sonrisa torcida.

—Será difícil enfrentar un Dunrobin sin ti apareciendo en alguna esquina de forma inesperada con un libro en la mano y una sonrisa breve.

Cormac resopla, claramente irritado por el comentario, pero no dice nada.

—No importa dónde estés —añade, su tono más suave esta vez—. Siempre tendrás un lugar en Dunrobin.

Asiento, apretando los labios para contener las lágrimas que se acumulan detrás de mis ojos.

—Gracias, Cormac.

El silencio que sigue está lleno de todo lo que no decimos, pero que ambos sabemos. Finalmente, él levanta una mano y, con una torpeza que me hace sonreír, la coloca sobre mi hombro.

—Nos veremos pronto, Mairead.

Y aunque no digo nada, lo espero. Porque necesito creerlo.



El aire de octubre es fresco, con esa humedad que se cuela en los huesos y anuncia que el invierno no está tan lejos. El sonido de los cascos de los caballos sobre la tierra blanda marca nuestro avance en un ritmo constante. Nairn cabalga a mi lado, silencioso como siempre, pero puedo sentir su mirada de vez en cuando, como si estuviera observando más de lo que dice.

Finalmente, rompe el silencio.

—¿Siempre atraes tantos discursos emotivos? —pregunta, su tono cargado de sarcasmo, aunque hay un brillo en sus ojos que no puedo ignorar.

Frunzo el ceño levemente, sin estar segura de a qué se refiere.

—¿Discursos emotivos? —repito, tratando de sonsacarle una explicación—. ¿Te refieres a la hora de decir adiós?

Nairn ladea la cabeza con una media sonrisa.

—Creo que no quieren despedirse en absoluto. —Su voz es baja, pero sus palabras llevan más peso del que esperaba.

—Tal vez. —Dejo escapar la confesión antes de poder detenerme—. Las despedidas siempre tienen un peso que no sé cómo cargar.

—Por eso casi te vas sin decir nada.

No es una pregunta. Es una afirmación. Su tono firme me obliga a mirarlo, aunque su expresión sigue siendo impenetrable.

—Sí. —Mi respuesta es apenas un susurro. No veo el sentido de negarlo.

El sonido de los cascos de los caballos llena el silencio que sigue a mi respuesta, pero puedo sentir la mirada de Nairn sobre mí, pesada y penetrante.

—Las despedidas no son más que palabras, Mairead. —Su voz, baja pero firme, corta el aire como una hoja bien afilada—. Lo que importa es lo que queda después.

—¿Y qué queda? —pregunto, levantando la vista hacia él.

Él ladea ligeramente la cabeza, como si considerara mi pregunta más de lo que esperaba.

—Eso depende de lo que decidas dejar atrás.

Sus palabras son tan simples que casi duelen. Siento cómo mi pecho se contrae, porque, aunque no lo diga directamente, sé que ha entendido más de lo que yo misma quería admitir.

—No siempre es tan fácil, Nairn.

—No lo es. —La certeza en su tono me desarma—. Pero fácil nunca significa mejor.

Mi risa, seca y amarga, escapa antes de que pueda contenerla.

—Eso lo dice alguien que el mundo es suyo con solo mirarlo —respondo, dejando que un rastro de ironía coloree mis palabras—. Y lo más frustrante es que a menudo tienes razón.

Él no responde de inmediato. Su carcajada no es sonora, sino breve, baja, como si realmente encontrara divertido lo que acabo de decir.

—¿Solo a menudo?

Ruedo los ojos, soltando un suspiro.

—Debe ser agotador cargar con semejante certeza, Gunn.

—En absoluto. —Me lanza una mirada de reojo, tranquila, pero incisiva—. Es mucho más agotador luchar contra ella.

Su respuesta me saca una sonrisa, aunque no quiera admitirlo.

—¿Alguna vez consideraste que no tienes por qué decir siempre la última palabra?

—Lo consideré, pero lo descarté.

—Qué generoso de tu parte.

—Intento serlo.

No puedo evitar reírme, aunque la exasperación me late en el pecho. Él me mira de nuevo, y aunque no hay burla en su rostro, puedo ver el destello en sus ojos, ese que siempre me hace sentir que entiende más de lo que dice.

—Eres un hombre de una sensibilidad abrumadora —le digo, mi tono cargado de sarcasmo.

Nairn inclina la cabeza ligeramente, como si considerara mis palabras con la misma seriedad que un guerrero evalúa a su enemigo antes de la batalla.

—Es curioso que lo menciones. A menudo me dicen lo mismo.

—¿De verdad?

—No. Pero me alegra que tú lo notes.

Esta vez mi risa es inevitable, más ligera que antes.

—Es fascinante cómo puedes decir tanto sin decir absolutamente nada.

Él sonríe, apenas, pero lo suficiente para que el gesto sea visible en la penumbra del atardecer.

—Y aun así, Mairead, sigues escuchándome.

Me quedo en silencio, porque no hay una respuesta fácil para eso. No quiero reconocer que tiene razón, y menos aún lo que significa que la tenga.

Seguimos avanzando, el sonido de los cascos llenando el vacío que dejan sus palabras. Pero su presencia, sólida y constante, se siente menos como un peso y más como un escudo.

CAPÍTULO 17



La noche está cargada de humedad, y el frío se cuela en cada rincón, haciéndome temblar a pesar de las mantas que me he puesto encima y que los monjes nos dieron antes de partir. Estamos acampados en una pequeña arboleda, lo único que ofrece un resguardo precario contra el viento que sopla desde el norte.

El fuego parpadea en el centro del grupo, pequeño pero suficiente, para que los hombres cocinen un poco de guiso con carne de liebre. Nairn está a mi lado, tranquilo, observando el movimiento de sus guerreros con esa mirada suya que nunca parece perder detalle.

Cuando finalmente decido acostarme, encuentro un rincón junto a un árbol, lejos del fuego, para no ser el centro de atención. Me envuelvo con las mantas y cierro los ojos, pero el frío sigue abriéndose paso bajo las capas de tela como un enemigo invisible.

—No vas a dormir así. —La voz de Nairn llega desde mi espalda, baja pero clara.

Abro los ojos justo cuando lo siento acercarse. Sin pedir permiso, se recuesta contra mi espalda, su calor atravesando las capas de tela y el tartán que usa para cubrirnos a ambos.

—¿Qué haces? —pregunto, girando ligeramente la cabeza para mirarlo por encima del hombro.

—Quiero asegurarme de que no mueras de frío.

—Estoy bien.

—No, no lo estás. —Su tono es firme, inamovible, como todo en él.

Sus brazos, fuertes y pesados, me envuelven mientras ajusta la manta sobre nosotros, asegurándose de que no quede ninguna abertura por donde pueda entrar el aire. Su mano se posa

en mi cintura, no como una caricia, sino como un ancla, cálida y firme, inmovilizándome contra él.

El calor de su aliento roza la curva de mi cuello, lento y constante, y mi piel reacciona de inmediato. Su respiración, profunda y pausada, se mezcla con la mía, como si de alguna manera hubiéramos sincronizado nuestros ritmos.

Cierro los ojos, pero no puedo apagar la forma en que mi cuerpo responde a su cercanía. Mi mente, traicionera, vuelve al recuerdo de sus manos sobre mi piel en el monasterio: firmes, seguras, arrancándome un placer que no sabía que podía sentir. El calor sube por mi cuello.

—Estás demasiado callada —dice finalmente, su tono tranquilo, casi casual.

—¿Eso te sorprende?

—No. Pero cuando alguien guarda silencio, suele estar pensando en algo importante.

Mis hombros se tensan. Él no lo dice, pero sé exactamente a dónde quiere llegar. Nairn no empuja. Nunca lo hace. Pero deja caer las palabras como migas de pan en un camino que sabe que eventualmente seguiré.

—No todo silencio significa algo —replico, volviendo la vista al frente.

—Quizá no. —Su tono es ligero, como si no le importara en absoluto, pero puedo sentir cómo su mano en mi cintura se acomoda un poco más, como si respondiera a algo que no he dicho.

El contacto me quema más que el fuego distante, y mi respiración se acelera a pesar de mis intentos por controlarla. No sé qué responder, así que no digo nada. Pero el silencio que sigue no se siente vacío. Está cargado de todo lo que ninguno de los dos pronuncia.

Unos minutos después, cuando pienso que la conversación ha quedado atrás, él habla de nuevo.

—Cuando estés lista, lo dirás.

—¿Decir qué?

—Lo que sea que quieras decir. —Su respuesta es tranquila, pero las palabras parecen penetrar más hondo de lo que deberían—. No tengo prisa.

Mis labios se entreabren, pero ninguna palabra cruza la barrera que parece haberse formado en mi garganta. ¿Cómo se supone que respondo a eso?

—No hay nada que quiera decir.

—Claro.

Una palabra simple, pero acentuada con esa certeza suya que parece siempre dejarme sin argumentos.

El silencio vuelve a instalarse entre nosotros, pesado y denso como el aire de la noche. A pesar del calor que emana de Nairn, siento cómo mi cuerpo se estremece, incapaz de ignorar la cercanía, el roce de su cuerpo contra el mío, la fortaleza contenida en sus brazos alrededor de mi cintura.

Trago con fuerza, intentando ignorar el peso de mis propios pensamientos, pero es inútil. La escena del monasterio vuelve a mi mente como una tormenta que se niega a disiparse.

—Pareces nerviosa.

Su voz rompe mis pensamientos como un rayo. Tensa y vulnerable, me giro ligeramente para intentar mirarlo por encima del hombro.

—No lo estoy.

—Claro que lo estás. —Su tono es bajo, tranquilo, pero no hay burla en él. Solo la certeza de alguien que siempre está observando, siempre esperando.

Mi mandíbula se aprieta, y vuelvo a mirar al frente, concentrándome en el ritmo de mi respiración.

—No tiene sentido hablar de ello —suelto sin recapacitar y rezo para que él no deduzca en qué estoy pensando.

—¿De ello? —repite él. Su tono es bajo, casi perezoso, pero hay algo en él que me pone alerta, como si acabara de tenderme una trampa y esperara a que cayera.

Me muerdo el interior de la mejilla, maldiciendo mi torpeza. No debería haber dicho eso. Con Nairn, cualquier palabra puede convertirse en un arma en su arsenal.

—No, de nada.

El silencio que sigue debería darme alivio, pero no lo hace. Puedo sentir su mirada fija en mí, tan intensa que parece perforar la oscuridad que nos rodea.

—No eres muy buena mintiendo, Mairead.

—¿Y tú eres experto en decidir cuándo alguien lo hace?

—Soy lo suficientemente bueno.

Sus palabras, tranquilas y sin esfuerzo, me irritan más de lo que deberían. Aprieto las mantas

con más fuerza, como si pudiera contener la corriente de emociones que me arde en el pecho.

—No importa. No hay nada que decir.

—Eso ya lo dijiste.

—Y es verdad.

—No, no lo es. —Su voz, aunque baja, tiene una firmeza que me hace estremecer.— Estás tan tensa que puedo sentirlo incluso con todas estas capas entre nosotros.

—Lo que ocurrió en el monasterio… no cambia nada —digo finalmente, las palabras escapando de mis labios antes de que pueda detenerlas.

Noto cómo su respiración se ralentiza apenas un segundo, como si estuviera midiendo su respuesta. No se tensa, pero hay un ligero cambio en su postura, un peso distinto en la forma en que su brazo descansa sobre mi cintura.

—No importa —dice al fin, su voz tranquila, controlada—. Pero sigues pensando en ello.

La sangre me sube a las mejillas, caliente y furiosa, y giro la cabeza para mirarlo. Su rostro está en sombras, pero puedo distinguir el brillo de sus ojos, observándome.

—Yo no… no es algo que… Nunca había experimentado algo así.

Nairn no se mueve, pero siento cómo su respiración se profundiza, su pecho rozando mi espalda con cada exhalación. No necesito verlo para saber que está esperando, como un depredador paciente que sabe que su presa ya está atrapada.

—No lo entiendo —confieso en un susurro, casi para mí misma.

—¿Qué no entiendes?

—Por qué lo hiciste.

No responde de inmediato. Lo siento moverse ligeramente detrás de mí, y su brazo, que aún descansa sobre mi cintura, se tensa apenas, como si sus propios pensamientos lo obligaran a detenerse un instante.

—Lo hice porque quise y porque parecía que tú lo necesitabas.

Su respuesta es tan sencilla que me deja sin aliento.

—Y ¿qué pasó con eso de que si lo quería, tendría que pedirlo?

— No siempre hace falta usar palabras. Algunas cosas se piden de otra manera, Mairead.

Estoy acurrucada contra su pecho, y cada latido en mi espalda me llega como una

advertencia. No sé cómo he llegado a este punto en el que no puedo esconder la curiosidad que arde en mi interior, ni el pulso incesante que late bajo mi piel. Tal vez sea el cansancio, el calor de su cuerpo o la extraña necesidad de probar una vez más lo que sentí en el monasterio… Pero sé que allí se abrió una puerta difícil de cerrar.

—Si todo esto… —Mi voz se apaga un instante antes de reunir el valor para continuar—. Si el deseo es algo que se aprende… ¿qué más puedo aprender?

—Lo que tú quieras —susurra, cerca de mi oído—. Lo que quieras descubrir, lo que quieras probar. Solo pídelo.

El aire se queda atrapado en mi garganta. Me atrevo a girarme un poco, hasta quedar de costado, mirando los contornos de su rostro que se distinguen a la luz tenue de las brasas. Mis manos, inseguras, se apoyan en su pecho, y siento cómo sus músculos se tensan al contacto. Aun así, su mirada no se aparta de la mía. Es una mirada intensa, casi depredadora, que me hace contener el aliento.

—No lo sé. —Es la verdad más honesta que puedo pronunciar. Llevo tanto tiempo viviendo en un silencio extraño, rodeada de mis propias barreras, que ahora me siento desnuda al exponer esta duda ante él.

Nairn inclina apenas la cabeza, como si procesara mis palabras con detenimiento. Su mano se mueve lentamente desde mi cintura hasta mi espalda, atrayéndome un poco más hacia él. El calor, que ya me resultaba abrasador, se intensifica bajo sus caricias. Mi piel reacciona, erizándose sin permiso.

—Está bien no saber —susurra, con una calma que me envuelve—. Pero no debes tener miedo a decirme lo que quieres.

Sus dedos rozan mi mejilla, trazando el contorno de mi mandíbula hasta que siento cómo su pulgar acaricia el borde de mis labios. Cierro los ojos un instante, dejando escapar un leve temblor que me delata. La calidez de su mano se desliza hacia mi cuello y lo rodea con la suavidad engañosa de un cazador que sujeta con delicadeza a su presa antes del golpe final.

Trago saliva.

Cuando su boca roza mi mejilla, apenas un roce de sus labios contra mi piel, todo mi cuerpo se tensa. Es un toque ligero, pero la sensación se extiende como una llama que serpentea desde mi rostro hasta el centro de mi pecho.

Su nariz se desliza por mi mejilla, dejando un rastro de calor hasta mi mandíbula. Y cuando sus labios bajan hasta la curva de mi cuello, rozándolo con una lentitud tortuosa, el aire se me

atasca en los pulmones.

—Dímelo —murmura—. O si quieres que me detenga, lo haré.

Entro en un territorio incierto, cada vez más consciente de que, con él, no hay medias tintas. Tengo un millón de cosas que decir y, a la vez, ninguna. Tal vez por eso mis dedos se cierran sobre la tela de su tartán, buscando un punto de anclaje en medio de la oscuridad.

—No pares —susurro, al fin, la voz rota por la duda y el deseo.

Nairn deja escapar un sonido grave, un rugido que me envuelve como una promesa.

—No lo haré —responde, casi en un susurro, mientras sus dedos se enredan en mi cabello, atrayendo mi rostro hacia el suyo.

La distancia entre nosotros se reduce a nada. Permanezco inmóvil, sintiendo la calidez de su piel, y descubro que mis propios labios buscan, de forma casi desesperada, la cercanía de los suyos.

En ese punto, las palabras se desvanecen. Hay algo feroz y latente en la forma en que sus manos se aferran a mi cuerpo, y en el modo en que yo respondo, aferrándome a él sin considerar quién podría vernos o qué pensaría el resto del campamento.

Mi respiración se vuelve más rápida, y cada bocanada de aire me acerca a su olor, a esa mezcla de cuero, leña y algo que se me antoja peligrosamente tentador.

Su boca roza la mía con delicadeza. Es un beso pausado, cargado de una contención que amenaza con romperse en cualquier momento. Mi mente, que tanto se ha esforzado por mantenerme distante, se rinde ante la evidencia de lo que siento.

—Bésame, bésame de nuevo, Nairn—susurro al fin, sintiendo que, de alguna forma, he dado un gran paso hacia adelante.

—Con mucho gusto —responde, con una intensidad que me envuelve por completo.

CAPÍTULO 18



Un latido tras otro, me abandono al momento. Mis dedos se aferran a su tartán, buscando un punto de apoyo, un reflejo inevitable de la necesidad que me recorre. La cercanía de su torso me reconforta y me enciende a partes iguales, recordándome que el calor no proviene solo de la lumbre del campamento, sino de la extraña complicidad que se va tejiendo entre nosotros.

Cuando mi lengua se encuentra con la suya, me inunda una calidez que me hace olvidar el frío de la noche. Cada lamida es un roce húmedo que me enciende los sentidos. Mis manos, por instinto, se aferran a la tela que cubre sus hombros, buscando una cercanía aún mayor, como si mi propio cuerpo reclamara ese aliento compartido.

Sus manos no dejan de sostenerme: una sobre mi cintura, la otra en mi nuca, reforzando la sensación de que nada más existe fuera de este beso.

Mi pecho busca aire, pero él no afloja el ritmo y me lleva de nuevo al centro de su boca. Lo dejo hacer, sin reservas, notando que mi pulso se dispara hasta un punto que me asusta y me entusiasma a la vez.

Una corriente de deseo serpentea bajo mi piel y siento un hormigueo entre mis piernas, un calor que me empuja a perder la vergüenza. El sabor de sus labios se intensifica cuando, en un atrevimiento sutil, muerdo con delicadeza su labio inferior, notando una pequeña reacción en su respiración que me provoca una oleada de placer.

Sus dedos no se conforman con sostenerme: recorren la curva de mi espalda, bajan un poco más, y mi cuerpo lo agradece con un pequeño jadeo al que no pongo freno. Esa mínima pausa para respirar se convierte en un instante de anhelo, y vuelvo a buscar su boca con un hambre que me sorprende incluso a mí.

Siento sus manos dominar el contorno de mis caderas. Con un leve tirón, me atrae contra él. El aire se me enreda en la garganta cuando percibo su erección, tan marcada que atraviesa la capa de tela que nos separa y se apoya en mi vientre.

Deja que sepa que me desea, sin velos ni medias tintas. Sus labios, aún húmedos, rozan los míos con suavidad cuando susurra mi nombre.

Gimo en un murmullo sin querer separarme un milímetro. Con un impulso, le devuelvo el beso, tanteando su erección contra mi vientre sin recato.

—A ti te gusta mucho besar, Nairn —digo, apenas en un murmullo.

Él ladea la cabeza. Un destello curioso brilla en sus ojos.

—No besar, Mairead… besarte. —Su voz, ronca por el deseo, suena también solemne—. Lo descubrí gracias a aquel error en el campamento de Flodden. Supe que, si volvía a probar tu boca, no querría dejarlo jamás.

La calidez de su aliento acaricia mis labios, y un hormigueo me recorre la nuca. Hay tantas preguntas en mi mente, tantos impulsos contradictorios, que apenas atino a respirar.

—No puedo creer que creyeras que iba a besarte así, sin más, cuando siempre eras tan distante conmigo —murmuro, intentando recobrar el aliento.

Un leve destello de diversión ilumina sus ojos.

—Igual es lo que quería creer para poder hacerlo —admite con una media sonrisa, tan segura como provocadora.

Sus labios vuelven a rozar los míos.

Para mi sorpresa, dejo escapar un suspiro que suena más a deleite que a pudor.

Y él gime en mi boca.

En cuanto su lengua encuentra la mía de nuevo, percibo la chispa de algo más poderoso, casi como un incendio que amenaza con extenderse.

Sus manos ascienden por mi espalda, y su agarre se vuelve más posesivo, más exigente. Noto los dedos enredarse en mi cabello, casi tironeando, sin llegar a hacerme daño pero sí mostrando su impaciencia. Es la primera vez que veo a Nairn así, superado por su propio instinto.

—Mairead… —gimotea mi nombre, casi con rabia contenida, justo antes de volver a besarme.

Siento el roce de sus dientes en la piel de mi cuello y el aire me quema en la garganta. No son

mordiscos suaves: es un pulso enloquecido que busca mi reacción, y la consigue. Un jadeo se me escapa al notar la calidez de su lengua en mi clavícula, y me aferro a sus hombros con más fuerza, intentando asimilar el vértigo que me provoca sentirlo tan… fuera de sí. Arqueo un poco la espalda para que tenga mejor acceso, y en ese gesto se refuerza la presión de su erección contra mí.

Lo oigo exhalar contra mi piel; un gruñido grave, cargado de deseo, que hace que se me erice todo el cuerpo. Sus manos, que antes parecían guiarme con gentileza, ahora me aprietan contra él como si temiera que fuera a escapar.

Cada músculo de su torso se marca contra mi pecho, y siento cómo el calor de su cuerpo borra por completo el frío nocturno que nos rodea.

Él levanta la vista hacia mí, y en sus ojos encuentro la confirmación de que está perdiendo el control. Me quema con una mirada llena de ansia pura.

De pronto, sus dedos se clavan en mi cadera con fuerza, demasiado fuerza, aunque sin llegar a dolerme. Es como si una parte de él luchara por mantener la cordura, mientras la otra se entregase por completo a este arrebato de deseo.

Se inclina sobre mí, poniéndome de espaldas al suelo, y mi pulso martillea en las sienes, consciente de que estamos rozando el límite que nos hemos impuesto. Pero en este instante necesito tanto su boca como él necesita la mía.

Cuando al fin se detiene, lo hace únicamente para tomar aire.

—No te imaginas cuánto me cuesta detenerme —confiesa, con la voz ronca, la mirada clavada en mí. Hay un leve temblor en la comisura de sus labios que me confirma hasta qué punto está conteniéndose.

Se apoya en el suelo, con los brazos tendidos a ambos lados de mi cabeza, intentando no aplastarme con su peso. Puedo ver la tensión en sus músculos y el brillo febril en sus ojos, que revela un deseo tan vivo que me corta la respiración.

Mi pierna, atrapada entre las suyas, percibe su miembro duro, y no puedo evitar preguntarme cómo algo tan vigoroso puede contenerse tanto.

Poco a poco, me atrevo a levantar la mano y posar la palma contra su mejilla, percibiendo la tensión que palpita en cada uno de sus músculos.

—¿Hay algo que pueda hacer para aliviarte? —Mi pregunta sale en un susurro tembloroso, casi incrédulo de mi propia osadía. Noto cómo mi pulso se acelera aún más—. Podría hacer por ti… lo mismo que hiciste tú por mí en el monasterio.

Sus pupilas se dilatan al oírme, y un gruñido de deseo contenido vibra en su garganta. Se inclina sobre mí hasta rozar mi frente con la suya, exhalando un suspiro tenso.

Su respiración, ya agitada, se vuelve más desigual. Con un ligero temblor, libero mi brazo para bajarlo hasta su cintura, donde empiezo a tantear la firmeza de su cuerpo. Noto la reacción inmediata de sus músculos, tensándose bajo mi caricia.

—Mairead… —advierte con voz ronca, al borde del abandono.

—Tranquilo —le corto, con suavidad y determinación—. Estoy eligiendo.

En ese instante, se aparta apenas para mirarme a los ojos, como si buscara cualquier señal de duda. Pero lo único que encuentra es esa determinación que ha nacido en mí, ese impulso que me empuja a entregarle un poco de lo que él me dio aquella vez.

Con cuidado, empiezo a deslizar mi mano por debajo de su tartán. Él cierra los ojos, dejando escapar un jadeo muy leve, y sus caderas se alzan un poco, dándome espacio para explorar.

Primero, choco con sus testículos, suaves pero pesados, y me sorprende la sensación de tener en la mano algo tan grande y denso. Se siente tibio, con un ligero balanceo que aumenta mi curiosidad por ellos.

Cierro los ojos un instante, intentando asimilarlo. Su respiración suena más cargada, como si mi toque le removiera por dentro. Acaricio con cuidado la base que los une, sintiendo su peso inconfundible, y él suelta un leve jadeo.

Con un ligero movimiento, subo la mano hacia su miembro y me topo con algo que supera mis expectativas. Es cálido, rígido, y su envergadura me sorprende de una forma que me hace contener el aliento.

Acaricio un poco más, con suavidad, adaptándome a esta sensación desconocida. Mis dedos se fijan en la vena que palpita a lo largo de su eje, y él cierra los ojos, dejando escapar un sonido entre la garganta y los labios que me enciende la cara entera.

—Tienes que guiarme un poco —confieso, notando cómo mi voz tiembla ante el deseo y la incertidumbre—. No sé muy bien cómo…

Él cierra los ojos un segundo, conteniendo un gruñido. Sus caderas se hunden un poco más hacia mí, y su respiración me roza la frente.

Él responde con una especie de gruñido suave, casi un gemido contenido.

—Al principio, despacio… —dice, con la voz grave y entrecortada—. Rodea mi… con tu mano y tus dedos, haz algo de presión y deslízala arriba y abajo.

—¿Así…? —musito, intentando seguir sus indicaciones.

Nairn exhala un suspiro entrecortado y asiente con un leve temblor en los labios.

—Sí, pero también… —Se detiene un instante, y su mandíbula se contrae—. Bajo la punta, donde la piel forma un pequeño puente. Es una parte delicada, muy sensible… Desliza la mano y, cuando llegues a esa unión, mueve la piel con cuidado.

Obedezco, esforzándome por mantener la caricia suave mientras mis dedos avanzan. Siento cómo él se tensa con cada movimiento y un gemido ronco le escapa de los labios.

—El lugar en el que la piel se une a la punta… —repito para mí, tratando de entender—. ¿Es aquí?

Él inclina la cabeza hacia delante en un ademán de puro abandono, y sus manos se aferran a la hierba a ambos lados de mi cuerpo.

—Sí… —responde entre dientes—. Es la parte más sensible. Sigue así… y no te apresures.

Con cada roce, voy conociendo mejor su cuerpo y descubro que esa delicada unión de piel bajo la punta es, en efecto, un punto de placer exquisitamente poderoso para él.

Su cuerpo vibra sobre el mío, cada músculo temblando al compás de mis movimientos. Mi propia respiración se acelera, consciente de que nunca he experimentado este tipo de conexión, de entrega mutua. Sus gemidos ahogados y la fuerza con la que clava los dedos en el suelo confirman que lo estoy haciendo bien.

Percibo un ligero temblor en los músculos de su abdomen, y lo imagino haciendo un esfuerzo por no perder por completo el control.

Resulta casi hipnótico sentir el leve pulso que emerge en cada latido, una vibración sutil que me conecta con su deseo.

—Es… increíble —confieso, más para mí que para él.

Nairn aprieta los dientes, dejando escapar un nuevo gemido cuando, con cuidado, muevo la piel que recubre la punta, acercándola a la unión que me señaló antes. Su rostro se contorsiona en un gesto de puro placer, y me percato de que observar su reacción enciende mi deseo como pocas cosas lo han hecho antes.

Conforme mi mano asciende, percibo la suave humedad en la cabeza de su miembro. Mi pulgar roza la zona con cautela, y la respuesta de su cuerpo es inmediata: sus caderas se arquean y un gruñido queda atrapado en su garganta. Siento que mis mejillas se calientan aún más, pero no me detengo, embriagada por la forma en que cada caricia le roba el aliento.

—Más deprisa ahora—susurra, con la voz ronca.

Asiento, casi sin poder hablar, embargada por la sensación de tenerlo tan vulnerable ante mí. Mis dedos se cierran un poco más sobre él y continuo el vaivén.

Cada vez que varío la presión o el ritmo, Nairn deja escapar un gemido distinto, y su respiración se quiebra con un temblor que me confirma lo cerca que está de perder el control.

Baja la cabeza hasta que su boca roza mi cuello, liberando un gemido silenciado contra mi piel. Sus dedos, que antes aferraban la hierba con fuerza, buscan ahora mi cintura y me aferra como si temiera desvanecerse. Mi propia respiración se entrecorta, perdida en la intensidad de este momento, hasta que noto su cuerpo comenzar a temblar más, anunciando que el límite está cerca.

—No pares… —musita con un hilo de voz—. Por favor…

La súplica me estremece. De pronto, noto cómo sus caderas dejan de moverse contra mi mano, y en un gesto que me sorprende, desciende lentamente su cuerpo, acomodándose entre mis piernas.

Mi corazón da un vuelco al sentir su deseo, y un escalofrío agradable me recorre el cuerpo. Dejo que su cadera se ciña más a la mía. Ya no es solo mi mano sobre él, sino el vaivén de su dureza buscando fricción entre mi falda y mi piel.

Cada vez que sus caderas se rozan contra mi centro, su aliento roza mi cuello con un jadeo hondo. Lo aferro con firmeza; busco acomodar mis muslos para aumentar el contacto, y el leve susurro que se me escapa me delata. Él tiembla en mi oído, y su jadeo se ahoga en mi cuello.

En ese momento, me libero de cualquier pudor: alzo levemente mis caderas para encontrar mejor su empuje, respondiendo con un movimiento calculado que lo enciende aún más. Sus dedos se aferran a mi cintura, y me doy cuenta de que el límite está cerca por la forma en que se aferra a mí, casi con desesperación.

De pronto, se queda quieto, con los músculos anudados en un espasmo final. Contiene el aliento un instante, y luego un gemido ahogado brota de sus labios mientras se libera sobre mi mano y mi vestido. Le sostengo con firmeza, acompañando cada latido, cada contracción, hasta que su cuerpo se relaja contra el mío, con la frente apoyada en mi cuello.

Durante unos segundos, solo existe el sonido de nuestras respiraciones irregulares. Mis manos siguen rodeándolo, y la suya, en mi cintura, me aferra como si todavía no estuviera dispuesto a soltarme.

Siento la calidez de su pecho sobre el mío, la humedad en mi vientre y la dulzura extraña de

compartir un momento tan íntimo, sin arrepentirme de nada de lo que acaba de suceder.

Cuando finalmente levanta la cabeza, sus ojos oscurecidos se clavan en los míos con una intensidad que me deja sin aliento. No dice nada al principio, pero su mirada lo dice todo: asombro, satisfacción… y algo más, algo que me pone la piel de gallina.

Pasa la lengua por sus labios, aún entreabiertos, como si saboreara lo que acaba de ocurrir. Su pecho sube y baja con lentitud, y entonces, su boca se curva en una sonrisa ladeada, perezosa, tan peligrosa como él mismo y suelta una carcajada breve, baja, como si ni él mismo pudiera creerse lo que va a decir.

—Si esto es lo que me espera contigo… estoy jodido.

CAPÍTULO 19



Avanzo a caballo junto a Ewan en un tramo relativamente llano que se extiende antes de llegar a la próxima colina. El viento helado nos azota el rostro, pero no es eso lo que me molesta. Lo que me inquieta es la forma en que Ewan me lanza miradas de reojo, con esa sonrisa tan suya que siempre anuncia problemas.

—¿Qué pasa? —murmuro al fin, incapaz de aguantar más esa tensión en el aire.

—¿Yo? Nada —responde con fingida inocencia, mientras acaricia el cuello de su montura con la mano enguantada.

—Sé que estás tramando algo. Habla de una vez.

Ewan deja escapar una risa que retumba en la llanura.

—Siempre tan suspicaz, hermano. Solo pensaba en lo curioso que es verte tan… dedicado a tu esposa.

Mi mandíbula se tensa, y una punzada de rabia me sube por la nuca. Conozco a Ewan lo suficiente para saber qué pretende, y aun así caigo en su trampa.

—No sé a qué te refieres.

—Oh, ya lo creo que sí —responde, con un brillo divertido en los ojos—. Creía que eras un hombre más… templado, pero parece que el matrimonio te ha despertado otros instintos.

—Cállate, Ewan.

—¿Por qué iba a callarme? —replica, riéndose con ganas—. ¿Acaso no sabes lo entretenido que es verte tan… entregado?

Sé que Ewan no me dejará tranquilo mientras huela debilidad. Aprieto la mandíbula,

intentando ignorar sus provocaciones.

—Lo que haga o deje de hacer con mi esposa no es asunto tuyo —consigo soltar, con toda la frialdad que soy capaz de reunir.

—¿Esposa? —repite, alargando la palabra como si probara su sabor—. Lo dices como si estuvieras empezando a creerlo.

—Ewan… —advierto, con un tono bajo y peligroso.

Mi hermano suelta una carcajada, sin inmutarse.

—Está bien, ya paro —concede, alzando una mano—. Pero solo porque me divierte más observar cómo te enredas tú solo.

—No me enredo en nada —mascullo, mirando al frente, sin atreverme a encontrar sus ojos.

Una parte de mí sabe que mis reacciones solo le confirman a Ewan lo que tanto niegan mis labios. Siento el corazón retumbando en el pecho, rememorando la calidez del cuerpo de Mairead contra el mío anoche, su respiración mezclándose con la mía. La forma en que sus manos, vacilantes al principio, encontraron finalmente un ritmo que me arrancó un control que creía inquebrantable.

Cierro los ojos por un instante, pero el recuerdo es más nítido de lo que debería ser. Su rostro, ese matiz de inseguridad y resolución, sus labios entreabiertos mientras sus dedos se movían con curiosidad y decisión a la vez.

Niego con la cabeza, intentando expulsar esos pensamientos que me distraen.

La risa de Ewan se cuela entre el sonido del viento, una melodía que él disfruta tanto como yo detesto. Mantengo la mirada fija en el camino, dejando que mi silencio sea mi primera respuesta. Pero sé que no será suficiente.

—¿Siempre tienes que ser tan molesto? —pregunto finalmente, con un tono tranquilo, casi indiferente.

—No siempre. Solo cuando sé que puedo divertirme contigo.

Lo dejo hablar, como siempre hago, dándole suficiente cuerda para que se enrede solo.

—Es curioso, ¿sabes? —continúa—. Todos piensan que eres ese guerrero frío, imperturbable. Pero… bueno, diría que incluso los héroes tienen sus debilidades.

Alzo una ceja, pero no giro la cabeza hacia él.

—¿Y qué estás intentando decir, Ewan?

—Lo que intento decir, hermano, es que anoche vi algo... interesante.

—Tú ves muchas cosas que no deberías. Quizá por eso tienes tantos problemas.

Ewan suelta una risa corta, inclinándose hacia adelante sobre la montura como si no pudiera contenerse.

—Tienes razón, pero no puedes culparme. No todos los días uno ve al gran Nairn Gunn compartiendo su manta con tanta… ¿cómo decirlo? Generosidad.

Sigo tranquilo, permitiéndole hablar. Aprendí hace tiempo que la paciencia es la mejor arma contra las lenguas rápidas.

—La generosidad no es un pecado, Ewan. Tampoco el calor.

—No te estoy cuestionando, hermano. Solo... admirando. Pero, siendo sincero, me cuesta imaginarte como un hombre que pierde el control.

—No lo pierdo. —Mis palabras son rápidas, tajantes, y él lo nota.

—No lo pierdes, claro. —La sonrisa que me lanza es más que suficiente para encender mi rabia—. Excepto quizá cuando estás con ella.

Mi mandíbula se tensa tanto que me duele.

—¿Sabes cuál es la diferencia entre tú y yo, Ewan?

—Ilumíname.

—Yo no hablo de cosas que no entiendo.

El sarcasmo en mi tono hace que su sonrisa desaparezca por un instante, pero no lo suficiente como para que se dé por vencido.

—Oh, creo que entiendo perfectamente. —Su voz se suaviza, pero hay una seriedad en ella que no esperaba—. Entiendo que es diferente con ella.

Lo dejo en el aire, sin molestarme en responder. Ewan siempre ha disfrutado probando los límites, pero sabe que conmigo esos límites son flexibles, hasta que no lo son.

—¿Sabes? —prosigue, con un tono más ligero—. A veces pienso que disfrutas dejándome con las dudas.

—Y a veces pienso que hablas demasiado.

Su risa llena el aire, despreocupada.

—Está bien, ya paro. No te pongas tan serio. —Ewan me lanza una última mirada burlona

antes de soltar un resoplido—. Aunque pensándolo bien, sí hay algo más interesante de lo que hablar.

Resoplo con impaciencia.

—Sorpréndeme.

Ewan sonríe, disfrutando del momento.

—Tu matrimonio. —Se inclina ligeramente en la silla, como si así pudiera leer mejor mi expresión—. Admito que no me lo esperaba.

—Fue lo correcto —respondo, sin mirarlo.

—¿Lo correcto? —Ewan ladea la cabeza, claramente intrigado—. Eso es lo que dirías si estuvieras negociando tierras, no casándote.

—¿Y qué otra razón necesitas?

—Oh, no sé… Tal vez que la quisieras para ti.

Le lanzo una mirada breve, pero significativa.

—Eso lo dije para callar a ese bastardo de Drummond. Y funcionó, ¿no?

Ewan se ríe, pero hay algo más en su expresión, algo que me dice que no se conforma con esa respuesta.

—Lo hizo. Pero no me convences. Pero tú no sueltas prenda si no hay algo de verdad detrás de tus palabras. Así que… ¿hay algo de verdad?

Resoplo, volviendo la vista al camino que se extiende delante de nosotros.

—¿De verdad te importa?

—Claro que sí. Soy tu hermano. Y, además, esto me da material para molestarte durante años.

—Eres insaciable.

—Y tú eres esquivo.

Dejo escapar un suspiro largo, ajustando el cinturón de mi espada antes de responder.

—Todo lo que necesitas saber es que hice lo que debía hacerse.

—Eso ya lo has dicho. Pero lo que no has dicho es si estás contento con ello.

Me detengo, tirando suavemente de las riendas para obligar a mi caballo a bajar el ritmo.

Ewan hace lo mismo, mirándome con curiosidad.

—No lo lamento.

Sus cejas se alzan

—No lo lamentas —repite con incredulidad.

—No. Y eso debería bastarte.

Ewan me observa durante un largo momento antes de inclinar la cabeza con una sonrisa que no alcanzo a interpretar del todo.

—Sabes, hermano, siempre te he visto como un hombre que mide cada paso antes de darlo, pero con ella… No sé, Nairn. No pareces haber meditado este matrimonio tanto como otras decisiones.

No respondo. En lugar de eso, dejo que el silencio vuelva a instalarse entre nosotros mientras espoleo a mi caballo para avanzar. Las palabras de Ewan se quedan conmigo, aunque no lo admitiré. Porque, en el fondo, sé que tiene razón.

Adelanto un par de pasos más antes de detenerme de nuevo. No sé por qué lo digo. Quizá porque la noche anterior aún pesa sobre mí o porque Ewan, con su lengua rápida, siempre consigue arrancarme palabras que normalmente mantendría enterradas, pero lo suelto de todos modos:

—Ella quiere anular el matrimonio cuando las aguas se calmen y la orden de casarse con Drummod MacKay se disipe.

Ewan, que ya estaba sobrepasándome, se detiene bruscamente. Gira la cabeza hacia mí, sus ojos abiertos por la sorpresa.

—¿Cómo dices?

Mi mandíbula se tensa. No tengo paciencia para repetirlo.

—Lo que has oído.

Un segundo de silencio, y luego, como esperaba, Ewan se ríe. Una carcajada baja, incrédula, que parece cortar el frío aire de la llanura.

—Así que es por eso.

Lo miro, impasible, aunque mi pecho se siente pesado.

—¿Por eso qué?

Ewan se inclina ligeramente hacia adelante en su montura, con esa sonrisa burlona que siempre parece estar a un paso de convertirse en risa.

—Por eso se casó contigo, para no tener que hacerlo con MacKay. ¿Te ofreciste tú o te lo pidió Cormac?

—¿Y por qué no consideras que fuera ella quien me lo pidiera? —respondo, con calma, dejando que la pregunta cuelgue en el aire como un desafío.

Ewan arquea una ceja, divertido.

—Porque no parecía tenerte en gran consideración, hermano.

Su comentario no me sorprende, pero aun así siento cómo la irritación se enciende en algún rincón de mi pecho.

—¿Y qué sabes tú de lo que piensa Mairead?

—Lo suficiente. —Su tono es ligero, casi despreocupado, pero hay una chispa de curiosidad detrás de sus palabras—. Admitámoslo, Nairn, ella no parecía particularmente interesada en ti.

Mantengo mi expresión neutra, imperturbable, mientras le devuelvo la mirada. Ewan me observa un instante, antes de soltar una risa baja.

—¿Y tú qué dices sobre eso de la anulación?

—Nada.

Ewan resopla, incrédulo.

—Eso no suena al Nairn Gunn que conozco.

—Quizá no me conoces tan bien como crees.

Él me observa durante un largo momento, y sé que está buscando algo en mi rostro, algún signo que confirme lo que sospecha. Finalmente, suelta un suspiro y sacude la cabeza.

—Hermano, si me permites un consejo…

—No lo permitiré.

—Pues lo daré igual. —Su sonrisa vuelve, aunque más suave esta vez—. No dejes que se vaya. Y no estoy hablando de obligarla. Hablo de darle una razón para quedarse.

No respondo, aunque debo reconocer que Ewan y yo nos parecemos más de lo que estoy dispuesto a aceptar.

—Cuídala bien, Nairn. Porque, aunque no lo creas, algunos también la admiramos.

Lo observo por un momento, calibrando sus intenciones. No sé si habla en serio o si simplemente está provocándome.

—Es lo que he estado haciendo desde el principio —le respondo con calma, aunque sus palabras sigue resonando en mi mente como una advertencia.

Él no dice nada. A veces, la mejor respuesta es dejar que el silencio hable por sí solo.

CAPÍTULO 20



El viento que sopla desde el mar del Norte es despiadado. No silba, ruge, colándose por los pliegues de mi capa y dejando mi piel tan fría que parece a punto de quebrarse. A mi alrededor, el paisaje se despliega como una pintura sin colores, todo gris y marrón, interrumpido solo por los oscuros parches de brezo que desafían a las rocas.

Este es el territorio de los Gunn: áspero, implacable, sin adornos ni concesiones.

Es un territorio que parece hecho para rechazar intrusos, tanto humanos como naturales.

Cabalgamos por un tramo llano, una pausa engañosa antes de la próxima colina. Mi caballo resopla bajo el peso de la humedad, y yo hago lo mismo en silencio, preguntándome si alguna vez me acostumbraré a este lugar.

—Es muy diferente del territorio de los Sutherland, ¿verdad? —pregunta Ewan, interrumpiendo mis pensamientos. Su tono es ligero, pero no puedo evitar notar la pizca de curiosidad en su voz.

Al principio, no respondo. Estoy demasiado ocupada observando el horizonte, donde el castillo de Dirlot comienza a surgir como un diente roto contra el cielo. Una fortaleza que parece desafiar al mundo, no para ser admirada, sino para advertir: *hasta aquí*.

—No se parece a nada que haya visto antes —murmuro finalmente.

—No lo hará. —Ewan suelta una carcajada suave, como si mi respuesta confirmara algo que ya sabía—. Este no es un lugar para admirar. Es un lugar para resistir.

El castillo está construido sobre un terreno pantanoso que lo aísla de manera natural. No hay jardines ni senderos bien cuidados como en Dunrobin, solo una torre de piedra oscura, rodeada de un terreno hostil que parece querer tragárselo. Los Sutherland construyen para lucirse; los

Gunn construyen para sobrevivir.

—Es un sitio… desafiante. —Elijo la palabra con cuidado, pero sé que Ewan entiende el doble filo de mi respuesta cuando suelta una carcajada.

—Eso es un cumplido para los Gunn. Dirlot no es para cualquiera, Mairead. Aquí sobrevivimos solo los que podemos enfrentarnos a todo.

El terreno a nuestro alrededor se vuelve más hostil a medida que avanzamos. La tierra es pobre y pedregosa, apenas capaz de sostener la vida. Puedo contar los cultivos dispersos que luchan por crecer, pequeños parches de verde que dan la impresión de aferrarse al suelo con desesperación. Esto no es como las tierras fértiles de los Sutherland. Aquí, todo parece una lucha constante contra los elementos.

Miro a los hombres que cabalgan delante de nosotros. Probablemente han crecido rodeados de guerra, con espadas en las manos antes de aprender a escribir sus nombres. Son los demonios del norte, esos que las madres mencionan en sus historias para mantener a los niños dentro de casa porque su única forma de supervivencia es la de las constantes incursiones para robar ganado o conquistar tierras más fértiles. El clan que sigue al Lobo Negro.

Y ese lobo es mi esposo.

—¿Es eso lo que eres? ¿Alguien que puede enfrentarse a todo? —pregunto, mirando de reojo a Ewan.

—Por supuesto. —Su tono es ligero, pero hay un destello de seriedad en sus ojos—. Y tú también tendrás que serlo.

Dirlot está cada vez más cerca. La brisa cambia y trae consigo el aroma salado del mar mezclado con la humedad de los pantanos. Es un olor punzante, como hierro oxidado, tan diferente al de los jardines perfumados de Dunrobin que casi me mareo.

Este lugar no se disculpa por ser difícil. Es como el propio clan Gunn, que no se doblega ante nadie.

Ewan me estudia de reojo, siempre atento a cualquier debilidad.

—No parece que estés asustada.

—¿Debería estarlo? —replico, alzando la barbilla.

Él ríe con suavidad.

—No. Pero tendrás que ser fuerte aquí, Mairead. En este lugar, la fuerza no es una opción. Es lo único que garantiza que sobrevivas.

Ewan no dice nada más, y yo tampoco. Porque aunque no quiero admitirlo, hay algo en este lugar que me inquieta profundamente. No es solo la dureza del paisaje o la amenaza constante de los elementos. Es la sensación de que aquí, en este territorio implacable, no hay espacio para el error.

Nairn cabalga delante, su figura destacando entre todos los demás. Incluso a esta distancia, su postura exuda una confianza implacable, como si él y este espacio fueran una extensión el uno del otro.

La verdad es que no sé si estoy lista para esto. Pero si algo he aprendido en estos días, es que los Gunn no esperan a que lo estés, te empujan y esperan que encuentres el modo de subsistir.

Tal vez, solo tal vez, eso es justo lo que necesito.



El bullicio en el patio del castillo de Dirlot me resulta abrumador. No es solo el ruido de los hombres descargando suministros o las risas de los niños que corren descalzos por las piedras del patio; es la energía misma del lugar. Cruda, directa, casi demasiado intensa para alguien que ha crecido en la rígida cortesía de Dunrobin.

Me mantengo junto a Ewan, quien lleva las riendas de su caballo con esa despreocupación que parece parte de su esencia. Su presencia a mi lado es un ancla en este mar de rostros extraños y voces estridentes y me ofrece una sonrisa fácil y relajada, pendiente de mi tensión.

—Ahí están. —Su voz tiene un tono de anticipación que no puedo ignorar.

Levanto la vista y los veo antes de que lleguen. Oran, Niven y Calder. Los hermanos Gunn, que ahora, en su propio territorio, parecen aún más grandes, más intensos, más… Gunn.

Oran, el tercero en edad después de Nairn y Ewan, camina con una sonrisa ladeada que sugiere que siempre está tramando algo. Calder, el más joven, lleva esa chispa en los ojos que anuncia problemas, mientras Niven… Bueno, Niven tiene el don de hacerte sentir que sabe algo que tú no.

—Que me aspen si no es la dama de Dunrobin. —Oran se detiene frente a mí, inclinando ligeramente la cabeza en un gesto teatral—. ¿Qué te trae a estas tierras, Mairead Sutherland? ¿Buscabas algo menos… civilizado?

—Me han traído circunstancias más… imprevistas. —Le sostengo la mirada, manteniendo la calma.

—Eso suena misterioso. —Niven sonríe, cruzándose de brazos—. Aunque no tanto como tú.

—No está de visita, si eso es lo que piensas. —responde Ewan antes de que yo pueda hablar, con un tono ligero que solo añade combustible al fuego de su curiosidad.

—Entonces… ¿qué significa esto? —Calder alza las cejas, señalándome con un gesto amplio —. ¿Por qué la traes aquí?

Antes de que pueda responder, una figura alta y familiar se mueve junto a mí. La presencia de Nairn lo llena todo, como si el caos a su alrededor se disipara al instante.

—Está aquí porque ahora forma parte de nuestra familia. —Su tono es tranquilo, pero sus palabras dejan claro que no está dispuesto a discutir.

El silencio que sigue es casi cómico. Oran parpadea, Calder se lleva una mano a la cabeza y Niven simplemente se queda mirando a Nairn como si acabara de anunciar algo impensable.

—¿Nuestra familia? —Calder es el primero en reaccionar, su voz un susurro incrédulo que rápidamente sube de volumen—. No estarás diciendo que…

—Eso mismo —le responde Nairn con calma.

—¿Te has casado con ella? —le pregunta a Ewan, su mirada saltando entre él y yo.

—¿Qué? —Mi respuesta sale al mismo tiempo que la carcajada de Ewan, pero los hermanos no me escuchan.

—No me digas que es verdad. —Calder lanza una mirada divertida a Ewan—. No puedo creer que lo hayas hecho.

—No he hecho nada. —Ewan levanta las manos en un gesto de rendición, todavía riendo—. Pero, por favor, seguid con este espectáculo. Estoy disfrutando mucho.

Calder, siempre el más impulsivo, da un paso al frente y señala a Ewan con una sonrisa de oreja a oreja.

—¡Yo sabía que tarde o temprano te harías con ella!

—¿Perdón? —balbuceo, parpadeando ante la súbita declaración, mientras Ewan pone los ojos en blanco.

—Vamos, Ewan, no lo niegues —continúa Calder, ignorando por completo mi confusión—. ¿Qué dijiste en la boda de Lilias? Así que sus ojos eran como el hielo que se forma en Dirlot—se

burla, llevando una mano al pecho con dramatismo—. Lo dijiste con tanta seriedad que casi nos haces llorar.

—¿Os dais cuenta de lo ridículos que sois? —replica Ewan, aunque hay un leve rubor en sus mejillas que no pasa desapercibido para nadie.

—No lo niegas —canta Oran, alzando las cejas hacia Calder, que estalla en una carcajada.

—Si habéis terminado de comportaros como idiotas… —empieza Ewan, pero no llega a terminar porque Calder le corta con otra risa.

—¡Y ahora la traes aquí, como si fuera un trofeo! —exclama, llevándose las manos a la cabeza en un gesto de fingida incredulidad—. Deberías habernos contado antes que competirías por ella, hermano.

—Sí, Ewan, ¡nos lo debías! —añade Oran, señalándolo con una sonrisa de complicidad.

—¡Dios, basta! —gruñe Ewan finalmente, alzando las manos para detener el torrente de bromas—. No estoy casado con Mairead.

El silencio que sigue es breve, pero suficiente para que Nairn, que hasta ahora ha permanecido detrás de nosotros, dé un paso al frente.

—Gracias por aclararlo, hermano —dice, su voz baja y cargada de esa calma tensa que siempre precede a algo peligroso.

Calder finalmente reacciona y lo hace con una expresión de pura confusión.

—Entonces, ¿qué está pasando aquí?

—Está casada conmigo —responde Nairn, su tono firme y cortante como una hoja.

Niven parpadea, como si hubiera oído mal, mientras Oran deja escapar un largo silbido bajo. Pero es Calder quien literalmente da un paso atrás, como si acabara de recibir un golpe.

—¿Te has casado? —pregunta, su voz cargada de incredulidad.

—Sí —repite Nairn, cruzando los brazos y sacudiendo la cabeza—. ¿Y qué?

El estallido de risa que sigue casi hace temblar las paredes del castillo.

—Esto es demasiado. —Calder se inclina hacia Niven, agarrándose el costado—. Y nosotros aquí pensando que era Ewan… —añade, soltando una carcajada que hace eco en el patio.

—¿Qué sientes ahora que tu poema no tiene futuro? —Niven sonríe, mirando a Ewan con diversión.

—Os mataré a todos —responde él con seriedad, pero el rubor en su rostro lo traiciona.

—Esto es complicado. Ahora somos cuñados de los Sutherland por partida doble —dice Oran mientras se gira hacia Niven con una sonrisa burlona—. Y sus hijos serán primos dobles también de los de Lilias. Doble locura.

—Lo cual, por cierto, complica las reuniones familiares —añade Calder, señalando a Nairn con una sonrisa.

—¿Acabáis ya? —gruñe Nairn, aunque su tono sigue siendo imperturbable, casi como si estuviera disfrutando de la confusión que ha provocado.

Finalmente, Oran se inclina hacia mí, con una sonrisa suave que parece menos burlona que las de sus hermanos.

—Bienvenida a Dirlot, Mairead. Espero que estés preparada para lidiar con esta jauría de lobos.

Y mientras las carcajadas llenan el aire, no puedo evitar notar la ligera curva en los labios de Nairn, apenas perceptible, pero suficiente para dejarme saber que, por muy caótico que sea esto, no cambiaría nada.

—Por cierto, nos alegramos de que hayas sobrevivido a la guerra, Nairn —añade Niven y luego se vuelve hacia Ewan, con una sonrisa maliciosa—. Y por ti, poeta trágico.

CAPÍTULO 21



El aire frío del castillo me envuelve mientras sigo a la doncella por los pasillos de piedra. Se ha presentado como Marsaili. Tiene una sonrisa amable, aunque parece que evita mirarme directamente. Cuando abre una puerta pesada de madera, se detiene y hace un gesto para que pase.

—Aquí está, mi señora. —Su tono es respetuoso, pero hay una chispa de curiosidad en sus ojos.

La habitación es amplia, con un techo bajo y vigas de madera oscura que parecen sostener el peso del mundo. La luz del atardecer entra por una ventana estrecha, proyectando sombras alargadas sobre el suelo de piedra. Y, aunque sencilla, la estancia tiene detalles que revelan que ya tiene dueño y al hombre que la ocupa.

Un escritorio robusto ocupa un rincón, cubierto de mapas enrollados y plumas que aún tienen restos de tinta. Sobre la pared, hay un arco largo colgado junto a un carcaj lleno de flechas, todas perfectamente ordenadas. En una repisa, descansan un puñado de libros encuadernados en cuero, gastados por el uso, junto a un puñal que parece más decorativo que práctico. Pero lo que de verdad llama mi atención es la cama.

No es grande, pero el tartán Gunn que cubre el colchón es inconfundible, y las botas de cuero junto a ella hablan de alguien que vive en movimiento, siempre listo para partir.

El aroma a madera quemada y un matiz fresco impregna el aire. Huele a Nairn.

—Creo que hay un error —digo, girándome hacia Marsaili, que ya está colocando una jarra de agua en una mesa.

—No hay error, mi señora. —Se inclina ligeramente antes de señalar un rincón de la

habitación—. La bañera ya está lista.

Sigo su gesto, y mis ojos se detienen en la pequeña tina de madera que desprende vapor. El agua caliente parece un lujo casi irreal después de tantos meses de frío y polvo.

—Es para usted —añade, como si supiera lo que estoy pensando.

Mi primera reacción es corregirla, insistir en que esto no puede ser mi habitación. Pero el calor que emana del agua es tentador, casi irresistible. Ha pasado demasiado tiempo desde la última vez que tuve un baño caliente.

—Gracias, Marsaili.

Ella asiente con una sonrisa contenida y empieza a desatar los cordones de mi vestido. Su rapidez y eficiencia me sorprenden, y en cuestión de segundos, la prenda cae al suelo, dejando al descubierto la camisa que llevo debajo.

Cuando comienza a deslizar la tela de mis hombros, siento cómo sus manos se detienen de repente. Contiene la respiración, y aunque no dice nada, sé lo que ha visto.

Las marcas.

Cicatrices finas y alargadas, algunas pálidas y otras aún ligeramente rosadas, que recorren mi espalda y mis costados. Las del muslo son más concentradas, con un patrón que revela el uso del cilicio. Vestigios de una historia que aquí nadie conoce.

Me vuelvo hacia ella lentamente, encontrándome con su mirada. Sus ojos, antes llenos de una cortesía medida, ahora están abiertos de par en par, cargados de algo que no sé si es compasión o miedo.

—Ya no duelen —digo con firmeza, aunque mi voz tiembla ligeramente al final.

Marsaili asiente con rapidez, pero no vuelve a mirarme mientras termina de desvestirme. Su silencio pesa más que cualquier pregunta, más que cualquier palabra que podría haber dicho.

El calor del agua me envuelve como una caricia, relajando cada músculo tenso, suavizando las punzadas intensas de los días de viaje. Cierro los ojos, dejando que el vapor empañe mis pensamientos y el tiempo pierde el sentido. Mi mente, cansada, flota en un estado entre la vigilia y el sueño.

Con pesadez, salgo de la bañera, el agua resbalando por mi piel en pequeños ríos que no me molestan en absoluto. Me envuelvo en una manta gruesa que cuelga de una silla cercana, su textura áspera contra mi piel desnuda es un recordatorio de dónde estoy.

La cama me llama como una promesa y no tengo fuerzas para resistirme. Caigo sobre ella,

sin molestarme en buscar una prenda que cubrirme más allá de la manta. Estoy demasiado cansada para pensar. Todo lo que sé es que, por primera vez en días, mi cuerpo deja de doler, mi mente se detiene y el sueño me reclama.

No sé cuánto tiempo pasa antes de que algo me saque del sopor. Un ruido suave, un movimiento contenido, como el roce de un pie descalzo contra el suelo. Abro un ojo con esfuerzo y veo una figura alta y oscura cruzando la habitación con sigilo.

Nairn.

Mi cuerpo se tensa por reflejo, pero no aparto la vista. Desde la cama, lo observo moverse en silencio, desprendiéndose primero de sus armas. Cuida cada movimiento, colgándolas con la precisión de alguien acostumbrado a la rutina. Luego vienen las botas, la chaqueta, la camisa de lino que se pega a su piel.

Pero cuando suelta el cinturón y deja caer el tartán revelando su desnudez, siento cómo el calor me sube a la cara.

No debería estar mirando, pero lo hago.

Mis ojos recorren el trazado de sus músculos, la tensión en su abdomen cuando se inclina, la naturalidad con la que su cuerpo se mueve. Bajo la mirada sin pensar y me encuentro con su sexo, relajado, pesado, evidente. Es extraño cómo algo tan ajeno a mí puede parecer tan… fascinante.

De pronto, siento que no hay suficiente aire en la habitación.

Él recoge el tartán del suelo, y el balanceo natural de sus testículos capta mi mirada. Aparto la vista demasiado tarde, con el corazón golpeándome el pecho.

No sé qué me inquieta más: haberlo mirado… o haber querido seguir haciéndolo.

Sé que lo he acariciado, pero hay algo diferente en verlo así con la luz tenue de la habitación jugando con las líneas de su cuerpo, tan despreocupado, tan… humano.

Lo oigo moverse por la habitación, el leve crujir de la madera bajo sus pies desnudos y luego el chapoteo del agua cuando entra en la bañera. Mi curiosidad, esa parte de mí que siempre ha querido saber más, me obliga a observarlo de nuevo.

Está reclinado en el agua ahora tibia, con los brazos apoyados en los bordes de la bañera y los ojos cerrados. Su cabeza está inclinada hacia atrás, y puedo ver cómo su pecho se eleva y desciende con cada respiración lenta y profunda.

Me sorprendo a mí misma siguiéndolo con la mirada, notando cómo las gotas de agua

resbalan por su piel.

—¿Te resulta interesante, Mairead? —Su voz, grave y baja, corta el silencio como un cuchillo, haciéndome dar un respingo.

El calor sube a mi rostro en un torrente furioso, y me obligo a cerrar los ojos con fuerza y volverme de espaldas, deseando que el suelo me trague.

—No sé de qué hablas —murmuro, demasiado consciente de lo culpable que sueno incluso para mis propios oídos.

—Claro que no —responde, con un toque de diversión en su tono. El chapoteo del agua me indica que se está moviendo, pero no me atrevo a comprobarlo.

Mi corazón late con fuerza contra mis costillas, y la manta que me envuelve de repente parece demasiado cálida. Rezo en silencio para que no siga presionando, para que no diga nada más que me obligue a enfrentar este momento.

Pero una parte de mí sabe que Nairn Gunn no es el tipo de hombre que deja pasar algo como esto tan fácilmente.

Oigo el roce de la tela cuando toma una toalla y comienza a secarse.

—Ahora lo entiendo mejor —dice de repente, su tono burlón cortando el aire cargado de tensión—. Tienes naturaleza felina.

No puedo evitar girarme un poco hacia él, lo justo para mirarlo de reojo por encima de la manta que me cubre.

—Curiosa como un gato, sigilosa como… —hace una pausa, dejando que el silencio se alargue lo suficiente para que lo sienta— como un lince.

Él ladea la cabeza, evaluándome como si fuera un enigma que aún no ha resuelto del todo.

—También podría decir que eres como un gato montés, indomable, pero creo que eso ya lo sabes. O quizás como un león, tranquilo por fuera, pero peligroso en el momento justo.

—No soy ninguna leona —respondo, ajustando la manta que llevo como si fuera una armadura.

Él suelta una risa breve, sin apartar la mirada de mí.

—Eres mejor que eso. Eres una pantera, con los ojos siempre listos para ver más allá de lo evidente, pero lo bastante discreta para no mostrar tus cartas. Y, lo que más me gusta de ellas… —Se detiene a propósito, dejando que mi mente complete la frase.

—¿Qué? —pregunto finalmente, incapaz de resistir la curiosidad.

—Es que, al final, siempre vuelven al mismo lugar. Como si supieran exactamente dónde pertenecen. Aunque —añade— los felinos también son desconfiados. Siempre alerta. Siempre preparados para escapar al menor ruido, pero eso solo significa que tengo que ser más paciente.

—Si yo soy todo eso y tú eres un lobo, eso nos convierte en enemigos, ¿no crees? —replico, con un tono más sarcástico de lo que pretendía.

Él suelta una risa baja, profunda, mientras se pasa un paño por el cabello, despeinándolo aún más.

—Podría ser —admite, caminando con calma por la habitación, como si quisiera prolongar el juego—. Pero no olvides que a veces el lobo y el felino comparten el mismo bosque. Y cuando eso ocurre, ambos saben mantenerse a raya.

La tensión en la habitación parece cargarse con cada palabra. Nairn sigue de pie, medio cubierto por la toalla con la que se ha secado, observándome. Cuando finalmente habla, su tono es firme, como todo en él.

—Tienes que levantarte.

La manta que me envuelve de repente parece mi única protección, y la sujeto con ambas manos como si fuera un escudo.
—Perdona. Ya le dije a Marsaili que hubo un error cuando me trajeron aquí. Pero me ofreció el baño y no pude negarme. Iré ahora mismo a mi alcoba en cuanto me digas cuál es.

Un destello de diversión cruza fugazmente por su rostro antes de que su expresión vuelva a ser imperturbable.

—Ningún Gunn duerme separado de su esposa mientras compartan el mismo techo, Mairead. No hay ningún error. Esta es nuestra habitación.

Mi corazón da un vuelco ante sus palabras.

—Pero… —empiezo, buscando un argumento que lo haga entrar en razón.

—Ya te lo he dicho. Los Gunn y los Sutherland no compartimos las mismas costumbres. Y ahora eres una Gunn, mi esposa y tu lugar está en mi cama, junto a mí.

Intento mantener la compostura.

—Pero nosotros no somos un matrimonio real.

Él da un paso hacia mí.

—El acuerdo fue que no habría consumación, no que no compartiríamos cama. A ojos de mi clan eres mi esposa y no voy a cambiar de opinión. —Su mirada me atraviesa, dejando claro que esta conversación ha terminado—. Ahora levántate, para que podamos meternos bajo las cobijas.

Me quedo inmóvil, aferrándome a la manta como si fuera una línea de defensa contra su terquedad. Siento mi corazón latir con fuerza, pero me niego a ceder.

—¿No piensas moverte? —pregunta finalmente, con un toque de impaciencia que apenas logra ocultar.

—No. —Alzo la barbilla, intentando aparentar una confianza que no siento del todo.

Deja escapar un suspiro pesado, y por un instante creo que va a rendirse. Pero estoy muy equivocada. Con un movimiento rápido, empieza a tirar de la manta que me cubre.

—¡Nairn! —grito, aferrándome a ella con todas mis fuerzas.

—Muy bien. Ahora pensarán que soy un salvaje con mi esposa. —Su tono está cargado de sarcasmo, pero no parece importarle en lo más mínimo mientras continúa tirando.

De repente, da un tirón brusco y el aire frío de la habitación golpea mi espalda desnuda. Es como un bofetón que me deja sin aliento. Pero no soy la única que se queda inmóvil.

El silencio que sigue es más denso que cualquier palabra. Me giro despacio y lo veo, completamente quieto, con los ojos clavados en mi espalda. Su mirada no es de juicio, pero su intensidad me hace sentir expuesta de una manera que nunca antes había experimentado.

Las marcas están ahora a la vista, esas cicatrices que cuentan historias que no quiero recordar ni explicar.

—Mairead… —Su voz, baja y tensa, está cargada de emociones que no logro identificar.

Me giro de golpe, abrazándome a mí misma y a la manta en un intento desesperado por cubrirme, como si eso pudiera borrarlo todo.

—No pasa nada. Estoy bien.

Él no se mueve.

—¿Quién te hizo eso? —pregunta finalmente, con una suavidad que corta más que cualquier grito.

—No importa.

—Sí importa —dice con voz contenida, como si intentara ocultar su rabia.

—No lo entenderías —respondo con suavidad y un suspiro.

—Prueba a explicármelo.

Me quedo mirándolo, esperando que no insista, pero en el fondo sé que Nairn no se detendrá. Es un hombre acostumbrado a obtener respuestas y ahora soy su enigma por resolver.

CAPÍTULO 22



Sus movimientos son lentos, casi calculados, como si temiera espantarme cuando pone una rodilla sobre la cama.

—Déjame verlas —dice, bajo, casi en un susurro, pero su tono no admite discusión.

Mis manos se aferran a la manta que me cubre el pecho, y mi respiración se acelera, pero no protesto cuando sus dedos, firmes y seguros, tiran de la tela con suavidad. La manta se desliza por mi espalda, exponiendo las cicatrices que llevo como una segunda piel. El frío de la habitación se clava en mi piel desnuda, pero no tanto como la mirada de Nairn.

Silencio.

No digo nada y él tampoco.

Siento su mano, cálida y áspera, rozar la primera cicatriz, justo debajo de mi omóplato derecho. Es un toque lento, casi reverente, y la sensación es tan extraña que tengo que cerrar los ojos para no derrumbarme.

—No son agradables, ¿verdad? —Mi voz sale quebrada, apenas un susurro.

—¿Crees que me importa su aspecto? —pregunta de forma cortante.

Trago con fuerza, intentando ignorar el peso de sus dedos mientras trazan la línea de otra cicatriz, esta vez más baja, en la curva de mi espalda.

—¿Quién te hizo esto? —repite.

Su tono es bajo, pero hay un filo en él, como una tormenta contenida.

—Cuando era niña, había cosas que no entendía. Cosas que hacía o que sucedían a mi alrededor y que parecían… diferentes. —Hago una pausa, como si buscara las palabras

adecuadas—. Mi madre las llamó señales impuras. Pruebas de que no era como las demás… de que en mí habitaba la perversión.

Siento cómo su mano se detiene, pero no dice nada, esperando que continúe.

—Tenía cinco años cuando comenzaron. —Trago saliva, tratando de ordenar mis pensamientos—. Al principio eran solo supersticiones. Recuerdo la primera vez… Alguien aseguró que había revivido un pájaro. Pero yo… yo solo lo calenté entre mis manos porque creí que tenía frío.

Nairn no dice nada, pero su mano sigue su recorrido, acariciando la piel alrededor de otra cicatriz. Su contacto es firme, pero no invasivo. No me apresura, me deja hablar.

—Después empezaron otro tipo de acusaciones. Más viles. —Mi voz se vuelve más áspera, como si las palabras supieran a hierro en mi lengua—. Decían que las gallinas dejaban de poner huevos si yo las miraba demasiado. Que los perros aullaban cuando pasaba cerca.

Me obligo a respirar hondo, pero el recuerdo me arrastra con su propia voluntad.

—Un día ayudé a preparar un guiso en la cocina de Dunrobin. Recuerdo que eché demasiada cebolla. Eso fue todo. Pero cuando la gente lo probó, todos lloraron.

Suelto una risa seca, amarga.

—Lloraron… y no tardaron en susurrar que había algo en mí, algo que se filtraba incluso en la comida.

El pulgar de Nairn se desliza sobre una cicatriz más larga, como si intentara borrarla con su tacto. No puedo verlo, pero siento la tensión en su cuerpo.

—Y tu madre…

—No era una mujer paciente. Ni… cariñosa. Decidió que había algo malo en mí. Algo que debía corregirse. Así que me enviaron a un convento. Mi madre decía que allí aprendería disciplina, que las monjas me enseñarían a comportarme como una dama de verdad, a contener mis extraños hábitos y me enderezarían, me llevarían por el buen camino.

El roce de su mano se detiene, y siento su respiración en mi nuca.

—¿Y lo hicieron?

—A golpes y mortificación del cuerpo. —Mi voz tiembla, pero logro continuar—. Dijeron que las marcas que me dejaban eran para recordarme el pecado de mi naturaleza. Que cada cicatriz era una purificación, una forma de salvar mi alma.

Un gruñido bajo, apenas un murmullo, brota del pecho de Nairn, como el de un lobo al acecho.

—Cada castigo tenía su propósito. —Siento el pulso acelerado en mis sienes, pero no puedo detenerme—. Cuando hablaba demasiado, mi boca debía aprender el silencio. Me obligaban a sostener una brasa entre los labios hasta que prometía callar. Cuando usaba la mano equivocada para escribir, la ataban durante días a mi espalda para que recordara cuál debía usar.

Los dedos de Nairn se crispan, y un leve estremecimiento sacude su cuerpo.

—Cuando mi madre vino a visitarme, las monjas le dijeron que aún tenía demasiado orgullo. Que el castigo no había sido suficiente. —Aprieto los ojos, sintiendo el temblor en mi propia voz —. Fue entonces cuando me pusieron el cilicio.

Siento que Nairn se queda completamente inmóvil detrás de mí.

—¿Te obligaron a llevar esa mierda?

No es una pregunta. Es una sentencia, cargada de algo oscuro y peligroso.

No necesito responder. Sus manos se mueven con una lentitud meticulosa, como si le costara controlarse, y desliza la manta un poco más abajo, descubriendo mi muslo.

No necesito mirarlo para saber que las notó en el monasterio.

Las cicatrices del cilicio no son como las de la espalda. Son más pequeñas, pero más crueles. Finas líneas entrelazadas, algunas más hundidas que otras, cicatrices donde la piel creció deformada por el constante roce del metal.

—Malditas sean. —Su voz es apenas un gruñido. No hay furia desatada en ella, sino algo mucho peor. Un enojo frío, un odio contenido que se siente como la calma antes de la tormenta —. ¿Cuánto tiempo estuviste allí?

—Seis años. Hasta los dieciséis. —La respuesta se queda suspendida en el aire, y siento cómo la tensión en su cuerpo aumenta.

—¿Seis años recibiendo golpes y mortificaciones? ¡Seis putos años! —ruge, su voz baja pero cargada de furia contenida—. ¿Simplemente te dejaron allí para que te rompieran?

—Intentaban arreglarme —respondo, con un amargo intento de sarcasmo que apenas cubre el dolor que siento—. Hicieron lo que creyeron que era mejor para mí.

—¿Y el bastardo de Cormac no hizo nada para impedirlo?

Cierro los ojos con fuerza, intentando bloquear el peso de sus palabras.

—Él fue quien me sacó de allí. —Mi voz apenas es un susurro—. Cuando nuestros padres murieron de unas fiebres y él se convirtió en Laird, vino por mí.

Nairn no dice nada de inmediato. Solo siento sus dedos, trazando lentamente las cicatrices de mi espalda, como si intentara memorizar cada una.

—Nunca deberían haberte hecho esto. —Sus palabras son tan firmes como el toque de su mano.

—Hay muchas cosas que nunca deberían haber pasado. Pero pasaron.

—Sí, pero yo puedo asegurarme de que nadie vuelva a hacerlo en el futuro.

La promesa en sus palabras es tan visceral, tan absoluta, que siento que el aire se me escapa.

El calor de su mano permanece en mi espalda, trazando mis cicatrices con una suavidad que contradice su furia contenida de hace un instante. Me resulta imposible apartarme, como si el roce de su piel tuviera la capacidad de mantener a raya los recuerdos que esas marcas traen consigo.

Mis párpados comienzan a pesar, y siento cómo el agotamiento se instala en cada rincón de mi cuerpo. No sé si es su voz o el cansancio acumulado, pero todo en mí parece ceder, permitiéndome un respiro.

—Descansa —murmura, su voz grave y baja como un arrullo que me envuelve en la penumbra—. He traído algo de comida —añade, con un tono que parece más una confidencia que una simple información—. Si tienes hambre más tarde, estará aquí. Pero ahora duerme.

Asiento débilmente, demasiado agotada para responder con palabras.

Oigo el crujir de las maderas bajo su peso y el roce de las cobijas cuando se desliza bajo ellas, completamente desnudo. El contraste entre su piel y la tela parece vibrar en el aire, un detalle más que mi mente capta en este estado semidormido.

La cama se convierte en un pequeño mundo donde el tiempo se suspende. Su respiración, profunda y rítmica, se mezcla con el ulular del viento y el crujir lejano de las ramas afuera. Pero es su mano la que rompe la barrera entre ambos, descansando en mi cintura y anclando mi espalda a su pecho.

El sueño me envuelve lentamente, pero antes de rendirme por completo, me permito un pensamiento que he evitado durante demasiado tiempo: tal vez, solo tal vez, esta sensación de seguridad no es una ilusión. Tal vez pueda permitirme creer en ella, aunque sea solo por esta noche.



Cuando me despierto por la mañana, la luz pálida que se filtra por la pequeña ventana apenas logra iluminar la habitación. Él ya no está. El lugar donde ha dormido a mi lado está vacío, pero aún cálido. Supongo que hay mucho trabajo que hacer para un Laird en unas tierras como las de los Gunn, donde nada es fácil y todo requiere esfuerzo constante.

Me desperezo lentamente, sintiendo el peso del cansancio aún en mis extremidades. El olor tenue del pescado ahumado me llega antes de que mis ojos se posen en la mesa, donde hay un pequeño despliegue de comida: pan de avena denso y oscuro, un cuenco de mantequilla salada, tiras de pescado ahumado que aún conservan un brillo aceitoso, y unas manzanas pequeñas, seguramente recogidas de algún árbol cercano.

Es un desayuno sencillo, rudo, pero adecuado para estas tierras. La mantequilla es espesa y tiene ese toque salado que golpea el paladar con intensidad.

Mientras como en silencio, mi mente no deja de divagar. Imagino a Nairn en algún rincón de estas tierras, enfrentándose a problemas que solo alguien como él podría resolver. Esos problemas que no descansan, igual que él.

Muerdo la manzana, sintiendo cómo su jugo fresco me corre por el mentón, y sonrío sin darme cuenta. Es extraño lo mucho que puede decir un desayuno sobre un lugar y sobre las personas que lo habitan: austeridad, fuerza, supervivencia. Todo está ahí, en cada bocado.

A través de la ventana, oigo el lejano murmullo de voces, el crujir de carros que se mueven sobre el terreno áspero y, de vez en cuando, el relincho de un caballo.

Dirlot ya está despierto, y aunque no puedo verlo desde aquí, sé que el día ha comenzado mucho antes de que yo abriera los ojos.

Me levanto de la silla y paseo lentamente por la habitación, sin embargo, hay algo que me hace detenerme: un estante bajo, lleno de pergaminos enrollados y lo que parece un cuaderno de piel gruesa, con bordes gastados por el uso. Lo recojo con cuidado, mis dedos rozando la textura rugosa de las páginas. Al abrirlo, veo diagramas, dibujos toscos de terrenos y marcas que parecen notas sobre estrategia. Pero hay algo más: en las esquinas, pequeñas marcas, como si alguien hubiera estado practicando letras o símbolos.

La caligrafía no es perfecta, pero hay algo personal en ello que me hace sonreír. Me pregunto si estas son las huellas de un hombre que, a pesar de su dureza, no puede evitar plasmar sus pensamientos en algún lugar.

—¿Otra vez curioseando?

Su voz me sorprende, tan cerca que me hace girar bruscamente. Nairn está en el umbral de la puerta, con las botas cubiertas de barro seco y el cabello revuelto por el viento implacable de Dirlot. Sus ojos, dorados y observadores, se posan en mí con una mezcla de diversión y algo más que no logro descifrar.

—¿Perdón?

—Ten cuidado. Algunos secretos están mejor guardados. —Cruza los brazos, apoyándose contra el marco con un aire relajado que sé que no es del todo real.

—Eres un hombre misterioso, Nairn.

—¿Misterioso? —repite, alzando una ceja, como si la palabra le resultara divertida—. No creo que haya mucho misterio en mí.

Deja que sus ojos recorran la habitación por un momento antes de volver a mí. Es como si estuviera evaluando algo, aunque no puedo decir exactamente qué.

—Oh, claro que lo hay. —Cruzo los brazos frente a mi pecho, devolviéndole la mirada con algo de desafío—. Eres el hombre que lidera un clan entero, pero parece que prefieres dejar que otros hablen por ti. Siempre observas, pero nunca dices demasiado. Eso me parece bastante misterioso.

Nairn suelta una risa baja, un sonido profundo que reverbera en la habitación.

—Hablar demasiado es el primer paso para cometer errores.

—¿Y escribir demasiado? —pregunto, señalando con la cabeza el cuaderno que he estado mirando.

Él sonríe apenas, y es un gesto tan breve que casi me lo pierdo.

—Eso es diferente. Las palabras en papel no tienen por qué ser compartidas… a menos que alguien decida entrometerse.

—No estaba entrometiéndome. Solo estaba…

—Curioseando. —Termina la frase por mí, con ese tono suyo que parece estar siempre entre el sarcasmo y la calma.

—Quizá. —No puedo evitar devolverle una sonrisa, aunque intento mantener mi postura firme.

Se mueve hacia la mesa con pasos tranquilos, pero cada movimiento suyo parece calculado. Toma un trozo de pan y lo parte con las manos antes de comer un bocado.

—¿Siempre sientes la necesidad de descifrar a las personas, Mairead?

—Solo a las que son un enigma.

Él se detiene un momento, como si considerara mis palabras, y luego ladea la cabeza, evaluándome.

—¿Y qué has descifrado hasta ahora?

Mi respuesta queda atrapada en mi garganta porque no sé qué decir. Hay tanto de él que todavía no entiendo, y lo poco que he llegado a conocer solo parece despertar más preguntas.

—Nada. —Finalmente, dejo caer la verdad con una media sonrisa—. Eres como uno de esos mapas incompletos que trazan los exploradores: cada respuesta lleva a un nuevo territorio desconocido.

Nairn parece divertirse con mi respuesta, pero no dice nada. En lugar de eso, da otro mordisco al pan, masticando con calma antes de hablar.

—Termina de comer. Quiero mostrarte algo.

—¿Qué cosa?

—Una respuesta. —Me lanza una mirada que está llena de promesas, pero también de desafíos—. O tal vez más preguntas.

No estoy segura de si me está tomando el pelo o si habla en serio, pero algo en su tono me hace querer seguirlo… a cualquier parte.

CAPÍTULO 23



La luz que entra por las estrechas ventanas ilumina el polvo suspendido en el aire. Mientras cruza el umbral, sus pasos se ralentizan, y sus dedos rozan los estantes con una cautela casi reverente. Hay algo fascinante en la manera en que Mairead Sutherland—no, Mairead Gunn—recorre la estancia, como si cada pergamino y libro guardara un secreto esperando ser revelado solo para ella.

No digo nada de inmediato, dejándola absorber el lugar. Aunque modesta, la biblioteca de Dirlot guarda más de lo que parece: pergaminos desgastados, algunos tratados antiguos y unos pocos libros traídos desde tierras lejanas. No es comparable a la ostentación de Dunrobin, pero tiene su propio peso, su propia historia.

—No es gran cosa —digo finalmente, mi voz cortando el silencio—, pero pensé que querrías verla.

Ella no responde de inmediato. La veo detenerse frente a un estante y sacar un libro de tapa raída, sus ojos claros leyendo el título con curiosidad. Es un gesto simple, pero tiene una forma de hacerlo que parece casi respetuosa.

—No es la biblioteca de Dunrobin, claro —añado, cruzándome de brazos—. Pero hay ferias en Thurso y Wick donde podríamos conseguir más libros. Incluso Inverness. Si hay algo que quieras, podemos buscarlo.

Sus ojos me encuentran, y algo en su mirada se ablanda, aunque no sé si es incredulidad o simple sorpresa. Sea lo que sea, mis palabras han tocado algo más profundo de lo que esperaba.

—¿Ampliarla… a mi gusto? —pregunta, con una vacilación que no le había escuchado antes, como si la idea le resultara ajena. Asiento.

—Si vas a ser la señora de Dirlot, tiene sentido que esta biblioteca refleje lo mucho que te importa.

No sé por qué lo digo. Tal vez porque sé lo que los libros significan para ella. Tal vez porque quiero que entienda que, aunque Dirlot sea un lugar duro y diferente, hay espacio para que lo haga suyo.

Mairead deja que sus dedos rocen el lomo de un libro gastado antes de responder, su voz más suave de lo habitual:

—Las monjas intentaron salvar mi alma. Pero, en todos esos años, fueron los libros los que me salvaron.

No sé qué esperaba que dijera, pero no eso. Mis ojos la estudian en silencio. No soy un hombre de letras, pero sé lo que es encontrar un refugio cuando todo lo demás falla.

—Los libros son como tu espada. Eran lo único que tenías para defenderte…

—Eso suena casi filosófico viniendo de ti —dice con una sonrisa que no puedo evitar devolver.

—No te burles. —Mi tono es ligero, pero hay una seriedad subyacente en mis palabras—. No sé mucho de libros, pero sé que hay poder en ellos.

Ella vuelve la vista a los estantes, sacando un pergamino. Lo despliega con cuidado, y sus labios se mueven mientras lee las palabras escritas con tinta desvaída.

—¿Qué es esto? —pregunta.

—Un tratado entre los Gunn y los Sinclair. —Me acerco, señalando un punto en el pergamino—. Acordaron proteger juntos la costa de Caithness.

—¿Y lo hicieron? —Sus ojos me buscan, esperando una respuesta que ya conoce.

—Por un tiempo. —Me encojo de hombros—. Pero ya sabes cómo somos los clanes. Las alianzas son tan fuertes como el siguiente ataque.

Ella rueda los ojos, pero su sonrisa persiste mientras vuelve a enrollar el pergamino. Es un gesto pequeño, pero por primera vez desde que llegamos, parece estar menos a la defensiva, menos ajena.

Ella parpadea, y por un instante, el espacio entre nosotros parece más pequeño, más frágil. Luego vuelve la vista al libro, pasando los dedos por el borde de las páginas como si buscara una distracción.

—Este… —murmura, sin levantar la vista—. ¿Sabías que muchos de los tratados antiguos contienen advertencias sobre guerras que pudieron haberse evitado?

—Algunas guerras siempre encuentran la forma de estallar, sin importar las advertencias. —Me encojo de hombros, dejando caer la gravedad de mis palabras como un hecho inamovible—. Pero hay quienes cambian la historia.

Ella me lanza una mirada rápida, como si intentara descifrar si me refiero a ella o a mí. Pero antes de que pueda preguntar, doy un paso atrás y le señalo otro estante.

—Ese de ahí tiene historias más interesantes. Si quieres algo menos pesado, hay relatos de viajes y algo de poesía.

—¿Poesía? ¿En Dirlot? —pregunta, arqueando una ceja mientras camina hacia donde señalé.

—No subestimes a los Gunn, Mairead. No todo son espadas y ganado robado.

Ella se ríe suavemente, pero no responde. La sigo con la mirada mientras examina los libros, sus dedos rozando los lomos con cuidado, como si estuviera leyendo algo más allá de las palabras.

Cada gesto suyo es contenido, casi tímido, pero hay una intensidad en la forma en que se sumerge en este espacio. Como si, por un momento, el resto del mundo dejara de existir.

Es curioso. Anoche, esas mismas manos se aferraban a una manta como si fuera una armadura. Ahora, las veo recorrer los libros con una delicadeza que me desconcierta.

—Dirlot no siempre ha tenido una biblioteca. —Cruzo los brazos, apoyándome contra un estante cercano—. Pero los Gunn hemos guardado estas reliquias durante generaciones. Aunque debo admitir que no todos aquí les prestan atención.

—No parece un clan amante de las letras. —Su tono es neutro, pero la curva de su boca traiciona una sonrisa que no intenta ocultar del todo.

—Las letras no ganan batallas ni llenan estómagos. Pero tienen su lugar. —Hago una pausa, observando cómo un mechón de su cabello se desliza sobre su mejilla mientras inclina la cabeza hacia un libro—. Como todo lo demás.

Ella no responde de inmediato. Está inmersa en un volumen particularmente polvoriento, uno que reconozco al instante.

—¿Qué has encontrado? —pregunto, aunque ya sé la respuesta.

—Un tratado sobre… brujería. —Levanta el libro y lo abre, pasando las páginas con

cuidado, como si el pergamino pudiera desintegrarse bajo sus dedos—. ¿Por qué lo guardáis?

—Es parte de nuestra historia. —Camino hacia ella, deteniéndome a su lado para mirar el texto. Las ilustraciones, grotescas y exageradas, representan mujeres en llamas y figuras encapuchadas sosteniendo cuchillos—. O al menos, de las historias que contamos a los niños para que se comporten.

Ella ríe suavemente, aunque hay algo tenso en su expresión.

—¿Y tú? —pregunto, con el tono más neutral que puedo reunir—. ¿Crees en lo que dice ese libro?

Ella no levanta la mirada, pero sus manos se detienen. La pausa es suficiente para saber que he tocado un nervio.

—No… no lo sé. —Su voz es un susurro, pero no parece dirigida a mí, sino al libro frente a ella.

—Yo tampoco. —Mis palabras salen antes de que pueda pensarlas del todo, y cuando ella me mira, su expresión está llena de algo que no esperaba: sorpresa.

—¿De verdad?

—He visto demasiadas cosas para negar la posibilidad. Pero también sé que las cicatrices más profundas no las deja la magia, sino las personas.

Su mirada se endurece apenas un segundo, y sé exactamente en qué está pensando.

—Tus cicatrices… —empiezo, pero ella cierra el libro de golpe, interrumpiéndome.

—No es un tema que me importe.

—A mí sí. —Mi voz es firme, pero no dura. No quiero que piense que la estoy presionando, aunque sé que, en cierto modo, lo estoy.

Ella me estudia por un momento, sus ojos buscando algo en los míos. Finalmente, suspira, dejando el libro de lado.

—Lo que más me duele no son las cicatrices. —Su voz es baja, cargada de una emoción que apenas logra contener—. Es que me convirtieron en alguien que duda constantemente de sí misma. Alguien que no sabe qué es real y qué no.

Sus palabras me golpean más fuerte que cualquier otra confesión que haya hecho antes. Extiendo una mano y dejo que mis dedos rocen los suyos, un contacto leve, apenas un recordatorio de que estoy aquí.

—¿Por eso temes lo que podrías ser? —pregunto en un susurro.

Ella asiente, y el movimiento es casi imperceptible.

—¿Y si todo lo que dicen de mí es cierto? ¿Y si realmente soy… una maldición para los demás?

—¿Una maldición? —repito, incrédulo, antes de inclinarme un poco hacia ella—. Mairead, lo único que eres es alguien que ha soportado más de lo que debería. Las palabras de quienes no entienden solo tienen el poder que tú les das.

Ella me mira con los ojos abiertos, como si nunca hubiera escuchado algo semejante. Me inclino más, dejando que mi voz baje hasta convertirse en un murmullo cargado de convicción.

—Y para mí, todo lo que dicen los demás sobre ti es pura basura. Lo único que me importa es lo que tú crees de ti misma.

Ella suelta una risa breve, incrédula, pero sus ojos brillan con algo que no sé si es alivio o miedo.

—Es fácil decir eso, Nairn. Pero cuando tantas voces apuntan hacia ti…

—Las voces pueden gritar lo que quieran. Pero si no tienen pruebas, solo son ruido. Y si las tienen, es porque fuiste lo bastante valiente como para dejar huellas.

Ella baja la mirada, sus manos jugueteando con la cubierta del libro. Y entonces lo veo: un título que apenas reconozco por lo gastado del cuero y el deterioro de las letras grabadas: De arte occulta et alchemia.

—¿Sabías que tenías esto aquí? —pregunta, alzando una ceja mientras pasa los dedos por el título.

—No. Pero no me sorprende. —Le señalo la biblioteca a mi alrededor con un gesto breve—. Hay muchas cosas por aquí que podrían enviarme a la horca.

—Entonces, ¿por qué conservarlo? ¿Por qué no quemarlo?

Me encojo de hombros, apoyándome en el marco de la puerta.

—Porque las llamas no distinguen entre lo peligroso y lo valioso. Mi padre creía que el conocimiento, incluso el que no entendemos del todo, siempre merece un lugar.

Ella vuelve la mirada al libro, sus dedos trazando las letras gastadas con una delicadeza que me hace pensar que teme que se desmorone bajo su tacto. l*as páginas están llenas de diagramas extraños, símbolos crípticos y fragmentos de texto en latín.*

—De arte occulta et alchemia —murmura, como si probara el peso de las palabras en su lengua—. No es solo superstición. Habla sobre la naturaleza de los elementos, sobre la transformación de la materia… Creo que hay algo de verdad en todo esto.

—La verdad depende de quién la busca y qué quiere encontrar —me burlo suavemente, empujándome del marco para acercarme a ella—.

Ella no me mira, pero puedo ver cómo su mandíbula se tensa, como si mis palabras hubieran tocado algo profundo en ella.

—¿Y tú? —pregunta al fin, su voz baja pero firme—. ¿Qué buscas, Nairn?

Me detengo a su lado, dejando que el silencio se alargue mientras observo cómo sus manos sostienen el libro con tanto cuidado.

—No lo sé. Pero sí sé lo que no busco.

Ella levanta una ceja, intrigada.

—¿Qué no buscas?

—Respuestas fáciles. —Mis palabras salen suaves, pero con un filo que no puedo evitar—. El mundo está lleno de gente que prefiere quemar lo que no entiende en lugar de enfrentarlo o entenderlo. Yo no soy uno de ellos.

Mairead me mira fijamente, y por un momento, todo lo demás desaparece. Hay algo en su expresión que me dice que entiende, tal vez más de lo que quiere admitir.

—Supongo que eso te convierte en un hombre peligroso —dice finalmente, con un tono que no sé si es admiración o advertencia.

Sonrío, inclinándome ligeramente hacia ella.

—O en un hombre que sabe cuándo no apartar la mirada.

Ella suelta una risa suave, pero sus ojos vuelven al libro.

La observo mientras pasa las primeras páginas, sus dedos moviéndose con un cuidado reverente. La luz de la ventana ilumina su rostro, y por un momento, pienso que hay algo en ella que no es de este mundo.

Tal vez ella también lo sabe.

CAPÍTULO 24



A medida que pasan los días en Dirlot, me doy cuenta de que aquí las cosas funcionan de otra manera. Es un mundo diferente, más crudo, más directo, donde las reglas que conocí en Dunrobin apenas encuentran espacio para respirar.

Los hermanos Gunn son la personificación de su tierra: salvajes, pendencieros hasta la médula, llenos de una energía que parece no agotarse nunca. No pasa un día sin que se provoquen entre ellos, a veces con palabras, otras con pequeños empujones o retos absurdos que siempre terminan en risas estruendosas.

Entre los demás moradores del castillo, mi origen como Sutherland parece importar poco. Están contentos porque soy hermana de Lilias, su favorita, como algunos la llaman abiertamente. Aquí las normas sociales no son más que susurros lejanos, y me resulta fascinante observar cómo cada Gunn, desde el más joven hasta el más anciano, maldice con una creatividad que casi parece un arte.

Hablan sin tapujos de robar ganado, de incursiones nocturnas en territorio enemigo y de enfrentamientos que no dejan margen para las dudas: aquí, la supervivencia no es un concepto abstracto, es el día a día.

Hay un descaro natural en ellos, una manera de abordar la vida que en cualquier otro lugar sería escandalosa, pero aquí es simplemente lo que son.

Los hombres no se molestan en disimular sus risas cuando sus bromas cruzan la línea de lo apropiado, y las mujeres, lejos de sentirse ofendidas, responden con una astucia que me sorprende. Parece que la rudeza no discrimina en Dirlot; es parte del carácter de todos, como el viento helado del mar del Norte que se cuela por cada rincón de este castillo.

A veces me encuentro riendo en silencio al ver a los hermanos de Nairn, tan iguales y distintos entre sí, como una jauría de lobos jóvenes compitiendo por la atención de su alfa. Incluso cuando están en desacuerdo, hay un lazo entre ellos que no puede romperse. Es un vínculo que no necesito entender para admirar.

Y Nairn… él se mueve como un rey entre sus guerreros, imponente y tranquilo, con una autoridad que no necesita imponerse porque simplemente es. Su mirada seria y sus palabras medidas contrastan con la energía alborotada de sus hermanos, pero no hay duda de que los une algo más que la sangre: una lealtad inquebrantable que se siente en cada risa, en cada maldición, en cada desafío lanzado y recogido.

Dirlot es una prueba viva de que la fuerza no siempre está en la riqueza o en el refinamiento. Aquí, la fuerza está en la lucha, en la resistencia, en la crudeza de quienes no temen mancharse las manos para sobrevivir. Es un mundo tan distinto al mío que, por momentos, me siento como un pez fuera del agua. Pero, al mismo tiempo, hay algo en esta tierra, en esta gente, que comienza a resonar en algún rincón de mí que ni siquiera sabía que existía.

Con esa misma naturalidad, Nairn se acuesta cada noche en nuestra cama como si fuera lo más normal del mundo. Siempre lo hace cuando yo ya estoy dormida, o al menos finjo estarlo. Llega desnudo, con el calor de su cuerpo envolviéndome antes incluso de que me dé cuenta de su presencia. Sin palabras, sin gestos innecesarios, me atrae hacia su pecho como si mi lugar fuera ese, encajada contra él, protegida por su abrazo.

Nunca llega más lejos, aunque a veces su virilidad, firme y presente, se presiona contra mi espalda a través de la fina tela de mi camisón. Él no dice nada, y yo tampoco. Nos mantenemos en ese tenso equilibrio, como dos guerreros en una tregua silenciosa, sin atrevernos a cruzar la línea que hemos establecido.

Y cada mañana, antes de que yo despierte, él ya se ha ido. Lo único que queda es el calor residual de su cuerpo en las sábanas, un rastro silencioso que me obliga a preguntarme si alguna vez he soñado con esa cercanía o si realmente ha estado ahí. Pero lo sé, porque mi cuerpo, traicionero, no olvida el peso de su brazo sobre mi cintura ni la intensidad de su respiración junto a mi oído.



Estoy en lo alto de la muralla, donde el viento frío corta como una daga, pero no lo suficiente para apartarme de mi foco de atención. Abajo, en el campo de entrenamiento, los Gunn practican con sus espadas, sus movimientos precisos y brutales, una coreografía salvaje que parece más diseñada para intimidar que para mostrar técnica.

A pesar de su energía desbordante, hay un caos orquestado en todo lo que hacen. Los gritos de desafío se mezclan con el choque de las espadas y las carcajadas que surgen cada vez que uno de ellos comete un error o logra una victoria demasiado humillante para el otro.

Niven, como siempre, es el centro de la tormenta. Se acerca a Ewan, pone un brazo sobre sus hombros y señala hacia mí con un gesto exagerado.

—Mira, ahí está tu amada esperando tus bellas palabras. —Su tono es teatral, lleno de sarcasmo, pero no puedo evitar soltar una risa.

Ewan, más acostumbrado a las bromas de Niven, lo empuja con el hombro, fingiendo molestia.

—¿Mi amada? —replica, alzando las cejas con una sonrisa irónica—. No sabía que Mairead tenía tan mal gusto.

Niven se lleva la mano al pecho, fingiendo sorpresa.

—Ah, claro, claro, perdón, lo olvidé. —Hace una pausa dramática, mirando hacia Nairn, que está al borde del campo, observando todo con sus brazos cruzados y su rostro impenetrable—. ¡Es del Laird! —exclama, poniendo el mismo brazo sobre los hombros de Nairn con la confianza que solo un hermano atrevido puede tener—. ¿Verdad? ¿Vas a recitarle algún poema esta noche bajo la luna?

La reacción de Nairn es inmediata y letalmente tranquila. Sin previo aviso, agarra a Niven por el cuello de la camisa y lo lanza al suelo con un movimiento tan rápido que casi me lo pierdo. Niven aterriza en el barro, parpadeando, claramente aturdido por el golpe inesperado.

—Si no sabes cuándo cerrar la boca, tal vez deberías aprender a caer de pie —le dice Nairn, su tono tan calmado que resulta aún más intimidante.

Desde mi posición, intento contener la risa, pero cuando veo la expresión incrédula y burlona de Niven desde el suelo, no puedo evitarlo. Estallo en carcajadas, y el sonido parece hacer eco en el campo.

Él se levanta lentamente, sacudiéndose el barro de la ropa, pero con una sonrisa divertida en el rostro.

—Lo tomaré como un sí —le dice a Ewan.

Ewan suelta una risa baja, mientras Nairn lo mira con los ojos entrecerrados, claramente consciente de que el comentario no se quedará ahí.

Un mensajero se acerca desde el patio interior. Va vestido con colores oscuros y lleva la capucha puesta, pero al llegar a la base de la torre, la baja para descubrir un rostro joven.

—Lady Gunn —dice con respeto, inclinando la cabeza mientras extiende un pergamino lacrado con cera roja. El sello lleva el emblema inconfundible de los Sutherland, un ciervo en pleno salto.

Mi pecho se aprieta al verlo. Hace semanas que no recibo noticias de Dunrobin. ¿Serán de Cormac? ¿De Lilias?

—Gracias —respondo, tomando el pergamino con cuidado. El peso de la cera rota en mis dedos parece más pesado de lo normal.

El mensajero asiente y se retira con rapidez, como si quisiera alejarse antes de que pueda hacerle más preguntas. No me detengo a pensar en ello. Rompo el sello y desenrollo el pergamino.

La caligrafía es gruesa, trazos apretados y oscuros, completamente distintos a los elegantes caracteres de Cormac. Mis ojos se deslizan por las primeras líneas, y de inmediato, el frío del viento parece más cortante contra mi piel.

«¿Crees que el apellido que llevas ahora te protege? Sabes que no hay alianza, ni nombre, ni clan que pueda romper lo que tú y yo compartimos: el vínculo de una promesa incumplida. Sigues siendo mía. Así lo ha ratificado la nueva regente, la reina María Tudor, madre de nuestro futuro rey, Jacobo V de Escocia.

No intentes negar esta verdad. Sabes lo que puedo hacer. Ya lo viste en Dornoch. Esa pequeña muestra de lo que ocurre cuando alguien intenta desafiarme.

Si no deseas que otro pueblo del territorio Gunn sufra el mismo destino, ven a mí. Sola. Te esperaré la noche de luna llena, cada mes, durante tres meses. No te atrevas a contarle nada a tu nuevo marido ni a nadie más. Si lo haces, me aseguraré de que las llamas no consuman solo unas cuantas chozas o una iglesia.

Nos encontraremos en la confluencia de los ríos Naver y Mudale, donde el territorio Gunn se encuentra con el de los MacKay. Si no vienes, tomaré eso como tu decisión de condenar todo lo que ahora llamas tuyo.

Sabes que no puedes escapar de mí. Haz lo correcto.

Drummod MacKay».

La carta cae de mis manos, como si el mero contacto con el pergamino quemara mi piel. Mis ojos siguen clavados en el suelo, pero las palabras de Drummod me persiguen en mi cabeza, cada una como un látigo, cortando profundamente en lugares que creía haber protegido.

Sigues siendo mía.

El peso en mi pecho crece, pesado como una piedra hundiéndose en aguas profundas. No importa cuán lejos huya, cuántos nombres lleve o cuánto trate de construir algo nuevo. Siempre hay algo que me persigue, una sombra que no puedo apartar, una cadena que no puedo romper.

Soy una maldición.

Mis manos tiemblan mientras las escondo en el regazo, tratando de contener el temblor que amenaza con consumir todo mi cuerpo. Esto no es culpa de nadie más que mía.

Es lo que soy, lo que llevo dentro de mí. Desde el día que escuché los susurros en Dunrobin, las miradas furtivas cuando alguien tropezaba, caía enfermo o sufría una desgracia.

La vieja sensación de sofoco regresa, como una manta que alguien tira sobre mi rostro. No hay escape de esto. Nunca lo ha habido.

Levanto la mirada hacia el paisaje rudo y frío del territorio Gunn, y siento una oleada de desesperanza. Aquí, todo parecía empezar a encajar. Nairn, con su presencia inquebrantable. Los hermanos Gunn, con sus risas y caos. Incluso yo misma, con mis intentos torpes de encajar en un mundo que no era mío.

—Vaya, parece que has visto un fantasma. —La voz despreocupada de Calder rompe mi concentración, haciéndome sobresaltar.

Rápidamente, oculto la carta en el bolsillo de mi falda, girándome hacia él con una expresión lo más neutra posible. No es fácil cuando sientes el corazón martillando en el pecho.

—¿Malas noticias? —pregunta, inclinándose ligeramente hacia mí, con una sonrisa juguetona que apenas disfraza la curiosidad en sus ojos.

—Me temo que sí. —La mentira sale antes de que pueda detenerme, con un tono más seguro del que esperaba—. Solo me han informado del fallecimiento de alguien a quien apreciaba.

Por un instante, su sonrisa desaparece, sustituida por una sombra de sinceridad que me toma por sorpresa.

—Lo siento mucho —dice, rascándose la nuca con torpeza. Luego su tono cambia, volviendo a su habitual desenfado—. Iba a pedirte que sonrieras para apaciguar la preocupación de *Su Majestad el Lobo Negro*. —Señala con la barbilla hacia Nairn, que está al otro lado del patio—. Pero entiendo que no estés de humor.

No puedo evitar seguir su gesto y encontrarme con la figura de Nairn, imponente incluso a la distancia. Habla con Oran y Ewan, pero su mirada se cruza fugazmente con la mía antes de volver a sus hombres.

—Solo espero que no le dé un soponcio o algo así —continúa Calder, con una sonrisa traviesa—. Está siempre demasiado pendiente de cada una de tus expresiones, ¿sabes? Como si tuviera que recordarte respirar si te olvidas o arroparte si te estremeces.

—¿Qué? —pregunto con incredulidad.

—No me invento nada. —Calder cruza los brazos, inclinándose hacia mí con la confianza de quien cree saberlo todo—. Lo he visto, Mairead. Es como si estuviera conectado a ti de alguna forma. Siempre sabe dónde estás, qué haces y, lo que es peor, cómo te sientes. —Hace una pausa dramática, llevándose una mano al pecho con fingida gravedad—. Es francamente preocupante.

—Tal vez solo está siendo atento. —Intento desviar el tema, pero Calder no parece dispuesto a dejarlo.

—No, Mairead —replica, alzando una ceja con incredulidad—.Esto va más allá de la simple atención. Es casi… *obsesivo*. Y, si te soy sincero, da un poco de miedo.

—¿Miedo? —repito, arqueando las cejas.

—Bueno, sí. Pero también es divertido verlo. —Sonríe ampliamente, como si el hecho de que Nairn esté tan pendiente de mí fuera un espectáculo creado solo para su entretenimiento—. Aunque, claro, no se lo digas. No creo que le haga gracia.

—Tú y tus comentarios. —Sacudo la cabeza, sintiendo cómo el calor sube a mis mejillas mientras intento no pensar en la carta de Drummond.

Él se encoge de hombros, retrocediendo un paso con una sonrisa satisfecha.

—Solo digo lo que veo. Pero si quieres un consejo, Mairead, sonríele de vez en cuando. Podría calmar esa intensidad suya… O quizás no. Quién sabe. Es Nairn Gunn, después de todo.

Cuando vuelvo la vista hacia Nairn, lo encuentro observándome de nuevo, y esta vez no aparta la mirada.

Calder se apoya contra el barril cercano, cruzando los brazos con aire despreocupado, pero

sus ojos chispean con esa malicia juguetona que parece ser parte de su naturaleza.

—¿Sabías que esta noche hay luna llena, Mairead? —pregunta con una gravedad fingida que no me pasa desapercibida.

Alzo la vista, sintiendo un escalofrío recorrerme, aunque trato de no mostrarlo.

—¿Y qué tiene eso de especial?

—Oh, muchas cosas. —Hace una pausa deliberada, dejando que el suspense cuelgue en el aire—. Dicen que los lobos se vuelven más intensos con la luna llena.

Frunzo el ceño, aunque sé que debería ignorarlo. Pero el comentario, sumado a los pensamientos que ya hierven en mi mente, hace que mi garganta se cierre.

—¿Te refieres a Nairn?

—Claro. —Se endereza, como si fuera a darme una lección importante—. Nunca lo hemos visto aullar a la luna llena, pero eso no significa que no lo haga. —Me señala con un dedo, como si estuviera compartiendo un secreto—. Tal vez esta noche deberías estar alerta. No vaya a ser que se ponga demasiado… intenso, impredecible, salvaje incluso.

Luna llena. Hoy es luna llena. Solo me quedan dos más. El mensaje de Drummod vuelve a inundar mis pensamientos, y la presión en mi pecho crece hasta que apenas puedo respirar.

Calder, que seguía hablando con entusiasmo, se detiene de golpe cuando me ve bajar la mirada.

—Eh… —Su tono cambia, la broma se diluye al instante—. ¿Estás bien?

Parpadeo rápidamente, luchando contra las lágrimas que amenazan con escaparse.

—Era una broma —dice apresuradamente, alzando los brazos en señal de rendición—. No llores o Nairn me colgará de los huevos en el establo, Mairead.

Alzo una mano, negando con la cabeza mientras respiro hondo.

—No voy a llorar.

—¿Segura? Porque… —Se calla cuando me ve levantar la vista con más determinación.

—Y si lo hago —digo, en un tono que intento mantener firme—, le diré que no tienes nada que ver. Que son las noticias que llegan de Dunrobin.

—Buena chica. —Suspira aliviado, llevándose una mano al pecho como si acabara de esquivar una flecha—. Porque te juro, Mairead, que Nairn no bromea cuando amenaza con esas cosas.

Un atisbo de sonrisa tira de las comisuras de mis labios, aunque mi corazón sigue sintiéndose como si estuviera atrapado en un puño. Calder, aliviado, me da una palmada ligera en el hombro antes de alejarse, todavía murmurando algo sobre los problemas que los cuñados traen consigo.

Cuando me quedo sola, la sensación de pesadez regresa. Hoy es luna llena. Drummod estará esperando. Y aunque sé que no puedo ir, la tentación de enfrentar mis propios demonios es una fuerza casi imposible de ignorar.

CAPÍTULO 25



La noche parece más oscura de lo habitual, como si incluso las estrellas hubieran decidido esconderse. El calor del cuerpo de Nairn junto al mío debería reconfortarme, pero la sensación de pérdida sigue ahí, clavándoseme como una espina invisible. No puedo evitarlo. La idea de que todo esto —su paciencia, su calor, su respeto— pueda desvanecerse me está arrancando las fuerzas.

Él se acomoda en la cama con un movimiento natural como si este espacio fuera nuestro desde siempre. Cuando su mano roza mi hombro, un escalofrío me sacude, consciente de que estoy a punto de perder la única felicidad real que he conocido, aunque haya sido breve.

—Mairead, ¿estás bien? —Su voz, grave y serena, atraviesa la penumbra con preocupación. En cualquier otro momento, ese timbre me hubiera calmado. Ahora, me duele el alma saber que tengo que apartarme de él.

Sabe que la carta que recibí hoy sigue pesando en mi mente. Y conociéndole sabe que no se trata solo de la noticia de una muerte. Que hay algo más que no he dicho. Respiro hondo, tratando de calmar el nudo en mi garganta, pero las palabras salen por sí solas.

—No, no lo estoy. Es duro.

Lo siento moverse ligeramente hacia mí, sus ojos clavándose en los míos incluso en la oscuridad.

—¿A quién has perdido? —Su tono es suave, pero incisivo—. ¿Era alguien tan preciado?

Quiero negarme a responder, mantenerme en silencio, y no mentirle, pero sé que Nairn no tolera los enigmas cuando se trata del dolor. Al final, le digo una verdad a medias.

—Sí, lo era. Muy preciado. De esas personas que se meten en tu piel poco a poco, sin que te

des cuenta… y un día se convierten en el eje que te sostiene, se vuelven indispensables, tan esenciales que su ausencia es como un vacío que no se puede llenar.

Un silencio pesado llena el espacio entre nosotros. El colchón cede ligeramente cuando él se inclina hacia mí, y siento el calor de su aliento contra mi frente.

—¿Ha muerto… o sigues enamorada de él? —pregunta, su voz cargada de algo que no sé si es curiosidad o recelo—. ¿Dejaste algo atrás al casarte conmigo?

Niego con la cabeza, tragándome las lágrimas que pugnan por salir.

—Ni lo uno ni lo otro —murmuro, con la voz apenas sostenida—. Pero hay un adiós en esa carta… y con él pierdo a alguien importante para mí.

Siento cómo el aire se vuelve más denso en mi garganta, como si las palabras que aún no digo me estuvieran ahogando.

—Y con esa pérdida… —mi voz se quiebra en un susurro—… siento que algo dentro de mí se desvanece.

Él calla, y por un instante temo que se aparte, que me deje hundida en mi propia pena. Pero entonces, su mano, cálida y firme, se encuentra con la mía bajo las mantas.

El silencio entre nosotros se alarga, denso, cargado de todo lo que no me atrevo a decir. La angustia se retuerce en mi pecho, afilada como una daga. Sé que este momento es efímero, que el tiempo con él se me escapa entre los dedos como arena.

Y entonces, sin pensarlo, lo digo.

—Bésame, Nairn. —La súplica se precipita de mi boca, cargada de urgencia, de desesperación. He de sentirlo por última vez, grabar su sabor en mis labios antes de marcharme—. Por favor… hazlo.

Al instante, su cuerpo se tensa, y su respiración se agita.

—No es así cómo quería que me lo pidieras. Para olvidar el rastro de otro hombre —murmura con un vestigio de amargura que me rompe el corazón.

—No será para olvidar a otro hombre. Te lo prometo. Te lo pido porque… porque tus besos me curan. Porque cuando me besas, el mundo deja de doler. Porque contigo siento que puedo respirar, aunque solo sea por un instante.

Él contiene el aliento. Percibo cómo se acerca, y sus dedos buscan mi rostro con cuidado, retirando las lágrimas que ya surcan mis mejillas. Sus caricias son tan suaves que me hacen temblar.

—Mairead… —murmura, su voz cargada de emoción contenida. Hay un peso en su tono que me hace cerrar los ojos, como si el momento fuera demasiado para soportarlo. En ese susurro, en esa forma de decir mi nombre, advierto todo lo que estamos perdiendo.

Y entonces lo hace.

Sus labios toman los míos. Y ya no hay penumbra que valga: el calor de su boca se enciende contra la mía, como un hoguera en medio de la noche.

Sus manos me rodean, tibias, casi posesivas, y yo me rindo a su beso, abriendo los labios para fundirme con él. Su rostro se empapa con mis propias lágrimas, pero él no se aparta; en cambio, intensifica el contacto, como si quisiera beber de mi dolor y aliviarlo al mismo tiempo. El roce de su lengua contra la mía es una caricia ardiente que me invita a quedarme, a olvidarlo todo, a creer que esta noche podría eternizarse.

Lo aprieto contra mí, sintiendo el latido frenético de su corazón, escuchando un gruñido bajo que emana de su pecho. Mi camisa se roza contra su piel desnuda; el contraste me sacude. Su mano se desliza por mi hombro, buscando el borde de la tela, y un hormigueo se extiende por mi vientre cuando sus dedos se cuelan bajo la prenda, rozando con delicadeza la parte superior de mis pechos.

Mis lágrimas se enredan en este beso, y por un momento creo que vamos a deshacernos en él.

—No vuelvas a pedirme algo con lágrimas en los ojos, Mairead —dice con voz ronca, sus labios rozando los míos mientras habla—. Porque entonces no seré capaz de negártelo y no puedo permitirme que alguien tenga esa clase de poder sobre mí.

Lo miro, con los ojos anegados, consciente de que en cuanto me vaya de Dirlot, una parte de mi alma se quedará atrapada aquí, entre sus manos.

—Entonces… déjame pedirte algo sin lágrimas —susurro, tragando saliva para que mi voz no se quiebre—. Tócame, Nairn. Como hiciste aquella vez en el monasterio. Apaga este dolor… por favor.

En la penumbra, veo el brillo que enciende sus pupilas. Un latido, fuerte y rebelde, sacude mi pecho cuando su mano se mueve y desciende de mi clavícula y luego recorre mis pechos con los dedos extendidos, sobre la tela de mi camisa, asegurándose de que la yema de uno de ellos presione sobre un pezón, haciéndome exhalar con fuerza.

Sigue bajando y al fin, sus dedos rozan mi sexo con infinito cuidado.

Siento un chispazo de placer que me estalla en la base del vientre, y mi corazón se desboca. Recuerdo la habilidad que mostró en el monasterio… esa certeza con la que supo guiar mi

cuerpo hacia un placer que jamás creí posible. Ahora, su tacto vuelve a ser tan experto y delicado que me resulta imposible contener un gemido desgarrado.

—No sé cómo abrir tu corazón —susurra de pronto, sin apartar sus labios de los míos—. Aunque lo haría… si así pudiera arrebatarte todo tu dolor. En cambio abriré tus deseos para que te duela menos.

Entonces, su boca reclama la mía con un ansia que ya no se molesta en contener. Solo abandona mis labios para besar mi mandíbula, recorriendo con lametones sutiles mi cuello, encendiendo a su paso una necesidad cada vez más apremiante. Mis dedos se enredan en su pelo, sosteniéndome a él como única salvación mientras siento cómo sus labios siguen su descenso por mi cuerpo.

La fina tela de mi camisa apenas es un obstáculo cuando su boca alcanza mi pecho.

Sus labios rodean mi pezón a través de la tela, atrapándolo con una succión lenta, firme, que me arranca un jadeo entrecortado. Su lengua lo acaricia en círculos suaves, húmedos, provocando un estremecimiento que me recorre entera. La camisa se humedece con su aliento y su boca, volviéndose una barrera casi inexistente entre mi piel y él.

Sus dedos se enredan en la tela, deslizándola aún más y amontonándola en mi vientre y ahora mi sexo está al descubierto. Se apoya con decisión entre mis muslos, abriéndolos para hacerse espacio.

Mi estómago se contrae en un nudo de ansiedad y deseo. Quiero gritarle que no hay otro hombre, que lo único que me arranca de su lado es un peligro que no puedo nombrar. Pero entonces él se inclina, y sus labios se deslizan bajo vientre, y besan la línea de mi pelvis. Un mordisco suave, una caricia con la lengua, el roce de su nariz contra mi vello expuesto.

Me arqueo instintivamente, buscando más, pero él solo deja escapar una risa baja, contenida, como si disfrutara de la espera tanto como yo sufro por ella.

—Confía en mí —dice con un tono seguro, pero no arrogante—. No pienses, solo siente.

Pasa los brazos bajo mis muslos para acomodarlos a cada lado de sus hombros. Mi respiración se acelera cuando noto cómo se acomoda en la posición más íntima posible, su pelo rozando mis ingles, sus labios apenas a un suspiro de mi sexo.

—Nairn… —jadeo su nombre, incapaz de resistir más—. Por favor.

Él exhala con fuerza contra mi piel, y su lengua, finalmente, me encuentra.

No es un roce tímido, sino una caricia segura, con la lengua presionando sobre ese lugar que

late entre mis piernas incontenible. Abro los labios para dejar escapar un jadeo largo. Mis manos se hunden en su cabello, necesitadas de algo seguro a lo que agarrarme.

—Dios mío… —susurro, perdida entre la vergüenza y un placer que me nubla la mente.

Siento cómo Nairn sonríe contra mi piel, su aliento cálido y su risa baja vibrando justo en mi sexo.



Lame toda la extensión de mi intimidad, lento y firme, explorando la humedad que ya inunda mi piel. Su lengua es cálida, ancha, y se desliza con determinación, como si quisiera grabar en mi carne un recuerdo imposible de arrancar.

Me estremezco cuando hace una leve pausa en mi lugar más sensible, y siento que las fuerzas me abandonan. Pero él no se detiene ahí.

—Tranquila —susurra, apenas separando los labios—. Respira conmigo.

Obedezco sin pensar, inhalando cuando él se sumerge de nuevo, esta vez variando la presión: primero un roce suave que me hace temblar, luego una succión suave que me arranca un gemido irreprimible. Su lengua describe círculos y de vez en cuando introduce la punta entre mis pliegues, arrancándome sacudidas que me dejan al filo del abismo.

Mis gemidos se vuelven más claros, más necesitados. Me descubro alzando ligeramente las caderas, casi suplicando que no se detenga. Nairn, sensible a mis reacciones, varía el ritmo: en ocasiones acelera los lametones, usando más la punta de la lengua para rozar mi centro con punzadas de placer; en otras, se ensaña con la base de mi intimidad, presionando con toda la lengua y cerrando los labios para succionar despacio.

—Ah… sí… —gimo, perdiendo cualquier atisbo de compostura.

Cada vez que mi cuerpo se tensa demasiado, él reduce el ritmo, dándome un segundo para recobrar el aliento. Luego retoma la exploración, adentrándose un poco más con la lengua, como si quisiera probarme desde dentro. Me arqueo, sin poder contener la cascada de sensaciones que me inunda.

Siento el cosquilleo de su barba incipiente en la cara interna de mis muslos, y me estremezco. Mis dedos se clavan con más fuerza en su melena, como si temiera que se apartase un segundo

de mí. Pero él no se aparta; al contrario, intensifica la caricia: separa con dos dedos mis labios y, con la lengua, se centra en mi punto más erizado, en esa pequeña cumbre de mi deseo que palpita con desesperación.

La fuerza con que mi cuerpo responde se hace evidente cuando las piernas me tiemblan, intentando cerrarse por la oleada de placer que amenaza con devorarme. Nairn sujeta mis muslos, manteniéndome abierta. Sabe que estoy cerca del límite, y en lugar de aliviar mi excitación, la incrementa: una succión de sus labios que me roba todo el aire de los pulmones.

—Nairn… no… no pares —acierto a decir, aunque ni sé si me oye.

Él gruñe contra mi sexo, y esa vibración me empuja aún más cerca del abismo. Entonces me sujeta la cadera con la mano izquierda, mientras con la derecha desliza un dedo que, con cuidado, penetra entre mis pliegues.

La doble estimulación es feroz: su lengua sigue acariciando mi punto más sensible, mientras ese dedo —luego otro— se hunde en mi interior, acompañando mis movimientos, despacio al principio y luego más profundo.

Siento cómo un cosquilleo abrasador se concentra en mi vientre. Casi con pánico, me doy cuenta de que estoy a punto de estallar. Aferro las sábanas con fuerza, y mi cabeza se echa hacia atrás en un grito ahogado.

—Por el amor de Dios… —logro musitar, arrebatada por la oleada de placer que crece y crece.

Entonces, cuando estoy a punto de conseguirlo, él se aparta con un jadeo ronco. Sus labios, húmedos de mi esencia, se apoyan en mi vientre, dejando un beso lento y posesivo. Un espasmo de frustración y anhelo me sacude, deseando que no hubiera parado.

En la penumbra, distingo su figura erguida sobre mí, los músculos de su pecho tensos, su respiración frenética, y esa mirada que me desnuda sin necesidad de palabras. Sus ojos me lo dicen todo: está al límite de su control y me estremezco al descubrir que lo deseo así, libre su propio instinto.

Durante un segundo eterno, nuestras miradas se funden. Necesito más. Mi piel arde, y mi interior late con tal fuerza que siento que cualquier cosa podría romperme… o salvarme.

Por puro instinto, extiendo la mano en su busca. Mi palma se cierra en torno a su miembro duro y erguido sobre su vientre, notando su calidez firme contra mis dedos. El mero contacto me hace jadear y me pregunto si mis piernas temblarían, de estar de pie.

Su tronco es grueso, palpitante, y mientras recorro con timidez y curiosidad cada centímetro,

mi mente y mi cuerpo siguen necesitando más. Aunque me cuesta articular palabra, mi gesto lo dice todo: lo acerco a mi sexo, guiando la punta de su miembro para que roce el centro que él mismo ha dejado tan húmedo y sensible.

—Nairn… —susurro, mi voz temblando, sin saber exactamente qué le estoy pidiendo, solo sintiendo la imperiosa necesidad de completar lo que empezó.

Él cierra los ojos al sentir el contacto. Un gruñido grave y profundo emerge de su garganta, y su respiración se entrecorta un segundo.

Como si algo más fuerte que su voluntad lo reclamara, se deja arrastrar. Se desliza por la humedad que su boca ha provocado hace apenas un instante, rozando mi sexo en un vaivén lento, deliberado. Un gemido sordo escapa de mis labios.

—Por… —intento decir algo, pero las palabras se quiebran cuando noto la punta de su sexo acariciar mi entrada, presionando con esa mezcla de ansia contenida y ternura violenta que me pone al borde de la desesperación.

Lo veo tragar saliva, la mandíbula tensa, el pecho agitándose con un esfuerzo visible por contenerse. Baja la mirada hasta la unión de nuestros cuerpos, y su aliento se vuelve más pesado.

—A partir de ahora… —murmura con los dientes apretados, la voz tensa, temblorosa, cargada de una necesidad que ya no intenta disimular—, el acuerdo queda anulado, Mairead.

Una punzada de incertidumbre me recorre.

—¿Qué…? —farfullo, atrapada entre la pasión y el desconcierto.

Nairn levanta la mirada apenas lo justo para encontrar la mía. Sus ojos arden con algo más que deseo: hay desesperación, un vestigio de miedo que lucha contra la razón, la certeza de que no quiere perderme. Es la mirada de un hombre que ha dejado de confiar en su propia prudencia.

—Eres mi mujer —declara, con un tono firme, casi ronco—, y yo soy tu esposo.

Sus manos aprietan mi cintura con una intensidad que me estremece. Su voz tiembla, pero no de duda, sino de rabia contenida, de una urgencia feroz que ya no puede reprimir.

—Este también es nuestro deber.

CAPÍTULO 26



Mis labios se entreabren, pero ninguna palabra consigue escapar. Me veo reflejada en esos ojos ahora oscuros que suplican y exigen a partes iguales.

—No voy a hacerte daño —murmura, bajando la mirada para guiar la punta de su sexo hasta mi entrada y acomodar con un movimiento suave sus caderas sobre las mías—. Pero déjame entrar del todo en tu vida.

Cierro los ojos, abandonándome al deseo que bulle bajo mi piel. Mi corazón retumba, y cuando por fin se adentra un par de centímetros, un gemido ahogado brota de mis labios.

Él se detiene un instante, preocupado por la diferencia entre nuestro deseo y la realidad de su tamaño. Pero la lujuria me puede; con una ligera elevación de mis caderas, lo empujo a continuar.

Su gruñido me confirma que no podrá contenerse mucho más. Aun así, su mano se desliza hasta mi muslo, ajustando la posición, y con un movimiento lento, vuelve a avanzar, sin prisa pero con firmeza.

Un gemido me sube a la garganta y mis manos se aferran a sus hombros, intentando aliviar la punzada inicial que se mezcla con un placer abrasador.

Siento que el aire me falta, pero también una calidez que me invade de pies a cabeza. Él se sumerge un poco más, y el mundo se reduce a ese espacio entre nosotros. Cada centímetro que avanza me arranca un temblor, un nuevo suspiro, una nueva punzada de placer.

—Sí… —murmuro, casi sin aliento, instándole a no detenerse.

Poco a poco, me llena por completo y se detiene apretando los dientes con esfuerzo mientras sus brazos, uno a cada lado de mi cuerpo, sostienen su peso con tensión, esperando.

Una vez me acomodo a su tamaño, él empieza a mecerse con suavidad, y un gemido me tiembla en los labios. Me aferro a sus hombros, sintiendo la fuerza de sus músculos, el sudor que se desliza por su cuello.

Siento cómo su contención se rompe a cada embestida, cómo su beso se hace más feroz, cómo sus manos ya no rozan, sino que aferran mis caderas y luego mis nalgas.

El colchón de paja cruje bajo nuestro peso, y el mundo entero parece reducirse a este instante de puro abandono. Mi cuerpo entero vibra, y cuando el calor me sube a la garganta, un gemido se me escapa, alto y sin reparos.

Sus caderas se separan y descienden con un ansia casi salvaje, y yo acompaño ese ritmo con las mías, buscando la colisión perfecta.

Mi interior se contrae a cada embate, y siento que su sexo roza un punto exquisito que me nubla la razón. La deliciosa mezcla de fricción y humedad crea un sonido sordo que me ruboriza, pero que también incrementa la tensión que palpita en mi bajo vientre.

Un gemido más fuerte estalla de mis labios cuando un espasmo de placer me anuncia que el clímax está cerca. Me sujeto a su nuca, aferrándome a él como si fuera lo único real en este universo que se disuelve.

El vaivén se hace más frenético y, de pronto, la oleada me inunda por completo. Un clímax intenso me sacude, quebrando mi respiración en un grito mudo. Mis piernas se cierran con fuerza en torno a sus caderas, queriendo fundirme en su calor y cada contracción me acerca más a ese punto donde la razón ya no existe.

Nairn, con la respiración rota, libera un ronco gemido que se confunde con el crepitar del colchón a nuestro alrededor. Me tiene sujeta por la cintura y la nuca, y sus labios buscan mi mejilla, mi boca, mi cuello… cualquier pedazo de piel al que aferrarse mientras su propio clímax se avecina. Su mirada se enciende en la penumbra, y con un último impulso, hinca las rodillas con furia contenida contra el viejo somier.

—Maldición… —jadea con la voz desgarrada, y hunde el rostro en mi hombro como si quisiera ahogar el bramido de su éxtasis.

Entonces, al mismo tiempo que su cuerpo se tensa, un crujido atravesado rompe la quietud del aire. Al principio no me percato de lo que sucede; lo atribuyo al habitual gemir de los tablones viejos. Pero el crujido se hace más largo, más intenso. Y, de pronto, una serie de chasquidos rápidos culminan en un golpe sordo.

El colchón se hunde bajo nosotros, cediendo con un quejido final, casi como si la cama se

quejara de su rendición ante nuestro furor. Un estrépito sacude las patas traseras, haciéndonos perder el equilibrio en un torpe vaivén. De no estar atenazada por el orgasmo, habría soltado un grito de sorpresa; en cambio, lo que escapa de mis labios es un eco incrédulo de risa y placer mezclados.

Nairn se queda inmóvil un instante, con su cuerpo descargando la última sacudida de su orgasmo, mientras la cama cede bajo nuestro peso.

El contraste entre el éxtasis y el estrépito resulta absurdo y perfecto a la vez, como si hasta el mobiliario fuera cómplice de nuestro descontrol, de esta pasión desbordada que nos ha arrastrado sin medida.

Sus brazos se aflojan cuando comprende que el lecho no ha soportado su última embestida.

—¿Por todos los demonios…? —murmura con un resuello, casi sin aliento, alzando la cabeza para contemplar el ángulo imposible en que ha quedado el somier—. Por un segundo he pensado que todo el castillo se vendría abajo.

Todavía con mis piernas rodeándolo, me agito en una carcajada anárquica que se apaga poco a poco en un suspiro tembloroso, entre el placer y el agotamiento.

—La cama… se ha roto —susurro, mirando en la penumbra el desastre de madera rota, las sábanas enmarañadas y nosotros dos, desnudos y sudorosos, atrapados en un ángulo imposible. Mis palabras suenan ahogadas por la incredulidad y la risa que pugna por salir.

—Lo siento… —pronuncia con un deje de humor mal disimulado, sin apartarse todavía de mi interior. Su corazón aún late frenético contra mi pecho—. Estos tablones eran viejos.

Hunde el rostro en mi cuello, soltando al fin la carcajada que ha estado reprimiendo. El sonido grave de su risa me sacude el cuerpo, provocando que la mía brote como un eco, una cadena de risas sin aliento que se funde con los últimos coletazos de nuestro frenesí.

Me inunda un calor distinto, hecho de risas y ternura. Con la cama colapsada y nuestros cuerpos aún enlazados, lo observo y pienso que, con él, no existe amenaza, no existe tristeza, solo su caos perfecto.

—¿Crees que nos dejarán en paz cuando descubran esto? —pregunta, con un asomo de vergüenza mezclada con diversión—. Mis hermanos jamás soltarán esta historia… voy a tener que soportar sus burlas el resto de mi vida.

La risa nos sacude otra vez cuando un listón de la cama deja escapar un último quejido resignado y se rompe. Me aferro a su hombro y él me sujeta por la cintura, intentando enderezarnos, pero el lecho medio hundido se niega a cooperar. Con un golpe sordo y un

balanceo, terminamos rodando hacia un lado, enredados entre las sábanas.

—¡Maldita sea! —farfulla entre risas, apartando un mechón de cabello sudoroso de mi rostro —. Habrá que buscar un lugar más seguro la próxima vez… O una cama más resistente.

—Una cama de piedra quizá —bromeo, esforzándome por contener otra carcajada—. Aunque tampoco sé si resistiría…

—Al menos… —añade él, con un deje de humor— podemos afirmar sin duda que cumplimos con nuestro deber con bastante dedicación.

Una carcajada me sacude con tanta fuerza que tengo que cubrirme la boca para no soltar un grito. Mis pechos suben y bajan con el vaivén de mi risa, y Nairn aprovecha para rodearme con un brazo y aproximar mi cabeza a su pecho. Refugiada en su calor, siento cómo nuestra respiración se acompasa, y las carcajadas se tornan susurros de intimidad.

—¿Estás bien? —pregunta en un susurro, con su respiración chocando contra la mía.

—Más que bien —respondo, con un suspiro satisfecho—. ¿Crees que esto aumentará las leyendas sobre la fiereza del lobo negro?

Nairn deja escapar una risa suave. Aun así, su mirada refleja un atisbo de pudor; no es habitual verle así.

—¿Sobre su fiereza o su desesperación?

—¿Desesperación? —pregunto, con curiosidad.

—Sí, Mairead. Desesperación. —Su voz baja como un gruñido contenido—. Y no estaba desesperado porque no pudiera controlarme, Mairead. Estaba desesperado porque la idea de no hacerte completamente mía me estaba volviendo loco.

Mis labios se entreabren, pero las palabras se niegan a tomar forma. Una punzada de vértigo me invade al recordar lo que acabamos de vivir, la pasión desbordada y, de pronto, esa declaración que no esperaba.

—Nairn… —murmuro, aunque no sé exactamente qué decir.

Mis dedos trazan con suavidad la línea de su mandíbula, recorriendo la aspereza de su barba, sintiendo la fuerza latente bajo su piel.

Su mirada, grave y firme, se suaviza ante mi titubeo.

—¿Qué pasa? —pregunta, con esa mezcla de ternura y autoridad que siempre lo define, como si temiera que algo quebrara este instante.—Nada… —respondo, con un susurro que se me

quiebra al salir—. Y todo. Simplemente… gracias.

Él frunce el ceño levemente, como si mis palabras fueran un enigma que no alcanza a descifrar.

—¿Gracias por qué?

—Por esto —digo al fin, con un hilo de voz cargado de emociones contenidas—. Por cada instante que me has regalado, por cada risa que me ha salvado de la tristeza. Por enseñarme que el mundo puede ser menos duro si hay alguien que te acoge sin juzgar… y por empujarme a descubrir quién soy de verdad, sin obligarme a reprimir mi voz ni mis deseos.

Al verle parpadear, aturdido, mi corazón se acelera un poco más. Bajo la mano a su costado, y mis dedos rozan la piel con suavidad y sobre la cicatriz de su costado, dibujando arabescos que solo él puede sentir.

—No imaginas lo que has hecho —añado, sintiendo un leve temblor en mi garganta—. Me estaba ahogando en mis propias sombras. Y… apareciste tú. Con tu paciencia, tu humildad y esa forma de darme espacio y dejarme ser quien soy. Me has dado un lugar que no sabía que necesitaba.

Sus ojos buscan los míos, confusos, cargados de una calidez que me golpea el alma. Se inclina apenas para acercar su rostro al mío, y siento su respiración acariciarme los labios.

—No tienes que darme las gracias —musita—. Solo… sigue siendo tú.

—¿Aunque eso signifique sacrificarme? —murmuro, sintiendo la punzada de la culpa y el miedo que se confunden en mi pecho.

—No, ya está bien de sacrificios, Mairead —sentencia él, con un tono que deja traslucir una firmeza inquebrantable—. Siempre hay otra solución que no implique tus renuncias.

—Tú renunciaste a tu libertad y te sacrificaste para salvarme de Drummod, Nairn —insisto.

Nairn deja escapar un gruñido bajo, casi una risa, mientras sus ojos recorren la cama rota y luego vuelven a encontrarse con los míos.

—No he sacrificado nada, Mairead. —Su voz es baja, pero implacable, como si quisiera borrar cualquier duda antes de que pudiera arraigar en mí—. Salvo, quizá, esta cama.

El atisbo de una sonrisa asoma en su boca antes de que su expresión vuelva a volverse seria, intensa. Su mano sube a mi rostro, su pulgar rozando mi mejilla con una suavidad que contrasta con su fiereza habitual.

—No pierdas ni un segundo más sintiéndote en deuda conmigo —continúa, su mirada

atrapándome como una promesa—. Si alguien ha ganado con este matrimonio, he sido yo. Y ahora que ya no queda ninguna duda de que lo hemos consumado, no habrá oportunidad de anulación.

Hace una pausa, inclinándose hasta que su aliento roza mis labios.

—Así que acostúmbrate a ser mi esposa.

—Nairn, sé muy bien que a veces, uno puede asfixiarse con tantas obligaciones… y no quiero que tú termines atrapado por mi culpa.

Él niega suavemente con la cabeza, como si mi respuesta no fuera suficiente. Luego, desliza sus dedos entre los míos, apretándolos con una firmeza que me recuerda que, a pesar de mis dudas, él sigue ahí.

—No será así, Mairead.

No sé si esa certeza bastará para aplacar mis temores, pero por un instante, me permito creer en ella y descanso mi frente en su pecho, dejándome llevar por la calidez de ese momento. Pero antes de que pueda responder, baja la cabeza, dejando un beso breve, casi distraído, en mi frente.

—Busquemos una nueva cama por ahí. No podemos dormir aquí.

Me echo a reír con un dejo de incredulidad. De pronto, me veo a mí misma, a altas horas de la noche, medio desnuda abrazada por la misma tela con Nairn mientras avanzamos hacia la puerta. Él la abre con cuidado, como si aún temiera que algo más se viniera abajo.

Sin embargo, al dar un paso al exterior, ambos nos sobresaltamos: hay una figura en la penumbra, bloqueando nuestro camino. La sorpresa es mutua, porque quien quiera que sea también suelta un grito asustado.

—¡Ah! ¡Maldita sea! —Suena la voz de Ewan, reconocible incluso con el temblor que la sacude—. Me habéis dado un susto de muerte, ¿qué demonios…?

—¿Qué haces aquí, idiota? —le increpa Nairn, con el ceño fruncido y cubriéndome mejor con la manta.

—Oí un estruendo y pensé que podría ser un maldito fantasma o un intruso —farfulla Ewan, acercándose con el rostro aún pálido—. Pero ya veo que… ejem, no era eso.

El haz de luz de la antorcha del pasillo ilumina lo suficiente para que Ewan note cómo estamos los dos: descalzos, con la manta apenas cubriendo nuestras anatomías, la respiración agitada y ese inconfundible olor a… lecho revuelto que flota en el aire.

—Aparta, tonto —gruñe Nairn, intentando pasar de largo, pero Ewan se gira hacia la puerta

abierta y asoma la cabeza para ver el desastre dentro.

—¡Vaya! —susurra con una mezcla de burla y fascinación—. Pero si habéis… ¿está la cama rota?

Nairn suelta un bufido, pero Ewan no puede contener la risa que brota de su garganta. Se inclina hacia delante con las manos en las rodillas, y entre carcajadas añade:

—Si llego a saber que era algo así, hubiera traído testigos —anuncia con un alarde burlón que me hace desear que la tierra me trague—. Menudo alarde de pasión… Caray, Nairn, ¿es que no sabes controlarte, hombre?

—¿Es que nunca te callas? —masculla Nairn, fulminándolo con la mirada mientras me aferro con fuerza a su costado para taparme mejor.

Él alza ambas manos en un gesto de falsa disculpa, pero su sonrisa no hace más que ensancharse.

—Te aseguro que el castillo entero se habrá enterado ya de vuestros… quehaceres, sin que yo tenga que abrir la boca.

—¡Fuera! —le suelta Nairn en un rugido que busca imponer respeto, aunque se quiebre en la última sílaba cuando Ewan vuelve a partirse de risa mientras se aleja por el pasillo.

Cuando por fin desaparece su figura en la oscuridad, me quedo apoyada en el pecho de Nairn, intentando calmar el calor que me abrasa las mejillas. La vergüenza y la diversión se entrelazan, y no puedo evitar una risita nerviosa. Nairn me mira con un cansancio burlón, y al final también suelta un suspiro que se convierte en sonrisa.

—Buscaremos esa cama, Mairead… —susurra Nairn, apretando mi mano con ternura—. Y juro que esta vez intentaremos no destruirla… demasiado.

CAPÍTULO 27



Las primeras luces del alba apenas empiezan a colarse por las estrechas ventanas del comedor cuando entro con la mandíbula apretada y los pensamientos todavía girando en círculos. El aire está cargado del aroma del pan recién hecho y el fuerte olor del caldo que se sirve a estas horas.

Algunos de mis hombres ya están sentados, pero sus conversaciones se apagan tan pronto como me ven. No porque me teman, sino porque las sonrisas de complicidad que intercambian lo dicen todo: el rumor se ha extendido como el fuego en el pasto seco.

Me hago el distraído, aunque es inútil. Camino hacia la mesa principal, saludando con un leve movimiento de cabeza a los que se cruzan en mi camino, y dejo caer mi cuerpo en una de las sillas.

Lo primero que he hecho al levantarme ha sido buscar al carpintero y encargarle el arreglo. Ella aún está dormida, y agradezco que no tenga que enfrentarse a esto. Después de la noche que tuvo ayer, después de ese dolor tan palpable que se le escapó entre lágrimas...

¿Quién será ese hombre? La pregunta no me ha dejado en paz.

Mairead es una mujer reservada. Incluso cuando parece relajarse en mi presencia, hay partes de ella que guarda celosamente. Pero anoche... su confesión sobre haber perdido a alguien tan preciado todavía me quema. Intento recordar si alguna vez, durante mi estancia en Dunrobin, noté algo, algún indicio de que compartiera algo más que conversaciones formales con otro hombre.

Pienso en Duncan. ¿Se me escapó algo en su interacción? No, no creo. ¿Entonces quién?

Maldición.

El arrebato que me invadió cuando Mairead me pidió que la tocara de nuevo fue algo que no

esperaba. No fue solo deseo. Fue esa incertidumbre, esa idea de que alguien más pudo haber significado algo tan profundo para ella, lo que me impulsó a reclamarla con esa fuerza. Y ahora estoy aquí, pensando que tal vez los rumores sean ciertos: quizá no soy más que un animal en celo. Pero cuando recuerdo cómo ella respondió a cada uno de mis movimientos, cómo su cuerpo se arqueó hacia el mío... No, no es solo eso.

Antes de poder siquiera alargar la mano hacia un trozo de pan, un estruendo de risas me golpea de lleno.

Mis hermanos entrando al comedor.

Ewan está a la cabeza del grupo, como siempre. Oran, Niven y Calder lo rodean, todos riendo como si acabaran de escuchar la mejor broma de sus vidas. Solo falta que se den palmaditas en las espaldas para completar la escena.

—Hermano —saluda Ewan, con exageración teatral mientras me mira con los ojos brillando de diversión—. ¿Cómo está el gran semental del clan esta mañana?

El estallido de carcajadas es inmediato. Incluso algunos de los hombres más cercanos a la mesa principal ríen por lo bajo, disimulando tras sus copas.

—Por favor, no os contengáis en mi presencia —digo con fingida resignación, llevándome un trozo de pan a la boca—. Venga, iluminadme con vuestra infinita elocuencia.

—Oh, tenemos mucho que decir. —Oran se inclina hacia adelante, con una sonrisa maliciosa—. Pero la pregunta es: ¿por dónde empezar?

—Quizá por cómo rompiste la cama —sugiere Calder, llevándose un trozo de carne seca a la boca mientras me mira con un brillo de burla en los ojos—. ¿Qué has hecho exactamente para reducirla a un montón de madera rota?

—Estoy seguro de que hay historias para contar —interviene Niven, fingiendo pensar mientras tamborilea los dedos en la mesa—. ¿Un arrebato animal? ¿Una demostración de destreza entre las piernas? Vamos, hermano, sacia nuestra curiosidad.

—Dejad de comportaros como idiotas —les suelto, aunque mi tono carece de la dureza que intento imponer.

—Idiotas o no —replica Ewan, inclinándose hacia adelante con una sonrisa diabólica—, creo que la verdadera pregunta es… ¿cómo está Mairead? ¿Sobrevivió a la embestida del Lobo Negro?

El calor me sube al cuello con una rapidez que me frustra. El último intento de ignorarlos se

desvanece cuando me cruzo de brazos y les lanzo una mirada cargada de advertencia.

—Mairead está perfectamente, gracias por preguntar —respondo con fingida solemnidad.

Por un momento, se miran entre ellos, como si debatieran si seguir o no. Pero Ewan, por supuesto, no puede resistirse.

—Vamos, Nairn. No puedes culparnos por disfrutar un poco. A fin de cuentas, no todos los días presenciamos la caída de un mito.

—¿La caída de quién? —pregunto, arqueando una ceja.

—El mito de que el Lobo Negro es imbatible —responde Oran, con una sonrisa de oreja a oreja—. Parece que alguien encontró la forma de ponerte de rodillas... literalmente.

Mi mirada recorre a cada uno de ellos, dejándola descansar un segundo más en Ewan, que tiene el descaro de alzar su copa en mi dirección. Al final, dejo escapar un suspiro y me reclino en la silla.

—Quizá deberíamos empezar a usar vigas reforzadas en las camas —sugiero, serio, aunque las sonrisas de mis hermanos se amplían—. Por si acaso.

El estallido de risas que sigue es ensordecedor. Calder prácticamente se dobla sobre la mesa, golpeándola con una mano mientras intenta recuperar el aliento.

—¡Lo sabía! —exclama, ahogándose entre carcajadas—. Sabía que al final lo llevarías con orgullo.

Apenas un segundo después, me oigo a mí mismo soltando una risotada incontenible. Al diablo con la pose severa. Si Ewan y el resto van a armar semejante algarabía por una cama rota, lo mejor es unirme y disfrutar la diversión.

—No me digas que estás celoso de mis… habilidades nocturnas —replico con sorna, mirando a Ewan.

Calder y Niven sueltan un «oooh» burlón, mientras Ewan se endereza con una sonrisa ladina.

—Lo estoy. —Se encoge de hombros—. No todos podemos presumir de quebrar muebles con tanta pasión.

Las carcajadas arrecian, y me quedo cruzado de brazos, ladeando el cuerpo para observarlos con un esbozo de sonrisa. A esas alturas, ya me da igual que la mitad del castillo ande cuchicheando sobre lo que sucedió. La verdad es que, si mis hermanos disfrutan y mi gente ríe, no voy a interrumpir el buen momento.

—He de reconocer que Mairead sabe meterte en cintura —suelta Oran, sin molestarse en disimular su sonrisa pícara—. Nunca te había visto tan… bueno, tan normal.

—¿Quieres decir domesticado? —pregunta Ewan, con una carcajada.

—¡Ja! —Calder le da un codazo a Ewan—. No tan domesticado. Entérate de que no se hace pedazos una cama sin un poco de brutalidad.

Yo bufo, reprimiendo la risa que amenaza con escapar. Me enderezo, cruzo los brazos sobre mi pecho y finjo un aire arrogante.

—Dejad de hablar como cotorras —bromeo—. ¿No os cansáis de vuestras payasadas? Además, ¡qué sabréis vosotros de mujeres o de cómo tratarlas!

Oran, sin dejar de sonreír, se echa un poco hacia atrás en su silla, con la confianza de quien tiene lista la réplica.

—¿Y qué sabrás tú, si siempre andabas a la defensiva y has sido muy esquivo? —me espeta, moviendo la mano de un lado a otro, como si ahuyentara una mosca—. Cualquiera diría que eres experto, pero…

—Bueno, experto sí es —interviene Calder, lanzándome una mirada burlona—. Que lo diga la cama rota.

Los demás sueltan risitas cómplices.

—Dejad que os ilumine —respondo con arrogancia fingida, girándome lo justo para reclinar un brazo en el respaldo de mi silla—. Lo primero es saber escuchar. Y en eso, sois unos negados.

—Oh, seguro que tú ayer la escuchaste mucho… —se mofa Ewan, echando la cabeza hacia atrás con una risa cargada de incredulidad—. Anda, no me hagas reír.

—Ríete lo que quieras —replico, esbozando una media sonrisa—. Lo que no me queda tan claro es si alguno de vosotros sabría llevar a una mujer al punto de… bueno, arruinar una cama de la misma forma.

—¿Crees que no podemos? —suelta Oran, con escepticismo.

—Yo diría que me he ganado el derecho a dudarlo —bromeo, abarcando la mesa con un ademán.

Las risas se reanudan, casi ensordecedoras. Un par de hombres sentados en las mesas vecinas alzan la vista, contagiados por el jolgorio, aunque ninguno se atreve a interrumpir la charla. Ewan apura la copa que sostiene y, con un ademán de falsa solemnidad, la alza en mi

dirección.

—A la salud del Lobo Negro y su prodigiosa… destreza nocturna —declara con sorna. Su mirada chispea, y yo me limito a encogerme de hombros, y levantar mi copa con falsa arrogancia.

Justo entonces, un escalofrío me recorre al oír una voz detrás de mí:

—¿Puedo unirme yo también a ese brindis?

Me quedo inmóvil. El calor me sube a las mejillas antes de que consiga controlar mi expresión. Ewan y mis hermanos estallan en carcajadas al ver mi reacción: un Lobo Negro, supuestamente tan fiero, ahora enrojeciendo como un crío sorprendido en plena travesura.

Trago saliva, y, con cautela, me vuelvo para encontrar a Mairead de pie, sosteniéndome la mirada con aparente calma. En su rostro puedo distinguir un esbozo de sonrisilla que no decido si es divertida o pícara… o ambas.

—Mairead… —atino a murmurar, soltando una risa avergonzada. Casi no reconozco mi propia voz.

—Buenos días a todos —saluda ella, echando un vistazo a mi alrededor, donde mis hermanos se repantingan con una expresión de puro regocijo.

Me levanto de mi asiento y empujo sin miramientos a Niven, que protesta medio en broma mientras se hace a un lado. Muevo la mano, indicando a Mairead que se siente ahí, a mi lado. Me quedo de pie, sujetando el respaldo de la silla, aguardando a que se acomode.

Apenas lo hace, Calder, con un brillo malicioso en los ojos, le lanza una pregunta que retumba por la mesa como un dardo:

—¿Puedes sentarte bien?

En cuanto las palabras salen de su boca, le suelto un puntapié por debajo de la mesa, directo a la espinilla. Él ahoga un gruñido, encogiéndose y llevándose la mano a la pierna con un gesto de dolor. Ewan, Oran y Niven contienen la risa como pueden, mientras Calder se encoge de dolor.

—Cálmate, hombre. —Finge una mueca que simula ofensa—. Solo preguntaba si no le dolía el porrazo de anoche... ya sabes, con... —hace un leve ademán hacia su trasero—. Imagino que, cuando se rompió la cama, debió de golpearse al caer...

El silencio que sigue es un tanto tenso, o quizás simplemente expectante, hasta que Mairead alza la cabeza y se inclina ligeramente hacia Calder, con un matiz burlón en la mirada.

—Lo cierto es que tengo una gran resistencia. Si una simple patada te deja así, quizás necesites unas lecciones.

El silencio dura un segundo antes de que Ewan y Oran se atraganten con la risa.

—¡Por Dios, Calder, creo que acaban de destronarte! —exclama Ewan, golpeando la mesa entre carcajadas.

Calder parpadea, procesando lo que acaba de ocurrir, y luego se reclina en la silla con una sonrisa humilde

—Me gusta —admite, señalándola con la copa—. Creo que por fin alguien ha aprendido a hablar nuestro idioma.

Mairead arquea una ceja y, con una serenidad que me desarma, se hace con una copa.

—A la salud de la… ¿cómo era? ¿Su prodigiosa destreza nocturna? —concluye, con un brillo divertido en la mirada.

Incapaz de contener una risa resignada, doy un trago para encubrir mi propia vergüenza.

—Por favor, no dejéis que esto se le suba demasiado a la cabeza —interviene ella, con un deje teatral—. O acabará rompiendo todo el mobiliario del castillo por pura fanfarronería.

Las carcajadas no se hacen esperar, y yo me abandono en el respaldo de la silla, dejando escapar una leve sonrisa. Ya me daré mi tiempo para devolverles la broma a cada uno de mis hermanos. Por ahora, la idea de Mairead compartiendo este momento distendido, sin más explicaciones, me parece suficiente para relajarme.

Mis hermanos no tardan en ponerla en el centro de su atención, acribillándola con preguntas. Para ellos, ella es un misterio viviente: la dama Sutherland que primero aprendieron a odiar y que luego vieron convertirse en la esposa de Kester MacKay, nuestro amigo, y el hombre que iba a ser el esposo de Lilias.

Por si fuera poco, están acostumbrados a Lilias, tan expansiva y vibrante que se hace notar en cualquier lugar.

A Mairead, cualquiera la confundiría con una presencia callada, pero basta acercarse un poco para captar el brillo de sus ojos, su suave elegancia, la forma en que arrastra un matiz de nostalgia cuando responde.

Aun intentando esquivar el protagonismo, hay algo en ella que intriga a quien la mire. Cada vez que cree haber encontrado un recoveco donde ocultarse, la ternura de su rostro o la sutileza de sus palabras la delatan. Es esa combinación extraña de fragilidad aparente y fortaleza

interior y eso mantiene a mis hermanos expectantes, queriendo descubrir de qué está hecha esta mujer.

—Cuéntanos, Mairead: ¿cómo aprendiste tantas lenguas? Tengo entendido que dominas más de una. —Lo dice Niven, echándose hacia adelante, apoyando los codos sobre la mesa.

Oran, que hasta hace poco se reía de mí, asiente con curiosidad.

—Sí, dicen que hablas francés, ¿no?

—Y un poco de latín —añade Niven, con un brillo de admiración en la mirada—. ¿No te resultó complicado?

Mairead me lanza una mirada de soslayo, tal vez buscando mi aprobación para responder. Yo me limito a encogerme de hombros, divertido con la transformación de mi familia en una suerte de coro expectante. Ella bebe un sorbo pausado de su copa y responde con su típica serenidad:

—Me gusta la lectura, aprender… No tiene mucho misterio.

—Destacable es —musita Ewan—. Yo no me las arreglaría con más de dos, desde luego. Solo sé hablar gaélico.

—Y tampoco muy bien —le espeta Calder, recibiendo una colleja de su hermano en la nuca.

—En Flodden sacó a más de uno de un aprieto —insiste Ewan que parece muy fascinado por ella.

Oran asiente con vehemencia, alzando su jarra como si hiciera un brindis:

—Además, no solo es cuestión de batallas. Ayer mismo me contaron que resolviste un problemilla en los establos, sugiriendo una hierba para una yegua enferma.

Mairead, atrapada por tantas atenciones, se encoge de hombros con una tímida sonrisa.

—No fue nada. Apenas conozco algunos remedios.

—Nada, dice —bromea Ewan, con un aire teatral.

—Solamente me gusta ser útil cuando puedo, ya está.

Cada vez que mis hermanos exaltan las virtudes de Mairead, noto cómo ella se encoge un poco más en su silla, como si le incomodara verse en el centro de atención. Sus labios esbozan una leve sonrisa, pero advierto el brillo de aprensión en sus ojos. Es evidente que no le complace la idea de ser considerada una especie de fenómeno. Y lo entiendo, ha vivido pensando que sus capacidades extraordinarias tenían algo de malo.

—Salvó a Cormac cuando todo el mundo lo daba por muerto. Fue como un milagro —remacha Ewan, rebosante de esa fascinación que a Mairead parece pesarle como una carga.

Ella baja la cabeza, su pelo recogido descuidadamente velando parcialmente el rubor de sus mejillas.

—Solo hice lo que pude —dice, casi en un murmullo—. De verdad.

—Exacto —atajo, con un ademán que silencie a Ewan y los demás—. Hiciste lo que pudiste, y con eso fue más que suficiente. Yo sí que fui testigo de un verdadero milagro cuando alguien, no diré nombres, quiso demostrar su destreza alzando la bandera en plena batalla… y acabó en un lodazal hasta la cintura.

Ewan me fulmina con la mirada, aunque el repentino rubor de sus orejas confirma el bochorno.

—¿Tienes que contarlo todo? —farfulla, haciendo un gesto para que calle.

—Solo digo que, si queréis hablar de milagros, Ewan saliendo de aquel pantano fue uno de ellos —remato, entre risas contenidas.

—Fue una estrategia táctica, idiotas. Nadie esperaba que atacara arrastrándome por el barro.

El coro de carcajadas se intensifica, y finalmente, Ewan se resiente con un gruñido, pero termina sonriendo de medio lado.

—Estrategia táctica, ya —respondo, encogiéndome de hombros—. Solo te faltó croar como una rana para camuflarte.

Oran lanza una carcajada que hace temblar los bancos. Niven se lleva las manos a la cara, negando con la cabeza entre risotadas. Incluso Mairead no puede evitar dejar escapar una leve risa al imaginar la escena.

—Creo que no me recuperé del todo de aquello —farfulla Ewan, fingiendo un tono agraviado—. Y, por cierto, si no recuerdo mal, tú tardaste un mundo en ayudarme a salir de allí. Estabas demasiado ocupado…

—…peleándome con un noble que no dejaba de gritar… —termino su frase, dándome cuenta de que estoy a punto de echarme a reír yo también—. Y mientras, tú berreabas algo así como: —¡El estandarte es mío!— mientras pataleabas en el fango. Y después de tanto esfuerzo por alzarla, la utilizó para limpiarse el barro de la cara.

La carcajada colectiva se aviva, y noto cómo la atmósfera se aligera por fin. El cambio de

tema es suficiente para que la dejen en paz, y yo no puedo evitar sonreír al ver cómo se convierten de nuevo en ese clan de hermanos que se pican por cualquier cosa.

—Me voy a revisar los almacenes —anuncio, poniéndome en pie con cierto dramatismo, como si fuera una gran misión.

—Oh, por Dios, qué poco interesante —masculla Ewan, frunciendo el ceño con fingida lástima.

—Mejor eso que aguantaros a vosotros todo el día —le respondo, encogiendo los hombros y extendiendo una mano hacia Mairead, invitándola a acompañarme.

Ese gesto basta para que Calder le dé un codazo a Niven, quien reprime una risa mal disimulada. Yo, por mi parte, ignoro su burla, mientras Mairead, con una leve sonrisa, coloca su mano en la mía y se levanta con elegancia.

Entre risas y exclamaciones burlonas, nos retiramos, dejando atrás el bullicio de mis hermanos, que, a buen seguro, seguirán debatiendo las grandes hazañas de nuestra familia cuando no estemos delante.

CAPÍTULO 28



Los ecos de la carcajada colectiva aún me acompañan mientras sigo a Nairn hacia los almacenes junto al comedor y la cocina. Me siento extrañamente liviana, como si el bullicio de los hermanos hubiera disipado, por un breve instante, la nube de preocupaciones que arrastro.

—Tal vez Nairn tenga razón —pienso, para mis adentros—. Quizá debería compartir con él la carta de Drummod, contarle la amenaza que pende sobre mí y sobre este lugar. Tal vez juntos encontremos una salida, sin más sacrificios.

Ojalá supiera cómo abrirme a él, contarle todo lo que me atormenta sin sentir que lo estoy condenando a cargar con un peso que no le corresponde. Respiro hondo para recobrar el aplomo. Alzo la vista y me doy cuenta de que hemos llegado al almacén en apenas unos pasos: un espacio amplio, con sacos de grano y estanterías repletas de provisiones.

—Siento que hoy no era el momento de quedarme allí con todos —murmura Nairn, sin volverse—. Con tanta charla, prefería un poco de tranquilidad.

—Sí, ha sido… intenso —respondo, ladeando la cabeza para contemplar las hileras de sacos que se alzan contra la pared. El aroma a especias y grano me envuelve, y me sorprende lo calmado que se siente este lugar, un contraste radical con la ruidosa mesa que dejamos atrás.

Por un segundo, me distraigo pensando en cómo abordar el tema de Drummod. Mi mente se satura con posibles frases, excusas o explicaciones. Pero antes de que pueda decidirme, Nairn se vuelve y en un movimiento fluido y decidido, me abraza.

—Mairead… —comienza a decir, y noto el calor de su aliento a la altura de mi oreja.

Instintivamente doy un paso, buscando espacio, pero él se acerca un poco más, arrinconándome contra una estantería cargada de sacos de trigo. Dejo escapar un leve jadeo de

sorpresa cuando mi espalda roza la madera y él coloca una mano junto a mi cintura.

—Tenía ganas de sacarte de allí —murmura, con la voz más grave y afable que nunca, aunque detecto un matiz de ansiedad—. No solo para esquivar a mis hermanos, sino para tenerte así cuanto antes.

La manta de inquietud que me cubría se mezcla con un temblor de expectación. Siento su mano libre rozarme el cabello, mientras aparta un mechón que ha caído sobre mi frente. Un escalofrío me sacude al intuir que su intención poco tiene que ver con inventar el almacén. Él lo confirma con la urgencia de su respiración.

Sin previo aviso, siento cómo sus manos me levantan del suelo por debajo de mi cuelo con una facilidad pasmosa, haciéndome soltar un leve jadeo de sorpresa.

—¿Nairn…, qué estás haciendo? —acierto a decir, rodeando su cuello con mis brazos para sostenerme.

Sus labios se curvan en una media sonrisa pícara.

—Cumplir con mi deber de esposo —responde, poniéndome contra la pared del almacén o tal vez contra una estantería en la que apoya mi espalda—. Ya te lo dije.

Acerca sus labios a los míos, duda apenas un segundo y me besa. Mi razón se anula con la calidez de su boca.

Enrosco mis piernas alrededor de su cintura, sorprendida por la pasión contenida que se libera en él.

El crujir de la madera, el aroma del grano… todo se vuelve un paisaje difuso, arrastrado por el deseo que percibo en su manera de presionarse contra mí.

Sus dedos se deslizan por mis muslos, alzando lentamente la falda hasta dejarme expuesta. Su tartán roza mi piel desnuda cuando se acomoda mejor entre mis piernas. La única barrera entre nosotros es esa tela que apenas disimula su erección, firme y caliente contra mí.

Recuerdo a Kester, tan distante después de la primera noche y jamás acercándose de nuevo. El contraste con este hombre es abrumador.

Con una mano se asegura de sostenerme, y con la otra aparta suavemente mi escote, bajando la tela para colar sus dedos por debajo y tocar mi piel desnuda.

Siento cómo mi cuerpo, traicionado por un deseo que crece sin freno, responde a sus caricias. Él baja su boca hasta mi cuello, dejando un rastro de besos que incendian mi piel. Al llegar a mi mandíbula, se detiene un instante, respirando hondo, y luego desciende hasta llegar a mis senos.

En otro momento, quizás habría sentido pudor, pero su mirada, cargada de admiración, me anula cualquier pensamiento de vergüenza.

Luego sujeta mis pechos con reverencia, acariciándolos, amasándolos con ternura y, a la vez, con un anhelo casi salvaje.

—No imaginas cuánto me has tentado cada vez que acercabas esto a mí… —murmura con la voz ronca, tan suave que apenas rompe el silencio.

—¿Qué? ¿Cuándo he hecho yo eso? —balbuceo, sorprendida, alzando la vista hacia él.

—El que no te dieras cuenta —susurra, inclinándose sobre mí— lo hacía peor.

Su aliento me roza la piel al hablar, y mi mente se llena de recuerdos confusos: momentos compartidos, tal vez una mano que rozó su torso sin querer o un susurro al oído demasiado próximo. Me estremezco cuando sus labios se posan en mi pecho, apenas un roce que desencadena un leve temblor en mi vientre.

De pronto, su boca encuentra mi pezón, rodeándolo en un contacto que me deshace. Un gemido sofocado se escapa de mis labios, imposible de reprimir, mientras me aferro con fuerza a su nuca. La intensidad de lo que siento me aturde: no esperaba tanta necesidad concentrada en un solo punto, ni un placer tan hondo en medio de un lugar tan mundano como este almacén.

—Nairn… —gimo apenas, perdida en la mezcla de rubor y arrebato.

Él no responde con palabras: sus caricias se tornan más firmes, su lengua traza círculos mientras mis dedos se clavan en su pelo. Cada suave lametón y cada leve succión echa raíces en mi vientre, haciéndome sentir que el resto del mundo se ha desvanecido, que ni amenazas ni miedos caben en este instante.

Sus dedos se afianzan bajo mi culo, asegurando mi equilibrio contra la estantería y desliza una mano por mi muslo desnudo, subiendo lentamente hasta rozar mi sexo.

Ya solo percibo el hormigueo lujurioso que se esparce por mi cuerpo. El roce de sus dedos, en mi piel sensible y húmeda, me arranca un jadeo entrecortado. Mis caderas se inclinan instintivamente, buscando más contacto, pero él no se apresura. Se demora en su caricia mientras mis piernas se cierran con necesidad en torno a su cintura.

—Nairn…, por favor —le suplico.

—¿En un lugar como este, Mairead? —bromea él, con la respiración agitada y una sonrisa cargada de picardía—. ¿De verdad? ¿Sabes que podemos ser descubiertos en cualquier momento?

Sus palabras apenas alcanzan mi cerebro. Solo atino a soltar un suspiro entrecortado, sintiendo cómo mi cuerpo lo necesita. Lo miro a los ojos, con el pulso retumbando en mis sienes, y me mantengo firme en mi decisión.

—No me importa —musito—. Vamos, mételo.

Nairn deja escapar una risa contenida, entre la burla y el deseo, pero el sonido se transforma en un gruñido cuando aparta su ropa para liberar su sexo y empuja su cadera entre mis piernas abiertas. Mi espalda se arquea al notarlo penetrar lentamente, y mis labios se abren en un gemido mudo que queda atrapado en su boca cuando se inclina para besarme.

El corazón me late con una fuerza descomunal mientras me aferro a él, sintiendo la dureza de su pecho contra el mío. Me pregunto si realmente corremos el riesgo de ser descubiertos, pero la urgencia con que nos devoramos ahoga cualquier temor.

Somos dos cuerpos encendidos, enredados en un rincón del almacén, sellados por una necesidad primigenia que no admite demora.

—Eres de lo más temeraria cuando quieres —murmura Nairn, hundiendo el rostro en mi cuello.

Cierro los ojos, dejando que el roce húmedo de nuestras pieles me invada por completo, sin espacio para el remordimiento. Aun sabiendo que es un atrevimiento enorme, no puedo evitar pensar que, en este preciso instante, lo único que necesitamos es saciar el fuego que nos consume.

El fuego que él que ha comenzado a encender en mi alma.

CAPÍTULO 29



Es mediodía cuando el murmullo en los pasillos me indica que algo inusual ocurre. Al principio, no le doy importancia: solo percibo un pequeño grupo que se forma cerca de la cocina, voces susurrantes y algún que otro lamento apagado. Sin embargo, no tardo en darme cuenta de que me buscan a mí.

—¿Ocurre algo? —pregunto con suavidad, acercándome, y al ver a una mujer con la mano presionada contra su vestido, los ojos enrojecidos por el dolor, siento un nudo en el estómago.

—Disculpe, mi señora… —balbucea la mujer, con más timidez que necesidad—. He oído que sabéis… curar. Tengo un dolor aquí —explica, señalando la parte baja de su vientre—, y no sé bien qué hacer.

Asiento y le pido que se siente en un banco junto a la pared. A su lado, noto a un hombre tosiendo, a una niña con la rodilla magullada, y un par de ancianos con semblante preocupado.

Todos esperan, nerviosos, como si temieran estar ofendiéndome o pidiéndome demasiado. Una pequeña me hace incluso una leve reverencia y el calor me sube a las mejillas de pura vergüenza.

—Por favor, no hagas eso —le digo a la niña, con una sonrisa que confío resulte cercana—. Aquí no hay reinas. Vamos a ver esa pierna, ¿vale?

Mientras reviso el arañazo, comprendo la magnitud de lo que pasa. Todos acuden a mí con el mismo cuidado, como si fuera un lujo tener a alguien que sepa aplicar remedios simples.

Los clanes más grandes suelen contar con curanderas o parteras avezadas, pero en Dirlot quizá no hay nadie fijo que se dedique a estas dolencias menores.

—¿Vos… sabéis de hierbas, de afecciones? —se atreve a preguntar un anciano que se frota el

pecho por un dolor que no acierta a describir—. Dice la gente que lo de Cormac fue gracias a vos… y bueno, pensé… que podríais ayudarme con mi tos.

—Haré lo que pueda —murmuro, sin ánimo de engrandecerme.

Me acerco a mi pequeño cofre de remedios. Junto a los tarros de hierbas y ungüentos, guardo mis piedras.

Saco una aventurina verde, que coloco con suavidad sobre el vientre de la mujer mientras le preparo hierbas para infusión. La piedra ayuda a aliviar el malestar físico y favorece la sanación.

Para el anciano con tos, elijo una turquesa, conocida por fortalecer los pulmones y la garganta. La envuelvo en un paño y le sugiero que la lleve cerca del pecho, en contacto con la piel y le recomiendo algo caliente con miel y tomillo.

El tiempo transcurre sin darme cuenta. Alzo la vista y veo otro par de personas esperando turno, cada una con un achaque distinto. Siento un leve apuro, como si de repente fuese la única encargada de cuidarles. Trago saliva e intento concentrarme, recordando lo que aprendí en el convento y en las batallas. No soy una experta, me repito, pero si no hay nadie más… no pienso negarles mi ayuda.

—Gracias, mi señora —susurran al marcharse, y yo no dejo de repetir que no es nada, que solo se trata de remedios básicos. Aun así, sus rostros aliviados me devuelven un calor reconfortante, mezclado con la timidez que me define. Jamás pensé que ocuparía este papel, y de un modo extraño, la responsabilidad me asusta y me enorgullece a partes iguales.

Mi cabeza bulle con ideas de mejorar las reservas de hierbas y, quizás, de crear un pequeño espacio para atenderlos con más orden.

«Tal vez este sea mi lugar», pienso, mientras un suave rubor me sube a las mejillas al evocar la expresión agradecida de aquella mujer con la mano en el vientre.

No quiero irme. Esa es la pura realidad, pero solo me percato de cuán cierto es cuando llega la noche y estoy en nuestra habitación. La nueva cama —arreglada con tanta rapidez que casi me parece una broma— luce reforzada, sólida, lista para soportar otro vendaval.

Nairn entra en la estancia con su habitual firmeza. No dice nada al principio. Empieza a desvestirse con la eficiencia de quien está acostumbrado a la rutina de la noche: se desabrocha el cinturón, se quita la camisa con un gesto fluido y la deja a un lado, sobre una silla.

—El carpintero se ha superado —comenta, con un deje de ironía, echando un vistazo a la cama reforzada—. Parece más resistente que antes.

Me quedo en silencio, sentada al borde del colchón, observando cómo se lava en la jofaina y se seca con un paño. Mis ojos lo siguen sin pudor. Disfruto de su desnudez tanto como un hambriento desgrana con los ojos el banquete que aún no ha probado.

Cuando al fin se desliza bajo las mantas, me mira con esa mirada que suele contener un «ven». Pero en lugar de acurrucarme contra su costado, como tantas noches, respiro hondo y me armo de valor. Con el pulso acelerado, recojo la carta de Drummod —el papel que me ha perseguido desde que lo recibí— y me incorporo para tenderla hacia él.

—Léela —murmuro, apenas capaz de sostener su mirada—. Por favor.

Nairn parpadea un instante. Ve mi semblante y luego dirige la vista al papel. Durante un segundo, me parece notar un ligero temblor en su respiración, como si detectara que esto no es un simple pergamino. Toma el pergamino con cautela, se sienta y la acerca a la vela para descifrar las letras.

Lo observo mientras sus ojos recorren las palabras, su ceño se frunce cada vez más y su mandíbula se tensa.

Por unos instantes, el silencio en la habitación se vuelve un eco atronador. Se pasa la mano por la barba, como si lo necesitara para procesar lo que está leyendo. Casi puedo oír cada latido de mi corazón mientras espero su reacción.

Lanza un suspiro áspero, antes de que su mirada recorra la carta una última vez.

—¿Cuándo pensabas contármelo?

—No lo sé —admito, incapaz de contener mi angustia—. Pensaba que… tal vez… podría manejarlo yo sola. O… marcharme sin causar problemas.

Suelta un resoplido áspero y arroja la carta sobre la cama con un movimiento brusco. Toma aire un instante, como si necesitase contener la tormenta que se arremolina en su interior. Cuando alza la mirada hacia mí, percibo la furia que brilla en sus ojos… y, por primera vez, la veo apuntarme de frente.

—¿Pretendías aceptar estos términos? —Su voz, normalmente tan controlada, vibra con un matiz que me estremece—. ¿Sin decirme nada?

Quiero contestar, pero mis palabras se atascan en mi garganta. Trago saliva y ladeo un poco la cabeza, sintiendo la vergüenza y el miedo formar una maraña en mi pecho.

—Temía… —balbuceo, luchando por explicarme—. Creí que… si veías esto, sería otro peso más sobre tus hombros, y no quería que…

—¿Que me hartara de ti? —Su tono es acre, y sus pupilas destellan un dolor que me hace retroceder un paso—. ¿Crees que soy un niño incapaz de lidiar con mis elecciones?

—No es eso —susurro, llevándome la mano a la frente—. Quería protegerte. No deseaba arrastrarte a mi propio lío y menos que tu clan sufriera las consecuencias. Era distinto cuando la única amenaza recaía solo sobre mí. No viste lo que hicieron en Dornoch. No puedo permitir que eso ocurra. Había pensado en marcharme antes de que…

—Antes de qué, Mairead. —Siento su respiración acelerada, el temblor leve en sus hombros, prueba de una rabia que intenta contener—. ¿Antes de que pudiera ayudarte? ¿De que pudiera luchar a tu lado? Te juro que… —murmura, alzando una mano para llevarla a su propia frente, como si necesitara centrarse, luego aparta las mantas y se levanta de la cama de forma brusca—. ¿De veras ibas a partir sin avisar?

—No lo tenía del todo decidido —confieso, abrumada por el huracán de emociones—. Cada vez que pensaba en ello se me rompía le corazón, pero también temía que sintieras que solo soy una carga y te enfurecieras conmigo.

—¿Y qué hago ahora, Mairead? ¿Estoy calmado, acaso? —La pregunta cae como un mazazo. Nunca antes lo había visto tan airado, tan dolido—. ¿Crees que me agrada descubrir que estabas dispuesta a desaparecer sin darme la oportunidad de pelear a tu lado?

—Yo… ¡no sabía qué hacer!

—¡Somos esposos, Mairead! Lo que te atañe también me implica a mí. Prometí protegerte, pero te has echado todo encima, sola. Si Drummod quiere guerra, la tendrá con todos los Gunn, no solo contigo. No vuelvas a dejarme fuera de tus batallas.

—Perdóname… —Las lágrimas me nublan la vista, y bajo la cabeza, impotente ante su furia. El corazón me late con fuerza, consciente de que mi silencio le ha herido de un modo que no imaginé.

Él me observa un segundo y su enojo parece transformarse en un dolor más íntimo. Al final, respira hondo y da un paso hacia mí, sentándose a mi lado. Sus dedos me rozan la barbilla y me obligan a alzar el rostro.

—Te dije que no me hicieras peticiones con lágrimas en los ojos, Mairead, porque no sería capaz de negarme —dice, con un tono más contenido—. Pero quiero que sepas que estoy furioso. Me hiciste creer que habías recibido la carta de alguien cuya ausencia te destrozaba… y resulta que era esto.

Señala el pergamino arrugado sobre las mantas. La rabia vuelve a encender su mirada.

—No te mentí —susurro, sintiendo cómo mi voz tiembla—. Hablaba de ti. Era por ti… porque creía que debía alejarme… y me sentía desdichada.

Sus pupilas se dilatan. Permanece inmóvil un instante, como si mis palabras le hubieran arrebatado el aliento. Luego, deja escapar una risa áspera, sin humor, y sacude la cabeza.

—Así que me volví loco de celos… de mí mismo.

Su confesión me deja sin palabras. Él aprieta los dientes y desvía la vista por un segundo, como si odiara haberlo admitido en voz alta. Pero cuando vuelve a mirarme, su expresión ha cambiado. El enojo sigue ahí, pero bajo él hay algo más profundo, más crudo

Y aunque sé que esta conversación está lejos de terminar, la paradoja de que sienta celos de la tristeza que me aleja de él me deja sin aliento, preguntándome qué significa todo esto para nosotros y para el futuro que, por más incierto que sea, ahora compartimos.

Y aunque sé que esta conversación no ha terminado, que aún quedan verdades por decir y heridas por cerrar, una parte de mí se aferra a esa revelación absurda y sincera.

Porque, en el fondo, significa que perderme también le duele.

—El territorio de los Gunn no es como los de Sutherland —empieza a explicarme, con la mirada todavía encendida—. No está tan descubierto ni es tan fácil entrar en él sin ser visto. Por eso Drummod te obliga a encontrarte con él en su propio suelo. —Su tono suena a reprimenda, pero también a preocupación profunda. Bajando la voz, continúa—. Montañas escarpadas, acantilados profundos… Si alguien se adentra sin mi permiso, lo sabré.

Guarda silencio unos segundos, sin dejar de mirarme.

—De todas formas, doblaré la vigilancia. Haré que mi gente esté alerta. —Aprieta la mandíbula, como si las siguientes palabras le supieran a hiel—. Si su amenaza tuviera realmente valor, habría contactado conmigo, no contigo. Él sabe que en un combate limpio no tendría oportunidad, Mairead. ¿Lo entiendes? Por eso te mandó esa carta a ti a escondidas.

El peso de su rabia se refleja en la tensión de sus hombros y en sus puños, que se cierran y se abren con impaciencia.

—Deberías habérmelo dicho desde el principio —continúa, con un suspiro amargo—. No digo que no tengas derecho a tus secretos, pero no sobre algo así.

Asiento despacio, incapaz de pronunciar más palabras de disculpa. Sus ojos, aunque duros, reflejan un malestar que me desarma y me encoge el corazón saber que mi silencio lo ha herido.

Con un movimiento decidido, aparta las mantas y me hace tumbarme bajo las cobijas, sin

darme opción a protestar.

Su cuerpo se amolda tras el mío, cubriéndome con su calor. Siento su pecho firme contra mi espalda y el peso de su brazo en mi cintura, sujetándome con una necesidad que casi duele.

—Júramelo… —murmura, y su voz se ha vuelto más baja, más quebrada—. Júrame que nunca volverás a hacer algo así. Ni a huir de mí, ni a guardarte un peligro como este.

Su aliento choca contra mi nuca, caliente y tembloroso. Aprieta un poco más el abrazo, como si temiera que pudiera desvanecerme entre sus brazos.

—Me pediste que me casara contigo para que mi nombre y mi cuerpo te protegieran, Mairead —continúa, y su tono se quiebra con una mezcla de reproche y súplica—. Pero, ¿cómo voy a protegerte si ni siquiera me dejas intentarlo?

Trago saliva, con las emociones a flor de piel. Mis dedos, temblorosos, se rozan contra los suyos, buscando asirse a esa fuerza que, por primera vez, noto frágil.

—Te lo juro, Nairn…

Lo siento soltar un suspiro profundo, un aliento cargado de alivio, cansancio y miedo. Su mano encuentra la mía y la aferra con fuerza, como si ese juramento fuera lo único capaz de tranquilizarlo.

CAPÍTULO 30



El sol empieza a ascender sobre Dirlot, dándole a las murallas un tono anaranjado. Me he despertado antes que Mairead, pero no mucho: al salir de la habitación, he notado que sus ojos se abrían, adormilados, y me seguían en silencio. Ahora la aguardo en el patio interior, impaciente por presentarle la idea que me ronda la cabeza. Siento un nerviosismo extraño, como el de un niño emocionado con una travesura.

Han pasado solo unos días desde que la carta de Drummod salió a la luz, y aún me consume la rabia de que Mairead cargara con ese problema sola. Pero sé que enfurruñarme no servirá de nada.

He pensado en una ruta que podría mostrarla lo seguros que estamos realmente frente a una posible irrupción de un ejército MacKay.

Sin embargo, no me voy solo, ni mucho menos. Un grupo de mis hombres —cinco o seis— se reúne conmigo en el patio interior de Dirlot, donde todo hierve en actividad: se preparan caballos, se reparten provisiones y se cumplen mis órdenes para que este viaje de reconocimiento sea rápido, pero efectivo.

Observo a Oran, que cepilla la crin de su corcel con una sonrisa burlona, divertida por mi impaciencia.

—¿De veras vas a llevarla así, sin darle un mísero aviso para que se prepare? —bromea, al verme lanzar miradas a la puerta del patio, esperando a Mairead.

—Lo que sea que necesite, puede encontrarlo por el camino —respondo, con un encogimiento de hombros que simula indiferencia.

Sin embargo, me doy cuenta de que tal vez no aprecie esta improvisación.

Mairead aparece en el patio, envuelta en una capa para protegerse de la brisa fresca de la mañana. Sus pasos suenan suaves en la grava, y noto en su mirada un halo de incertidumbre. Cuando se acerca, no sé si ella se percata de mi sonrisa —a veces me sorprende la fuerza de su efecto en mí.

—¿Querías verme? —pregunta, observándome con un atisbo de curiosidad.

—Sí. —Le ofrezco un brazo casi por inercia y ella lo toma con un leve asentimiento—. Quiero proponerte algo. Después de… todo lo ocurrido, creo que es buena idea que revisemos juntos los pueblos fronterizos que lindan con el territorio MacKay.

Ella ladea la cabeza, y sus labios esbozan una leve mueca de sorpresa.

—¿Juntos? ¿Quieres que te acompañe?

—Exacto. —Me aclaro la garganta, mientras la conduzco hacia donde están los caballos ensillados—. No es un simple paseo; pretendo asegurarme de que las rutas están vigiladas, que la gente se siente segura y que ningún grupo MacKay pueda irrumpir en nuestras tierras sin ser detectado. Y también, Mairead, creo que sería bueno que pudieras ayudar y te conocieran.

—¿A mí? —pregunta, entre incrédula y cautelosa.

Ella baja la vista momentáneamente, como si mis palabras pesaran más de lo que quiere confesar. Pero al alzarla, en sus ojos brilla una determinación que me reconforta.

—¿Y qué esperas que haga yo? —inquiere, con un atisbo de humildad—. No soy estratega, ni… una guerrera.

—No necesito una guerrera —respondo, con naturalidad—. Es suficiente con que sepas cómo se siente la gente de tu clan. Eres la esposa del Laird y querrán conocerte. Y sí, de paso, te fijas en ciertas necesidades médicas o de abastecimiento… harías más de lo que imaginas.

Agarro el pomo de la silla de montar y le tiendo la otra mano para ayudarla a subir, pero antes de que la tome, Oran suelta una risita baja.

—¡Por Dios, Nairn, ni cinco minutos le has dado! ¿No ves que es una mujer?

—No pasa nada —interviene ella, adelantándose con una determinación que me descoloca —. Estoy lista. Si es para contribuir, lo haré. Vámonos.

Oran abre la boca, aturdido por su respuesta tan veloz, y se limita a cerrarla de inmediato, dedicándome luego una mirada burlona:

—Ya, ya… Estáis hechos el uno para el otro —masculla, desviando la vista para no mostrar su media sonrisa.

—Adelante —digo, enarcando una ceja y esbozando una sonrisa de satisfacción.

Ella asiente y con un movimiento fluido monta su corcel, sorprendiendo a más de uno por su habilidad. Yo hago lo propio y me sitúo a su lado, contemplando cómo el sol crece tras las murallas, iluminando nuestras figuras y la decena de hombres que nos acompañan, listos para partir.

—¿Alguna orden, Laird? —pregunta uno de mis hombres, ajustándose la espada al cinto.

—Saldremos primero hacia la aldea de Cnocan, para comprobar la guardia, y seguiremos rumbo a los pueblos colindantes. —Mis ojos se posan en Mairead—. Te prometo que no será un viaje agotador, pero sí algo largo.

—De acuerdo —responde, con la mirada serena.

Sin más dilación, urjo a mi montura con un ligero toque de talones y avanzamos hacia la salida de Dirlot. El portón se abre con un rechino, dejando entrever el camino que se extiende hacia el norte, bordeado de riscos y bosques cerrados.

—¿Es suficiente con que sepas cómo se siente la gente de tu clan? —repite Ewan con burla, justo cuando estamos a punto de partir—. ¿Por qué carajo no le dices la verdad? ¿Que no soportas la idea de estar separado de ella tantos días?

La pulla me pilla a contrapié. Aún sostengo las riendas de mi caballo, y noto cómo Mairead, ya montada, aparta la vista ruborizada.

—¿Quién te ha pedido tu opinión? —gruño entre dientes, desviando la mirada hacia el portón abierto.

—Y vendrá la cama rota número dos, pero esta vez en alguna cabaña de un pobre campesino, ¿no? —ironiza Oran.

Un murmullo de risitas se escapa de mis hermanos, y hasta algunos de los hombres se contienen para no reír demasiado alto.

—Creo que teme que ella se olvide de él en cuanto la deje tranquila —añade Ewan, con fingida compasión.

—Al cuerno con vosotros dos —respondo, soltando un gruñido que provoca más sonrisas, aunque mi irritación roza lo cómico: la verdad es que todos olemos la debilidad de cada uno como sabuesos y es novedad para ellos que la mía sea tan evidente, así que no tengo otra que aguantar sus pullas y esperar que otro meta la pata para que podemos cebarnos con él.

De pronto, la voz firme de Mairead quiebra el barullo:

—Sois conscientes de que estoy presente y no soy sorda, ¿verdad?

Todos guardan silencio por un instante, y casi puedo ver los gestos de Ewan y Oran congelarse al darse cuenta de que han hablado con demasiada libertad delante de ella.

—Mmm… sí, claro —balbucea Ewan, que pocas veces pierde la labia—. Era solo un… comentario inocente.

Observo a Mairead ajustar las riendas de su caballo, esa calma en su postura que siempre logra engañar a los que no la conocen bien. Pero yo la he aprendido a leer. Esa leve inclinación de su cabeza y la curva apenas perceptible de sus labios anuncian lo que está por venir: problemas y de los buenos.

—Ya veo que los Gunn derrochan creatividad cuando se trata de opinar sobre asuntos ajenos —dice, con una suavidad que es más peligrosa que cualquier grito.

Oran, que tiene el humor siempre dispuesto, abre la boca para decir algo, pero ella lo corta antes de que pueda hacerlo.

—Quizá deberíais dedicaros a componer canciones en lugar de preocuparos tanto por las camas rotas. Podríais titularlas algo como: La envidia del que duerme solo.

El golpe es certero. Veo a Ewan parpadear, procesando la frase mientras Oran se lleva una mano a la boca, conteniendo una carcajada que de todas formas escapa.

Ewan recupera la compostura, listo para contraatacar, pero Mairead, en un movimiento que no puedo evitar admirar, se anticipa:

—Aunque… claro, no sé si encontraríais a alguien dispuesto a soportar tanta verborrea.

El comentario cae como un martillo. Oran estalla en risas, sujetándose el estómago, mientras Ewan se lleva una mano al pecho, fingiendo una herida mortal.

—¡Eso ha sido cruel, Mairead! —proclama con dramatismo exagerado, aunque el brillo en sus ojos revela lo mucho que disfruta el intercambio.

Mairead se encoge los hombros con una elegancia que deja claro que tiene todo bajo control.

—No más que vuestras bromas sobre Nairn —responde con dulzura, aunque las palabras llevan el filo necesario para poner fin a cualquier intento de seguir fastidiando.

No puedo evitarlo: una sonrisa curva mis labios mientras dejo que mi mirada se deslice de Mairead a mis hermanos. Ewan refunfuña algo entre dientes sobre mujeres con lengua afilada, pero Oran no puede dejarlo pasar.

—¿Y qué esperabas? No es cualquier mujer. Es Mairead Sutherland… —Se detiene, teatral, con una sonrisa que no promete nada bueno—. Perdón, quise decir Mairead Gunn.

Ella, alta y tranquila en su silla de montar, sonríe apenas, y sus ojos brillan con esa luz particular de alguien que ha ganado una batalla.

Me acerco a Ewan, inclinándome un poco hacia él con la satisfacción pintada en mi rostro.

—Diría que merecido, hermano. Quizá aprendas a mantener la boca cerrada la próxima vez.

Ewan alza una ceja sin poder ocultar su regocijo y yo no puedo sentirme más orgulloso. Ella está aquí, entre ellos y ya empieza a dejar su marca, palabra por palabra.

CAPÍTULO 31



El aire gélido de noviembre cala hasta los huesos, incluso bajo la gruesa capa que llevo ajustada a los hombros. Mis manos están frías, a pesar de los guantes de lana, y las mantengo cerca de la montura para calentarme mientras mi caballo avanza con cuidado por el sendero embarrado

La luz del sol apenas alcanza a atravesar las nubes bajas que se ciernen sobre nosotros, envolviendo el paisaje en una neblina grisácea que transforma todo en un cuadro desolador y, al mismo tiempo, inquietantemente hermoso.

El camino es arduo, más largo de lo que esperaba. Cnocan está a casi medio día de cabalgata desde Dirlot, y hemos tenido que avanzar despacio. Los arroyos desbordados y los tramos pantanosos dificultan el paso de los caballos, que se hunden más de la cuenta.

Nairn cabalga un poco por delante, como siempre, con la mirada fija en el horizonte, completamente ajeno al frío o al cansancio. Lo observo mientras dejo que mi montura siga el ritmo de los demás: su porte es imponente, incluso con los mechones de cabello rojo húmedo por la bruma pegándosele a la frente. Sé que, aunque no lo parezca, Nairn no pierde detalle de cada uno de mis movimientos.

—Ya falta poco —dice, girándose ligeramente hacia mí como si pudiera leer mi mente. Su voz, profunda y firme, logra calentar un poco el aire a mi alrededor.

Por fin, las casas de Cnocan aparecen a lo lejos, pequeñas y robustas, como si hubieran nacido del paisaje áspero que las rodea. El sol bajo ilumina la aldea con una luz anaranjada que apenas logra disipar la bruma del norte. Los tejados de paja desprenden humo de las chimeneas, y un grupo de hombres y mujeres trabaja junto a los establos, mientras que algunos niños corretean cerca del arroyo que cruza el pueblo.

Cuando cruzamos la entrada, las miradas nos siguen. No hay hostilidad, pero tampoco una cálida bienvenida. Es más bien una mezcla de respeto hacia Nairn y curiosidad por mí. Algunos hombres se detienen un momento en su trabajo para inclinar la cabeza levemente en señal de saludo, mientras las mujeres cuchichean en voz baja entre ellas, mirando con atención.

—¿Siempre te observan de esta manera? —susurro, aprovechando un momento en que Nairn reduce la marcha para situarse junto a mí.

—No es a mí a quien observan. —La respuesta es tranquila, casi indiferente, pero cuando lo miro de reojo, noto que hay algo en sus ojos que no había visto antes: orgullo.

—Apuesto a que están decidiendo si eres demasiado delicada para sobrevivir aquí —murmura Oran, que cabalga a mi lado, inclinándose ligeramente hacia mí con una sonrisa traviesa.

—Oran… —La advertencia de Nairn llega sin necesidad de alzar la voz, pero su tono tiene la suficiente autoridad como para que su hermano se eche hacia atrás con una sonrisa más amplia todavía.

—Lo digo en serio —añade Oran, lanzándome una mirada cómplice—. Pero no te preocupes, Mairead. Si puedes soportar a este gruñón, soportarás cualquier cosa.

—No le hagas caso —interviene Ewan desde detrás de nosotros, con un tono que apenas disimula la risa—. Oran está resentido porque las mujeres del clan ya no le prestan atención desde que se corrió el rumor de que confundió a una cabra con una dama en la última feria.

—¡Eso es mentira! —exclama, girándose hacia Ewan con los ojos muy abiertos.

No puedo evitarlo. Una risa escapa de mis labios, suave al principio, pero imposible de contener. La indignación de Oran, mezclada con la tranquilidad absoluta de Ewan mientras lanza sus pullas, convierte el momento en algo ridículo e irresistible.

—No le hagas caso, Oran —intento calmarlo entre risas—. Estoy segura de que no tienes debilidad por las cabras.

—¡Por supuesto que no! —exclama Oran, mirándome con una mezcla de ofensa y súplica—. ¡Es un rumor absurdo que Ewan inventó porque no puede soportar que yo sea el favorito de las mujeres del clan!

—Eso tampoco es cierto —replica Ewan, con una sonrisa burlona—. Si no me crees, pregunta a la cabra.

Incluso Nairn deja escapar una risa baja y contenida, aunque sacude la cabeza con una

mezcla de exasperación y diversión.

—Os juro que si no os calláis de una vez, os dejaré aquí para que las mujeres de Cnocan decidan cuál de los dos es más insoportable —dice finalmente, su voz cargada de autoridad, pero con un brillo en los ojos que revela que está disfrutando del espectáculo más de lo que admite.

Nos detenemos frente a una de las casas más grandes, una estructura de piedra gris con un techo de paja oscura. Fergus, el líder de la aldea, aparece en el umbral. Es un hombre robusto, de cabello gris y barba espesa, con una expresión severa que se suaviza al ver a Nairn.

—Laird Gunn —saluda, inclinando la cabeza con respeto.

Luego, sus ojos se posan en mí, y su expresión se vuelve más inquisitiva, aunque no abiertamente desconfiada.

—Fergus —responde Nairn, estrechando su mano con fuerza. Con un gesto breve hacia mí, añade—: Mi esposa, Mairead.

El líder de la aldea asiente lentamente, estudiándome con cuidado antes de hacer una ligera reverencia.

—Mi señora —dice, su voz más formal ahora.

—Un placer conoceros —respondo, inclinando la cabeza con delicadeza.

—¿Y nosotros qué? —interrumpe Oran, alzando las manos con fingida indignación—. ¿Acaso no merecemos una bienvenida?

Fergus lo mira con una ceja levantada, sin molestarse en ocultar su exasperación.

—Vosotros ya sois bastante conocidos aquí… para mi desgracia.

No puedo evitar una sonrisa, aunque mi atención vuelve rápidamente a Fergus y Nairn, que ya están discutiendo las cuestiones de la aldea.

Aquí Nairn vuelve a ser el Laird distante y enigmático y empieza a dar órdenes casi de inmediato, indicando a los hombres que revisen los puntos de vigilancia y asegurándose de que todo esté en orden.

Fergus lo escucha con atención, asintiendo a cada palabra como si fueran mandamientos.

Mientras tanto, algunas personas se acercan, aunque mantienen cierta distancia. Las mujeres que cuchicheaban antes ahora parecen más curiosas, sus miradas oscilando entre Nairn y yo.

—¿Es siempre así? —pregunto, acercándome a él en un momento de pausa.

—¿Así cómo? —responde, con una leve sonrisa que apenas curva sus labios.

—El modo en que te miran. Con tanto… respeto.

Nairn solo se encoge de hombros, como si no comprendiera del todo lo que quiero decir, pero yo lo veo con claridad. Lo que hay en los ojos de su pueblo no es lo mismo que he visto en los de los Sutherland hacia Cormac o hacia mi padre. Allí, el respeto siempre ha estado teñido de obligación, una deferencia rígida basada en títulos, linajes y poder. Pero aquí… aquí es distinto.

Las miradas que dirigen a Nairn no solo contienen respeto; contienen reconocimiento. Lo ven como uno de los suyos, alguien que no se siente por encima de ellos, sino a su lado. No lleva las manos pulcras ni las botas limpias; su capa está salpicada de barro, y sus callos en las manos hablan de un hombre que ha trabajado, que ha batallado, que ha sangrado por esta tierra igual que ellos.

Nairn no se apoya en un título, en el peso de una nobleza heredada. Se apoya en sus actos, en su capacidad para liderar y protegerlos. Es un guerrero antes que un Laird, y aunque su porte puede ser severo y sus órdenes tajantes, sus hombres lo siguen porque confían en él.

Esta cercanía es la que define a los Gunn. Su clan no se construyó en salones nobles o bajo el amparo de un rey; se construyó en los riscos barridos por el viento, en los campos difíciles de arar y en las batallas constantes por la supervivencia. Y Nairn encarna esa lucha diaria, esa conexión con la tierra y con su gente.

Entre los Sutherland, un Laird es una figura lejana, va acompañado de un título de conde que se obedece, pero no se conoce. Aquí, en cambio, Nairn es real. De carne y hueso.

—¿En qué estás pensando? —Su voz profunda interrumpe mis pensamientos, y al levantar la mirada, me doy cuenta de que ha terminado de hablar con Fergus. Sus ojos me observan con una intensidad tranquila, como si siempre supiera más de lo que deja entrever.

—En lo distinto que es todo aquí —admito, sin esconder mi reflexión.

—¿Distinto? —arquea una ceja, cruzándose de brazos.

—En Dunrobin, un Laird es un símbolo, una idea. Pero aquí… —Miro a mi alrededor, viendo cómo los hombres y mujeres continúan con sus tareas, aunque no pierden de vista a Nairn —. Aquí eres más que eso. No te ven como un señor lejano, sino como uno de ellos, un hombre que pisa el mismo barro y carga las mismas cicatrices.

Su rostro se suaviza y una pequeña sonrisa asoma en la comisura de sus labios.

—No sé ser de otra manera —dice, con esa simpleza que tanto lo caracteriza—. Si no puedo ganarme su respeto peleando con ellos, ¿de qué serviría que me siguieran?

—Eso te convierte en un Laird diferente —murmuro, sin darme cuenta de que lo he dicho en voz alta hasta que veo cómo sus ojos brillan con una chispa de curiosidad.

—¿Eso es algo bueno? —pregunta, con una sonrisa apenas perceptible, pero cálida.

—Eso… es algo único —respondo, y siento cómo mis propias palabras calan más hondo de lo que esperaba.

Nairn me sostiene la mirada un segundo más antes de asentir con la cabeza y volver su atención a Fergus, quien le indica hacia dónde han reforzado las defensas del pueblo. Pero mientras lo sigo con la mirada, no puedo evitar pensar que quizás, solo quizás, la verdadera fortaleza de este hombre no esté en sus músculos ni en su espada, sino en esa capacidad que tiene de conectar con las personas. De hacer que incluso alguien como yo, que siempre se ha sentido fuera de lugar, empiece a creer que aquí podría encontrar un hogar.

Mientras Nairn revisa los puntos de vigilancia con Fergus, noto que las mujeres del pueblo han comenzado a acercarse, formando un pequeño grupo a cierta distancia. Sus miradas van y vienen entre Nairn, sus hombres y yo, y aunque no puedo escuchar lo que dicen, las risitas contenidas y las miradas rápidas me dejan claro que soy el centro de sus cuchicheos.

—Están hablando de ti —susurra Oran a mi lado, su tono lleno de diversión.

—¿Ah, sí? ¿Qué dicen? —pregunto, intentando sonar más tranquila de lo que me siento.

—Probablemente se preguntan si eres lo suficientemente buena o fuerte como para domar al Lobo Negro.

—O si sobrevivirás al invierno aquí —añade Ewan, riendo por lo bajo—. Aunque apuesto a que las más jóvenes ya te envidian.

—¿Por qué?

—Ewan piensa que es por el increíble color de tus ojos, pero nunca te lo dirá —se burla Oran, dándole un codazo.

—Imbécil, me refiero a que vuestra historia es única —refunfuña Ewan, rodando los ojos—. Os casasteis en secreto, de forma precipitada, y con ello te salvó de las garras del odiado Drummod MacKay. Es casi como un relato artúrico.

—Con la diferencia de que aquí no hubo dragones ni caballeros de armadura brillante —añade Oran con una sonrisa ladina—. Aunque, pensándolo bien, Drummod bien podría ser la bestia de la historia.

—Y Nairn el caballero que nunca quiso serlo —remata Ewan, cruzándose de brazos—.

Porque esa es otra: durante años ha sido tan huraño con las mujeres que nadie imaginó que alguna vez se casaría. Y menos así.

—Eres casi una leyenda en tierras Gunn, Mairead. La dama de Dunrobin, y para rematarlo sobreviviste a Flodden y curaste a varios hombres con un pie en la tumba —añade Oran, mirándome con la fascinación de quien aún no acaba de creerse lo que ve.

—Si no te han convertido ya en protagonista de una historia junto al fuego, lo harán pronto —se burla Ewan—. Seguro que más de una doncellita suspira por un destino tan novelesco.

Siento la sangre helárseme en las venas. Sé muy bien lo rápido que los relatos de hazañas y milagros se deforman hasta versar sobre monstruos.

Antes de estar maldita fui la hija perfecta de los Sutherland, la que aprendía rápido, la que hablaba lenguas extranjeras, la que sabía más de lo que debía… hasta que alguien decidió que no era una virtud, sino un peligro.

El miedo me oprime el pecho con fuerza. ¿Cuánto tardarán en olvidar la admiración y empezar a mirarme con recelo? ¿Cuánto antes de que los elogios se conviertan en dudas y murmullos?

—Mairead. —La voz de Nairn corta mi espiral de pensamientos. No es una orden ni una solicitud impaciente. Es un ancla.

Un recordatorio de que estoy aquí, en este momento, y no en el pasado. Me obligo a respirar.

—Fergus ha mencionado que algunas familias podrían necesitar tu ayuda. ¿Te importaría echarles un vistazo?

—Por supuesto —respondo, con un leve asentimiento.

—Perfecto. —Su mirada se encuentra con la mía, y por un instante, la dureza de su rostro se suaviza—. Fergus te acompañará.

Me alejo con Fergus, sintiendo los ojos de Nairn siguiéndome, como si quisiera asegurarse de que estoy bien. Pero dudo de que alguna vez lo esté del todo, de que el miedo deje de formar parte de mi vida.

CAPÍTULO 32



La primera casa que visitamos es la de una anciana a la que Fergus llama Mòr. Es una mujer diminuta, encorvada por los años, pero sus ojos están vivos, y a pesar de su debilidad, insiste en sentarse para recibirnos.

—No es nada, Fergus. Solo los achaques de la vejez —dice, con una sonrisa fatigada, aunque la rigidez de sus gestos y el sudor en su frente cuentan otra historia.

—¿Desde cuándo te sientes así? —pregunto, acercándome para tomar su muñeca y comprobar su temperatura y el pulso que corre por sus venas como hacen los médicos islámicos y chinos. Sus manos están frías, aunque el calor de la fiebre se siente en sus mejillas.

—Hace un par de días. Primero fue solo un malestar en el estómago, pero ahora me siento tan cansada… —Su voz tiembla al hablar, y noto cómo su respiración se entrecorta.

Examino su abdomen, palpando con cuidado mientras le hago preguntas rápidas:

—¿Náuseas?

—Sí, pero nada que no pueda soportar.

—¿Dolor aquí? —Al presionar suavemente su costado, reacciona de inmediato: se encoge con un jadeo y se lleva una mano al vientre.

—Mi señora… —interviene Fergus, con un tono que denota preocupación—. No es la única. Esta mañana me han dicho que hay otros tres igual.

Levanto la cabeza para mirarlo, alarmada.

—¿Cuándo empezó todo esto? —pregunto, tratando de mantener la calma.

—Dos días, tal vez tres. Al principio pensamos que eran cosas aisladas, pero… —Fergus se

pasa una mano por la barba, pensativo—. Parece que algo está afectando a varios a la vez.

—Quiero ver a los demás —digo, poniéndome de pie. Mi corazón late más rápido de lo que me gustaría admitir.

La segunda casa que visito con Fergus tiene un hedor denso que me recuerda a hierbas podridas y sudor rancio. Una mujer, postrada en un jergón de paja, gime suavemente mientras un hombre —probablemente su hijo— le limpia la frente con un paño húmedo.

—Lleva así dos días, mi señora —explica él, su voz tensa y cargada de preocupación—. Al principio era solo un poco de fiebre, pero ahora ni siquiera puede levantarse. Vomita todo lo que le damos.

Me arrodillo junto a ella, observándola con atención. Sus labios están secos, su piel caliente al tacto y cubierta de sudor frío. Sus ojos, apenas entreabiertos, parecen opacos, como si estuvieran cubiertos por una fina película.

—¿Le duele algo más? —pregunto suavemente, dirigiéndome al hombre, ya que la mujer apenas puede hablar.

—Dice que siente calambres… aquí. —Señala su abdomen con la mano temblorosa—. También se queja de un sabor metálico en la boca.

La descripción me deja pensando. Febril, débil, con dolores abdominales y vómitos constantes. No es un patrón que haya visto a menudo, pero podría ser una fiebre estomacal, especialmente si han estado consumiendo algo en mal estado.

—¿Comió algo fuera de lo normal? —pregunto, aunque no tengo muchas esperanzas de que la respuesta sea esclarecedora.

El hombre niega con la cabeza rápidamente.

—Solo pan y caldo, como siempre.

Mientras limpio la frente de la mujer con un paño húmedo que me han dado, mis pensamientos giran sin descanso. Algo no encaja. La fiebre no parece lo suficientemente alta como para explicar el estado en el que está, y esos calambres... tal vez sean más graves de lo que parecen.

Suelto el paño y deslizo la mano dentro del pequeño bolso de cuero que cuelga de mi cinturón sin mirar dentro. Mis dedos rozan la superficie lisa y fría de una piedra mineral. La saco con cuidado y la observo bajo la tenue luz: una obsidiana negra.

Los antiguos creían que esta piedra es capaz de absorber enfermedades y liberar el cuerpo de

impurezas. Se usa para extraer la fiebre del cuerpo de los enfermos.

La presiono con suavidad contra la palma de la mujer antes de llevarla a su abdomen, justo donde el hombre ha señalado que siente los calambres.

Cuando salgo de la casa, la brisa fría del exterior me golpea como un balde de agua helada.

—¿Qué opinas? —pregunta Fergus, siguiéndome de cerca.

—Podría ser cualquier cosa —murmuro, aunque las palabras suenan huecas incluso para mí. Una parte de mí no está satisfecha con esa respuesta, pero no quiero alarmar a nadie hasta saber más.

La penumbra dentro de la siguiente cabaña no disimula el hedor acre del vómito y el sudor que impregna el aire. Una niña pequeña, de no más de seis años, yace envuelta en una manta delgada. Su madre, con el rostro desgastado por la preocupación, la mece suavemente en un intento desesperado por calmar sus temblores.

—Es la tercera vez hoy —susurra la mujer, sin levantar la vista de su hija—. Primero mi madre, luego mi esposo, y ahora ella. No sé qué hacer, señora.

Mi estómago se revuelve, no solo por la escena, sino por la persistente sensación de que estoy enfrentándome a algo que no entiendo del todo.

Me arrodillo junto a la niña, notando el sudor que brilla en su frente y la palidez enfermiza de su piel. Abro su boca con cuidado y veo su lengua seca, agrietada, como si no hubiera bebido agua en días.

—Necesitamos bajarle la fiebre —murmuro.

—Lo intenté con paños húmedos —replica la mujer, con un tono de impotencia—, pero apenas funciona.

Hago un gesto a Fergus, que se mantiene a una distancia respetuosa cerca de la puerta.

—¿Tienen hierbas en la aldea? Sauce, menta… incluso manzanilla. Algo que pueda aliviar los calambres o bajar la fiebre.

—Tenemos corteza de sauce en el almacén —responde Fergus, cruzando los brazos—. ¿Eso servirá?

Asiento con determinación.

—Sí. Tráemela, todo lo que haya y también agua limpia para hacer una infusión.

Cuando Fergus sale, vuelvo mi atención a la niña. Sus párpados se agitan débilmente, y un

gemido suave escapa de sus labios.

—¿Qué ha comido últimamente? —pregunto a la madre, mientras le acomodo el cabello húmedo detrás de las orejas.

—Pan y leche. Nada más. Lo mismo que todos nosotros.

Eso no explica nada. Pero no quiero preocupar más a la mujer.

—la corteza de sauce ayudará con la fiebre y los dolores. Necesito que le des pequeños sorbos de la infusión. Muy despacio, pero constantemente. Mantenerla hidratada es crucial.

Mientras hablo, deslizo la mano dentro de mi saco de cuero. Dejo que mis dedos se muevan entre las piedras lisas y frías, dejando que el instinto me guíe. La saco sin mirar y la observo bajo la luz tenue.

Cianita azul.

Se dice que es una piedra de calma, de equilibrio, que ayuda a traer claridad a la mente y serenidad al espíritu. Es una piedra que no solo sana el cuerpo, sino que también fortalece el alma, disipando el miedo y la confusión.

En tiempos antiguos, los viajeros la llevaban consigo para no perderse, no solo en el camino, sino también dentro de sí mismos.

Sin dudarlo, la coloco con suavidad sobre la niña, justo en la base de su garganta.

—Déjala aquí —le indico a la madre—. Ayudará.

Ella me mira con incertidumbre, pero no la aparta.

Cuando Fergus regresa, mezclo las hierbas con agua hirviendo, dejando que el vapor aromático llene la pequeña cabaña.

Mientras trabajo, siento el peso de las miradas de la madre, del marido enfermo que yace en la esquina y, sobre todo, de los aldeanos que se reúnen afuera. Sus sombras se proyectan contra las paredes, distorsionadas y largas, como si la noche los hubiera atrapado antes de tiempo.

—¿Crees que funcionará? —pregunta Fergus en voz baja, mientras me pasa un paño limpio para filtrar la infusión.

—Es un remedio —respondo con honestidad—. Lo aliviará, pero no curará la causa.

Él asiente lentamente, pero no dice nada más.

Cuando finalmente dejo el tazón en manos de la madre, me levanto y salgo al aire libre, necesitando un respiro. Pero el frío que golpea mis mejillas no calma la sensación de inquietud

que me invade.

Cruzamos al siguiente hogar, donde otro poblador, esta vez un joven, tiene síntomas parecidos. A medida que avanzamos, un patrón comienza a emerger, pero no tiene sentido. Las casas no están juntas, las familias no parecen haber compartido comida ni bebida recientemente. Todo apunta a algo que no puedo identificar y eso me frustra profundamente.

Cruzo la plaza de la aldea buscando a Nairn. Lo encuentro junto a varios de sus hombres, discutiendo algo en voz baja mientras revisan un mapa extendido sobre un barril de madera.

—¿Qué ocurre? —pregunta al verme acercarme, enderezándose de inmediato. Sus ojos se fijan en los míos, oscuros y serenos, pero percibo la tensión latente en su postura.

—Hay algo extraño aquí —digo, bajando la voz para que solo él me escuche—. Mucha gente está enferma y con los mismos síntomas, y no puedo precisar la causa.

Nairn frunce el ceño, inclinándose ligeramente hacia mí.

—¿Qué síntomas tienen?

—Fiebre, vómitos, fatiga extrema. Puede ser una enfermedad común, pero… —Niego con la cabeza sin palabras que den forma a mi inquietud—. Por ahora, he prescrito un remedio para aliviar los síntomas y quiero quedarme esta noche para vigilar a los enfermos. Ver cómo evolucionan.

Él asiente lentamente, sus ojos nunca dejando los míos, como si buscara algo más allá de las palabras que le estoy dando.

—Está bien. Si crees que es lo mejor, nos quedaremos.

Justo cuando estoy a punto de darme la vuelta, algo me detiene. Me giro de nuevo hacia él, esta vez acercándome un paso más, lo suficiente como para que nuestras voces sean un susurro privado.

—Nairn..., no comas nada de lo que te ofrezcan aquí. Tú y tus hombres, solo tocad las provisiones que trajimos desde Dirlot.

Su ceño se frunce aún más, y veo la chispa de preocupación cruzar por su mirada.

—¿Por qué?

—No estoy segura de nada todavía —respondo rápidamente, sabiendo que no puedo darle respuestas claras—. Pero algo no me cuadra. Hasta que no sepa qué está pasando, quiero asegurarme de que estéis a salvo.

Nairn me observa en silencio por un momento que se alarga demasiado. Finalmente, asiente, pero no dice nada. Es ese tipo de asentimiento suyo que lleva más peso de lo que parece, un acuerdo tácito que incluye confianza implícita.

—Entendido. —Su voz es baja, tranquila, pero su mirada sigue clavada en mí—. Asegúrate de cuidarte tú también, Mairead.

Un escalofrío recorre mi espalda, aunque no sé si es por sus palabras o por la inquietud que me consume. Le devuelvo un leve asentimiento antes de darme la vuelta y regresar al interior de la primera cabaña.

CAPÍTULO 33



La noche se hunde en un silencio pesado cuando entro en la casa que Fergus nos ha cedido. El agotamiento tira de cada músculo de mi cuerpo, pero mi mente sigue dando vueltas, incapaz de encontrar un descanso real.

Nairn está allí, sentado a la mesa con una vela encendida que proyecta sombras alargadas sobre las paredes de piedra. Lleva el cabello algo desordenado y los codos apoyados sobre la madera, concentrado en lo que parece ser un pergamino. Ni siquiera levanta la vista cuando cierro la puerta detrás de mí.

—¿Ha cambiado algo? —pregunta en voz baja, sin preliminares.

—No. —Me acerco a la cama y dejo caer la capa sobre el colchón. Me siento al borde y me inclino hacia adelante, apoyando los codos en las rodillas—. Dos más han caído.

Su pluma se detiene, pero no dice nada. Espero que insista, que haga preguntas, pero el silencio se alarga.

—¿Crees que morirán? —pregunta al fin, su voz firme pero carente de emoción innecesaria.

—Voy a intentar que no ocurra —respondo, eligiendo cada palabra con cuidado—, pero la fiebre de algunos está muy alta.

Él asiente, como si hubiera esperado esa respuesta, y sigue escribiendo en el pergamino. La vela parpadea con el movimiento de su mano, arrojando destellos sobre su rostro. Parece tranquilo, pero sé que debajo de esa fachada su mente debe estar trabajando igual de rápido que la mía.

—¿Sabes qué puede ser?

Siento que el aire se vuelve más pesado en la habitación.

—No dejo de pensar en ello, pero no tengo respuestas —Mi voz sale más débil de lo que esperaba.

Él levanta la cabeza, esta vez fijando esos ojos oscuros en mí.

—¿Y la peste?

La palabra flota en el aire como una sombra.

—Lo he pensado. —Mi voz apenas es un susurro—. Pero no creo que sea eso.

El peso de esa posibilidad todavía se cierne sobre mí, aunque intente descartarla. Mi mente no deja de volver una y otra vez a los mismos síntomas, los mismos rostros febriles.

—No vamos a dejar que esto se extienda —dice él de repente, interrumpiendo mi espiral de pensamientos.

—¿Qué haces? —pregunto al verlo inclinarse sobre el pergamino de nuevo.

—Estoy escribiendo órdenes. Necesitamos provisiones desde Dirlot: comida, hierbas, todo lo que pueda servir. También quiero que refuercen la vigilancia en las rutas hacia aquí.

Su tono es firme, decidido. No hay pánico, solo determinación, como si ya hubiera trazado un plan y estuviera ejecutándolo paso a paso. Por supuesto que está preocupado. Es el Laird, y todo esto recae sobre sus hombros.

Me quedo mirándolo, viendo cómo cada trazo de su pluma parece cargar con más peso del que debería. Es en momentos como este cuando me doy cuenta de lo distintos que somos. Yo estoy atrapada en el por qué de todo esto, buscando respuestas que quizás no existan. Él, en cambio, se centra en lo que puede hacer aquí y ahora.

Pero mientras él se prepara para descansar, yo sé que no habrá tregua para mí esta noche. Mi mente sigue trabajando, buscando respuestas donde no hay más que dudas.



—No vas a dormir, ¿verdad? —pregunta, con una calma que parece envolverme por completo. Su voz, baja y grave, tiene ese efecto desconcertante de ser a la vez un mandato y una caricia.

Estoy sentada en la cama, con las piernas cruzadas bajo el camisón, repasando mentalmente los síntomas de los enfermos, las posibles causas, cualquier cosa que pueda ayudar. Pero no importa cuántas veces dé vueltas al asunto; las respuestas no llegan. Mi mente está atrapada en un torbellino de preguntas sin resolver.

—Lo intento —respondo, aunque ambos sabemos que es mentira.

El colchón cruje levemente cuando él cambia de posición, girándose hacia mí. Antes de que pueda decir algo más, su mano encuentra mi brazo bajo las mantas, rozándolo con una suavidad inesperada.

—Mairead, —su voz tiene un peso especial cuando dice mi nombre—. ¿Qué estás buscando exactamente?

Sus palabras me toman por sorpresa, y tardo un momento en responder. Miro al techo, como si ahí pudiera encontrar las respuestas que no tengo.

—Algo que me diga que todo estará bien —admito finalmente, mi voz apenas un susurro.

—Todo estará bien —replica él, sin una pizca de duda en su tono.

—No lo sabes —murmuro, negando suavemente con la cabeza.

—No lo sé —admite, y hay algo en su honestidad que me enternece—. Pero lo que sí sé es que no tiene sentido cargar con todo esto sola. Hay cosas que escapan a nosotros, a lo que podemos hacer.

Sus palabras me atraviesan, pero antes de que pueda procesarlas del todo, noto cómo se inclina hacia mí. La cama cruje bajo su peso, y de repente está más cerca. Su pecho desnudo roza la tela fina de mi camisón cuando se apoya en un codo, inclinándose lo suficiente para que sus ojos busquen los míos en la penumbra.

—Mairead, mírame —dice, su tono tan bajo que casi siento las palabras más que escucharlas.

Obedezco, incapaz de resistir la gravedad de su presencia. Sus ojos, siempre tan intensos, ahora parecen llenos de algo más: una mezcla de preocupación, fuerza y algo que no logro descifrar.

—Estás agotada —murmura, y sus dedos ascienden por mi brazo hasta alcanzar mi hombro, rozándolo con una delicadeza que contrasta con su tamaño—. Puedo sentirlo en la forma en que respiras. En cómo te tensas incluso cuando intentas relajarte.

Mi garganta se cierra con un nudo que no puedo tragar. Es como si estuviera desnudándome con palabras, viendo cada capa de ansiedad que intento esconder.

—Déjame compartirlo contigo —añade, su voz apenas un susurro.

—No puedo compartir esto —respondo, mi voz quebrada—. Ni siquiera sé cómo explicarlo.

—No necesito explicaciones —dice, inclinándose un poco más hasta que su frente roza la mía. Sus dedos ascienden hasta mi mejilla, trazando una línea lenta y cuidadosa—. Solo déjame estar aquí contigo. Repasemos los síntomas uno a uno y lo que sabes de ellos y con que enfermedad se relaciona.

El contacto de su piel contra la mía me hace temblar, pero no de frío. Hay algo en su calma, en su firmeza, que parece anclarme, como si fuera una fuerza opuesta a mi caos.

No esperaba que alguien como él, con su carácter directo y su forma práctica de ver el mundo, me ofreciera algo tan simple y, a la vez, tan poderoso: una mente más para cargar con mi tormento.

—¿De verdad quieres escuchar todo esto? —pregunto, apenas un susurro, mientras mis ojos buscan los suyos, inseguros.

—Siempre.

Las palabras empiezan a fluir mientras repaso cada detalle que me atormenta.

—La fiebre es alta, en algunos casos tan alta que temo que no logren superarla. Pero no hay sarpullidos ni bubones, lo que descarta la peste negra. Tampoco parece la enfermedad del sudor inglés; el contagio habría sido más rápido, y ya habríamos perdido a varios. La tos es persistente, pero no productiva. No hay erupciones, ni síntomas en la piel que apunten a algo como la viruela…

Mis palabras se enredan mientras me esfuerzo por encontrar un patrón en el caos, y Nairn asiente despacio, como si estuviera siguiendo cada paso de mi razonamiento con la misma concentración que pondría en el campo de batalla.

—Podría ser algo tan simple como una gripe —continúo, aunque incluso mientras lo digo, la duda me carcome—. Pero si lo fuera, ¿por qué se están debilitando tan rápido? ¿Y por qué no parecen mejorar con los remedios? He usado infusiones de salvia, jengibre, miel, incluso un poco de tintura de ajo para fortalecer sus defensas… nada parece funcionar.

—Y si no es algo común, ¿qué crees que pueda ser? —pregunta, su tono sereno, pero lleno de interés genuino.

—No lo sé —admito, bajando la mirada mientras mis dedos juguetean con el borde de la manta—. Esa es la verdad. He intentado conectar las piezas, pero no encajan. ¿Y si es algo que

nunca antes he visto? Algo nuevo…

Nairn se queda en silencio un momento, su mirada fija en mí con esa intensidad que parece perforar cualquier defensa que intento mantener.

—¿Por qué lo primero que hiciste fue advertirme que no comiera nada de la aldea? —pregunta al fin, con una calma que no disfraza su interés genuino.

—Fue algo que se ocurrió en ese momento —respondo, con la voz apenas un susurro,

Él asiente lentamente, como si estuviera procesando mis palabras.

—Así que... ¿fue un presentimiento? —pregunta, con una ceja ligeramente arqueada. No hay burla en su tono, solo curiosidad.

—Supongo que sí, que podría deberse a algo que comieron en mal estado, pero lo he comprobado y no todos comieron lo mismo en los últimos días.

—Creo que deberías seguir tus instintos, Mairead. Si algo he aprendido de ti es que tu intuición siempre encuentra algo que los demás pasamos por alto.

Su tono no es complaciente ni pretende tranquilizarme sin más. Es directo, casi práctico.

—Es curioso —digo finalmente, mi tono más relajado—. Me han dicho muchas cosas a lo largo de mi vida, pero nunca que siguiera mis instintos. Y aquí estás tú, confiando en ellos para protegernos a todos.

—Eres la persona más inteligente que he conocido, Mairead. No dudo ni por un segundo que, con tu conocimiento y tu tenacidad, llegarás al fondo de esto —dice con una certeza que me desarma por completo.

Un suspiro tembloroso escapa de mis labios, y durante un momento, me dejo envolver por la calidez de su presencia.

—Gracias —susurro finalmente, mi voz quebrada pero sincera.

—No me des las gracias todavía. —Su tono es ligero, y un atisbo de sonrisa curva sus labios —. No hemos terminado. Sigue hablando. Quizá entre los dos podamos descartar algo más.

Continúo, enumerando los síntomas una vez más, tratando de analizar cada detalle desde diferentes ángulos, mientras él escucha en silencio, sus dedos trazando pequeños círculos en mi brazo. La sensación es hipnótica, reconfortante, y poco a poco, noto cómo la tensión en mi pecho comienza a ceder.

No sé cuánto tiempo pasa antes de que mis palabras se conviertan en murmullos y mis

pensamientos, en un torrente cada vez más lento. Solo sé que, en algún momento, su voz suave me envuelve como una manta más, y mis párpados, pesados por el cansancio, comienzan a cerrarse.

—Descansa, Mairead —murmura—. Mañana será otro día, y enfrentaremos lo que venga juntos.

Me permito creer en sus palabras, dejando que su calor y su fuerza me anclen mientras el sueño, finalmente, me reclama.

CAPÍTULO 34



El amanecer en Cnocan trae consigo más silencio que actividad. Las puertas de las casas están cerradas, y el único sonido es el murmullo del viento que se lleva el olor de las cenizas del fuego de la noche anterior. Me despierto antes de que el sol se asome del todo, con un peso extraño en el pecho. Algo en el aire anuncia que la situación no hará más que empeorar.

Estoy preparando un ungüento con las pocas hierbas que hay en la aldea cuando los veo llegar: dos hombres a caballo, cubiertos de polvo y con la urgencia escrita en sus rostros. Ambos desmontan antes de llegar al centro del pueblo, y no tardo en notar que sus ojos buscan a alguien. Me acerco, con el corazón acelerado.

—¿Es aquí donde está el Laird? —pregunta uno de ellos, un hombre robusto de cabello gris que parece haber cabalgado durante horas sin descanso.

—Sí —respondo, intentando mantener la calma—. ¿Qué ocurre?

—Venimos de Halkirk —dice el otro, más joven pero igual de exhausto—. Tenemos varios enfermos en nuestro pueblo. Oímos que el Laird está aquí… y que vos, señora, tenéis conocimientos médicos. ¿Podéis ayudarnos?

No hay tiempo para responder cuando la voz grave de Nairn se eleva detrás de mí.

—¿Qué sucede? —pregunta mientras se acerca, con los hombros anchos envueltos en su capa. A su lado, Oran y Ewan permanecen alerta, sus ojos saltando de un lado a otro, como si ya anticiparan problemas.

El hombre mayor repite lo que ha dicho, esta vez con más detalles. Habla de fiebre alta, vómitos, y una fatiga tan severa que algunos de los enfermos apenas pueden levantarse. Cada palabra refuerza la sensación de que esto no es una coincidencia.

—¿Hace cuánto comenzaron los síntomas? —pregunto, interrumpiéndolo antes de que termine.

—Tres días, tal vez cuatro —responde, frotándose la frente como si intentara recordar—. Pensamos que era una fiebre común, pero ahora… uno de los nuestros murió anoche.

Un escalofrío recorre mi columna, y cuando mis ojos encuentran los de Nairn, sé que él también está haciendo cálculos en su cabeza. Si esto se está extendiendo de un pueblo a otro, estamos frente a algo realmente grave.

—Iremos a Halkirk después de asegurarnos de la situación aquí —declara Nairn. Luego, se vuelve hacia mí, buscando mi aprobación sin decir una palabra.

Antes de que pueda responder, Fergus aparece con el rostro sombrío.

—Señora, el remedio que diste a la anciana… no funcionó. Ha muerto hace unos minutos.

Sus palabras me golpean como un martillo. Mis piernas tiemblan, pero me obligo a mantenerme erguida. La anciana era la primera en enfermar, y ahora es la primera en morir. Miro a Nairn, y su expresión, aunque controlada, refleja preocupación.



Antes de partir, algo dentro de mí me impulsa a comprobar las reservas comunes de alimentos en el pueblo. Es un pensamiento rápido, casi instintivo, que no puedo ignorar. Tal vez sea una corazonada o el deseo de descartar posibilidades antes de exponer a más personas al peligro. Me dirijo hacia el granero con Fergus siguiéndome de cerca, mientras Ewan, como una sombra inquieta, camina a pocos pasos detrás de nosotros.

El aire dentro del granero es pesado y polvoriento. Las sacas de harina están apiladas junto a barriles de cebada, y hay varias cuerdas de ajos colgando de las vigas. Fergus se acerca a uno de los barriles y lo abre con cuidado, como si temiera encontrar algo que no debería estar ahí.

—Aquí guardamos la mayor parte de nuestras reservas de grano y harina —explica, pasando la mano por el borde del barril y mostrando el contenido con un gesto de la cabeza—. Todo se molió hace menos de un mes.

Examino el grano con atención, buscando cualquier signo que pueda indicar contaminación. Mis dedos se hunden en la harina, buscando irregularidades en su textura, y acerco una pizca a la

nariz para detectar olores extraños. Nada. Todo parece estar en orden.

—¿Qué más suelen comer? —pregunto, girándome hacia Fergus.

—Además de pan, cebada hervida, algunas verduras de los huertos. —Hace una pausa antes de añadir—: Y pescado ahumado. Siempre tenemos algo de pescado almacenado.

Me acerco a las cuerdas de ajos y a los barriles de pescado, pero nada parece fuera de lo normal. Ni olor rancio, ni moho. Sin embargo, algo no encaja, aunque no puedo precisar qué.

—¿Esto es suficiente para alimentar al pueblo? —pregunto, con la vista todavía fija en las reservas.

Fergus asiente lentamente.

—Es lo que hay. No sobra, pero tampoco falta, al menos hasta ahora.

—Voy a necesitar más tiempo para examinar todo esto a fondo y ahora no lo tengo —respondo, dándome la vuelta hacia Ewan, que sigue observando en silencio desde la entrada del granero.

—¿Y hasta entonces qué comemos? —pregunta, cruzándose de brazos y arqueando una ceja con evidente impaciencia—. No todos podemos subsistir a base de aire, Mairead.

—Por ahora, no toquéis nada que no hayáis traído con vosotros —respondo, con más firmeza de la que esperaba de mí misma.

—¿Nada? ¿Ni siquiera el pan? —inquiere, señalando una de las hogazas que descansa en una cesta cercana.

—Nada. —Mi voz no deja espacio para la negociación, y me doy cuenta de que la firmeza de mi tono lo toma por sorpresa.

Ewan se frota la nuca, lanzándome una mirada que mezcla desafío y resignación.

—Bien. Pero más vale que tengas razón, porque si dejo a mis hombres casi sin comer y resulta que era una exageración, no habrá fuerza en estas tierras que detenga su mal humor. —Hace una pausa y añade con una sonrisa torcida—: Incluida la mía.

Le sostengo la mirada, sin inmutarme.

—Mejor un mal humor que más tumbas que cavar.

Ewan se queda en silencio, y por primera vez desde que lo conozco, parece no tener una respuesta ingeniosa preparada. Finalmente, asiente con un leve gesto.

—De acuerdo. No comeremos nada del pueblo. Mientras tanto, me quedaré inspeccionando

un poco esto. A ver si encuentro algo raro.

Me acerco y le coloco una mano en el brazo, mirándolo directamente a los ojos.

—Gracias, Ewan. Lo digo en serio.

Él desvía la mirada, fingiendo desinterés, pero la sombra de una sonrisa se forma en sus labios.

—Sí, sí… No te emociones. Lo hago por mí. No quiero acabar con un grupo de soldados hambrientos y enfadados a mis espaldas.

Aun así, sé que sus palabras esconden algo más. La preocupación detrás de sus bromas es evidente, y por un momento, siento una conexión extraña con él. Alguien que, como su hermano, parece proteger a los suyos de maneras inesperadas.

Antes de partir hacia Halkirk, hago una última revisión rápida en las casas cercanas, asegurándome de dejar instrucciones claras sobre cómo cuidar a los enfermos. Mientras camino hacia los caballos, siento que las miradas de los aldeanos pesan más que nunca. Sus ojos me siguen, y aunque ninguno dice nada, sé que sus pensamientos están llenos de dudas y tal vez de desconfianza. Aun así, no tengo tiempo para preocuparme por eso.

—¿Lista? —pregunta Nairn, ofreciéndome su mano para ayudarme a montar.

Asiento, intentando dejar de lado la inquietud que me consume. Mientras cabalgamos hacia Halkirk, sé que este viaje será mucho más que una simple visita médica. Hay algo oscuro detrás de todo esto, algo que todavía no logro comprender. Pero una parte de mí sabe que no puedo detenerme hasta descubrirlo.



El viaje a Halkirk es una tormenta en sí misma. Nairn marca un ritmo que sería imposible de seguir si no fuera porque, cada pocos minutos, se vuelve a mirarme, evaluando si puedo continuar. No me da tiempo a quejarme ni a pedir descanso; simplemente sigue, y yo, aferrándome a las riendas, me obligo a mantener el paso.

Cuando por fin llegamos a Halkirk, lo primero que noto es el silencio. El pueblo parece contener la respiración, como si estuviera atrapado en un hechizo. Apenas hay actividad en las calles, salvo por un par de mujeres que corren hacia el pozo con cubos de agua, y un hombre que

arrastra un saco hacia una de las cabañas.

Nairn desmonta primero y me ofrece su mano antes de que pueda pensarlo demasiado. Sus ojos se encuentran con los míos, oscuros y tensos. No dice nada, pero su gesto es claro: debemos actuar rápido.

Nos dirigimos hacia lo que parece ser el centro del pueblo donde un grupo de personas se ha reunido alrededor de un fuego apagado. Uno de ellos, un hombre robusto con el cabello lleno de canas, se adelanta al vernos llegar.

—Laird Gunn —saluda, inclinando la cabeza—. Gracias por venir tan rápido. La situación aquí… no es buena.

—Explícate —ordena Nairn, su voz firme pero tranquila, como si no quisiera desatar el pánico.

El hombre habla de tres muertes en las últimas 24 horas, y de cómo las reservas de alimento ya no son suficientes porque muchos están demasiado enfermos para trabajar.

Mis ojos se encuentran con los de Nairn, y ambos sabemos que esto no es una simple coincidencia. Mientras él organiza a sus hombres para reforzar la seguridad y las patrullas alrededor del pueblo, yo comienzo mi trabajo.

Entro en la primera cabaña y me encuentro con un ambiente sofocante. Hay dos personas acostadas en camastros improvisados, cubiertas hasta el cuello con mantas. Una mujer, probablemente la esposa de uno de ellos, se apresura a explicarme los síntomas entre sollozos.

Reviso sus manos, su temperatura y sus pulsos, buscando algo que pueda confirmar lo que ya sospecho: fiebre altísima, deshidratación severa y un dolor que se refleja en sus rostros cada vez que intentan moverse. Esto no es algo común.

—Haced té con estas hierbas —les digo, entregando las que tengo a la mujer—. Y aseguraos de que beban constantemente, aunque no quieran. La deshidratación será lo que acabe con ellos si no.

Cuando salgo de la cabaña, un grupo de aldeanos se ha reunido fuera. Sus ojos están clavados en mí, llenos de una mezcla de miedo y expectativa. Alguien tose, y ese sonido parece resonar más de lo necesario en el aire frío.

—¿Eres tú la que trae las curas? —pregunta un hombre al frente del grupo. Es alto y delgado, con una cara angulosa que parece siempre a punto de sonreír, aunque en este momento su expresión es de preocupación.

—Intento ayudar —respondo, sin detenerme demasiado en sus ojos inquisitivos.

Es entonces cuando oigo una voz detrás de mí.

—Pues en Dunbeath no hubo ninguna ayuda que pudiera salvarlos.

Me doy la vuelta rápidamente para encontrarme con un hombre que parece haber llegado recientemente. Su caballo todavía está cubierto de sudor, y sus botas están llenas de barro seco. Su tono es frío, casi acusador, y su mirada parece evaluarme como si fuera parte del problema.

—¿Dunbeath? —pregunto, esforzándome por mantener la calma—. ¿Qué ha ocurrido allí?

—Lo mismo que aquí —responde, cruzando los brazos—. Enfermedad, muerte… pero allí nadie habla de medicinas. Hablan de una maldición. De una bruja.

El aire parece enfriarse a mi alrededor, y noto que los murmullos entre los aldeanos se vuelven más intensos. Algunos empiezan a mirarme con una mezcla de curiosidad y desconfianza.

El hombre me observa con una sonrisa torcida, disfrutando del silencio expectante que se ha creado. Da un paso al frente y su voz, clara y segura, se eleva sobre los murmullos.

—No eres una sanadora común, ¿verdad? No eres solo una mujer que intenta ayudar. —Su tono es pausado, peligroso—. ¿No eres tú la mujer que llevó a nuestro ejército a la derrota en Flodden?

Mi estómago se contrae.

—Eso es una mentira.

—¿Ah, sí? —arquea una ceja, mirando a los aldeanos—. Curioso, porque los que sobrevivieron no opinan lo mismo. Dicen que fuiste tú quien convenció a los Gunn y a los Sutherland de unirse a esa locura, y que, al final, solo trajiste desgracia a los tuyos.

Un rumor de inquietud se extiende por el grupo.

—Dicen también —continúa, con un destello calculador en los ojos—, que arrastraste a tu marido a la locura. Que Kester MacKay perdió la razón tras casarse contigo. Una mujer hermosa, sí, pero peligrosa. Un hombre que tenía todo… y terminó muerto. ¿No es así?

—No tienes idea de lo que hablas —siseo entre dientes, pero mi voz apenas se oye entre los susurros de la multitud.

—¿No? —su sonrisa se ensancha, como si disfrutara cada segundo—. Tal vez no. Pero hay un sacerdote que sí lo sabe. Un hombre de fe que fue testigo de tus métodos para salvar a tu

hermano. Métodos que nada tienen que ver con la medicina. Métodos que parecen más bien... hechicería.

Siento un escalofrío recorrerme la espalda.

—Cormac estaba muriendo. Hice lo necesario para salvarlo.

—¿Y qué fue exactamente lo que hiciste? Porque, según cuentan, no fueron solo vendajes y hierbas. Hablan de piedras, de palabras susurradas, de un fuego que no dejó cicatriz. Y de un milagro demasiado conveniente para no levantar sospechas.

Alguien en la multitud murmura una plegaria.

—Ese sacerdote, el padre Aedan, está en Berriedale —dice, alzando la voz—. Muy cerca de aquí, en territorio MacKay, por si alguien quiere escuchar lo que tiene que decir.

Miro a mi alrededor. Los ojos que antes mostraban respeto o esperanza ahora están llenos de incertidumbre. De miedo.

El hombre se acerca un poco más, su tono volviéndose casi amable, como si estuviera recordando un detalle trivial.

—Y no olvidemos lo más interesante de todo. —Su sonrisa es afilada—. También hechizaste a Nairn Gunn, ¿no es cierto? ¿No fue así como lograste que se casara contigo?

Un murmullo recorre a los aldeanos, más alto esta vez.

Mis manos se cierran en puños.

La voz de Nairn corta el aire como un cuchillo.

—Basta —gruñe, avanzando hacia el hombre. Su presencia, como siempre, parece ocupar todo el espacio, y su mirada, tan oscura como la noche, se fija en él con una intensidad que hace que el hombre retroceda un paso.

—Si alguien tiene algo más que decir sobre mi esposa, será mejor que lo haga conmigo.— continúa Nairn, con una calma peligrosa en su voz.

El silencio que sigue es absoluto. Las miradas se desvían rápidamente, y el hombre que mencionó a Dunbeath parece encogerse un poco antes de asentir y dar un paso atrás.

El temor me invade como un frío que no viene del viento ni de la humedad. Es un miedo visceral, profundo, que se aferra a mi pecho con garras invisibles. Por un momento, no soy la esposa del Laird, ni la curandera que intenta aliviar el sufrimiento de esta gente. Soy solo una mujer, de pie en un lugar extraño, rodeada de miradas que podrían volverse peligrosas en

cualquier instante.

El recuerdo de los rumores que corren como el fuego en las aldeas de Escocia se me clava en la mente. Sé lo que han dicho de otras mujeres. Sé lo que les han hecho. Desde que el papa Inocencio VIII promulgó su bula *Summis desiderantis affectibus,* reconociendo formalmente la brujería como un peligro real, y la publicación del *Malleus Maleficarum*, el libro que convirtió la brujería en una herejía castigada con la hoguera, las mujeres acusadas no han conocido piedad. Basta con una palabra, una acusación dicha en el tono adecuado, para que cualquier mujer sea arrastrada por los hombres del pueblo, juzgada sin pruebas y condenada en nombre de Dios.

No tengo que imaginarlo. Ya he oído los relatos. Mujeres señaladas por sus vecinas en mitad de una discusión trivial, curanderas acusadas por un parto fallido, jóvenes que simplemente eran demasiado hermosas o demasiado sabias. Todas arrastradas, humilladas, marcadas como aliadas del demonio y quemadas en plazas públicas para el regocijo de la multitud. La crueldad disfrazada de justicia.

Mi respiración se acelera, y mis manos tiembla. ¿Cuánto tardarían en señalarme a mí si estos cuchicheos se convierten en algo más? ¿Cuántos dedos apuntarían a la extraña?

—Mairead. —La voz de Nairn me arranca de mis pensamientos como un faro en medio de la tormenta. Está junto a mí, su cuerpo sólido e imponente, un escudo contra el miedo que amenaza con desbordarme.

Parpadeo, intentando enfocarme en él, pero las palabras del hombre que habló de Dunbeath siguen resonando en mi cabeza. Brujas. Maldiciones. Muerte.

—No te preocupes por lo que murmuren —dice, con una firmeza que parece inquebrantable —. No dejaré que esto vaya más allá.

—¿Y si lo hacen? —pregunto en un susurro, incapaz de contener la inquietud que tiembla en mi voz—. ¿Y si deciden que soy la causa de esto, Nairn? ¿Qué harás entonces?

Sus ojos oscuros se clavan en los míos, y por un instante, veo algo que va más allá de la protección o la autoridad de un Laird. Es algo personal, algo que no puede disfrazar ni ocultar.

—Lo impediré —dice, con una certeza que me quiebra y me reconforta al mismo tiempo.

La crudeza de sus palabras me deja sin aliento. Él está aquí, dispuesto a enfrentarse al mundo si hace falta.

Pero yo sé que este es solo el comienzo.

CAPÍTULO 35



El día en Halkirk comienza con un cielo plomizo, como si incluso el clima estuviera conspirando contra nosotros. Desde que llegamos, la situación no ha hecho más que deteriorarse. Cada minuto que pasa, el peso de lo que enfrentamos se hace más evidente. Pero lo que más me afecta no es el número creciente de enfermos ni los cuerpos que ya no pueden resistir. Es Mairead.

Ella no se detiene. Desde que cruzamos las puertas del pueblo, ha estado trabajando con una urgencia que raya en la desesperación. La veo dar órdenes a las mujeres que aún pueden moverse, enseñándoles cómo lavar las sábanas con vinagre, cómo hervir el agua para limpiar las heridas. Prepara infusiones y remedios con las hierbas que pudo recolectar en el camino, y aunque sus manos tiemblan ligeramente por el frío y el agotamiento, sigue adelante.

En un momento, me quedo en la entrada de una de las cabañas, observándola mientras explica a una madre joven cómo cuidar a su hijo enfermo sin exponerse demasiado. Su voz es baja, calmada, pero hay una urgencia en ella, una determinación que no permite réplicas. Veo las marcas de cansancio en su rostro, las sombras bajo sus ojos. Y aun así, sigue.

—Está haciendo más por ellos que nadie —comenta Oran a mi lado, en voz baja. No es una burla esta vez, sino una observación genuina.

—Lo sé —respondo, aunque la rabia hierve en mi interior. Porque mientras Mairead da todo de sí para salvar a estas personas, los cuchicheos han comenzado. Y esos cuchicheos son como el veneno que parece extenderse por este lugar, lento y mortal.

He hecho preguntas sobre el hombre que mencionó lo de la maldición. Quiero respuestas, algo concreto, alguien a quien enfrentar. Pero lo único que consigo es que me digan que era un comerciante, alguien que no es del pueblo y que ya no está aquí.

Algunos dicen que llegó con su carreta hace unos días, vendiendo telas y utensilios de cocina. Otros aseguran que iba camino a algún lugar al sur. Es como si el hombre hubiera aparecido solo para dejar esa semilla y después desvanecerse en el aire.

—No hay forma de encontrarlo —me informa uno de mis hombres con un encogimiento de hombros. Sus palabras no hacen más que alimentar mi frustración. Porque sé que esto no es casualidad. Ese hombre sabía lo que decía, y sabía el efecto que tendría.

La situación llega a un punto crítico cuando uno de los hombres enfermos, un granjero de aspecto robusto que ahora apenas puede sostenerse en pie, ve a Mairead acercarse a él con una taza de infusión. Se aparta de golpe, como si ella fuera fuego.

—¡No! —gruñe, su voz ronca por la fiebre, pero cargada de un miedo visceral—. ¡No quiero que me toque! ¡Es una bruja!

El silencio que sigue es ensordecedor. Los aldeanos que estaban cerca se quedan quietos, mirándome a mí y luego a Mairead, como si esperaran mi reacción. Pero todo lo que veo es rojo. La rabia me consume, un fuego que amenaza con desbordarse.

—¡Maldito bastardo! Hijo de puta. ¡Retira lo que has dicho! —gruño, avanzando hacia él. Mi voz retumba como un trueno, y el hombre se encoge, aunque sus ojos siguen clavados en Mairead con una mezcla de miedo y acusación.

—¡Lo digo en serio! —insiste, su voz más débil ahora, pero no menos venenosa—. ¡Trajo la enfermedad con ella! ¡Es cosa del demonio!

Antes de que pueda hacer algo que probablemente lamentaré, siento una mano en mi brazo. Mairead.

—Nairn, por favor —dice, su voz baja pero firme—. No es culpa suya. Está delirando por la fiebre.

—No está delirando —replico, fulminando al hombre con la mirada—. Sabe perfectamente lo que está diciendo.

—No importa —insiste ella, tirando suavemente de mi brazo—. No podemos permitir que esto se convierta en algo peor. Déjalo.

Relajo los puños a regañadientes, pero el veneno de sus palabras ya ha hecho efecto. Veo cómo los aldeanos intercambian miradas, cómo algunos de ellos empiezan a retroceder ligeramente, como si la mera proximidad de Mairead pudiera contagiarlos.

Cuando regresamos a la cabaña que nos han asignado, la veo inclinarse sobre una mesa

improvisada, organizando hierbas y revisando frascos con manos que no dejan de temblar. Pero no es por el frío. Es el peso de las circunstancias. Y el cansancio.

Me quedo a un lado, observándola en silencio. Los reflejos de la lámpara parpadean sobre su rostro, acentuando las sombras bajo sus ojos. Sé que está agotada, pero no se detendrá. Es su naturaleza.

—Mairead —digo finalmente, rompiendo el silencio. Mi voz suena más áspera de lo que pretendía—. No puedes seguir así.

Ella no levanta la vista, pero sus manos hacen una pausa. Luego vuelve a moverse, ordenando las hojas con una precisión casi mecánica.

—¿Qué otra opción tengo? —responde, y su voz lleva un tono que me duele más de lo que esperaba.

Avanzo un paso, acercándome hasta quedar justo detrás de ella.

—Deberías descansar, aunque sea un momento. Necesitas pensar con claridad, y no vas a conseguirlo si te sigues castigando así.

Por fin levanta la cabeza, girándose hacia mí.

—¿Descansar? Hay personas ahí fuera que podrían no llegar a mañana. ¿Cómo voy a descansar sabiendo eso?

Sus palabras me golpean como un martillo. Y, por un momento, no tengo respuesta. Porque sé que tiene razón. Es ese fuego dentro de ella, esa obstinación casi suicida, lo que me desespera y me fascina al mismo tiempo.

—Entonces al menos dime qué necesitas de mí —digo, bajando la voz pero sin apartar la mirada—. Lo que sea, Mairead. Dímelo, y lo haré.

Sus labios se entreabren, pero no responde de inmediato. Por un instante, parece que quiere decir algo, pero lo reprime. Finalmente, exhala, dejando caer los hombros.

—Que me dejes terminar esto —susurra, volviendo a inclinarse sobre las hierbas—. Solo eso.

La observo unos segundos más antes de apartarme, apoyándome contra la pared. No puedo quitarle este peso, pero al menos puedo quedarme aquí, siendo su sombra. Aunque no lo diga, sé que eso es lo único que puedo ofrecerle ahora mismo.

Y, maldita sea, me quedaré aquí todo el tiempo que haga falta.



La noche ha caído por completo cuando un golpe frenético en la puerta rompe el silencio de la cabaña. Mairead y yo intercambiamos una mirada rápida antes de que ella se apresure a abrir. Apenas tiene tiempo de sujetar la madera cuando una mujer entra tambaleándose, con el rostro bañado en lágrimas y los cabellos pegados a las sienes por el sudor.

—¡Mi hijo! —gime, con una voz desgarrada—. ¡Se sacude como si estuviera poseído! ¡No puede respirar!

Mairead no necesita más explicaciones. La mujer cae de rodillas frente a ella, aferrándose a los bordes de su falda con una fuerza desesperada, como si de eso dependiera la vida del niño.

—Es lo único que me queda… —solloza, levantando la mirada hacia Mairead con una súplica tan cruda que me cuesta respirar—. No dejéis que lo pierda también… por favor… Yo confío en usted. Sé que tiene un corazón puro. Lo he visto.

Mairead se agacha al instante, sujetando los hombros de la mujer con firmeza.

—Tranquila. Voy ahora mismo —dice, su voz suave pero llena de determinación. Se gira hacia mí rápidamente—. Nairn…

—Estoy contigo —respondo antes de que tenga que pedírmelo. Ya estoy de pie, ajustando mi espada al cinto.

Mairead no pierde un segundo. Toma su bolsa de cuero y un cuenco de agua, echando un vistazo rápido para asegurarse de que no olvida nada.

Cuando salimos al frío de la noche, el viento gélido nos golpea, pero Mairead no parece notarlo. Sigue a la mujer, que avanza tambaleándose hacia una de las cabañas más apartadas del pueblo. Yo camino justo detrás, mis ojos recorriendo las sombras por puro instinto, mientras mi mente no puede evitar preguntarse si este será otro de esos momentos en los que ella parece enfrentar al mundo entero sola.

El niño, un crío que no debe tener más de seis años, está tendido en el suelo de tierra, su pequeño cuerpo agitándose de manera incontrolable. Sus ojos están en blanco, y la baba le resbala por la comisura de los labios.

Mairead cae de rodillas a su lado, con un nivel de calma que no logro comprender.

—Nairn, sujétalo por los hombros —ordena, sin siquiera mirarme.

Me arrodillo junto al niño, colocando las manos firmes pero cuidadosas en sus delgados hombros, evitando que se golpee contra el suelo. Su cuerpo sigue sacudiéndose con fuerza, como si luchara contra algo invisible.

—¡Se está ahogando! —exclama la madre entre gritos.

—No lo permitiré —responde Mairead, con una determinación que me deja sin palabras.

Entonces, para mi horror, introduce un dedo entre los dientes del niño para asegurarse de que su lengua no obstruya la garganta.

—¡Mairead, no! —gruño, viendo cómo el niño muerde con fuerza, atrapando su dedo como si fuera un torno.

Ella contiene un grito, pero sus labios tiemblan y hay lágrimas que caen por sus mejillas.

—¡Sácalo! —le exijo, casi rugiendo—. ¡Te va a romper el dedo!

—¡Si lo saco, podría ahogarse! —grita de vuelta, con una fuerza que no le había oído antes.

El niño sigue convulsionando, y mis entrañas se retuercen al ver cómo los dientes hunden la piel de Mairead. Pero ella no cede. Su cuerpo tiembla, pero sus ojos están fijos en él, mientras las lágrimas siguen deslizándose por su rostro. No sé si es el dolor lo que la hace llorar o el miedo por el niño, pero ambos parecen consumirla.

De repente, el espasmo comienza a remitir y Mairead logra retirar el dedo, ensangrentado.

—¡Tenemos que bajarle la fiebre! —exclama, con urgencia—. ¡El calor es lo que provoca esto!

—¿Cómo? —pregunto, ya de pie, sin apartar la vista del niño.

—Agua fría. Un barreño lleno. ¡Ahora!

No lo pienso dos veces. Cruzo la habitación de un salto y tomo un viejo barreño que está junto a la pared. Lo arrastro hasta el centro de la estancia y corro hacia el cubo de agua cerca del fuego.

—¡Nairn, rápido! —La voz de Mairead es urgente, pero firme.

No necesito más órdenes. Tomo cubo y salgo al frío aire nocturno. Mis manos tiemblan al bajar la cubeta al pozo y tirar del agua hacia arriba. Luego vierto el líquido helado dentro del barreño. Lo hago una y otra vez hasta que el barreño está lo bastante lleno.

Mairead, mientras tanto, acaricia la frente del niño y susurra algo que no logro escuchar. La

madre observa todo con las manos apretadas contra el pecho, sus ojos abiertos de par en par, sin decir nada.

—Lo tenemos —digo, jadeando levemente, mientras dejo caer el último cubo.

—Vamos a meterlo dentro —responde Mairead, sin apartar la vista del niño.

La madre asiente, temblando, mientras Mairead y yo levantamos al pequeño con cuidado. Su cuerpo está flácido, y su piel arde como brasas vivas. Lo sumergimos en el agua, y al instante, un pequeño espasmo recorre su cuerpo, como si reaccionara al frío.

—Resiste, pequeño —murmura Mairead, colocando una mano sobre su pecho.

Empapo un paño y lo paso con suavidad por su cabeza y su torso, refrescando su piel ardiente. Mairead hace lo mismo, trabajando en silencio, su rostro pálido pero lleno de determinación.

El tiempo parece detenerse mientras el agua hace su trabajo. Poco a poco, la respiración del niño se vuelve menos entrecortada. El color rojo intenso de su rostro comienza a desvanecerse, y cuando finalmente abre los ojos, la madre deja escapar un sollozo ahogado.

Mairead exhala con fuerza, como si hubiese estado conteniendo la respiración todo este tiempo.

Dejo el paño a un lado y me acerco a ella. Su dedo sangra, y noto que tiembla ligeramente.

—No puedes seguir lastimándote —digo en voz baja, intentando que mi tono suene más calmado que preocupado.

Ella me lanza una mirada tan llena de convicción que casi me deja sin palabras.

—¿Qué importa mi dedo si puedo salvarle la vida? —susurra, volviendo a centrar su atención en el niño.

El temblor en sus manos, el rastro de sangre en su dedo mordido, todo ello debería hacerla ver vulnerable. Pero lo único que veo es a una mujer que no se detendrá ante nada por proteger a los demás.

Y maldita sea si no me enorgullece y me enfurece a partes iguales.



El amanecer llega a duras penas, como si el cielo aún estuviera buscando la fuerza para iluminar el mundo. La cabaña está en silencio, solo roto por el suave crujir de la hamaca donde Mairead se ha tendido. Sus ojos están cerrados, pero sus manos siguen sujetando al niño, que descansa en su regazo, ahora más calmado. La madre está sentada a su lado, con la cabeza caída sobre la mesa, pero no duerme. Su agotamiento es palpable, lo veo en la forma en que sus hombros se hunden, derrotados por la desesperación.

Yo mismo me siento arrastrado por el mismo cansancio, aunque mis ojos siguen fijos en ellos, incapaz de apartar la mirada de esa escena que me hace sentir un dolor profundo, como si el aire mismo se volviera más denso alrededor de ellos.

He estado en batallas, he visto hombres caer, pero esto… esto es algo que me llega de otra manera, diferente. Mairead no se rinde, aunque la fatiga la embargue, y el niño sigue siendo su único enfoque, su razón para seguir adelante, aunque todo a su alrededor grite que la batalla está perdida.

Observo en silencio, sin atreverme a interrumpirla. Su mano, cansada pero firme, sube hacia la frente del niño. Y entonces, con un movimiento lento, casi ritual, desliza la otra dentro del pequeño saco de cuero que lleva siempre consigo. No mira dentro. No busca nada en particular. Simplemente deja que sus dedos se deslicen entre su contenido, como si esperara que algo la encontrara a ella.

Cuando finalmente saca la mano, la piedra que sostiene brilla tenuemente bajo la luz incierta del amanecer. Es lisa, ovalada, de un tono entre azul y dorado, como si la hubieran tallado con trozos del cielo nocturno y el sol poniente al mismo tiempo. Hay pequeñas vetas que la cruzan, finas líneas irregulares que parecen grietas en un lago helado. No sé qué es ni qué significa, pero ella la sostiene con un cuidado reverencial, como si su sola presencia tuviera peso.

Con la misma delicadeza, la coloca sobre la frente del niño, justo en el centro, donde su piel febril parece beberse el frescor de la piedra. No dice nada. Solo mantiene la mano allí, respirando con lentitud, sus labios apenas entreabiertos, como si contuviera una oración que no llega a pronunciar.

No sé si esto es fe, conocimiento o simple desesperación. No sé si esa piedra tiene realmente algún poder o si es solo un intento más de aferrarse a algo cuando todo lo demás falla. Pero por alguna razón, no digo nada. No cuestiono, no interrumpo. Solo observo, atrapado en la imagen de Mairead sosteniendo a ese niño como si pudiera salvarlo con su propia voluntad.

—No te mueras, no te mueras… —su voz es un susurro lleno de dolor, pero también de un

desespero profundo que cala hasta los huesos—. Tu madre te necesita y yo también. Necesitamos un poco de esperanza. Y tú, muchacho, tienes que ser el que nos la devuelva.

Mis ojos se enfocan en su rostro, las lágrimas que caen por sus mejillas y su respiración que se agita en su pecho. Sé que no lo dice solo por el niño, sino por sí misma, por todos los que luchan por creer en algo más que la tragedia que los rodea. La forma en que habla, casi como si tratara de transferirle algo, algo vital, a ese niño tan pequeño, me golpea en el estómago. Hay una fuerza en su fragilidad, una determinación que no puede ocultar.

—Te elijo —continúa, su voz ahora más firme, como si se estuviera convenciendo a sí misma más que al niño—. Te elijo porque tu madre ha confiado en mí. Porque está sola, porque…

Casi puedo sentir el peso de sus palabras. El mundo parece detenerse por un instante. No sé qué me sorprende más: que se entregue de esta manera, sin reservas, o que, a pesar de todo lo que ha vivido, sigue siendo capaz de dar algo de sí misma sin esperar nada a cambio.

Mi corazón late más fuerte, un ritmo que resuena en mis oídos, y sin quererlo, me acerco un paso, solo un paso, a esa escena que me hace sentir como un espectador impotente. Y aunque mi mente grita que me quede atrás, mi cuerpo se ve arrastrado hacia ellos, hacia ella, hacia el peso de su sacrificio.

La imagen es tan poderosa que me cuesta respirar. Todo lo que pasa en ese momento, entre Mairead y el niño, parece tocar lo más profundo de mí. Aquí no hay orgullo, ni deber. Hay un alma humana luchando por salvar otra vida. No sé si lo conseguirá, pero lo que sí sé es que Mairead ha puesto todo lo que tiene en esa promesa, todo lo que es.

Y yo... no puedo más que quedarme allí, observando cómo ella sigue luchando, una batalla interna que no conoce descanso. ¿Qué más podría hacer sino protegerla de esta maldición que, al parecer, la rodea como un halo oscuro?

Es más que una simple cuestión de vida o muerte. Es la fragilidad de ser humano en un mundo tan lleno de dolor. Mairead, con todo lo que carga sobre sus hombros, con todo lo que ha sobrevivido, está sentada allí, sosteniendo una vida en sus manos como si el peso del mundo entero dependiera de ella. Y quizás lo haga. Al menos, el mío.

La forma en que habla, en que suplica sin vergüenza alguna, sin pretender esconder su vulnerabilidad… Me deja paralizado. Lo hizo con Cormac cuando parecía su fin y también ahora.

No hay orgullo en ella, no hay ego. Solo una valentía que me desconcierta, que me rompe y me obliga a enfrentar lo que soy. Desde la primera vez que puse mis ojos en ella, supe que había

algo diferente. Algo que no podía apartar de mi mente, incluso cuando intenté hacerlo. Y aquí está, de nuevo, demostrándome que no estaba equivocado.

Ella no elige el camino fácil. Nunca lo ha hecho. Podría haberse quedado al margen, haber dejado que otros lidiaran con este desastre, pero no. Se lanza de cabeza al caos, al sufrimiento, con una fuerza que me descoloca.

Mairead lo elige a él, a ese niño que no tiene a nadie más, del mismo modo que, de alguna forma, me eligió a mí. Quizás sin darse cuenta del todo, quizás pensando que su elección era puramente práctica. Pero lo hizo. Y lo peor, o lo mejor, es que yo también la elegí a ella, desde aquel primer momento en que la vi de pie en Dunrobin, rodeada de un mundo que parecía empeñado en aplastarla.

Ni entonces ni ahora he podido apartar los ojos de ella. Desde el primer momento en que se cruzaron nuestras miradas, supe que estaba perdido. Y ahora, al verla así, luchando con uñas y dientes por una vida que probablemente nadie más intentaría salvar, me doy cuenta de que no solo la elegí: nunca tuve opción de no hacerlo.

Ella me transforma, de una manera que no entiendo del todo, pero que no puedo negar. Si Mairead es capaz de enfrentar las sombras que parecen seguirla, si tiene la fuerza de ponerse de pie cada vez que el mundo la empuja al suelo, entonces yo también tengo que ser capaz. No por mí, sino por ella. Porque aunque no me lo diga, aunque no me lo pida, sé que en el fondo espera que la proteja. Y no de este niño, ni de estas enfermedades. Sino del odio, del miedo y de la ignorancia que siempre parecen perseguirla.

Así que no importa cuántas veces me pregunte si soy suficiente, si puedo darle la paz que merece. Esa pregunta ya no tiene sentido. Porque mientras respire, mientras mi corazón siga latiendo, haré lo que sea necesario. Protegeré esa fuerza que tiene, aunque sea de sí misma. Aunque tenga que enfrentar a cada demonio que este mundo arroje sobre ella.

Y de alguna forma, cuando ese niño vuelve a respirar con normalidad, cuando su fiebre baja y el color saludable regresa lentamente a sus mejillas, no me sorprendo. Pero me asusta. Me asusta porque este no es un mundo que acepte lo milagroso con gratitud. Es un mundo que lo pervierte, que convierte la bondad en sospecha, y el sacrificio en debilidad. Porque este mundo no perdona a quienes son diferentes. Porque no sabe cómo venerar lo extraordinario sin primero intentar destruirlo.

Vivimos en un mundo donde una mujer que sana es llamada bruja, mientras un hombre que mata es llamado héroe. Donde la ignorancia se refugia en supersticiones que alimentan hogueras, y cualquier cosa que no comprendemos se reviste de oscuridad y condena. Vemos un

rayo atravesar el cielo y pensamos en la ira de Dios, no en la belleza de la tormenta. Un campo que arde es una maldición, aunque nosotros dejamos caer la antorcha.

Los humanos tenemos esa capacidad venenosa de enredar lo puro con nuestras miserias.

Y eso es lo que me aterra. Porque veo a Mairead, con las lágrimas todavía brillando en sus ojos, sosteniendo a ese niño como si fuera su propia vida la que acabara de salvar, y me doy cuenta de lo frágil que es todo esto. De lo fácil que sería para alguien mirar más allá de la superficie y decidir que lo que ella hizo no fue un acto de compasión, sino algo oscuro. Algo antinatural. Lo milagroso se convierte en pecado cuando no encaja con nuestras ideas estrechas de lo que debería ser posible.

Y ella lo sabe bien. Lo lleva marcado en su espalda. Y mientras la miro inclinarse sobre el niño, susurrándole algo con esa voz suave que siempre logra calmar incluso mis propios demonios me asusta pensar qué historia podrían contar sobre Mairead.

CAPÍTULO 36



Cuando nos acercamos a Dunbeath, una sensación de opresión se apodera de mi pecho. No es solo el aire denso del otoño ni el olor que llega hasta nosotros antes de ver las primeras casas. Es algo más profundo, más inquietante. El silencio. No hay niños jugando, ni mujeres en los huertos, ni siquiera hombres vigilando los caminos como harían en cualquier aldea medianamente organizada. Todo está sumido en un vacío que me pone la piel de gallina.

El hedor se intensifica a medida que nos adentramos en el pueblo. No hace falta ser médico para reconocerlo. Es el olor de la muerte. Casi no puedo respirar cuando veo la primera figura tendida en el suelo, a un lado del camino. Un hombre. O lo que queda de él. Su cuerpo rígido está cubierto con una manta raída, pero su rostro está al descubierto, gris y descompuesto. Nadie se ha molestado en enterrarlo.

Miro a Nairn, que avanza delante de mí, su expresión grave, los labios tensos en una línea dura. No dice nada, pero sé que está furioso. Lo noto en la rigidez de sus hombros, en la forma en que aprieta las riendas de su caballo como si fuera lo único que lo mantiene atado a la cordura. A su lado, sus hombres intercambian miradas incómodas, pero ninguno se atreve a hablar.

La aldea entera parece un lugar fantasma. Las casas, humildes incluso en tiempos normales, están cerradas o con las puertas entreabiertas, mostrando un interior que no quiero imaginar. En un rincón del camino, un grupo de gallinas picotea cerca de otro cadáver, esta vez el de una mujer mayor. Su cuerpo yace de lado, con una mano extendida hacia algo invisible. La imagen me revuelve el estómago.

—Mairead... —La voz de Nairn llega desde delante, y cuando alzo la vista, veo lo que él está

viendo.

Un grupo de aldeanos, hombres y mujeres, se han reunido al final del camino principal, justo donde comienza la plaza del pueblo. Sus ropas están gastadas y sucias, sus rostros pálidos y marcados por la fatiga y el miedo. Algunos sostienen herramientas de campo, otros solo se apoyan en palos o en sus propios cuerpos tambaleantes. Pero todos tienen la misma expresión: desconfianza, mezclada con algo que me resulta demasiado familiar.

Miedo.

Nairn tira de las riendas, deteniéndose, y yo hago lo mismo a unos pasos de él. El grupo no se mueve, pero tampoco parece dispuesto a dejarnos pasar. Uno de los hombres, un anciano de rostro enjuto y ojos hundidos, da un paso al frente.

—No sois bienvenidos aquí —dice, con una voz áspera que suena más fuerte de lo que esperaba.

—Soy Nairn Gunn, vuestro Laird —responde Nairn, con la autoridad que le caracteriza. Su tono es firme, inapelable—. Y hemos venido para ayudaros.

—No necesitamos vuestra ayuda —replica el anciano, levantando un brazo tembloroso y señalándome con un dedo huesudo—. Lo que necesitamos es que os llevéis a esa mujer y os vayáis. Es ella la que nos ha traído esta maldición.

Las palabras me golpean como un látigo. Por un momento, no puedo respirar. Mis manos se aferran a las riendas de mi caballo con tanta fuerza que los nudillos se me blanquean. Siento que todo el aire se ha escapado de mis pulmones.

—¿Qué acabáis de decir? —gruñe Nairn, inclinándose ligeramente hacia delante en su montura. Su voz es baja, peligrosa, y su mirada podría perforar acero.

—Vosotros habéis traído a una mujer que atrae la desgracia allá donde va. Lo sabemos todos. Los MacKay se aseguraron de que la historia llegara a nuestros oídos. —El hombre escupe al suelo, como si la mera mención de mi nombre lo envenenara—. Decían que traeríais mala suerte al casaros con ella, y tenían razón.

—¿Quién fue? ¿Cuándo?—exige Nairn, avanzando un paso con su caballo, tan cerca del hombre que este retrocede instintivamente.

El anciano niega con la cabeza, sus ojos evitándolos. Está asustado, pero no parece dispuesto a ceder.

—Los mercaderes y viajeros que vienen de sus tierras lo repiten. Hablan de la mujer que

salvó a Cormac Sutherland con brujería, que volvió loco a Kester MacKay, la mujer que no trae más que muerte a donde va. Y ahora lo vemos con nuestros propios ojos. Mirad a nuestro pueblo. ¡Mirad lo que habéis traído!

Las palabras se extienden como un veneno en el aire, y siento las miradas de los demás aldeanos clavándose en mí como dagas. Algunos asienten, otros murmuran entre ellos, y el miedo empieza a transformarse en algo más oscuro, más peligroso.

—Basta —ruge Nairn, desmontando de un salto y enfrentándose al hombre cara a cara—. Estáis hablando de mi esposa. La mujer que lleva mi nombre y está bajo mi protección. ¿Y osáis acusarla sin pruebas? ¿Qué clase de cobardes sois para culparla por algo que ni siquiera entendéis?

El anciano se tambalea, pero antes de que pueda responder, una mujer al fondo del grupo grita:

—¡No queremos a una bruja aquí! ¡Que se marche antes de que todos acabemos muertos!

El grupo empieza a moverse, avanzando un poco más hacia nosotros, sus rostros marcados por el miedo y la desesperación. Siento que el suelo se abre bajo mis pies.

Por un momento, me veo reflejada en sus ojos: una extranjera, una amenaza, algo que no deberían haber dejado entrar en sus vidas.

Y, por primera vez, me pregunto si tienen razón.

Nairn da un paso más hacia ellos, su figura imponente eclipsando la temblorosa determinación de cada uno de ellos. Su mirada oscurecida barre al grupo de aldeanos como si pudiera fulminarlos a todos con solo un pensamiento. El silencio se extiende, roto solo por el viento que arrastra el hedor de la muerte.

—Un niño en Halkirk se ha recuperado gracias a mi esposa —dice, su voz baja pero cargada de un peso que hace que algunos retrocedan instintivamente—. Lo diré solo una vez, y más os vale escuchar bien. ¿Alguien más quiere la ayuda de Mairead para un familiar enfermo o preferís que todos los que quedan aquí se pudran en el camino junto a los cadáveres que ya habéis abandonado?

El murmullo entre los aldeanos se detiene. Algunos bajan la mirada, otros intercambian miradas nerviosas. Incluso los más desafiantes parecen dudar. Nairn avanza otro paso, su mandíbula tensa y su expresión una mezcla de rabia contenida y un desprecio que no se molesta en ocultar.

—¡Hablad, maldita sea! —ruge, su voz retumbando en la plaza como un trueno—. Si alguien

más tiene el valor de llamarla bruja después de todo lo que ha hecho por vosotros, que lo diga ahora mismo. Porque juro por todos los demonios que, si lo hacéis, no tendréis que preocuparos por la enfermedad. Seré yo quien os mande a la tumba.

Un hombre joven, de rostro demacrado y manos temblorosas, da un paso al frente, sosteniendo la mirada de Nairn solo por un momento antes de bajarla.

—Mi hermana está enferma… —admite en voz baja, casi inaudible.

—Entonces llévanos a ella —responde Nairn de inmediato, sin darle tiempo a retractarse. Luego, gira hacia el resto, su mirada ardiendo con un fuego que hace que algunos retrocedan—. ¿Y los demás? ¿Quién más necesita ayuda?

La tensión en el aire es casi insoportable. Finalmente, una mujer levanta la mano, seguida de un anciano que apenas puede sostenerse en pie. Uno a uno, los aldeanos empiezan a hablar, sus voces entrecortadas por el miedo y la desesperación, hasta que casi todos están suplicando ayuda para alguien.

—Eso pensé —gruñe Nairn, volviendo su mirada hacia el anciano que lo había acusado antes. Sus palabras son un golpe final, una sentencia—. La próxima vez que queráis culpar a alguien, aseguraos de que no sea la única persona que está dispuesta a salvaros el culo.



Estoy inclinada sobre un hombre joven que apenas puede respirar, con el rostro empapado de sudor y los ojos cerrados en un gesto de dolor. Mi mano, temblorosa pero firme, ajusta un paño húmedo sobre su frente mientras murmuro palabras tranquilizadoras que no sé si alcanza a escuchar. La habitación está cargada de olores: hierbas, enfermedad y un leve rastro de ceniza de las brasas agonizantes en la chimenea.

Entonces, siento su presencia antes de escucharlo. Nairn se inclina a mi lado, su sombra envolviéndome como un manto, y su voz baja y grave llega a mis oídos, un susurro que parece contener un significado más profundo de lo que las palabras permiten.

—¿Por qué no pones tu mano en su frente y le ordenas que no se muera? —dice, sus palabras tan tranquilas como inquietantes.

Mi cuerpo se congela por un instante, y lo miro de reojo. Su expresión es inescrutable, sus

ojos fijos en el hombre enfermo como si estuviera estudiándolo, como si supiera algo que yo no sé.

—¿Qué estás diciendo? —pregunto, casi sin aliento, mi voz un susurro cargado de incredulidad.

—Funcionó con el niño —responde, volviendo la mirada hacia mí, sus ojos oscuros cargados de una mezcla de desafío y algo más profundo, más visceral—. Estabas allí, Mairead. Le hablaste. Le pediste que no muriera. Y no lo hizo.

Trago con dificultad, buscando una respuesta. Él se incorpora un poco, cruzando los brazos sobre su pecho, sin apartar la mirada de mí.

—No estoy diciendo que sea brujería, ni ninguna de esas tonterías que murmuran los demás —continúa, con un tono bajo que parece envolvernos en un mundo aparte—. Pero hay algo en ti, Mairead. Algo que no alcanzo a entender, pero que funciona. Y te lo digo ahora porque yo… yo confío en ello. Confío en ti.

Mi corazón late con fuerza en mi pecho, cada palabra suya resonando en mi mente como un eco interminable. No sé qué responder, no sé cómo interpretar lo que está diciendo. Solo sé que, en este momento, con sus ojos fijos en los míos, parece estar viendo algo en mí que ni siquiera yo soy capaz de querer ver.

Bajo la mirada hacia el hombre, mi mano todavía ajustando el paño en su frente. Sus respiraciones son tan superficiales que apenas se nota si hay algo de vida dentro de él. Nairn sigue allí, su sombra imponente cubriéndome, su pregunta resonando en mi mente como un eco imposible de ignorar.

—No creo que sea tan fácil como ordenarles que no se mueran —murmuro, aunque mi voz tiembla al final. No estoy segura de si lo digo para convencerlo a él o a mí misma.

Pero mientras pronuncio esas palabras, algo en mi interior se remueve. Recuerdo al niño en Halkirk, su cuerpo frágil luchando contra la fiebre, y cómo, en un momento de desesperación, le hablé con un fervor que no parecía mío. No fue solo un ruego; fue una voluntad intensa, como si pudiera moldear el aire a mi alrededor, como si el universo estuviera escuchándome.

—Con el niño… —susurro, como si las palabras no quisieran salir—. No fue solo decirlo, Nairn. Fue… algo más. Fue como si cada fibra de mi ser se tensara hacia un único propósito: arreglar lo que parecía irreparable. Fue un impulso que no pude contener, como si… —mi voz se quiebra y alzo los ojos hacia él, buscando algo en su mirada que me dé valor para continuar—. Como si mi alma estuviera empujando contra algo que no puedo explicar. Un deseo tan puro y

feroz que dolía. Pero no era yo la que lo traía, solo le ayudaba a ser más fuerte.

Nairn no dice nada al principio. Su rostro está en sombras, pero sus ojos brillan con una intensidad que me hace sentir como si pudiera leer cada rincón de mi mente.

—¿Y lo sentiste antes? —pregunta, su tono grave, casi temeroso.

Trago saliva y asiento, porque no puedo mentirle, no a él.

—Sí. —Cierro los ojos un instante—. Solo los ayudo a no sucumbir, les traslado mi misma necesidad de no rendirme. No sé cómo explicarlo, pero lo siento en mis huesos, en mi sangre. Un deseo tan profundo que parece imposible que no funcione.

Él permanece inmóvil, y por un instante, temo que no diga nada, que mi confesión haya cruzado una línea que no debía cruzar. Pero entonces se inclina hacia mí, su voz un susurro áspero.

—Tal vez no sea fácil, Mairead. Pero lo que sea que hiciste, funcionó. Porque lo que hay en ti… —Hace una pausa, como si buscara las palabras adecuadas—. Lo que hay en ti es más fuerte de lo que crees.

Mis labios se entreabren, pero no sé qué responder. ¿Cómo podría? Porque mientras lo miro, mientras escucho sus palabras, me doy cuenta de algo: Nairn no tiene miedo de lo que soy, de lo que pueda significar esta… cosa en mí. Me cree capaz de algo que ni yo misma entiendo, y eso, de algún modo, es tan aterrador como esperanzador.

Porque, si él lo cree… ¿y si es cierto? ¿Y si realmente hay algo más en mí? Algo que ni siquiera yo alcanzo a comprender del todo.



La tarde comienza a ceder al manto de la oscuridad cuando uno de los hombres que se quedó en Cnocan aparece en la entrada de la aldea. Su caballo está cubierto de sudor, las patas manchadas de barro seco, y su rostro refleja una mezcla de fatiga y urgencia.

—Laird —dice, inclinando la cabeza hacia Nairn, aunque sus ojos parecen buscar algo más allá de una simple formalidad—. Vengo de Cnocan. Ewan… ha caído enfermo.

Siento cómo el ambiente, ya cargado por la enfermedad y el miedo, se vuelve aún más denso.

Giro la cabeza hacia Nairn y veo cómo su mandíbula se tensa, cómo su mirada se fija en el hombre, buscando más detalles que no se han dicho aún.

—¿Está grave? —pregunta, su voz baja y firme, pero hay un temblor apenas perceptible que no logro ignorar.

El hombre baja la mirada, como si dudara en responder.

—La fiebre subió rápido, mi señor. Los síntomas… son iguales a los de los otros. Mi señora dejó algunas indicaciones antes de irse, pero no sé si será suficiente.

Mi mirada busca a Nairn de nuevo, y lo encuentro con el rostro endurecido, sus ojos cargados de un fuego contenido. Pero sé que no es solo ira. Es preocupación. Ewan es más que un hermano para él; es un reflejo de su propia historia, de su propia sangre.

—Tengo que ir a Cnocan —digo, interrumpiendo el silencio pesado que se ha formado entre nosotros.

Nairn gira hacia mí, y hay algo en su mirada que se asemeja a una advertencia.

—Mairead, no puedes cabalgar hacia Cnocan ahora mismo. Está oscureciendo, llevas días sin descansar… acabarás enfermándote tú también.

Sé que tiene razón. Mi cuerpo está exhausto, mis manos tiemblan con cada esfuerzo, y mi mente se siente como un caballo desbocado. Pero no puedo detenerme. No cuando alguien más me necesita. No cuando es Ewan.

—No voy a enfermarme —respondo, aunque incluso yo oigo lo poco convincente que suena mi tono—. Él me necesita, Nairn. Y tú también quieres que vaya. Lo noto en tu voz, en tus ojos. Quieres que esté allí para ayudarlo.

Él guarda silencio por un momento, su mirada perforándome como si estuviera evaluando cada palabra que acabo de decir. Finalmente, deja escapar un suspiro y asiente, aunque no sin antes añadir:

—Bien —dice, su tono áspero pero decidido—. Da instrucciones rápido aquí de lo que deben hacer. Saldremos en cuanto termines.

Sin perder un segundo, me giro hacia las personas que han estado ayudando en la aldea. Mis palabras salen atropelladas, pero lo suficientemente claras como para que me entiendan y les explico: cómo preparar las infusiones que dejé listas para aliviar los dolores abdominales, cómo reducir la fiebre con paños fríos y, lo más importante, cómo hervir el agua antes de dársela a los enfermos para evitar más complicaciones, mantener la higiene de las manos y en los enfermos y

también cocer y asar los alimentos hasta tostarlos. No comer nada crudo.

Cada instrucción lleva una urgencia que no puedo disimular; necesito que comprendan la importancia de cada paso. Mientras hablo, noto que Nairn no me quita los ojos de encima, como si estuviera memorizando cada palabra que digo, como si compartiera mi carga en silencio y también le sorprendiera un poco.

Todo lo que sé lo he aprendido con el tiempo. No es un don divino, como muchos quieren creer, ni tampoco algún tipo de magia oscura como otros murmuran a mis espaldas. Es el fruto de años de leer, observar y, sobre todo, preguntarme cómo funciona este mundo tan lleno de misterios y contradicciones.

Cuando era una niña, mi madre solía reprenderme por hacer demasiadas preguntas. «Las mujeres no tienen por qué saber tanto» decía. Pero esa insaciable curiosidad fue lo que me salvó cuando me enviaron al convento. Aquel lugar era frío, austero, pero tenía un rincón mágico: la biblioteca. Allí, entre estantes polvorientos y mal iluminados, encontré algo más valioso que el oro: conocimiento.

Leía lo que mis manos pudieran alcanzar. Había tratados escritos por griegos como Hipócrates y Galeno, llenos de explicaciones sobre el cuerpo humano y sus misterios. Los monjes habían traducido manuscritos de Avicena, el gran médico árabe, cuyas palabras eran como mapas para entender la fragilidad y la fortaleza del cuerpo. Incluso recuerdo un libro pequeño, casi ilegible, que contenía fragmentos de conocimientos indios sobre curación y cirugía; hablaba de técnicas que parecían imposibles, como reconstruir partes del cuerpo.

Pero no fue solo leer. Fue observar. Las monjas, pese a sus buenas intenciones, a menudo mezclaban superstición con medicina. Creían que las enfermedades eran castigos de Dios o maldiciones, y aunque rezaban por las almas de las enfermas, no entendían que hervir el agua o mantener limpias las heridas podía marcar la diferencia.

Entonces, cuando un brote de fiebre asoló el convento, lo vi con mis propios ojos: las que se lavaban las manos, las que hervían el agua o mantenían sus cuerpos limpios parecían resistir mejor la enfermedad. Aquella lección se grabó en mi mente. Desde entonces, cada página que leía, cada hierba que estudiaba, se convertía en una herramienta. Aprendí a reconocer los primeros signos de infección y a distinguir qué plantas podían aliviar dolores o calmar la fiebre. La menta y el hinojo para los estómagos revueltos, el ajo como un protector contra las infecciones, las hojas de saúco para los resfriados.

Nunca lo dije en voz alta, pero las escrituras egipcias que encontré en un rincón olvidado de la biblioteca fueron las que más me marcaron. Hablaban de la vida como algo que debía

preservarse, del cuerpo humano como un templo. Aunque no entendía todo, algo en esos textos resonaba conmigo, me hacía sentir que, incluso en este mundo oscuro, había esperanza si uno sabía dónde buscarla.

Cuando dejé el convento, pensé que ese conocimiento se quedaría enterrado en mi mente, como una reliquia de un pasado que nunca usaría. Pero en Dunrobin, descubrí lo contrario. Las mujeres del castillo acudían a mí con dolencias que los hombres ignoraban. Y aunque no siempre podía solucionarlo todo, me di cuenta de que mis ojos, mis manos y lo que había aprendido eran suficientes para marcar una diferencia.

Por eso, cuando ahora explico cómo preparar las infusiones, hervir el agua o mantener limpias las manos y los utensilios, no hablo por hablar. Hablo porque he visto cómo estas cosas salvan vidas. Porque sé que detrás de cada palabra hay años de aprendizaje, de intentos y fracasos, y de una voluntad que no se quiebra.

No soy una bruja. No tengo poderes. Solo tengo la determinación de que, mientras pueda, mientras me quede aliento, lucharé contra la oscuridad de este mundo con lo único que tengo: conocimiento.

Cuando finalmente estoy lista, me acerco a mi caballo, sintiendo cómo la fatiga pesa sobre mis hombros, pero también una determinación que no me deja detenerme. Nairn está a mi lado, ajustando las riendas de su montura con movimientos precisos.

—Estás agotada —murmura, pero no hay reproche en su tono esta vez. Solo preocupación.

—Lo sé —respondo, subiendo al caballo con un esfuerzo que parece más grande de lo que debería—. Pero no puedo detenerme.

Él asiente una vez más, y con un gesto breve pero firme, señala hacia el camino.

—Entonces vamos.

CAPÍTULO 37



El aire dentro de la cabaña parece cargado de algo que no puedo identificar, pero lo atribuyo al calor de la fiebre que irradia Ewan. Está tumbado en el jergón, con las mejillas encendidas y los ojos entrecerrados. Su cabello pegado a la frente está empapado de sudor, y aunque su estado debería preocuparme, hay algo en su expresión que me inquieta más.

—¡Mairead! —exclama al verme, con una sonrisa torcida que parece demasiado… entusiasta.

Me acerco rápidamente, arrodillándome a su lado mientras saco mi saquito de hierbas.

—¿Cómo te sientes, Ewan? —pregunto, intentando ignorar la manera en que sus ojos brillan de una forma extraña.

—Mejor ahora que estás aquí… —Su voz es baja y rasposa.

Extiendo la mano para tomarle el pulso, pero en cuanto mis dedos rozan su muñeca, un sonido gutural escapa de su garganta. Es un gemido. Bajo la mirada y veo cómo sus labios se curvan en una sonrisa perezosa.

—Ewan… —murmuro, intentando ocultar mi incomodidad mientras retiro la mano, pero él la atrapa con sus dedos antes de que pueda alejarme.

—No te vayas —susurra, llevando mi mano a su rostro. Cierra los ojos y frota mi palma contra su mejilla, inhalando profundamente como si quisiera absorber mi presencia.

Mi cuerpo se tensa, y un calor incómodo sube a mis mejillas.

—Hueles… increíble, Mairead —continúa Ewan, completamente ajeno a la amenaza que emana de su hermano. Se inclina hacia mí, su nariz rozando mi cuello, y mi incomodidad se

transforma en alarma.

Intento retirar mi mano, pero su agarre es firme, aunque torpe.

—Ewan, deja de comportarte como un idiota. —La voz de Nairn suena a mis espaldas, tranquila, pero cortante.

Ewan se detiene un instante, parpadeando como si solo entonces se diera cuenta de la presencia de Nairn. Luego, con una lentitud exasperante, vuelve a recostarse en el jergón y señala hacia su entrepierna.

—Esto… no quiere bajar —dice mientras se señala hacia su erección bajo las mantas con un gesto torpe. Su tono es tan despreocupado que, por un segundo, no sé si reír o llorar—. Y tu esposa es demasiado… tentadora.

Mis ojos se agrandan antes de apartar la vista con rapidez, sintiendo cómo el calor sube a mi rostro. Nairn suelta una maldición por lo bajo y se pasa una mano por el rostro.

—Joder… —murmura, claramente sobrepasado—. Está enfermo, pero de otra clase de enfermedad.

Avanza hacia nosotros con pasos medidos, se inclina y envuelve la muñeca de Ewan con una de sus manos, retirando la mía con una firmeza inapelable. No es un movimiento brusco, pero la autoridad que emana de él es suficiente para hacer que incluso alguien tan fuera de sí como Ewan suelte su agarre.

—Compórtate —le ordena Nairn con un filo tranquilo, como un cuchillo afilado que no necesita ser blandido para intimidar.

—¿Has comido algo de la aldea? —pregunto rápidamente, intentando desviar la atención hacia lo importante.

—Nada. —Su respuesta es inmediata, pero su tono suena perdido, desorientado.

—¿Bebiste algo? ¿Whisky? —insisto, inclinándome hacia él.

—No. Solo una jarra de agua que me dio una niña. No quise ser descortés.

Un escalofrío me recorre al escuchar sus palabras.

—¿Y qué pasó después? —pregunto, mi voz más baja.

—Mi cabeza… se llenó de pensamientos impuros. —Se ríe, aunque el sonido es quebrado y débil—. Y esto… —Hace un gesto vago hacia su entrepierna—. No quiere irse.

Antes de que pueda decir algo, su rostro cambia de repente. Sus ojos se agrandan y un ruido

gutural escapa de su garganta.

—¡Cubo! —jadea, llevándose una mano al estómago.

Sin perder tiempo, alcanzo la palangana junto a la cama justo cuando se inclina hacia adelante para vomitar. El sonido es húmedo y desagradable, pero me obligo a mirar el contenido mientras mi mente trabaja a toda velocidad. La bilis amarilla que ha expulsado no parece contener nada extraño a simple vista, pero algo no encaja.

—¿Es lo mismo que los demás? —pregunta Nairn, sus ojos clavados en el cubo con el ceño fruncido.

—Sí… y no. —Levanto la vista hacia él, intentando ordenar mis pensamientos—. Los síntomas son los mismos, pero en menor medida. Si es algo en el agua, puede que él haya tomado una dosis más pequeña, por eso su reacción es diferente.

Nairn asiente lentamente, procesando mis palabras con su habitual calma.

—Que nadie beba agua sin hervirla antes durante más de cinco minutos —le digo, mi voz firme a pesar del agotamiento—. Informa a todos, aquí y en los demás pueblos.

—Lo haré. —Su mirada se endurece mientras asiente, y por un momento, siento el peso de su responsabilidad como Laird.

—Y… tráeme un poco de esa agua del pozo. Quiero examinarla.

Ewan se hunde contra las mantas después de vomitar, con el rostro pálido y un sudor brillante cubriendo su frente. Aunque parece debilitado, sus ojos siguen vidriosos, y sus labios murmuran algo que no consigo entender.

Antes de que pueda moverme, Nairn da un paso adelante, colocando una mano firme en mi hombro.

—¿Estarás bien sola con él?

—Sí, ve. No te preocupes —le respondo.

Nairn me observa con atención durante un segundo más, y luego dirige su mirada hacia su hermano.

—Ewan, escúchame bien —dice, con una calma que roza lo letal mientras se inclina sobre él —. Si vuelves a tocar a mi esposa, aunque sea con un dedo febril, te prometo que no me importará tu estado. Te ataré al caballo y te llevaré de vuelta a Dirlot para que te enfríes con un baño en el río.

Ewan gime algo que podría interpretarse como una disculpa, pero Nairn no espera confirmación. Abre ligeramente la puerta, dejando entrar una ráfaga de aire frío y se va a impartir nuevas órdenes.



El vaso permanece entre nosotros como una amenaza silenciosa, tan pequeño y ordinario, pero cargado con la posibilidad de ser la causa de todo este sufrimiento. Lo sostengo entre mis manos, observando cómo el líquido se mueve con suavidad al inclinarlo ligeramente. Nada en su apariencia me dice que es peligroso. Pero sé que las peores amenazas son las invisibles.

Nairn está sentado frente a mí, con la mirada fija en el vaso, sus brazos cruzados sobre el pecho y una expresión que mezcla determinación y preocupación. Ewan gime detrás de nosotros en el jergón, su respiración entrecortada llenando los silencios entre nuestras palabras.

—Voy a tomar un trago —digo finalmente, mi voz firme a pesar del nudo que siento en la garganta.

—¿Qué? —El tono de Nairn es seco, cortante, y su mirada se oscurece mientras se inclina ligeramente hacia mí—. ¿Qué coño vas a hacer?

—Necesito saber si esto es la causa, Nairn —respondo con calma, aunque el corazón me late con fuerza—. Un pequeño trago no me hará daño.

—¿Y si lo hace? —replica él, sin apartar los ojos de mí—. ¿Y si ese pequeño trago es suficiente para enfermarte?

—Tengo que hacerlo. —Mi voz suena más baja ahora, pero no menos decidida—. Si no probamos esto, no sabremos con certeza si es el agua o algo más.

—No, Mairead. —Se levanta de la silla de golpe, con un movimiento rápido que casi derriba la mesa. Me quita el vaso de las manos antes de que pueda llevármelo a los labios y lo sostiene firmemente, como si fuera un arma cargada—. Si alguien tiene que hacerlo, seré yo.

—No puedes —respondo, levantándome también y enfrentándome a su imponente figura—. Tú eres el Laird de los Gunn. Si algo te ocurriera, ¿qué pasaría con tu gente?

—¿Y qué pasaría con ellos si tú caes enferma? —Su voz se endurece, y sus ojos se clavan en los míos con una intensidad que hace que mi respiración se detenga un segundo—. Eres la única

que sabe cómo salvarlos, Mairead.

—No dejaré que lo hagas tú. —Intento alcanzar el vaso, pero él lo mantiene fuera de mi alcance, sus dedos envueltos con firmeza alrededor de la base de cristal.

—¿Lo sentirías? ¿Si enfermara? —pregunta de repente, su tono más bajo pero no menos intenso.

Parpadeo, desconcertada por el cambio en sus palabras, y por un instante, no sé cómo responder.

—Claro que lo sentiría —murmuro al fin, mis palabras apenas un susurro—. Más que eso.

—¿Por qué? —insiste, su mirada nunca apartándose de la mía.

Siento que la habitación se estrecha, que todo lo demás desaparece excepto nosotros dos. Bajo la mirada un momento, buscando la fuerza para responder, pero cuando vuelvo a mirarlo, sé que no puedo mentirle.

—Porque no podría soportar que algo te ocurriera —admito, mi voz quebrándose al final—. Porque eres... un buen hombre.

Él ladea la cabeza, estudiándome como si intentara desentrañar cada rincón de mi alma.

—¿Solo por eso?

—No.

—Entonces dímelo —me interrumpe, inclinándose un poco más hacia mí, su presencia tan imponente que me cuesta mantener la compostura—. Si algo me ocurriera, ¿me extrañarías como se extraña a un buen hombre… o hay algo más?

Mi corazón late tan rápido que estoy segura de que él puede oírlo. Y aunque quiero negarlo, quiero mantener el control sobre esta conversación, la verdad se filtra en mis ojos antes de que mis labios puedan pronunciarla.

—Hay más —susurro al fin, con un hilo de voz que parece romperse en cada palabra—. Te has vuelto alguien muy importante para mí.

Él no se mueve, pero puedo ver cómo su mandíbula se tensa, cómo sus dedos alrededor del vaso se contraen ligeramente, como si necesitara aferrarse a algo tangible para procesar lo que estoy diciendo.

—Eres el hombre más fuerte que he conocido —continúo, dejando que las palabras fluyan—. Pero no es solo tu fuerza física, sino tu capacidad de cargar con el peso de tu gente, de

protegerlos sin quejarte, sin pedir nada a cambio. Es algo que admiro profundamente.

Siento que un calor incómodo sube a mi rostro, pero no me detengo. No puedo detenerme ahora.

—Y no es solo eso —añado, bajando un poco la voz, como si temiera que alguien pudiera oírnos—. Es la manera en que miras a tu alrededor, como si quisieras entenderlo todo, como si nunca dieras nada por sentado. Es la paciencia que tienes, incluso cuando estás frustrado, incluso cuando sientes que el mundo entero te está poniendo a prueba.

Mis ojos buscan los suyos, y cuando lo hacen, siento que estoy cayendo en un abismo que me atrae más de lo que debería.

—Y… —tomo aire, porque decir lo siguiente me deja expuesta de una manera que nunca creí posible—. Es la manera en que me miras a mí. Como si te importara cada cosa que hago, cada cosa que digo, incluso cuando yo misma no estoy segura de lo que estoy haciendo. Como si tuvieras fe en mí incluso cuando yo no la tengo.

Él no dice nada, pero sus ojos oscuros se han suavizado. Hay algo en su expresión que me hace sentir como si estuviera más cerca de mí que nunca, como si cada palabra mía lo estuviera atando a mí de una manera que no puedo comprender.

—Nairn… —mi voz se quiebra, pero sigo adelante, porque ya no hay vuelta atrás—. No podría soportar que algo te ocurriera porque… contigo siento algo que nunca he sentido antes. Siento que, por primera vez, no tengo que ser otra persona, que puedo ser yo misma.

Su mirada, que siempre ha sido una fortaleza impenetrable, ahora está llena de algo que no puedo descifrar.

—¿Lo ves ahora? —murmuro, sintiendo que mis ojos se llenan de lágrimas—. Por eso no puedo dejar que seas tú quien beba el agua. Porque si te pasa algo, Nairn, no sé si podría seguir adelante.

—Mairead… —dice, con una suavidad que no esperaba.

Antes de que pueda detenerlo, lleva el vaso a sus labios y se bebe su contenido.

—¡Nairn! —exclamo, mi voz llena de pánico mientras intento arrebatarle el vaso, pero él ya lo ha hecho.

Se deshace del resto del agua en el fuego donde estamos hirviendo todo el agua que tenemos con calma, aunque en sus ojos puedo ver la tormenta que se esconde tras su aparente serenidad.

—Ahora lo sabremos, Mairead —dice con voz firme, su mirada clavada en la mía—. Si esto

es peligroso, lo descubriré yo, no tú. Porque si te pasara algo, tampoco sé si podría seguir adelante.

Mis labios se entreabren, pero las palabras no llegan. Y mientras el tiempo parece detenerse entre nosotros, me doy cuenta de que no necesito que diga nada más. Sus acciones han dicho todo lo que yo no me atrevo a nombrar.

CAPÍTULO 38



Al regresar a la cabaña de Fergus, me siento agotada hasta los huesos. La noche ha caído, y las estrellas, aunque tímidas, iluminan los caminos estrechos de Cnocan con un brillo tenue. Mi falda está empapada en los bajos por el barro del camino, y las manos me duelen de tanto trabajar con los enfermos. Sin embargo, el pensamiento de encontrar a Nairn en la cabaña me empuja a dar un paso tras otro.

Al abrir la puerta, la primera sensación que me golpea es el calor sofocante. El fuego en el hogar crepita con demasiada intensidad, y el aire dentro parece casi tan denso como en una forja. Parpadeo, intentando adaptarme a la penumbra del interior, pero entonces lo veo.

Nairn está sentado junto a la mesa, inclinado hacia adelante, con los codos apoyados sobre sus muslos y las manos entrelazadas. Su cabello desordenado cae sobre su frente y la camisa que llevaba antes está ahora desabrochada hasta el pecho, dejando a la vista la piel que brilla con una fina capa de sudor.

—¿Estás bien? —pregunto, cerrando la puerta tras de mí y dejando mi bolso de hierbas sobre la mesa. Mis ojos recorren su postura tensa, y noto que su respiración es más profunda de lo habitual.

—Estoy bien —responde, pero su voz tiene un timbre grave, rasposo, que no termina de convencerme. Ni siquiera me mira. Sus ojos están fijos en un punto indefinido del suelo, como si estuviera librando una batalla interna.

Doy un paso más hacia él, preocupada por su estado. Lo veo ajustar su postura, como si intentara alejarse de mí sin moverse realmente.

—¿Nairn? —Miro su rostro con atención, pero lo que veo en sus ojos cuando por fin alza la

mirada me deja sin aliento. Hay algo primitivo, oscuro, una intensidad que nunca había visto antes. Un escalofrío recorre mi columna, no de miedo, sino de algo que no alcanzo a identificar.

—¿Qué pasa? —insisto, aunque mi voz apenas es un murmullo.

Él cierra los ojos con fuerza, pasa una mano por su cabello desordenado y suelta un largo suspiro, casi un gruñido.

—No es nada. —Se pone de pie de golpe, tan rápido que retrocedo un paso por puro instinto. Es más alto de lo que recordaba en esta penumbra, su figura llena casi todo el espacio entre la mesa y la cama. Hay una energía inquieta en él, como si su cuerpo no pudiera quedarse quieto. Se lleva una mano al cuello, masajeándose con fuerza.

—¿Te encuentras mal? —Doy otro paso hacia él, pero entonces Nairn levanta la mirada, y el fuego en sus ojos me detiene.

—No te acerques. —Su voz es un gruñido bajo, lleno de algo que no sé identificar. Es como si le costara contenerse, como si estuviera al borde de algo que no entiende—. No ahora, Mairead.

Me quedo quieta, con la respiración contenida, observándolo como si fuera un animal salvaje a punto de atacar. Sus hombros se tensan, y veo cómo su pecho sube y baja con una respiración pesada. Entonces lo noto: el calor que irradia no es solo por el fuego del hogar, es algo más profundo, algo que quema desde dentro.

—¿Qué sientes? ¿Es por el agua? —pregunto, mi voz apenas un susurro.

Él asiente, pero no dice nada. Sus manos se cierran en puños a los costados de su cuerpo, y da un paso hacia atrás, como si la distancia pudiera aliviar lo que está sintiendo.

—Nairn, déjame ayudarte. —Doy un paso adelante, pero él alza una mano, deteniéndome.

—No es algo que puedas arreglar con tus hierbas, Mairead. —Su tono es seco, pero hay algo más en su mirada, algo que lo traiciona. Su mandíbula se tensa, y veo cómo un músculo late en su cuello—. Esto es… distinto.

—¿Distinto cómo? —insisto, con el corazón latiendo desbocado en mi pecho. Pero entonces sus ojos bajan, y siguen el camino de mi mano hasta mi muñeca, y más arriba. Su mirada es casi tangible, como un roce que me quema la piel.

—Es… —se detiene, inhalando con fuerza, como si el aire de la habitación fuera insuficiente —. Mierda, Mairead. No deberías estar aquí.

—¿Por qué? —pregunto, aunque ya sé la respuesta. La veo en cada línea de su cuerpo tenso,

en la forma en que me mira como si no supiera si dar un paso hacia mí o salir corriendo de la cabaña.

—Porque no puedo confiar en mí mismo contigo tan cerca. Algo está ardiendo dentro de mí y no puedo apagarlo.

Doy un paso más hacia él, acortando la distancia que ha intentado poner entre nosotros. Su respiración se acelera aún más, y veo cómo su mano se tensa alrededor del borde de la mesa, como si necesitara algo a lo que aferrarse.

—Nairn… —Mi voz tiembla un poco, pero no por miedo, sino por la intensidad del momento.

—Dios, no digas mi nombre así —gruñe, cerrando los ojos con fuerza—. Me hace querer…

Se interrumpe, pero lo veo en sus ojos cuando los abre: está al límite. Su autocontrol, la disciplina que lo define, está a punto de romperse.

Y se rompe.

En un latido, el aire entre nosotros desaparece. Me empuja contra la pared con un movimiento feroz, sus manos grandes aferrándose a mi cintura, atrapándome. Su boca choca contra la mía con una fuerza casi desesperada, un beso posesivo, salvaje y crudo, como si necesitara devorarme para sobrevivir.

Gimo contra sus labios cuando sus manos recorren mi cuerpo sin paciencia, sin delicadeza. Me necesita. Ahora.

—Quítate esto —gruñe con voz rasposa y oscura, tirando del cordón de mi vestido. No es una súplica. Es una orden.

Sus dedos, impacientes, comienzan a deshacer los nudos, pero su deseo es demasiado frenético, demasiado descontrolado. Maldice entre dientes y termina rasgándolo, arrancando la tela como si fuera un obstáculo irritante entre él y su única necesidad.

—Nairn… —intento hablar, pero su boca ya está sobre mi piel, quemándome con besos hambrientos, con dientes que muerden y labios que retienen mi carne entre ellos con una intensidad que me deja sin aliento.

Mis pezones se endurecen cuando su lengua los encuentra, atrapándolos en su boca con un ardor desesperado. Su barba raspa contra mi piel, enviando un escalofrío abrasador hasta el vientre.

Su cuerpo está tan caliente que parece que su piel va a estallar en llamas. Me presiona contra

la pared con su peso, con su dureza, y mi cabeza cae hacia atrás cuando sus dientes recorren mi clavícula.

—No tienes idea de lo que me haces, Mairead —murmura con voz entrecortada, con una necesidad que roza la agonía.

Su boca sigue descendiendo, sus manos explorando con fiereza, con un hambre casi salvaje.

—Nairn, espera… —intento protestar, pero es inútil.

Su aliento caliente golpea mi piel mientras me rodea las caderas con las manos y me alza, como si no pesara nada. Me aferro a sus hombros, sintiendo el temblor en sus músculos, el cuerpo de un hombre que está perdiendo la razón.

—No voy a esperar. —Su tono es feroz, animal—. No puedo. Siento que si no te hago mía ahora mismo, me volveré loco.

Me mira, y por un instante, el deseo es tan brutal, tan insoportable, que ambos sabemos que no hay vuelta atrás.

—Hazlo —susurro, mi propia voz transformada en un jadeo entrecortado—. Adelante.

Un gruñido gutural escapa de su pecho antes de que el mundo entero estalle.

Antes de que pueda procesar sus palabras, uno de sus dedos encuentra mis sexo, se desliza con una brusquedad que me arranca un gemido entremezclado con sorpresa y placer. El calor húmedo que ya arde en mi interior parece complacerlo, porque su respiración se acelera mientras me acaricia sin compasión.

—Tan húmeda… tan lista para mí siempre —murmura, y su voz grave resuena como un trueno que sacude cada fibra de mi ser.

Antes de que pueda formular algún tipo de protesta, me empuja boca abajo sobre la mesa. Su pecho cubre mi espalda, la fuerte presión de su cuerpo contra el mío me recuerda el poder que tiene sobre mí. Sus manos se deslizan por mis costados, explorando cada curva, cada recoveco con dedos hábiles y ansiosos.

Sus dedos me abandonan de repente, pero antes de que pueda sentir la pérdida, sus manos fuertes se aferran a mis caderas y me empujan hacia atrás contra él. Su erección, caliente y firme como una vara de hierro, presiona contra mi sexo, y mi cuerpo se tensa de anticipación.

—Nairn… —jadeo, pero mis palabras se pierden cuando se coloca en mi entrada y se hunde en mí de una sola embestida, rápida, decisiva, desgarradora en su intensidad.

Un grito ahogado escapa de mis labios, y mis uñas se clavan en la madera de la mesa

mientras mi cuerpo se adapta a su tamaño, a la plenitud abrumadora que me invade. Cada centímetro de él está dentro de mí, estirándome, llenándome de una forma que es tan exquisita como dolorosa.

—Dios, Mairead… —jadea, su voz entrecortada mientras empieza a moverse, retirándose lentamente solo para empujar de nuevo con más fuerza.

El ritmo que impone es feroz, inquebrantable. Sus caderas golpean contra mis nalgas con un sonido húmedo y rítmico que llena la cabaña junto con nuestros gemidos. La fricción es abrasadora, un placer crudo que me consume con cada embestida.

—Mírate… —gruñe, inclinándose sobre mí para besar la curva de mi cuello mientras su mano se desliza hacia abajo, separando mis nalgas—. Mía. Toda tú.

Un escalofrío me recorre cuando siento sus dedos acariciando mi otro orificio, trazando círculos lentos y deliberados que me arrancan un gemido bajo y tembloroso. No me da oportunidad de protestar; su toque es firme, decidido, y cada movimiento suyo me lleva más cerca del borde.

—Nairn… —mi voz tiembla, pero él no se detiene.

Su dedo presiona apenas, explorando, mientras sus embestidas no cesan, hundiéndose en mí con un ritmo implacable que me roba el aliento. Mi cuerpo se arquea involuntariamente, atrapado entre la dureza de la mesa y la fuerza abrumadora de sus caderas.

El placer se acumula en mi interior como una tormenta a punto de estallar. Mis gemidos se vuelven más altos, más desesperados, y cuando el clímax me golpea, es como una ola que arrasa con todo. Mi cuerpo entero se tensa, temblando mientras el orgasmo me arranca un grito ahogado y mi interior se contrae alrededor de él.

Pero Nairn no se detiene. Su respiración es un gruñido constante, y su control se desliza mientras me mantiene en este abismo de placer. Con un movimiento brusco, me toma por las caderas y me da la vuelta, tumbándome sobre la mesa de espaldas. La madera fría contra mi piel contrasta con el calor abrasador de su cuerpo, que ya se inclina sobre el mío.

—No he terminado contigo. —Sus palabras son un susurro oscuro mientras separa mis piernas con sus manos, posicionándose entre ellas con una determinación que me deja sin aliento.

Aunque mi cuerpo aún tiembla por el clímax anterior, él vuelve a hundirse en mí con un movimiento firme y profundo que me arranca un jadeo.

—Oh, Dios… —mi voz es un gemido quebrado, pero no tengo fuerza para decir más.

Su pelvis golpea contra la mía, el sonido húmedo y rítmico llenando la habitación mientras sus embestidas se vuelven más frenéticas. Puedo sentir cada centímetro de él entrando y saliendo de mí, rozando ese punto dulce en mi interior que me hace gritar de placer.

Mis piernas se enredan alrededor de su cintura, mis manos se aferran a sus hombros, buscando algo a lo que anclarme mientras él me lleva más allá de mis límites. El sudor cubre nuestras pieles, mezclándose, y el olor del sexo llena mis sentidos.

Su boca encuentra la mía, feroz, demandante, mientras su cuerpo se mueve con una intensidad que me hace perder el sentido del tiempo y el espacio. Cuando finalmente se deja ir, con un gemido ronco que vibra contra mi piel, siento su liberación llenándome, su cuerpo tensándose contra el mío mientras ambos nos rendimos al caos de ese momento.

El silencio que sigue está cargado de respiraciones entrecortadas y latidos desbocados. Permanezco tumbada sobre la mesa, con su cuerpo pesado sobre el mío, mientras nuestras respiraciones se entrelazan.

—Eres mía, Mairead. —Su voz es un susurro grave, pero la intensidad de sus palabras aún me envuelve como una promesa que no puedo ignorar—. Nunca te dejaré marchar ni te entregaré a otro.

El peso de Nairn sobre mi cuerpo es aplastante, pero no en el sentido opresivo; es como una manta de calor y fuerza que me envuelve, como si con su mera presencia quisiera asegurarse de que nada pueda separarnos. Su aliento golpea mi piel, aún entrecortado, y su frente se apoya en la mía con un gesto que mezcla rendición y posesión absoluta.

El calor de su cuerpo me indica que tiene fiebre y por eso no detiene las palabras que siguen fluyendo de él como un torrente descontrolado.

—Quise tenerte así desde la primera vez que te vi —murmura, su voz baja, quebrada, pero cargada de una pasión tan primitiva que me deja sin aliento—. Con las piernas abiertas para mí, mirándome como si yo fuera el único hombre en el mundo capaz de tocarte…

Trago saliva, sin saber si las lágrimas en mis ojos son por sus palabras o por la intensidad de este momento.

—Hubiera matado a Kester por atreverse a despreciarte, por tratarte como si fueras invisible cuando a mí me hacías arder.

Las palabras son un susurro desgarrador, un gruñido contenido, y cuando cierra los ojos un momento, como si luchara contra sus propios demonios, algo en mi pecho se aprieta.

—No creí que podría tenerte, Mairead. —Su confesión llega como un golpe suave,

inesperado, y siento sus dedos temblar ligeramente sobre mi cintura—. Te veía como algo más que una mujer; eras una fuerza que no podía tocar sin quemarme. Como esos cuadros que no se pintan para ser admirados de cerca, sino para recordarte que hay belleza en este mundo que nunca será tuya.

Mis labios se entreabren, pero ninguna palabra consigue escapar. Siento el temblor de su cuerpo contra el mío, y cuando su mano sube para apartar un mechón de mi rostro, sus dedos son tan firmes como gentiles, como si sostuvieran algo sagrado.

—Y no me importa cuántos años tenga que luchar, cuántos fantasmas cargues, cuántos días me tome derribar tus muros. No hay nada ni nadie que me obligue a soltarte. No tienes ni idea de lo que has hecho conmigo… de cómo me desarmas. —Su risa, corta y amarga, es un sonido extraño viniendo de él, pero no puedo apartar la vista de sus ojos—. Joder, Mairead, he pasado toda mi vida pensando que nada ni nadie podía romperme. Ni los hombres, ni las batallas, ni la muerte. Pero entonces llegas tú…

Su mano asciende, enredándose en mi cabello con un gesto que es tanto una caricia como una necesidad desesperada.

—Y no me rompes, no. Eso sería demasiado fácil. Tú me haces pedazos. Trozo a trozo, mirada a mirada. Y lo peor… o lo mejor… es que no quiero repararme. Quiero seguir así, jodido, perdido, entregado. Porque si alguien tiene derecho a poseerme, a tener lo que soy, Mairead… eres tú. Y si te tengo a ti, que todo lo demás se vaya al infierno.

Su frente se desliza hasta mi cuello, y siento el calor de su aliento contra mi piel. Pero esta vez no hay urgencia en sus movimientos, no hay la intensidad feroz de antes. Solo hay un hombre que me sostiene como si yo fuera lo único que importa en el mundo.

Lo siento temblar contra mí, pero no es miedo. Es algo mucho más profundo, algo que comparto con él en este momento, porque sus palabras no me dejan otra opción. Me hace sentir como si fuera el centro de su universo, como si su fuerza, su rabia, todo lo que es, girara alrededor de mí.

— Eres mi mundo, incluso si yo no soy el tuyo aún.

—Nairn, estás febril… —susurro, pero mi voz es débil, un hilo que apenas se sostiene entre nosotros.

Lo rodeo con un brazo por la cintura, guiándolo hacia la cama.

—Vamos, túmbate. —Mi voz suena más segura de lo que me siento. Él me observa, como si quisiera decir algo, pero asiente. Sin soltarme, se deja caer sobre el colchón, su peso hundiendo

las sábanas de lino gastadas.

Cuando intento apartarme, su mano se cierra alrededor de mi muñeca, suave, pero implacable. Me obliga a girarme hacia él, y su mirada me perfora con la fuerza de un huracán.

—No te vayas. —Es casi un ruego, pero hay algo en su tono que me dice que no es una petición. Es una necesidad.

—No lo haré… —le digo y su brazo se enrosca en mi cintura y me atrae hacia él, como si el simple acto de apartarme pudiera romperlo en mil pedazos.

Su aliento calienta mi piel cuando sus labios rozan mi sien, un gesto que me hace cerrar los ojos por la intensidad de la emoción que despierta en mí.

Me acomoda contra su pecho con un cuidado que no esperaba después de la tormenta que acabamos de atravesar.

—¿Sabes lo que quiero ahora? —su voz es baja, grave, como el eco de un trueno distante.

—¿Qué? —pregunto, apenas un susurro.

—Esto. Solo esto. Tú aquí, conmigo. —Hace una pausa, y siento el calor de sus labios rozando mi cuello mientras añade—: Podría pasar el resto de mi vida así y sería suficiente.

—¿Sin blandir una espada ni dar órdenes? —le pregunto, arqueando una ceja con incredulidad.

Por toda respuesta, Nairn se mueve contra mí, su erección presionándose deliberadamente contra mis nalgas. Un calor abrasador sube por mi espalda cuando siento la intensidad de su deseo.

—Aquí tengo una espada que puedo blandir cuando quieras —murmura con una voz baja, cargada de deseo, mientras sus labios rozan mi oído—. Y también puedo ordenarte que abras las piernas para mí ahora mismo.

El aire me abandona en un suspiro entrecortado. Sabe exactamente el efecto que tiene sobre mí y no duda en aprovecharlo. Mis labios se entreabren para responder, pero lo único que consigo es un jadeo ahogado cuando su mano recorre lentamente el contorno de mi muslo, subiendo con una firmeza que no me deja escapatoria.

—¿Qué dices, Mairead? —continúa, su aliento cálido contra mi cuello mientras sus dedos trazan círculos lentos y tentadores en mi piel—. ¿Vas a obedecer… o voy a tener que convencerte?

Su cuerpo vuelve a moverse contra el mío, con la misma hambre feroz que ya debería haber

quedado satisfecha, pero no lo está. Me toma con una urgencia que no disminuye, que parece aumentar con cada embestida, como si yo fuera un manantial del que él no puede beber lo suficiente.

El sudor de su piel se mezcla con el mío, y su respiración es un gruñido constante contra mi oído. Estoy atrapada entre su cuerpo y la cama, con las piernas aún temblorosas de los dos clímax anteriores, y aun así, mi cuerpo responde a él como si no conociera límites.

Pero esta vez, hay algo diferente.

Cuando vuelve a hundirse en mí, con un movimiento profundo y decidido que me arranca un gemido, una idea comienza a abrirse paso en mi mente, apenas un destello en medio del torbellino de sensaciones. Su persistencia, su insaciable deseo… no es normal. Algo en su intensidad me parece distinto, casi desbordado, como si hubiera perdido el control que tanto lo define.

—Nairn… —murmuro entre jadeos, pero no sé si intento detenerlo o pedirle más.

Él no responde. O tal vez no puede. Su ritmo se vuelve más frenético, sus caderas golpean contra las mías con una fuerza que me roba el aliento, y su boca encuentra la curva de mi cuello, dejando un rastro de besos húmedos y mordiscos que me hacen arquear la espalda.

Intento aferrarme a esa sospecha, pero su mano se desliza entre nuestros cuerpos, encontrando ese punto que me hace perder la cabeza. Un grito ahogado se escapa de mis labios cuando sus dedos comienzan a moverse en perfecta sincronía con sus embestidas, y la sospecha se desmorona, dejándome caer en el abismo de placer que él crea a su antojo.

El grito que escapa de mis labios se mezcla con el suyo, un rugido bajo que reverbera en mi piel mientras siento su liberación llenándome una vez más.

Pero incluso cuando nuestros cuerpos finalmente colapsan, cuando nuestras respiraciones se entremezclan en el aire pesado de la habitación, la sospecha permanece, enterrada justo debajo del agotamiento y el placer. Algo no está bien.

Y mientras él me sostiene contra su pecho, con sus dedos trazando círculos lentos y posesivos en mi cintura, no puedo evitar preguntarme cuánto tiempo tardará en darse cuenta de lo que yo ya empiezo a temer.

CAPÍTULO 39



El amanecer en Cnocan trae un silencio que solo acentúa el peso de mis pensamientos. Estoy despierto desde hace horas, tumbado en la cama que parece haber soportado más de lo que debía anoche. Mairead ya no está. No sé a qué hora se levantó, pero no me extraña que haya encontrado una excusa para irse antes de que yo abriera los ojos.

La claridad del día me golpea mientras repaso los fragmentos de la noche anterior. Apenas puedo mirar la madera de la mesa sin que me invada una mezcla de vergüenza y algo que no sé cómo nombrar.

Mierda.

Pasé años burlándome de hombres que no podían controlar sus impulsos. ¿Y ahora qué? He sido incapaz de contenerme, comportándome como un jodido animal. La fiebre, lo que fuera que tuviera esa maldita agua… no es excusa. La usé. La tomé como si fuera mía, como si no tuviera opción, como si su cuerpo fuera la única respuesta a la locura que ardía en mi interior.

Lo peor no es lo que hice, sino lo que sentí mientras lo hacía.

Porque nada puede justificar la forma en que no quise detenerme. No quería parar porque, por más primitivo que fuera, necesitaba poseerla de una manera que ni siquiera sabía que existía.

Me incorporo en la cama, dejando que el peso de mis pensamientos se asiente mientras busco un poco de agua para lavarme la cara. Me detengo antes de tocar el cuenco.

«Ni una gota más de esta mierda, Nairn. Aprendiste la lección. Ni aunque esté hervida».

Una vez vestido, ajusto el cinturón con más fuerza de la necesaria. La sensación de Mairead bajo mis manos, el sonido de su voz rompiéndose entre jadeos, la forma en que sus ojos me

miraron… todo sigue clavado en mi mente.

No tengo miedo de enfrentarla. Pero no tengo claro cómo puedo mirarla sin que recuerde que no fui capaz de detenerme. Lo que me preocupa no es si está enfadada; es si la he alejado de mí.

Cuando llego a la cabaña donde está Ewan, la encuentro junto a él, exactamente como esperaba. Está inclinada sobre mi hermano, sus manos cuidadosas mientras revisa algo en su brazo. Su postura es la misma de siempre: calmada, precisa.

Entro sin hacer ruido, apoyándome en el marco de la puerta para observarla un momento. Sus dedos se mueven con rapidez, y su rostro está tan concentrado que parece ajena a mi presencia. Pero yo sé que lo siente. Mairead siempre lo siente.

—¿Cómo está? —pregunto al fin, rompiendo el silencio.

Ella levanta la mirada, solo un segundo, antes de volver a centrarse en lo que hace.

—Mejor. —Su voz es tranquila, como si no estuviera afectada por mi comportamiento errático de anoche.

Ewan, por su parte, se revuelve en el jergón, gruñendo algo que apenas entiendo. Tiene mejor aspecto que ayer, aunque sigue siendo una jodida desgracia. Al menos ya no intenta tocar a Mairead.

—¿Vienes a sermonearme otra vez? —murmura, con un intento de sonrisa que solo resalta lo mal que está.

—No hace falta. Tú solo ya te encargas de ser una lección andante de qué no hacer —le respondo, cruzándome de brazos mientras lo observo.

—Por lo menos ya no estoy delirando —murmura, aunque su voz sigue sonando cansada—. Aunque no sé si quiero recordar todo lo que dije o hice…

—Te conviene no hacerlo. —Mi tono es seco, pero una sonrisa leve cruza mi rostro al ver cómo sus mejillas se sonrojan un poco.

Mairead, en cambio, no reacciona. Sus manos siguen trabajando, sus ojos fijos en su tarea, y aunque quiero pensar que no hay nada diferente en ella, no puedo ignorar la tensión que noto en sus movimientos.

El silencio en la cabaña se siente pesado, y mi mente no deja de girar alrededor de una sola conclusión: el agua.

Lo que ocurrió con Ewan, lo que ocurrió conmigo… está todo relacionado. Lo que sea que

contiene, afecta de formas diferentes según la cantidad que consumes. Pequeñas dosis pueden desatar un deseo tan incontrolable que te convierte en un maldito salvaje. Y mayores dosis…

Pienso en los muertos que vimos en Dunbeath, en los enfermos en Halkirk, en Cnocan.

—El agua tiene algo —digo en voz alta, mis palabras cortando el silencio.

Mairead levanta la vista, sus ojos encuentran los míos por un instante. Hay algo en su mirada que no puedo descifrar, pero no me evita. Me mira como si estuviera esperando que yo dijera algo más.

Ewan se recuesta de nuevo, suspirando con cansancio, pero no dice nada más. Mairead, en cambio, se limpia las manos en su delantal y se acerca a la mesa donde tiene sus cosas.

—Tengo una sospecha —dice Mairead mientras se limpia las manos en el delantal y se acerca a la mesa

—¿Qué sospecha? —pregunta Ewan, su voz todavía débil, pero con la suficiente curiosidad como para intentar levantarse un poco en el jergón.

—Podría ser cantaridina —responde ella, y el nombre se me antoja tan extraño como maldito.

—¿Qué demonios es eso? —pregunto, cruzándome de brazos mientras la observo revolver sus hierbas como si buscara algo que no puede encontrar.

—Es un compuesto que se extrae de un escarabajo. —Mairead levanta la mirada para encontrarnos con nuestros ojos—. En pequeñas cantidades, puede ser un afrodisíaco. Pero en grandes cantidades es tóxico y, eventualmente, mortal.

Un silencio pesado llena la habitación. Ewan se lleva una mano a la cara, ocultando lo que solo puede ser una mezcla de incredulidad y vergüenza.

—¿Afrodisíaco? —murmura desde detrás de sus dedos. Luego, baja lentamente la mano y nos mira a ambos con una expresión que no sé si es de horror o de pura resignación—. ¿Eso lo has decidido basándote en mi comportamiento?

Mairead guarda silencio, y aunque intenta mantener la compostura, sus labios se curvan un poco y sus mejillas adquieren un ligero rubor.

Ewan lanza un bufido de indignación que termina en una carcajada ahogada.

—No eres el único que bebió algo de agua —digo, cortando su risa con un tono seco.

La mirada de Ewan se gira hacia mí como si le acabara de confesar un crimen.

—¿Tú también bebiste? —pregunta, sus ojos llenos de una mezcla de asombro y un brillo travieso que ya estoy empezando a odiar.

—Un sorbo —respondo, mi voz firme, cortante. No pienso darle más detalles de los que necesita.

—¿Y qué pasó? —insiste, enderezándose un poco más, como si de repente hubiera recobrado fuerzas solo para disfrutar del espectáculo.

—No es asunto tuyo. —La respuesta es rápida, y mi tono deja claro que no voy a entrar en detalles.

Pero Ewan es un maldito terco, y su mirada se desvía hacia Mairead. Ve cómo sus mejillas enrojecen de inmediato, y eso parece ser todo lo que necesita para armar el rompecabezas.

—Oh, por los demonios… —jadea entre risas—. Esto es demasiado bueno. Ahora entiendo por qué estás tan callada, cuñada.

—Ewan —gruño, acercándome con un paso firme—. Si no quieres que te saque de esta cabaña de las orejas y te deje tirado en el barro, cierra la puta boca.

—De acuerdo, de acuerdo… —levanta las manos en señal de rendición, aunque su sonrisa persiste—. Pero admitidlo, es interesante. Esa agua no solo mata… también hace que la gente pierda la cabeza de otras maneras.

—El caso es que es imposible que ese veneno llegara a los pozos… y menos a tres de ellos de forma casual. —La voz de Mairead corta las risas de Ewan, llenando el aire con una gravedad que me hace quedarme quieto.

Se detiene junto a la mesa, revolviendo entre sus hierbas y frascos, pero su mente claramente está en otra parte.

—¿Qué quieres decir? —pregunto, cruzándome de brazos mientras la observo.

—La cantaridina no es algo que encuentres por accidente. —Levanta la mirada, sus ojos cristalinos cargados de una intensidad que me hiela—. Se extrae de un escarabajo, sí, pero no de cualquier tipo. Específicamente del Lytta vesicatoria. Se les llama moscas españolas en algunas partes. Su recolección es difícil y peligrosa porque el contacto con la piel puede provocar quemaduras.

Ewan, que parecía disfrutar demasiado de su propia broma hace un momento, frunce el ceño.

—¿Y quién demonios se tomaría tantas molestias para recolectar algo así?

—Apotecarios, comerciantes de especias, alquimistas… incluso envenenadores profesionales. —Mairead habla con calma, pero la dureza en su tono me dice que lo que está diciendo no es ninguna teoría descabellada—. Este veneno no es barato. Y no es algo que encuentres en los mercados comunes.

Me siento pesado, como si las palabras de Mairead hubieran añadido otra capa de plomo sobre el maldito problema que ya cargamos.

—¿Y quién podría pagarlo? —pregunto, aunque en el fondo ya tengo una sospecha que me revuelve el estómago.

Mairead se detiene, como si dudara en responder. Sus manos se apoyan en la mesa, y finalmente levanta la vista hacia mí.

—Alguien con dinero y, lo más importante, con acceso a comerciantes que traten con sustancias peligrosas. Y no solo eso… alguien que esté lo suficientemente decidido para querer usarlo como arma.

—¿Estás diciendo que esto no es un accidente? —Ewan se incorpora un poco más en su jergón, sus ojos ensombrecidos por una mezcla de incredulidad y rabia.

Mairead suspira y asiente lentamente.

—No es casualidad que tres pozos en diferentes aldeas hayan sido contaminados con la misma sustancia. Alguien sabía lo que hacía.

Sus palabras caen como piedras en el silencio de la cabaña. Ewan aparta la vista, frotándose las sienes con una expresión atormentada, y yo… siento cómo la furia crece en mi interior.

Drummond.

Es el único nombre que se me ocurre. El único hombre con los recursos, la falta de escrúpulos y la obsesión suficiente como para orquestar algo tan retorcido.

—¿Y cómo demonios vamos a probarlo? —gruño, pasándome una mano por el cabello mientras intento contener la rabia que amenaza con desbordarse.

—No lo sé todavía —responde Mairead, su tono firme a pesar del cansancio que veo en sus ojos—. Pero si este veneno está aquí, entonces alguien lo trajo. Un mercader, un viajero… o incluso alguien del clan. Necesitamos averiguar quién ha pasado por estas aldeas en las últimas semanas.

—¿Por qué demonios nadie se dio cuenta de que alguien estaba contaminando los pozos? —

Ewan golpea el colchón con el puño, su frustración evidente.

—Porque quien lo hizo fue lo suficientemente inteligente como para no ser visto. —Mairead se vuelve hacia mí, su mirada intensa—. Y sabía exactamente lo que hacía.

El peso de sus palabras cae sobre mí como una sentencia. Esto no es solo una enfermedad o una desgracia natural. Es un ataque deliberado. Un ataque contra mi gente… contra Mairead.

Mis manos se cierran en puños, y no puedo evitar pensar en todas las veces que subestimé a Drummond. Pero esta vez, ha cruzado una línea que no puedo ignorar.

Mairead rompe el silencio de nuevo, su voz más baja ahora, pero no menos urgente.

—Tenemos que asegurarnos de que todos los pozos en el territorio sean revisados y el agua hervida. Y, Nairn… —se detiene un momento, como si eligiera con cuidado sus palabras—, si alguien está dispuesto a hacer algo tan despiadado, no se detendrá hasta lograr lo que busca.

La miro, y por un momento no hay palabras. Porque sé que tiene razón. Pero también juro que, si ese bastardo toca un solo cabello de su cabeza, no habrá suficiente infierno para contener mi furia.

Y ya sé por dónde empezar para confirmar mis sospechas. El comerciante de Halkirk. Fue el primero en mencionar a Mairead y acusarla de bruja y tenía demasiada información sobre ella.. Probablemente empezó en Dunbeath y luego siguió su camino a Halkirk y Cnocan. Cuando nos lo encontramos ya estaba volviendo sobre sus pasos.

—Voy a salir con un par de hombres —digo finalmente—. Revisaremos los alrededores, rastrearemos cualquier movimiento extraño. El comerciante de Halkirk es mi primera pista, y pienso seguirla hasta el final.

—¿Cuánto tiempo estarás fuera? —pregunta Mairead, su tono tranquilo, pero noto el leve temblor en su voz.

—Es posible que no vuelva para la noche —respondo, bajando la vista hacia sus manos, que están entrelazadas frente a ella, con los dedos apretados como si intentara contener una emoción que no deja salir—. Pero han llegado provisiones del castillo. Tendrás todo lo que necesites.

—Eso no es lo que… —empieza a decir, pero se detiene.

Doy un paso hacia ella, dejando que mi mano descanse en su mejilla mientras inclino mi frente hacia la suya.

—Cuídate. Descansa. —Mi voz baja con un susurro grave que se mezcla con el aire entre

nosotros—. Y sobre todo, Mairead, no te muevas de aquí hasta que vuelva. ¿Entendido?

Ella asiente ligeramente, pero puedo ver en sus ojos que mi orden no le gusta. Aun así, no discute, y agradezco su silencio. Necesito saber que estará aquí, segura, mientras salgo a enfrentar lo que sea que me espere fuera.

La atraigo hacia mí, envolviendo su cuerpo con mis brazos mientras cierro los ojos y dejo que el aroma de su cabello, el calor de su piel, calmen la tormenta que arde dentro de mí. No quiero soltarla, pero sé que debo hacerlo.

—Te necesito viva, Mairead. —Mis labios rozan los suyos, firmes, no dulces, como si con ese gesto pudiera dejarle claro algo que no soy capaz de expresar con palabras—. Porque perderte sería el único golpe que no podría soportar.

No espero una respuesta. Solo la beso, dejando que todo lo que no puedo decir con palabras quede grabado en ese momento. Su boca se encuentra con la mía, y por un instante, el mundo entero desaparece. No hay pozos contaminados, ni enemigos acechando, ni venenos que destruyen. Solo estamos ella y yo.

Cuando finalmente me separo, mis dedos se deslizan por la línea de su mandíbula, dejando una última caricia antes de apartarme del todo.

—Volveré pronto. —Le lanzo una última mirada antes de girarme hacia la puerta.

Y mientras salgo de la cabaña, llevando conmigo la rabia, la preocupación y la determinación de protegerla a toda costa, una sola cosa queda clara en mi mente: encontraré al maldito responsable de esto y me aseguraré de que Drummod nunca vuelva a amenazar lo que es mío.

CAPÍTULO 40



Mientras avanzo hacia la cabaña donde está la última familia que necesita ayuda, un murmullo a mis espaldas detiene mis pasos. Me giro lentamente, pensando que alguien quiere decirme algo, pero no es lo que esperaba.

—¡Bruja! —grita una voz femenina, tan cargada de rabia que me detengo de golpe.

El mundo parece detenerse un instante. Un grupo pequeño de aldeanos se ha reunido en el camino. Reconozco algunos rostros: madres que han perdido a sus hijos, hombres con la mirada apagada por la desesperanza. Pero lo que más me impacta no es el dolor en sus ojos, sino el odio.

—Por favor, no —suplico, pero más vencida por el cansancio que por la indignación.

Una mujer da un paso al frente. Su cabello está despeinado, y sus ojos rojos delatan que ha llorado durante horas, quizá días. La reconozco: es la madre del pequeño que no pude salvar ayer.

—¡Eres tú! —me señala con un dedo tembloroso, pero su voz es fuerte, casi un rugido—. Desde que llegaste, solo ha habido muerte. Mi hijo estaba mejor antes de que pusieras tus manos sobre él. ¡Eres una maldición!

Un murmullo de aprobación se extiende entre los aldeanos.

—Yo… hice lo que pude —respondo, dando un paso hacia ella, pero retrocede como si mi mera presencia la quemara.

—¡Mentira! —escupe un hombre desde el fondo del grupo—. Siempre que ella aparece, alguien muere. ¡Esos conocimientos tuyos no son naturales!

—¿No os dais cuenta? —grita otra mujer, agarrándose el chal que cubre sus hombros—.

¡Trajo algo con ella! Esos libros, esas hierbas, esas piedras… no son cosa de Dios.

El aire se vuelve más frío a mi alrededor, y noto cómo las miradas se vuelven más intensas, como dagas apuntando hacia mi pecho.

—Bruja —vuelve a acusarme alguien, y la palabra flota en el aire, creciendo como un incendio alimentado por el viento.

—¡Eso es absurdo! —intento razonar, pero mi voz se quiebra ligeramente.

—¿Ah, sí? Entonces, ¿cómo explicas que siempre estés cerca cuando alguien muere? —replica un hombre alto y robusto, cruzándose de brazos mientras me mira como si ya hubiera decidido mi destino.

—Estoy cerca porque estoy tratando de ayudar —respondo, aunque siento que mis palabras caen en saco roto.

—¿Ayudar? —ríe una mujer, pero su risa es amarga, vacía—. Mi hermana no necesitaba tus remedios y ahora está enterrada.

La presión en mi pecho aumenta. Sé que no hay lógica en sus acusaciones, pero el miedo y la desesperación no entienden de lógica.

—Escuchadme… —intento de nuevo, pero otra voz me interrumpe.

—No queremos escucharte. Lo que queremos es que pagues por tus pecados antes de que traigas más desgracia.

—¡Ya basta! —Ewan aparece tambaleándose desde una de las cabañas cercanas. Aunque su rostro está pálido y sudoroso, su voz retumba como un trueno—. ¿Qué demonios estáis haciendo?

El grupo se gira hacia él, y aunque su presencia parece calmarles un poco, todavía siento el peso de sus miradas sobre mí.

—Ewan, no es necesario… —empiezo, pero él levanta una mano para callarme.

—¡Sí, lo es! —gruñe, avanzando unos pasos hacia el grupo—. ¿Os habéis vuelto locos? ¿De verdad vais a acusar a la única persona que está intentando salvaros?

—Tú no lo entiendes —responde el hombre robusto, aunque su voz suena menos firme ahora —. Desde que llegó, todo ha empeorado. No queremos más muertes.

—¿Y creéis que atentar contra ella resolverá algo? —ladra Ewan, y su voz tiene un filo que me sorprende—. Si es así, sois más estúpidos de lo que pensaba.

El grupo murmura, pero no responden. Finalmente, la mujer que empezó todo da un paso atrás, su mirada todavía llena de resentimiento.

—Esto no ha terminado —susurra, pero lo suficiente alto como para que todos lo escuchen.

Mientras se dispersan, me quedo mirando el lugar donde estaban, sintiendo que el suelo bajo mis pies es menos estable que antes.

—No deberías salir sola —me dice Ewan, acercándose con dificultad.

—No voy a esconderme —respondo, aunque la fuerza en mi voz no suena tan convincente como esperaba.

Ewan suelta un gruñido bajo y sacude la cabeza.

—Bueno, al menos procura no darles razones para que te acusen de más cosas. —Me lanza una mirada seria antes de girarse hacia la cabaña.

Mientras lo veo alejarse, sé que sus palabras no son del todo injustas. Pero tampoco puedo dejar de hacer lo que hago. Porque si dejo de ayudar, entonces ya no seré Mairead.

Y, sin embargo, un pensamiento persiste en mi mente mientras retomo mi camino: ¿qué pasará cuando no haya nadie para detenerlos?



Fergus camina a mi lado con su andar pesado, silencioso. Es la condición que me ha puesto Ewan para seguir con mis visitas. Sus manos están cruzadas a la espalda, y su rostro tiene esa expresión impenetrable que se ha vuelto habitual desde que comenzaron las muertes. No sé si su compañía es para protegerme o para asegurarse de que no provoque más desgracias, pero no digo nada. No puedo permitirme rechazar ningún tipo de respaldo, por pequeño que sea.

—¿Cómo estás? —me pregunta de repente, su voz grave rompiendo el silencio.

—Haciendo lo que puedo —respondo, con un tono que no invita a más preguntas, aunque me ahorro el confesarle que he vomitado de buena mañana y que estoy tan cansada que podría dormirme de pie.

Fergus no insiste. Supongo que no sabe qué más decir. Es un hombre que prefiere las acciones a las palabras, aunque, en este caso, parece haber optado por el camino más seguro:

quedarse al margen.

Cuando llegamos a la primera cabaña, toco suavemente la puerta y espero. Una mujer de mediana edad abre apenas una rendija, lo suficiente para verme a mí y a Fergus.

—He venido a revisar a los enfermos —digo con voz tranquila, aunque mi corazón late con fuerza.

La mujer me mira fijamente, sus ojos oscuros llenos de desconfianza.

—No necesitamos nada de ti —responde, y antes de que pueda replicar, cierra la puerta de un portazo.

Mi respiración se corta un momento, pero me obligo a seguir adelante. Fergus no dice nada, pero noto cómo sus hombros se tensan ligeramente.

En la siguiente cabaña, las cosas no mejoran. Al tocar la puerta, un hombre la abre de golpe y se planta frente a mí, con los brazos cruzados y una expresión que grita hostilidad.

—No queremos tus remedios, mujer. —Su voz es fría, cortante.

—Estoy aquí para ayudar. —Intento mantener la calma, pero su mirada me quema como si fuera fuego.

—¿Ayudar? —se burla, dando un paso hacia mí—. Ya has ayudado bastante. Mi hermano está muerto, y tú apareciste justo antes de que enfermara. ¿Qué casualidad, no?

—Lo siento mucho por tu pérdida —respondo, intentando encontrar algún resquicio de humanidad en él—. Pero esto no es culpa mía. Estoy aquí para evitar más muertes.

—¡Mentira! —grita, y antes de que pueda reaccionar, su mano me empuja con fuerza.

Pierdo el equilibrio y caigo al suelo, la grava fría y húmeda me raspa las palmas al intentar amortiguar la caída. Fergus da un paso adelante, colocando su cuerpo entre el hombre y yo.

—¡No hagas eso! —gruñe, su voz resonando como un trueno.

El hombre retrocede un poco, pero no sin antes lanzarme una última mirada de desprecio.

—No queremos a la maldita bruja aquí, Fergus. Te lo advertimos.

Cuando finalmente se encierra en su cabaña, Fergus me ayuda a levantarme. Su expresión es severa, pero no hacia mí.

—Deberías dejar esto, Mairead. —Su tono es bajo, casi un murmullo—. No puedo protegerte de todos. La gente… está asustada y llena de dolor. Y cuando sienten eso… buscan culpables.

—Lo sé, pero ¿cuántos más morirán si nadie hace nada?

Fergus no responde. Solo se pasa una mano por el cabello grisáceo y asiente hacia el camino.

—Vamos a la siguiente.

El trayecto hasta la siguiente cabaña es un silencio pesado. Mis rodillas me duelen por la caída, pero no digo nada. Cuando llegamos, Fergus toca la puerta por mí esta vez.

—¿Quién es? —pregunta una voz desde dentro.

—Fergus. Traigo a la señora Mairead para que vea a los enfermos.

La puerta se abre lentamente, y un hombre mayor asoma la cabeza. Sus ojos pasan de Fergus a mí, y su rostro se endurece al reconocerme.

—No estoy seguro de querer dejarla entrar —dice, sin molestarse en disimular su desconfianza.

—¿Prefieres dejar que tus hijos mueran? —Fergus responde, su tono firme, sin espacio para discusiones.

El hombre vacila, mirando hacia el interior de su cabaña antes de abrir la puerta por completo.

—Hazlo rápido —gruñe, apartándose para dejarnos pasar.

El interior de la cabaña está oscuro y huele a enfermedad. Hay dos niños pequeños acostados en un jergón, sus rostros pálidos y cubiertos de sudor. Mi corazón se encoge al verlos.

Mientras examino a los pequeños, no puedo evitar pensar en lo cerca que estoy de perder cualquier posibilidad de ayudar a estas personas. Los rumores, el miedo, la ignorancia… todo parece una muralla imposible de escalar.

Pero no puedo rendirme.

Porque si lo hago, ¿quién quedará para luchar por ellos?

La cabaña está oscura y silenciosa, rota solo por las respiraciones irregulares de los dos niños que yacen en el jergón. Un niño pequeño, de unos cinco años, con el cabello rubio apelmazado por el sudor, está casi inmóvil, su pequeño pecho subiendo y bajando con esfuerzo. A su lado, su hermana mayor, quizás de ocho años, está igualmente pálida, con los ojos cerrados y una fiebre que arde en su piel.

Mis manos trabajan con cuidado, limpiando sus frentes con paños húmedos, dejando que mi mente entre en ese estado que ya reconozco tan bien. Es como si apartara todo el ruido, todo el

miedo, y me enfocara solo en ellos, en la frágil línea que separa la vida de la muerte.

«No te mueras. Respira. Un poco más. Resiste».

Cierro los ojos por un momento, murmurando esas palabras en mi mente como una plegaria silenciosa, como si pudiera transmitírselas con solo tocarlos. Y algo parece cambiar. Sus respiraciones, aunque aún débiles, se estabilizan. Sus cuerpos se relajan un poco, como si estuvieran respondiendo a mi súplica.

Un leve alivio se instala en mi pecho. Solo un poco, porque sé que esto es temporal, pero es suficiente para darme fuerzas.

Entonces, un aullido corta el aire.

Es un sonido que hiela la sangre, un grito desgarrador que no pertenece a un animal, aunque tiene la misma crudeza salvaje. Se cuela por las paredes de la cabaña, arrastrando un eco que parece llenar todo el pueblo.

Un escalofrío me recorre la espalda mientras me levanto y me acerco a la ventana. La figura de un hombre tambaleándose por la calle principal es visible bajo la tenue luz de las antorchas. Está llorando, pero su llanto pronto se convierte en algo más.

—¡Bruja! —grita con una voz rota y llena de rabia—. ¡¿Dónde estás, maldita bruja?! ¡Sal de una puta vez!

Mi corazón da un vuelco, y sin darme cuenta retrocedo un paso, apartándome de la ventana. Fergus, que ha estado en silencio junto a la puerta, se tensa al oír el grito.

—No salgas —me dice en voz baja, su rostro grave. Pero su advertencia llega demasiado tarde.

Desde fuera, otros comienzan a unirse al hombre, sus gritos creciendo en número e intensidad.

—¡Es culpa suya! ¡Ella trajo esto!

—¡Siempre que ella aparece, alguien muere!

—¡Bruja! ¡Vamos a sacarla!

El sonido de pisadas rápidas y desordenadas se acerca, y antes de que pueda reaccionar, la puerta de la cabaña se abre de golpe. Fergus intenta interponerse, pero dos hombres corpulentos lo apartan con un empujón que lo hace tambalearse.

—¡Dejadla en paz! —gruñe Fergus, pero su voz se pierde en el tumulto.

Un par de manos ásperas me agarran por los brazos, tirando de mí con fuerza. Mi resistencia es inútil, y el miedo se apodera de mí cuando siento el tirón de mi cabello al ser arrastrada fuera de la cabaña.

—¡Suéltame! —grito, mi voz apenas audible entre el bullicio.

Me tiran al suelo, la grava fría y dura rasgando la piel de mis rodillas y manos. Intento levantarme, pero otra mano me empuja hacia abajo. El olor a sudor, miedo y rabia lo llena todo, y los rostros de las personas que me rodean están distorsionados por la ira y la desesperación.

—¿Qué deberíamos hacer con ella? —pregunta uno de los hombres, mirando a su alrededor en busca de apoyo.

—Rapadle el pelo y cubridla de alquitrán y plumas —propone otro, su tono frío y calculador —. Que todo el mundo sepa quién es.

—Eso no será suficiente —responde una mujer, su voz cargada de veneno—. Si hacemos eso, solo nos maldecirá más. Tenemos que asegurarnos de que no pueda volver a hacernos daño.

—¡A quemarla! —grita alguien al fondo, y el grito es acogido por otros, convirtiéndose en un cántico.

—¡Bruja! ¡Bruja!

El miedo me paraliza por un momento, pero entonces una voz más fuerte se eleva por encima del caos.

—Si hacemos una hoguera grande, el Laird será alertado. Y sin pruebas de que es una bruja, ese hombre nos matará a todos. ¿Ya habéis visto lo embrujado que está por esta zorra?

El grupo guarda silencio por un instante, como si estuvieran sopesando sus palabras.

—Mejor le hacemos la prueba del agua —propone otro hombre, su tono frío y decidido—. La atamos de pies y manos y la echamos en la profundidad del lago Calder. Si el agua la devuelve y flota, sabremos que es una bruja.

—¿Y si se hunde? —pregunta alguien más, con un tono que delata una pizca de duda.

—Entonces, sabremos que no era una bruja —responde otro con frialdad, como si esas palabras pudieran justificar lo que están a punto de hacer—. Pero eso no será culpa nuestra. Será voluntad de Dios.

El aire se me escapa de los pulmones como un golpe seco.

«Voluntad de Dios. Eso es todo lo que necesitan para convencerse de que esto está bien».

El miedo me invade, opresivo y paralizante, mientras mis ojos buscan en vano alguna cara que muestre compasión, duda, algo. Pero no hay nada. Solo ojos encendidos por la ira, por la desesperación de los que necesitan culpar a alguien para darle sentido al horror que los rodea.

—No soy yo —digo, con más fuerza esta vez, aunque mis palabras parecen perderse en el aire frío de la noche—. El agua… está envenenada. No lo veis, pero...

Me levantan del suelo con una brutalidad que me quita el aliento, y siento las cuerdas ásperas rodeando mis muñecas mientras me atan con fuerza.

—¡Esto es una locura! —grita una voz familiar, ronca y débil, pero llena de indignación.

Miro hacia atrás y veo a Ewan tambaleándose hacia nosotros, con el rostro pálido y el sudor cubriéndole la frente. Lleva una mano al costado, como si el esfuerzo de levantarse de la cama le estuviera arrancando la vida. Pero ahí está, firme, enfrentándose a la turba con una furia que no había visto en él.

—¡Apartaos de ella, malditos idiotas! —gruñe, su voz ganando fuerza a pesar de su estado—. ¡¿Es que os habéis vuelto todos locos?!

Un hombre alto y corpulento da un paso adelante, cruzándose de brazos mientras mira a Ewan con burla.

—Vuelve a tu cama, Ewan Gunn. No tienes fuerzas ni para sostenerte, mucho menos para impedirnos que hagamos lo correcto.

—¿Lo correcto? —Ewan casi escupe las palabras, dando un paso hacia adelante aunque sus piernas parecen a punto de ceder—. ¿Atar a una mujer inocente y tirarla al lago? ¿Eso es lo que llamáis justicia?

—No te metas en esto —interviene otro, su tono cargado de advertencia—. Ella se lo ha buscado.

—¿Y qué pasa con los que ha salvado? —gruñe Ewan, y puedo ver cómo su cuerpo tiembla, no solo de esfuerzo, sino de pura rabia—. ¿Qué pasa conmigo? ¡Yo también he enfermado y fue ella quien me ha mantenido vivo!

—¡Ewan! —grita una mujer desde la multitud, pero su voz suena más cargada de dolor que de compasión—. Mi hijo está muerto. ¿Dónde estaba tu bruja milagrosa entonces?

—Escuchadme bien —dice, enderezándose con esfuerzo—. Si os atrevéis a hacerle daño, será lo último que hagáis. Cuando Nairn regrese y vea lo que habéis hecho, os aseguro que no quedará piedra sobre piedra en Cnocan.

Un murmullo inquieto se extiende entre la multitud.

—¡Él no está aquí ahora, y hasta que vuelva cuidaremos de nuestra gente como creamos necesario!—grita alguien, aunque su voz suena menos segura.

—¡Esto no es cuidar! —ruge Ewan, y da un paso hacia adelante, tambaleándose, pero con los ojos ardiendo de furia—. Esto es miedo. Pura y maldita cobardía.

—¡Basta! —grita un hombre, levantando una mano para silenciar a todos—. No discutiremos más. Ya hemos decidido.

El sonido de esas palabras es una sentencia.

Un par de manos rudas me aferran de los brazos y me obligan a dar un paso adelante. **La cuerda quema mi piel** cuando uno de ellos la aprieta con más fuerza de la necesaria, como si estuviera atando algo peligroso, algo que pudiera escapar si no lo sujeta con suficiente brutalidad.

—¡Soltadme! —gruño, retorciéndome, pero es inútil.

Las cuerdas que sujetan mis muñecas están tan apretadas que los nudos se clavan en mi carne. Intento hacer fuerza contra ellas, pero un **tirón violento** me arranca un jadeo de dolor.

—¡Fergus! —Ewan casi le escupe el nombre, dando un paso tambaleante hacia él—. ¡Si permites esto, te juro por mi vida que te arrepentirás!

—Lo siento, Ewan. —Fergus aparta la mirada, incapaz de sostenerla.

Un par de hombres corpulentos se adelantan cuando Ewan intenta avanzar de nuevo. Lo agarran por los brazos, sujetándolo con fuerza, y aunque lucha con todas sus fuerzas, está demasiado débil para liberarse.

—¡Soltadme, malditos cobardes! —gruñe, con el rostro enrojecido por el esfuerzo y la furia. Se revuelve como un animal atrapado, pero los hombres que lo sostienen son implacables, y su debilidad no ayuda.

—Quieto —le dice uno de los hombres—. No queremos hacerte daño.

—¿A mí? —Ewan casi escupe las palabras, su voz desgarrada por la impotencia—. ¡A mí ya me habéis matado, cabrones! ¿Es que no lo entendéis? ¡Si la tocáis, Nairn nos hará pagar como nunca habéis imaginado!

Otro de los hombres que lo sostiene gruñe algo entre dientes, apretando más su agarre, pero Ewan sigue luchando, su fuerza impulsada más por su rabia que por sus músculos debilitados.

—¡Mairead! —grita, su voz desgarrada mientras se retuerce de nuevo, su mirada clavada en la mía. Sus ojos están llenos de terror y desesperación, y el dolor en ellos me golpea como un puñal—. ¡No dejéis que lo hagan! ¡Por Dios, Mairead!

Mi corazón late desbocado, mis pensamientos se ahogan en el caos. La presión de las manos que me arrastran, el ruido ensordecedor de la multitud y los gritos de Ewan me envuelven como una tormenta.

Me llevan a rastras, tropezando con las piedras y el barro, mis piernas golpeándose contra el suelo cuando me obligan a avanzar sin cuidado. El viento helado corta mi piel, y el aire nocturno pesa sobre mis pulmones como una losa.

Mis pensamientos son un torbellino. Esto no puede estar pasando.

Pero lo está.

El miedo se retuerce en mis entrañas, una garra helada que se aferra a mi pecho y me corta el aliento.

—¡Déjala! —ruge Ewan, su voz quebrada mientras sus piernas ceden, pero no deja de pelear —. ¡Es inocente!

Uno de los hombres lo golpea en el estómago, lo suficiente como para que jadee y pierda momentáneamente el aliento, pero aun así sigue luchando. Lo empujan contra el suelo, sujetándolo con más fuerza mientras intenta levantarse.

—¡Ewan! —grito, mi propia voz llena de terror. Trato de volverme hacia él, pero las manos que me arrastran son implacables.

—Mairead… —Su voz apenas es un susurro, pero me llega como un grito en el silencio de mi desesperación—. Lo siento.

Mis ojos se llenan de lágrimas, y mi garganta se cierra al ver cómo lo inmovilizan. Su furia se transforma en impotencia mientras la multitud vuelve a arrastrarme hacia el camino.

Siento que mi corazón se rompe al verlo ahí, intentando detener lo inevitable pero sin fuerzas para hacerlo. La realidad de lo que va a pasar se desploma sobre mí como un peso insoportable.

Mis piernas tiemblan. Los gritos de bruja resuenan en mis oídos, y el frío de la noche se mezcla con el calor abrasador del miedo que me consume.

Unas lágrimas calientes caen por mis mejillas, pero no sé si son de rabia, de impotencia o de puro terror.

«No puede acabar así. No puede».

CAPÍTULO 41



El agua negra del lago Calder se extiende ante mí como un espejo inmóvil, prometiendo un fin para el que no estoy preparada. El frío del aire nocturno muerde mi piel mientras los gritos de la turba resuenan a mi alrededor, una cacofonía de odio y desesperación que parece hundirse en mis huesos. Estoy rodeada, acorralada. No hay escape.

—¡Bruja! —grita un hombre al frente, con la cara enrojecida y los ojos vidriosos por la furia —. ¡Esto termina aquí!

Otro se acerca con una soga en las manos, sus nudillos blancos por cómo la aprieta. Ahora atan mis tobillos, y siento el áspero roce del cáñamo contra mi carne mientras los nudos se cierran. La multitud guarda silencio por un instante mientras colocan los pesos que me arrastrarán al fondo.

—¡Atad bien las piedras! —ordena alguien detrás de mí.

Un murmullo de aprobación corre entre la multitud. No hay razón en sus ojos, solo miedo y odio.

Siento el peso añadido en mis tobillos primero, y luego en mi regazo. Las piedras son frías y rugosas, y cada una parece llevar consigo una parte de mi esperanza. Intento tragar saliva, pero mi garganta está demasiado seca, mi corazón latiendo con tanta fuerza que apenas puedo oír algo más.

Un empujón brusco me hace perder el equilibrio. Caigo de rodillas en la orilla fangosa, y el agua helada empapa mis zapatos, subiendo por mis piernas como mil cuchillas. No puedo respirar, no puedo pensar. Mi mente grita que corra, pero estoy atrapada, encadenada, y cada mirada que me rodea es un recordatorio de que no tengo a dónde ir.

—Por favor… —susurro, pero mi voz es ahogada por un grito que brota de la turba.

—¡Llevadla más adentro! —vocifera alguien.

Unos brazos me agarran, tirándome hacia adelante. Sus manos son toscas, brutales, y no puedo evitar soltar un gemido de dolor cuando una de las piedras roza mi piel al moverse. Mis pies resbalan en el barro, y me arrastran, sumergiéndome más en el agua. El frío me roba el aliento. Cada paso me hunde más, el peso de las piedras amenazando con arrastrarme antes de que siquiera llegue al centro del lago.

—¿Queréis pruebas? ¡Aquí las tenéis! —grita uno de los hombres, alzando la soga para que todos la vean.

—¡No, por favor! —grito con todas mis fuerzas, pero las palabras se pierden en el rugido de la multitud.

El agua ya está a mi cintura, y el frío es insoportable. Mis dientes castañean, pero no sé si es por el agua o el miedo—. ¡Escuchadme! —grito, mi voz rompiendo el murmullo del viento y las maldiciones de la turba—. ¡El agua está envenenada! Esto no es brujería, no son maldiciones ni demonios. ¡Es Drummod MacKay!

—¡Mentira! —escupe una mujer delgada con los ojos desorbitados, aferrando con fuerza a otro niño, su único hijo vivo, detrás de ella—.¡Deja de mentirnos, bruja!

—¿Por qué iba a mentiros? —replico, clavando mis ojos en los suyos, desafiándola a enfrentarse a la verdad—. ¿No habéis perdido bastante? ¿Queréis seguir perdiendo? Esto no lo hice yo.

Un hombre alto, con un sombrero aplastado y una barba descuidada, da un paso adelante. Tiene los ojos rojos, como si hubiera llorado más de lo que su orgullo le permite admitir.

—¿Y qué pruebas tienes, eh? —gruñe—. ¿Crees que vamos a escuchar tus mentiras cuando ya hemos enterrado a la mitad de los nuestros? ¡Drummod MacKay ni siquiera ha pisado este pueblo!

—¡Claro que no! —siseo, retorciéndome para liberarme, aunque sé que es inútil—. No necesita hacerlo. Vosotros mismos estáis haciendo su trabajo por él.

Nadie me escucha. La rabia y el miedo se han convertido en una marea demasiado alta para detenerla.

—¡Mentirosa! —grita una voz más al fondo.

Una mujer con el cabello enredado y la cara marcada por la viruela se acerca tambaleándose,

con los brazos extendidos hacia mí como si quisiera arrancarme la garganta con las manos desnudas.

—¡Mi hijo está muerto por tu culpa! ¡Maldita seas!

—¡Hice todo lo que pude por él! —le grito, con la voz rota por la furia y la impotencia—. ¿No lo entiendes? He estado luchando para salvaros. Todos los días, cada minuto, mientras vosotros me mirabais con desprecio. ¡Yo no soy vuestra enemiga! ¡El veneno está en el agua!

—¡Cállate! —grita alguien, y siento un tirón en el cabello. La turbidez del lago parece tragarse mi resistencia junto con las primeras lágrimas de puro agotamiento.

Intento hablar de nuevo, protestar, pero otro tirón de mi cabello me arranca un grito ahogado.

—¡Si me hundís, no vais a detener nada! El veneno seguirá ahí. La enfermedad seguirá ahí. ¡Esto no es culpa mía!

—¡Cállate ya, bruja! —ladra el hombre del sombrero, y siento su bota contra mi costado, empujándome más hacia el agua.

Mi corazón late con fuerza mientras veo a la gente que me rodea. Rostros familiares, pero ahora distorsionados por el odio y el miedo. Ni siquiera Ewan está aquí para interceder. Nadie. Estoy sola.

Las lágrimas me arden en las mejillas mientras murmuro una última súplica que apenas oigo yo misma.

—Por favor… escuchadme.

Pero nadie lo hace.

El último empujón me sumerge. El peso de las piedras hace el resto. El agua negra me envuelve como una garra, arrastrándome hacia abajo con una fuerza implacable. Grito, pero el sonido se ahoga al instante, reemplazado por el burbujeo del agua que llena mis oídos. Intento patear, moverme, pero las cuerdas son implacables, y las piedras pesan más que mi fuerza.

El frío se siente como un millón de agujas clavándose en mi piel. Mis pulmones arden, mis músculos luchan, pero no hay nada que pueda hacer. Intento abrir los ojos, pero solo veo oscuridad. El mundo exterior se desvanece, reemplazado por el rugido ensordecedor de mi propio cuerpo luchando por sobrevivir.

No sé cuánto tiempo pasa antes de que mi pecho se contraiga, desesperado por aire, pero lo único que encuentra es agua. Mi mente se nubla, mi fuerza se escapa, y cierro los ojos, aunque ya todo era negro antes de hacerlo. El rugido ensordecedor de mi propio pulso retumba en mi

cabeza, y un zumbido, como un siseo lejano, acalla los gritos que laten en mis oídos.

Justo entonces, noto un cambio en la oscuridad. El agua alrededor de mí se agita, no es la calma mortal de hace un segundo. Un golpe de agua roza mi mejilla y algo, o alguien, choca contra mi costado. Intento abrir los ojos, pero todo es un torbellino; apenas distingo sombras en la penumbra líquida. El corazón me late con un último atisbo de furia, negándose a rendirse.

Siento manos, firmes y urgentes, abrirse paso entre las cuerdas que me oprimen. Palpan el cáñamo, tiran con fuerza y se mueven con una rapidez que me desconcierta. Un arma, una hoja pequeña, roza mi muñeca, y el filo corta la soga que me unía a las piedras. Un estremecimiento casi doloroso recorre mis brazos entumecidos cuando la presión cede en mis muñecas, y de pronto noto que mis tobillos también se liberan de golpe.

El agua se revuelve aún más, y un par de brazos cálidos me abrazan desde detrás. Trato de patear, pero mis piernas no responden; el frío y el cansancio han convertido mis músculos en plomo. Logro soltar un tímido burbujeo, un gemido ahogado que se pierde en la penumbra del lago. No sé quién… o sí, tal vez sí que lo sé, porque, incluso aquí, en el abismo, reconozco la fuerza tensa de un cuerpo que me sujeta y la determinación de unos gestos que siempre me salvan.

Nairn… Pienso su nombre sin voz, un susurro que se ahoga en mis pulmones abrasados. Me aferro a su brazo con las fuerzas que me quedan, que son casi nulas, notando cómo su pecho se expande con cada brazada. Un rumor sordo retumba en mis oídos, mezclado con el palpitar frenético de mi sangre.

De pronto, un tirón firme me alza, y el agua deja de presionar mi rostro. La bocanada de aire que entra en mis pulmones me quema la garganta y explota en un estallido de tos. Siento que toso y sollozo al mismo tiempo, mientras Nairn me sujeta para que no me hunda de nuevo. El aire nocturno acaricia mi piel helada como un fuego abrasador, y un último espasmo de frío me sacude entera.

Los murmullos y gritos en la orilla se difuminan. Todo cuanto percibo es el latido ensordecedor del corazón de Nairn, sus brazos rodeándome y la determinación con la que se aferra a mí, sin dejar de avanzar hacia la orilla. Y en ese fragor de agua, escalofríos y respiración ahogada, comprendo que la muerte se ha marchado con las manos vacías, al menos esta vez… porque alguien decidió irrumpir en mi oscuridad para arrancarme de sus garras.

—Te tengo —murmura, aunque su tono tiene una ferocidad que me hace temblar más que el frío—. Te tengo.

La bruma del lago se aferra a mi cuerpo como un sudario helado mientras Nairn me carga en

sus brazos. A un lado, sus hombres forman un escudo contra la multitud, y puedo ver en sus miradas la misma furia contenida que arde en los ojos de su Laird. El agua gotea de mi vestido con un ritmo lento, y mis dientes castañean, aunque no sé si es por el frío o por la tensión espesa que flota en el aire.

—¡Fuera! —escucho rugir a Nairn.

—¡Apartaos! —grita Oran, alzando la espada a la altura de la multitud que, instantes antes, me había arrastrado al fondo.

El silencio se adueña de la orilla. Ya no hay gritos ni acusaciones: solo un susurro tenso, como si la furia de Nairn hubiera anulado cualquier coraje que tuvieran para seguir llamándome bruja.

—¡No deis ni un paso! —ordena otro de los guerreros de Nairn, y oigo el chasquido de un par de espadas desenvainadas.

—Nairn… —balbuceo, incapaz de pronunciar nada más. Pero él se inclina para que mi cabeza descanse sobre su hombro y me aprieta contra su pecho, protegiéndome del viento cortante y de las miradas encendidas.

—Solo respira —murmura, en un tono que tiembla de rabia contenida. Su mano busca mi frente, apartando el pelo mojado de mis ojos—. Respira… Estoy aquí.

Por fin, levanta la vista hacia la multitud, tenso como un arco a punto de disparar. Escucho el latido acelerado de su corazón contra mi oreja.

—¿Qué demonios habéis hecho? —espeta, su voz más baja que un gruñido, y más peligrosa que cualquier grito—. ¿Os habéis vuelto locos? Habéis estado a punto de matar a una mujer inocente. Por pura ignorancia… y miedo.

Nadie responde; algunos evitan su mirada, otros bajan la cabeza con expresión confusa o culpable. El hombre del sombrero que antes me empujó retrocede un paso.

—Creíamos que… —empieza él, la voz quebrada, pero Nairn lo interrumpe.

—¡Silencio! —exclama, sin alzar mucho la voz, pero bastan sus ojos para amedrentarlos—. No quiero oír vuestras estúpidas escusas. ¡Por poco la matáis, malditos seáis todos!

Luego hace un gesto a uno de sus guerreros y este zarandea a un hombre o lo que queda de él. Es el comerciante de Halkirk. Él gime dolorido en la orilla, con el labio partido y la ropa hecha girones, contemplando a Nairn con un terror que roza la locura.

—¡Ese es el verdadero culpable! Este desgraciado ha confesado —escupe Nairn, con la voz

vibrante de rabia—. ¡Ha estado vertiendo veneno en vuestros pozos… por órdenes de Drummod MacKay!

La revelación cae como un relámpago. Los aldeanos se miran entre sí, confusos, intentando asimilar lo que su Laird les dice, como si no acabaran de creerlo. Algunos retroceden, otros alzan la vista con espanto. El comerciante se encoge sobre sí mismo, temblando, sin negar ni afirmar.

—¿Lo veis? —prosigue Nairn, furioso—. ¡El verdadero culpable de vuestros muertos, de vuestros hijos enfermos! Mientras vosotros… —escupe al suelo— intentabais ahogar a la única persona que se ha partido el alma intentando salvaros.

—¿Eso es… cierto? —susurra un hombre con la voz rota de incredulidad—. ¿De veras…?

—¿Quién os dijo lo contrario? —les increpa Ewan, alzando su arco en un gesto amenazador —. ¿De dónde sacasteis la idea de que ella era bruja, eh?

Mis hombros se estremecen, y con el poco aliento que me queda, intento incorporarme en los brazos de Nairn. Sujeta mi cintura para estabilizarme y sus ojos me buscan un instante y veo un destello de preocupación bajo su rabia.

—Lo… lo sabía —musito con un aliento débil, casi para mí misma—. Drummod… no han querido creerme.

—No hables —ordena él, con tono áspero. Pero bajo esa rudeza percibo un temblor de alivio al verme hablar—. Asegúrate de seguir respirando, Mairead. Primero, tenemos que sacarte de esta maldita orilla.

El silencio se hace más hondo. El culpable, medio arrodillado en el barro, mantiene la mirada clavada en el suelo, sabedor de que no hay escapatoria. A la turba que antes gritaba bruja ya no le quedan palabras ni gritos de odio, solo el rumor tembloroso de un pánico distinto: darse cuenta de que atacaron a la persona equivocada.

—No sabíamos… —susurra alguien al fondo, el rostro desencajado—. Él dijo que… y… vimos que tantos morían… y… ella… —dice apuntándome con un dedo.

—¡¡Si alguno más de vosotros se atreve a señalarla de nuevo!! —grita Nairn cortándolo, con un tono que hiela la sangre—. Le arrancaré la maldita mano de cuajo. Si ella hubiera muerto, habríais sellado vuestra sentencia de muerte vosotros mismos, ¡porque no seríais más que un puñado de bastardos asesinos!

Los aldeanos ni parpadean. La culpa y el pánico se han colado en sus gestos. Nairn, sin apartar sus ojos llameantes de la multitud, pasa el otro brazo por debajo de mis rodillas y me alza contra su pecho. Un suspiro se escapa de mis labios, fruto del cansancio y del alivio de no tener

que sostener mi propio peso.

—Ahora, apartaos —sentencia, implacable—. Y agradeced que no exija una deuda de sangre por lo que habéis intentado.

Obedecen. Se abren en dos alas, temblorosos, dejándonos paso. Sin mirar atrás, Nairn avanza con paso firme. Sus hombres escoltan al comerciante, que gime y maldice en voz baja, sabiendo que su suerte está echada.

—Tu… Drummod… —intento decir, tosiendo de nuevo, pero Nairn me estrecha más contra sí, callándome con una mirada.

—Cuando lleguemos a un lugar seguro y caliente, hablaremos de Drummod todo lo que quieras —masculla, sin rastro de ternura en su tono, solo la furia viva que conserva—. Ahora me basta con saber que sigues respirando.

Desvío la vista, dejando caer mi cabeza contra su hombro. Mi cuerpo aún tiembla, pero la presencia de Nairn, su ira protectora, me infunde un extraño sosiego. A mi espalda queda el lago, el que casi me engulló, y una turba cuyo odio se ha trocado en perplejidad y terror.

Más tarde, cuando la adrenalina se apague, quizá pensaré en lo cerca que estuve del final. Pero por ahora, mi mundo se reduce al hombre que me lleva en brazos, prometiendo que, mientras él esté a mi lado, nadie volverá a sumergirme en la oscuridad.

CAPÍTULO 42



No consigo apartar de mi mente la imagen de ella hundiéndose en el agua, con esa turba de bastardos mirando sin mover un maldito dedo. Todavía me arde la sangre. La rabia, el odio, la impotencia se entremezclan en mi pecho en un nudo sofocante, casi insoportable.

Ahora, mientras avivo el fuego como si pudiera quemar con él todo Cnocan, aún siento su respiración débil contra mi pecho, un recordatorio brutal de lo cerca que ha estado de morir. Un temblor de furia me recorre. Han estado a punto de matarla.

A mi mujer.

—Maldita sea. —Murmuro entre dientes, con la mandíbula apretada, echando más leños al fuego. Las llamas crepitan con fuerza, pero el calor no consigue ahogar la rabia que me consume.

Deberían arder todos ellos.

Deberían tragarse el agua envenenada hasta que sus pulmones revienten y sus malditos huesos se hundan en el fondo del lago.

Mairead está sobre una silla, retorciéndose de frío. Su piel aún está azulada, helada al tacto, y las marcas de las cuerdas siguen ahí, enrojecidas, hundidas en sus muñecas como un recordatorio de lo que le hicieron. Lo que permitieron que le hicieran.

Fallé.

Mi estómago se revuelve con ese pensamiento. Le prometí que con conmigo estaría a salvo.

Y casi la matan.

Me acerco, quitándome la camisa empapada sin siquiera sentir el frío. Estoy hirviendo por

dentro.

—Necesito sacarte de esta ropa —digo, y mi voz no suena como la mía. Suena rota, ahogada, como si algo dentro de mí estuviera quebrándose.

Ella asiente, tiritando, su cuerpo aún luchando por no apagarse. Con cuidado, desato los nudos de sus vestidos, pero cuando la tela pegada a su piel se desprende, veo los surcos más profundos en su carne, la huella brutal de la soga que la arrastró al agua.

Algo estalla dentro de mí.

—Lo siento… —balbucea ella, con la voz débil, como si su estado me doliera más a mí que a ella.

Levanto la cabeza, y mis ojos encuentran los suyos. ¿Cómo demonios puede pensar que debe disculparse?

—No, por Dios. No pidas disculpas. —Mi voz se quiebra en un gruñido. El que debería disculparse soy yo.

Porque fallé.

Porque no llegué a tiempo.

Porque mi promesa no valió una mierda cuando la arrastraban al agua.

Aprieto la mandíbula hasta que me duelen los dientes, obligándome a no explotar, a no romper nada, porque ella me necesita calmado. Me necesita fuerte.

La ayudo a tumbarse en la cama y la cubro con mantas gruesas y pieles, pero nada parece suficiente.

Nada es suficiente.

No después de lo que ha pasado.

Me desnudo sin pensar, dejando la ropa mojada en un rincón. Un escalofrío sube por mi columna, pero no lo siento. Solo siento su cuerpo temblando contra el mío cuando me meto bajo las pieles y la rodeo.

—Joder… —mascullo, con la voz apenas audible, mi frente apoyada en la suya. Mi corazón sigue golpeando contra mis costillas con fuerza, rabioso, desbocado.

Deberían pagarlo. Todos ellos.

—Lo juro, Mairead —murmuro, con los labios apenas rozando su piel fría—. No voy a dejar que se salgan con la suya.

Ella abre los labios, como si quisiera decir algo, pero los cierra al instante. Como si estuviera vacía, agotada, destruida.

Me duele. Me jode tanto verla así que quiero arrancarme la piel.

La arropo con más mantas, acercándola a mi calor, pero su cuerpo sigue temblando y su fragilidad me atraviesa como una lanza en el pecho.

—Maldita sea… —Cierro los ojos con fuerza, sintiendo una oleada de angustia que me retuerce por dentro.

Si hubiera llegado un minuto tarde, la pierdo.

La pierdo.

El pensamiento me atraviesa con un pánico crudo, desgarrador, asfixiante.

Aprieto los puños en el borde de la manta, tratando de controlar la rabia, el miedo, el asco hacia mí mismo por haber permitido que esto pasara.

Entonces ella suelta un leve suspiro, y me aferro a ese sonido como un hombre al borde del abismo.

Me esfuerzo por calmarme. Por ella.

—Trata de descansar —le susurro, entrelazando mis dedos con los suyos. Mis manos tiemblan. Pero no por el frío. Por todo lo demás.

—Yo vigilaré que nadie se acerque ni a medio metro de aquí —añado, con voz ronca.

Ella intenta esbozar una sonrisa, pero se ve rota, agotada.

Me inclino y rozo su cabello mojado con mis labios, sintiendo un nudo de angustia ardiéndome el pecho.

Esta noche, mi odio y mi necesidad de protegerla son lo único que me mantiene en pie.

—Van a pagar por esto. —Suavemente, acaricio su mejilla con el pulgar, aunque mis manos siguen tensas—. Cada uno de ellos.

Pero ahora duerme.

Yo no lo haré.

Me quedaré despierto hasta que dejes de temblar. Hasta que pueda respirar sin que me duela tanto.

Y cuando amanezca…

Cuando amanezca, les haré pagar hasta su último aliento.



Cuando la mañana al fin asoma, me levanto de la cama improvisada con los músculos agarrotados por la rabia y la falta de sueño. Mis hombres siguen apostados en la puerta, turnándose para vigilar que nadie se acerque.

Oran me mira, con el ceño fruncido, mientras me pongo la ropa con movimientos bruscos, sintiendo la piel tensa por la ira acumulada.

—¿Cómo está? —murmura, inclinando la cabeza hacia la cama donde reposa Mairead.

—Viva —gruño, con la voz ronca—. Pero no voy a permitir que el veneno de Drummod, ni la ignorancia de estos aldeanos, vuelvan a ponerla en peligro.

Oran asiente, su expresión oscura. Sé que también pasó la noche con un ojo abierto, igual que Ewan.

Agarro mi espada y paso un dedo por el filo. Podría destripar a cualquiera de esos bastardos con la misma facilidad con la que se abre una res.

—Tráeme al comerciante. Y a los cabecillas. —Mi tono es bajo, helado. No es una petición. Es una sentencia.

Oran no pregunta nada. Se limita a asentir y desaparece.

No espero mucho.

Cuando salgo de la cabaña, una ráfaga de viento helado me golpea el rostro, pero el frío no me toca. Estoy ardiendo por dentro.

La plaza de tierra está llena de aldeanos, la mayoría con los ojos bajos, las bocas tensas por el miedo. Bien. Que teman.

Porque van a aprender lo que significa desafiarme.

Mis hombres arrastran al comerciante frente a mí. Su cara está hinchada, llena de magulladuras. Ha pasado la noche lloriqueando y suplicando por su vida, pero ahora solo tiembla.

Y no es el único.

También han traído a tres aldeanos: el del sombrero, el que la ató, y el que dio la orden de tirarla al agua. Los verdaderos cabecillas.

—¡Traed la horca! —rujo, y mi voz resuena como un trueno sobre los murmullos.

Un escalofrío recorre la multitud. Los más cobardes palidecen. Otros, los más idiotas, siguen fingiendo que lo que hicieron era justicia. Ewan se acerca con un puñado de sogas, su expresión una mezcla de rabia y preocupación.

—¿De veras quieres hacerlo aquí y ahora? —su voz es ronca, tensa.

Le clavo la mirada.

—¿Tienes algún problema con ello?

No responde. Sabe que no hay vuelta atrás.

Los soldados terminan de levantar la viga de madera, usando un carromato volcado como base. La soga cuelga esperando su presa.

Miro al comerciante.

—Habla.

El hombre intenta balbucear una súplica, pero le propino un puñetazo en el estómago que lo dobla en dos, escupiendo saliva.

—Tienes una sola oportunidad de morir rápido. —Me inclino sobre él, dejando que mi voz sea un susurro letal—. Dime quién te dio el veneno.

El comerciante jadea, temblando como una rata atrapada.

—¡Drummod! ¡Fue Drummod MacKay! —escupe de golpe, desesperado por salvarse.

La revelación cae como un hachazo sobre los aldeanos, pero yo ya lo sabía. Ya sabía que Drummod estaba detrás.

Me enderezo y levanto la mirada a la multitud.

—¿Veis lo que hicisteis? —rujo, dejando que mi furia caiga sobre ellos como un golpe físico —. Por vuestro miedo, casi matáis a la única persona que estaba salvándoos.

Algunos agachan la cabeza, avergonzados. Otros se revuelven incómodos.

Los ignoro y hago un gesto seco con la mano.

—Colgadlo.

El comerciante grita, forcejeando como un cerdo llevado al matadero. Pero mis hombres tiran de la cuerda y su cuerpo se alza en el aire. Sus piernas se sacuden unos segundos. Luego, nada.

El silencio es absoluto.

Miro a los tres hombres con una frialdad que hiela el aire.

—Vosotros intentasteis matar a mi esposa.

El del sombrero se moja los labios, sin poder sostener mi mirada.

—¡Solo seguimos la voluntad de Dios…! —balbucea.

Le propino un golpe en la mandíbula que lo manda al suelo.

—¿Dios? —escupo la palabra, lleno de asco.

Lo pateo en las costillas.

—Dios no os salvará de m ahora.

Los tres temblaban ahora abiertamente.

Camino lentamente alrededor de ellos, mi espada aún desenvainada.

—Voy a ser misericordioso. —Mi voz se desliza como una daga por el aire gélido—. Os daré una oportunidad de vivir.

Se miran, desconcertados.

—Sois desterrados.

Un murmullo de sorpresa recorre la multitud. Me inclino, mirando a cada uno de ellos a los ojos.

—Os doy una hora. Una hora para largaros de mis tierras y no volver jamás. Quedaos y os ahorco con él. —señalo el cadáver del comerciante aun colgando.

—De acuerdo. Nos iremos, Laird. Gracias por tu misericordia —dice uno de ellos, rápidamente.

—Un momento. Si os dejo vivir, llevaréis con vosotros el precio de vuestra traición.

Alzo la mano.

—Sujetadlos.

Mis hombres actúan al instante. Los tres son empujados al suelo de rodillas, con las manos

sujetas con tanta fuerza que los oigo gruñir de dolor.

Se revuelven. Lloran. Suplican. Pero ya es tarde para que yo sienta piedad por ellos.

—Oran —llamo, sin apartar la vista de ellos—. Tráeme una vara de hierro de marcar reses.

El pueblo entero se congela. Algunos palidecen. Otros se cubren la boca, horrorizados. Pero nadie se atreve a intervenir. El fuego ruge en el centro de la plaza, alimentado por troncos gruesos que mis hombres encendieron antes del amanecer. Al principio, solo era una hoguera más, necesaria para ahuyentar el frío y calentar agua para los enfermos.

Pero ahora tiene otro propósito. Me inclino sobre el primero.

—Vais a llevar vuestra vergüenza en la piel.

El del sombrero intenta revolverse.

—¡No! ¡Por favor, no…!

Pero mis hombres lo inmovilizan. Todos ellos ahora Se revuelven, lloran y suplican, pero ya es tarde para obtener mi piedad. Aún puedo ver las marcas en la piel de Mairead. Aún puedo escuchar su jadeo ahogado cuando la saque del agua.

Y eso no quedará sin castigo. Meto la barra de hierro en el fuego. El metal chisporrotea y cruje entre las llamas, tornándose de un tono anaranjado brillante. Cuando lo extraigo, el hierro resplandece, ardiente, desprendiendo un calor que incluso a distancia puedo sentir en mi cara.

—Si os creéis lo bastante hombres para dar la orden de ahogar a mi esposa, entonces sedlo para aceptar el castigo.

Le apoyo el hierro en la mejilla al primer hombre. El chillido que suelta se clava en el aire como un cuchillo. El hedor a piel quemada y carne chamuscada se expande mientras la marca queda impresa en su rostro. Cuando retiro el hierro, el hombre cae hacia adelante, temblando, con el lado de la cara destrozado.

Me vuelvo al siguiente.

No tengo que decir nada. El cabrón ya está meando de miedo. El hierro vuelve a hacer su trabajo. Un segundo alarido se une al primero, y la multitud se encoge sobre sí misma.

Estas personas no se atreverán a desafiarme de nuevo.

El último de los tres ni siquiera se mueve cuando lo marco. Se desmaya del dolor.

Los miro desde lo alto. Rotos. Quemados. Sin dignidad.

—Ahora, largáos. Y recordad… si volvéis a pisar mis tierras, os colgaré de vuestras propias entrañas.

El resto del pueblo no se mueve. Respiro hondo, intentando contener la furia que aún me consume.

—Dejadlo colgado —les ordeno a todos ellos, señalando el cuerpo aún colgado—. Que todos recuerden lo que pasa cuando traicionan a su Laird.

Les doy la espalda. Ahora, solo me importa Mairead.

CAPÍTULO 43



Recobro el sentido de golpe, aunque mis párpados permanecen cerrados por puro instinto. Me siento mareada y con un regusto amargo en la boca. No sé cuánto tiempo he estado inconsciente, pero al ir recuperando los sentidos, oigo voces al otro lado de la habitación. Son Nairn, Ewan y Oran.

—¿Cómo que una carta? —oigo la voz de Oran, tensa—. ¿Y por qué nos lo sueltas ahora?

—Os lo digo cuando creo conveniente, Ewan, y si tienes algún problema podemos discutirlo con los puños —le responde Nairn con voz cansada—. Drummod exigía a Mairead que se reuniera con él… a solas sin decírmelo.

—¿La maldita orden esa? —aventura Oran, confuso—. Pensé que todo eso quedó en el aire cuando Mairead se casó con Nairn…

—Pues no. —La voz de Nairn retumba con un temblor de rabia—. Según esa carta, Drummod se aferra a la promesa que, en su retorcida mente, cree que ella le debe. Y con la nueva regente, María Tudor, respaldándole en teoría. Dice que Mairead sigue siendo suya.

—¿Y Mairead se lo guardó? —espeta Oran, sin creérselo—. ¿Pensaba afrontar sola esta locura?

—Sí —confirma Nairn—. Y me lo ocultó durante un tiempo. Hasta que no pudo más. Pretendía reunirse con él para protegernos. *S*i no llega a decírmelo, se habría ido a su encuentro sin mi conocimiento…

Siento un nudo en la garganta al oírlo. Sí, lo hice por miedo a que la situación empeorara. Pero nada ha impedido los daños que Drummod ha causado.

—¿Entonces lo del envenenamiento fue su aviso para que se vaya con él? —pregunta Oran,

bajando la voz—. Quiere obligarla a presentarse en la próxima luna llena, imagino.

Hay un silencio abrupto, cargado de tensión. Escuchar esto desde la cama me hace enmudecer un segundo. Nairn habla de la carta con un tono tan colérico que casi siento su furia en el aire.

—¿Y la próxima fecha? —inquiere Ewan—. ¿Cuánto falta?

—Ni maldita idea —gruñe Nairn—. Pero ese desgraciado no suele soltar faroles y no pienso arriesgarme a que siga destrozando pueblos si ella no acude.

Contengo un suspiro, manteniendo los ojos cerrados para no interrumpir.

—La muy cabezota… —susurra Ewan, sin maldad, sino con un deje de cariño frustrado—. Ahora entiendo por qué ella tenía esa prisa por encargarse de todo, como si el tiempo se acabara. Quería frenar los daños.

—No me jodas, ¿de verdad te ha costado tanto entenderlo? —resopla Oran, rodando los ojos.

—Cállate, imbécil —gruñe Ewan, pero su tono carece de verdadera mordacidad.

El silencio que sigue es denso. Sé que Nairn está tenso, lo siento en la manera en que su respiración se vuelve más profunda, más controlada, como si estuviera conteniéndose de golpear algo. O a alguien.

—Entonces, ¿vas a quedarte ahí sentado esperando la luna llena o tienes un plan? —provoca Oran.

—Por supuesto que tengo un plan —responde Nairn, con esa voz suya grave y afilada, como una promesa de violencia contenida—. Voy a matarlo.

Ewan suelta una risa seca.

—Bien. Me gusta ese plan.

—A mí también —añade Oran—. Pero… —se interrumpe un segundo, y puedo imaginar su sonrisa ladina—. Si el plan es matar a Drummod, ¿cuál es el plan con Mairead?

—¿Qué coño quieres decir? —Nairn suena irritado, a la defensiva.

—Oh, vamos, hermano, no te hagas el tonto ahora —interviene Ewan, divertido—. Todos sabemos que estás hecho un puto lío con ella.

—No estoy hecho un puto lío con nadie —masculla Nairn.

—¡Sí que lo estás! —sueltan Oran y Ewan al unísono.

—Joder… —gruñe Nairn, y puedo imaginármelo llevándose una mano a la cara, frotándose la mandíbula con fastidio.

—Vamos a ver… —empieza Oran, adoptando un tono falsamente pensativo—. Has puesto a toda tu gente a buscar al comerciante que la acusó de bruja, casi matas a la turba que intentó ahogarla, la llevaste de vuelta en brazos como un caballero de esas canciones de trovador cursis y ahora planeas asesinar a un hombre por ella.

—Ah, y casi me olvido —añade Ewan con sorna—. Anoche no se despegó de ella en ningún momento. La abrazó como si fuera un maldito escudo humano.

—Y rompió una cama. —Oran alza una ceja, como si ese detalle fuera crucial—. No lo olvidemos.

—Es cierto. —Ewan asiente con gravedad—. Y eso es todo un logro. Nunca pensé que algo pudiera ser más resistente que la cabezonería de nuestro hermano, pero Mairead lo consiguió.

—Oh, y también está el pequeño detalle de que te casaste con ella para protegerla de Drummod. —Oran chasquea la lengua—. Casi se me pasa.

—Un noble sacrificio, sin duda —murmura Ewan—. Tan noble que no has dejado de actuar como un maldito perro guardián desde entonces.

—Y eres capaz de arrancarle la cabeza a cualquiera que la mire mal o más de la cuenta —agrega Oran—. Que, por cierto, no es algo que suela hacer un marido de conveniencia.

—Y lo más gracioso de todo —dice Ewan, inclinándose hacia Nairn con una sonrisa burlona — es que Mairead no ha hecho nada para atraparte. Ni se lo ha propuesto. No coquetea, no manipula, ni siquiera intenta convencerte de nada. Y, aun así, aquí estás, completamente atrapado.

—En fin, hermano. —Oran se cruza de brazos—. ¿De verdad necesitas que sigamos?

El silencio que sigue es espeso.

Nairn exhala con fuerza, como si intentara contener la oleada de improperios que claramente quiere soltar.

—Idos a la mierda —gruñe, frotándose la cara con ambas manos.

—No es negación, así que lo tomaremos como una confirmación —se burla Oran.

—Solo admitámoslo de una vez —dice Ewan, ignorándolo—. Nuestro hermano, el gran Laird Gunn, el Lobo Negro, ha caído rendido a los pies de su esposa.

—Mierda, sí —asiente Oran, llevándose una mano al pecho en un gesto solemne—. ¿Quién lo hubiera imaginado? Nairn Gunn, el hombre que preferiría enfrentarse a un ejército antes que a una promesa matrimonial, disfrutando de su papel de esposo.

—Yo también lo disfrutaría si tuviera a una mujer así en mi cama —agrega Ewan, con una ceja arqueada y una sonrisa cargada de insinuación.

Nairn exhala con dureza y los mira como si estuviera considerando seriamente ahorcarlos con sus propias manos.

—No lo estáis entendiendo —gruñe Nairn, con un tono tan frustrado que casi siento lástima por él—. Esto no es…

—¿No es qué? —lo desafía Oran.

—No es solo eso. —Hay un peso en su voz cuando dice esas palabras, un cansancio que casi parece vulnerable.

—No es solo deseo —admite, con esa aspereza suya que hace que parezca que las palabras le rasgan la garganta al salir—. No es solo que la quiera en mi cama.

Ewan y Oran se quedan en silencio durante un largo segundo. Hasta que Ewan deja escapar un silbido bajo.

—Mierda. —Se recuesta contra la pared, como si necesitara sostenerse ante la revelación—. Es peor de lo que pensábamos.

—Mucho peor. —Oran suelta una risa, pero su mirada es afilada cuando lo estudia—. Porque si solo fuera deseo, podrías dejarla ir.

Nairn levanta la cabeza bruscamente, su ceño frunciéndose en un gesto peligroso.

—Eso no va a pasar —Su voz es un gruñido bajo, definitivo.

Oran sonríe de lado, satisfecho.

—Ya. Justo a eso me refiero.

Ewan sacude la cabeza, riendo por lo bajo.

—Nairn Gunn, enamorado. Quién lo diría.

Silencio. Largo, tenso, insoportable.

—Joder… —murmura Nairn finalmente.

Ewan y Oran se ríen, pero hay algo más en su tono, algo que no es solo burla. Es

comprensión. Y quizás, también, un poco de respeto.

—Lo estaba desde el principio—añade Oran, tras recuperar el aliento.

—Sí, pero ahora está jodido —remata Ewan.

—Y ahora estoy jodido —admite Nairn, con la voz más baja, más ronca.

Ewan y Oran se ríen, pero esta vez su burla es más suave. Hay algo en su tono que habla de comprensión, de camaradería.

Cierro los ojos con más fuerza, sintiendo cómo mi corazón late desbocado.

Dios mío. Nairn Gunn está enamorado de mí.

La certeza me golpea con la misma fuerza con la que lo hizo el agua helada en aquel lago. Me aturde, me sacude hasta los huesos. No sé qué hacer con ello, no sé cómo sostenerlo en mis manos sin que me queme.

No es que su confesión febril no me afectara en su momento —cuando lo escuché casi delirante, con la respiración entrecortada y medio aturdido por ese supuesto veneno que alteró sus sentidos—, pero escucharle ahora, con la cabeza fría y sin rastros de embriaguez, es diferente. Sus palabras ya no están envueltas en un arrebato momentáneo, sino en la calma de alguien que, sin proponérselo, ha terminado atrapado por lo que siente.

Cuando le oigo decir de forma tan clara que está jodido, y lo hace delante de sus hermanos, sin un ápice de duda en la voz, me recorre una punzada de vértigo que me hace contener el aliento. Una cosa era pensar que su declaración podía deberse a su deseo por mí o a algún extraño afrodisíaco jugando con sus sentidos. Pero ahora, con Ewan y Oran riéndose a su costa, confirmando que no se trata de una ilusión ni de una broma, las piernas me flaquean.

Y lo peor (o lo mejor) es que, en el fondo, siento el mismo nudo en la garganta, el mismo temblor de querer a alguien que hace no tanto me parecía inaccesible.

Pero mis pensamientos se ven brutalmente interrumpidos cuando una oleada de náuseas me revuelve el estómago de repente.

Trago saliva con fuerza, intentando contenerla, pero es inútil. Un retortijón seco me sacude el vientre, y antes de poder reaccionar, una arcada violenta me obliga a incorporarme de golpe.

Mi mano vuela a mi boca mientras un sabor amargo se arrastra por mi garganta. Mi cuerpo entero se tensa, y apenas tengo tiempo de dar la vuelta en el jergón antes de que la segunda arcada me doble por la mitad.

—¡Mairead! —La voz de Nairn llega como un disparo, seguida del sonido de pasos

apresurados acercándose a mí.

No. No ahora.

Intento hacerle un gesto para que no se acerque, pero es tarde. Siento su mano fuerte en mi espalda, su palma caliente sujetándome cuando otra oleada de náuseas me sacude.

—Mierda, ¿qué te pasa? —Su tono ha pasado de la burla contenida a la pura preocupación en un segundo.

Yo también quisiera saberlo.

CAPÍTULO 44



Tras visitar Halkirk para avisar de que el agua sigue envenenada y hay que hervirla antes de beberla, proseguimos rumbo a Dunbeath. Allí, la gente ya no me mira con tanta hostilidad: mis cuidados han ayudado a varios enfermos, aunque eso me ha dejado agotada.

Hay algo en mí que se remueve cuando pienso en el daño que se ha extendido por estos pueblos. No me culpo por lo que Drummod ha hecho, pero me siento intranquila al saber que, de algún modo, mi historia con él lo ha empujado a actuar con más saña. Aun así, sus crímenes no son míos y he de recordarme que mis pasos solo buscan salvar, no dañar.

Pero no puedo apartar de mi cabeza los gritos de la multitud que quiso matarme, convencidos de que era una bruja. Recordar esos rostros llenos de odio me oprime el pecho y me quita el aire. Es un peso que todavía no sé cómo soltar.

Durante el viaje, avanzo encorvada sobre la silla de montar, notando que mi cansancio va más allá de las noches mal dormidas. Me siento extraña, como si algo dentro de mí fuera por libre. Nairn lo percibe y me observa de reojo cada vez que tardo en responder o suspiro con más fuerza de lo habitual. No me hace preguntas, pero sé que nota mi fatiga.

El viaje se siente eterno. No es la distancia ni el cansancio lo que lo hace insoportable. Es otra cosa. Algo más profundo. Algo que me roe desde dentro. Llevo días sintiéndome extraña, fuera de mí, con una fatiga que va más allá de las horas sin dormir o el estrés de atender a los enfermos. Algo dentro de mí parece ir a su aire, sin pedirme permiso.

Voy encorvada sobre la silla de montar, el cuerpo agotado y Nairn lo nota.

Siempre lo nota.

Desde que partimos de Halkirk no ha dejado de observarme de reojo. Cuando hago una pausa

más larga de lo normal antes de responder, cuando trago saliva con demasiado esfuerzo, cuando suelto un suspiro más profundo de lo necesario.

—¿Te encuentras bien? —me pregunta.

—Sí —respondo, evitando su mirada—. Solo estoy cansada.

—Mientes fatal —murmura, casi para sí mismo.

Nairn ha aprendido a leerme demasiado bien, y eso me pone nerviosa. Aun así, no quiero que se preocupe. Ya bastante tiene con los estragos del veneno que Drummod esparció y con mi empeño en seguir de un lado a otro atendiendo a quienes lo necesitan.

Cuando llegamos a Dunbeath noto que la atmósfera es distinta.

Al cruzar la entrada del pueblo, nos reciben con silencios y miradas de cansancio. Percibo algún recelo, resquicio de quienes me culparon de las desgracias, aunque ahora callen. Nairn, en cambio, no lo hace.

—Si alguien pone un dedo sobre ella —ruge desde su caballo, recorriendo a los aldeanos con una mirada feroz—, lo arranco de cuajo y se lo hago tragar.

El aviso resuena en la plaza como un trueno. Nadie dice nada; algunos agachan la cabeza. A mi lado, siento la tensión en sus hombros, la rabia contenida de alguien que no olvida cómo en Cnocan estuvieron a punto de matarme. Yo, en cambio, casi no tengo fuerzas para aparentar firmeza: un mareo pasajero me asalta, y tengo que tragar saliva varias veces para que mi estómago no dé la vuelta.

No es el agua. No puede ser el agua porque yo misma he revisado mil veces cada sorbo que bebo.

Me repito esa frase como un mantra mientras desmontamos y nos dirigimos a la casa del líder de la aldea.

Un par de mujeres se acercan a pedirme ayuda para sus enfermos, y Ewan interviene:

—No vayáis todas de golpe, por favor —les dice con un tono entre fastidiado y protector—. Dejad que primero veamos el estado del pueblo.

Al entrar en la casa, noto enseguida el cambio de ambiente: huele a caldo de hierbas y a leña quemada. Siento a Nairn detrás de mí, en tensión, como si todavía temiera que alguien fuera a saltar para atacarme. Su voz, sin embargo, se ablanda cuando me dirige la palabra.

—Te lo repito: no estás bien —dice, colocándose a mi lado con un gesto protector.

—Estoy bien —susurro, apartando la mirada para que no vea lo cansada que en realidad me siento.

—No lo estás… —murmura con un leve suspiro.

Antes de que pueda replicarle, aparece una anciana de porte muy recto, con el pelo recogido en un moño bajo y ropas salpicadas de ungüentos y hierbas. Me mira de arriba abajo con un gesto severo, ofreciéndome un cuenco de líquido humeante.

—Bebe esto —ordena, tendiéndome el tazón.

—No me hace falta nada —objeto, aunque ni siquiera consigo sonar convincente. Mi voz suena débil, y lo noto.

La mujer me dedica una mirada que me recuerda peligrosamente a la de Nairn cuando está cabreado.

—No seas terca, niña. Tienes mala cara. Puede que no tenga tu don para curar, pero de cuerpos agotados entiendo un rato. —Escudriña mi rostro con el ceño fruncido—. No temas por el agua: aquí siguen tus indicaciones a rajatabla, muertos de miedo. Les asustan las brujas, pero más les aterra morir envenenados por su propia estupidez.

Trago saliva, sin saber si sentirme aliviada o molesta por su tono tajante. Miro de reojo a Nairn, que me observa con los brazos cruzados pero sin intervenir. Al final, acepto el cuenco con ambas manos y me siento en la mesa que ella me señala. La anciana adopta una postura similar frente a mí, dejando claro que no va a marcharse hasta que me vea beber.

—De acuerdo —murmuro, llevándome el recipiente a los labios con resignación.

El sabor es fuerte, amargo, pero la calidez me alivia un poco la garganta. La anciana asiente, satisfecha, y se inclina un poco más hacia mí.

—¿Quién es usted? —pregunto, ya que su cara no me resulta familiar—. No la había visto antes en el pueblo.

—Me llamaron hace un par de días —contesta ella, con un matiz de orgullo en la voz—. Soy curandera en Oldwick, al otro lado del río. Cuando se corrió la voz de que aquí hacía falta ayuda, vine. —Sus ojos me escrutan—. Aunque por lo que veo, tú también has estado echando una mano, ¿eh?

—He hecho lo que he podido —respondo, encogiéndome de hombros—. ¿Y usted? ¿Ha encontrado algo que sirva para paliar los síntomas del envenenamiento?

La mujer se frota las manos, cubiertas de hojas machacadas, y suelta un ligero suspiro.

—He aplicado los mismos remedios que tú. Poco más podemos hacer con gente que lleva días bebiendo agua contaminada. Solo podemos calmar algunos síntomas y esperar que no surjan más complicaciones.

Alza la vista hacia Nairn, que permanece de pie, vigilante.

—Aquí tenemos a un hombre con presencia. La última vez que te vi, no levantabas un palmo de la falda de tu madre. ¿Y ahora eres el Laird de todo esto?

Nairn parpadea, sorprendido por el comentario, y ladea la cabeza, como si quisiera reconocer a la mujer.

—¿Nos hemos visto antes?

—Claro que sí, niño —repone ella, echándose el moño hacia atrás—. Cuando corrías con ese rebaño de ovejas que te duplicaba en tamaño, y te ponías a pelear con los chicos de otra aldea. Cuando naciste le dije a tu madre que tenías el carácter de un lobo, y ya veo que no has cambiado mucho.

Él no puede evitar sonreír. Giro la cabeza hacia mí con un resoplido.

—¿Ves? —bromea con un leve alzamiento de cejas—. Aquí tienes la razón de por qué me llaman el Lobo Negro. No es solo culpa mía.

La anciana se encoge de hombros con un brillo en la mirada.

—No me achaques a mí todo, rapaz. Tu madre y tu padre sabían bien lo que hacían al criarte. Tu fiereza es cosa de tu cuna y de tu genio, nada más.

Un acceso de náuseas me sube al estómago, pero, por fortuna, lo controlo cerrando los ojos un instante. La anciana lo nota y chasquea la lengua con fastidio.

—Ves lo que te digo. Pero no pasa nada, si haces caso y paras un poco.

—Ya, eso es más fácil decirlo que hacerlo —susurro, apretando el cuenco con fuerza.

—A estas alturas —interviene Nairn, acercándose a la mesa—, prefiero que se lo digas tú. Yo ya se lo he repetido mil veces, y me ignora.

—¿Desde cuándo te sientes así? —me suelta la anciana, mirándome con seriedad.

—No lo sé… Llevo días con mareos y mal cuerpo. Estoy cansada, sin más —replico, intentando no sonar brusca.

Pero ella ladea la cabeza, como si no le convenciera mi respuesta. Avanza un paso y me tiende la mano para que se la coja. No sé muy bien qué pretende, pero sus dedos curtidos se

cierran sobre mi muñeca en un gesto experto, como si estuviera contando cada latido de mi pulso.

—¿Te ha bajado la sangre últimamente? —suelta de pronto, en tono seco.

La pregunta me pilla desprevenida. Nairn levanta la cabeza, confuso, pero yo bajo la vista, intentando recordar.

Entre el estrés, los viajes y las curas, no me he parado a pensar en las fechas de mi ciclo. La anciana me mira con un deje de impaciencia.

—¿Se te ha adelantado, has notado algo raro? —insiste.

—Pues… no. Creo que no me ha venido —admito, dándome cuenta de golpe de que llevo tiempo sin ver mi regla. Me quedo muda, procesando esa idea.

—¿Cuánto? —arremete la curandera—. ¿Un mes, dos? ¿Cuánto llevas con mareos y vomitonas?

—Unas semanas —susurro, empezando a atar cabos. El corazón me late con fuerza.

Nairn se separa de la viga, con la frente arrugada. Me observa con preocupación, como si temiera que haya algo más grave.

—Sujétate. —La anciana me pone una mano en la barriga con sorprendente delicadeza. Presiona un poco, inclinando la cabeza, y luego me suelta con un bufido—. Vaya, niña… No es fiebre, ni es veneno. —Mira a Nairn, que está tenso—. Es un hijo lo que crece en su vientre.

Sus palabras caen como un relámpago en mitad del silencio de la cabaña. Mi mano sube instintivamente a mi abdomen, cubierto por varias capas de ropa. Tengo la garganta tan seca que me cuesta articular palabra.

—¿Estás segura? —farfulla Nairn, sin saber si sonar incrédulo o emocionado.

La curandera se encoge de hombros, exasperada:

—He visto cientos de casos. Llevo más de media vida acompañando partos y reconociendo síntomas. No hay duda: está embarazada.

—¿Cómo… cómo no me había dado cuenta? —balbuceo.

—Con tanto ajetreo, es normal que ni lo pensaras —musita la anciana, con un deje de compasión que antes no tenía—. Ahora ya lo sabes. Y más te vale cuidarte si no quieres que el crío corra peligro.

Sus ojos se desvían hacia Nairn, que permanece mudo, con la mandíbula tensa. Pasa un breve

instante antes de que él haga un gesto afirmativo con la cabeza.

—Gracias —consigue decir él, en un tono apenas audible.

La mujer asiente y se dirige a la puerta, dándonos un momento de intimidad. Cuando sale, la estancia se queda en un silencio pesado.

Y entonces nos quedamos solos.

Nairn sigue mirándome, pero no dice nada.

Yo tampoco.

No sé qué se supone que debo hacer. No sé cómo reaccionar.

Entonces, sin previo aviso, él se arrodilla.

El gesto me deja sin aliento.

Nairn Gunn, el Lobo Negro, el hombre más fiero y orgulloso que he conocido, se arrodilla frente a mí con las manos en mis caderas y la cabeza inclinada hasta mi vientre.

No dice nada durante largos segundos, y cuando lo hace, su voz es apenas un murmullo quebrado:

—En medio de toda esta oscuridad, tú siempre me rodeas de luz, Mairead.

Mis labios se separan, pero no logro articular palabra.

Siento el calor de su frente contra mi piel, sus dedos aferrándose a mi cintura con una fuerza que no busca retenerme, sino anclarme.

—Dime algo —murmura, sin levantar la cabeza.

Mi garganta se cierra.

—No sé qué decir.

Él suelta una risa baja, casi sin humor, y cuando levanta la mirada, veo algo en sus ojos que me desarma por completo.

No es miedo. No es ira.

Es devoción.

Absoluta.

Irrevocable.

Y entonces lo sé.

No importa lo que pase.

No importa la tormenta que nos espere.

Nairn Gunn nunca me dejará caer.

No mientras él respire.

Y, por primera vez desde hace días, dejo de temblar.

CAPÍTULO 45



Me alejo de la cabaña despacio, casi sin ruido, para no despertar a Mairead. El aire de Dunbeath sigue cargado de malestar, pero al menos es de día y no hay tanta penumbra. Me detengo junto a un cercado de madera, observando a un par de aldeanos que pasan con semblantes hastiados, cargando baldes de agua para hervir.

Respiro hondo, intentando calmar la sensación de nudo en el estómago. Ni las batallas ni los venenos me han desvelado tanto como esta noticia.

Voy a ser padre.

No es que me pillara del todo por sorpresa: sé bien que es algo que podría pasar. Pero jamás pensé que me afectaría tanto, que sentiría esta mezcla de emoción y… desasosiego. El problema no es solo la paternidad. Es que no sé qué piensa ella.

—¿Buscas un momento de paz? —pregunta Ewan a mi espalda, interrumpiendo mis pensamientos. Gira la cabeza a un lado y me estudia con curiosidad.

—Supongo que sí —respondo, dándole un leve empujón para que se aparte del portón y poder apoyarme en él—. Oye, si has venido a provcarme, mejor búscate a Oran.

—No, tranquilo —dice Ewan, más relajado que de costumbre—. Solo quería saber cómo vas. O, más bien, qué pasa por tu cabeza. Se te ve más pensativo que nunca.

Hago una pausa, respirando hondo. El silencio del lugar se torna asfixiante. Al final, decido soltarlo.

—Mairead… está embarazada —digo, sin rodeos. Noto en Ewan la sorpresa inmediata: se endereza, con los ojos abiertos como platos.

—¿Cómo…? ¿Desde cuándo? —masculla, con un matiz entre admirado y perplejo.

—No lo sabemos con exactitud —confieso—. Fue cosa de la curandera local; notó que sus mareos y nauseas no eran solo cansancio. Nos lo dijo ayer.

—¿Por eso lleva días tan débil…? —Ewan suelta una exclamación inaudible, negando con la cabeza.

Ewan me mira con una media sonrisa que apenas esboza, aunque en sus ojos veo un brillo sincero:

—Vaya, Nairn. Así que vas a ser padre… Felicidades, supongo.

—Gracias… —murmuro, cruzándome de brazos—. Estoy contento, de verdad. Es algo que… no tenía en mis planes inmediatos, pero la idea me parece una bendición. Y, a la vez, me inquieta.

—¿Te inquieta por Mairead o por ti? —indaga Ewan.

—Por los dos —admito—. Ella anda con mil cosas en la cabeza: Drummod, la gente enferma, su… modo de sanar que no reconoce. Y ahora, encima, un niño. Me descoloca no tener ni idea de lo que opina ella —confieso, con un deje de frustración—. Quería ganármela a mi ritmo, que decidiera quedarse por voluntad propia, no por la obligación de un hijo. Y ahora me siento como si estuviera atrapándola sin querer.

—No vas a obligarla a nada —dice Ewan, como si leyera mis dudas—. No eres ese tipo de hombre.

—Lo sé. —Alzo la vista, reprimiendo un suspiro—. Pero siento que estará atrapada entre el deber, el miedo y… no sé si hay algo de cariño o amor.

Ewan se da un golpecito en la barbilla, pensativo:

—Entiendo —susurra Ewan, reflexionando—. Ella no te ha dicho nada. ¿No se la nota contenta o preocupada?

—Apenas un par de palabras. Ya sabes cómo es: se cierra cuando siente que sus emociones la desbordan. Le enseñaron a reprimirlo todo, y ahora le cuesta soltar siquiera un «estoy feliz» o un «tengo miedo». —Exhalo despacio—. Me parte el alma imaginarla dudando de sí misma y no dejan de hacerla daño por lo que es y lo que hace mientras ella no puede dejar de ayudar a los demás.

Ewan asiente, frunciendo el ceño.

—La gente la acusa de bruja, y a la vez la adora cuando les salva la vida. ¿Tú crees que, de

verdad, es un poder o algo así?

—No sé si llamarlo poder —respondo con sinceridad, con la vista clavada en el suelo polvoriento de Dunbeath—. Pero algo hay en ella, algo que va más allá de remedios y hierbas.

Ewan se limita a asentir, y sus ojos me piden más explicaciones. Exhalo un suspiro y me paso la mano por la nuca.

—Hablo de algo que no sé explicar. Es como… luz, un calor que ayuda a los demás a no rendirse. Y sin embargo, ella cree que es un motivo de vergüenza que debe ocultar. Pero su silencio lo dice todo y a la vez no dice nada. —Me rasco la barbilla, consciente del desasosiego que me recorre—. Me gustaría que se sintiese libre de usar lo que siente y tiene sin miedo.

—Igual lo que le pasa es que, sencillamente, no sabe cómo mostrarse feliz. ¿Quién se lo ha enseñado?

Me quedo en silencio un segundo, reconociendo la realidad de las palabras de Ewan. Desde el momento en que se presentó ante mí con la idea de un matrimonio solo sobre el papel, supe dos cosas: que le diría que sí y que, tarde o temprano, querría darle mucho más.

No quiero que se quede conmigo por obligación. Ni que piense que la retengo de ninguna manera. Anhelo que su permanencia sea libre, que elija quedarse porque puede, porque encuentra un refugio seguro en mis brazos. Sueño con el día en que, sin complejos, me mire a los ojos y confiese lo que siente, aunque sea un simple estoy feliz junto a ti o te necesito.

Lo que sí me cuesta es tolerar la idea de verla presa de su propio silencio. Quiero que sepa que, a mi lado, no hace falta callar, que no existe culpa ni pasado que pueda impedirnos disfrutar del ahora. Eso es lo que creo, lo que siempre he creído: solo tenemos el presente y lo que decidamos hacer con él.

Respiro hondo, recordando la calidez que siento cada vez que ella sonríe, la firmeza con que se lanza a cuidar de cualquiera que precise ayuda. Me duele verla agotarse así. Y me jura que está bien, que no pasa nada… mientras tiembla de debilidad con la mirada perdida.

No. No puedo consentirlo.

Mi idea es simple: mostrarle, día tras día, que no hace falta aguantar todo sola. No es un deber de esposa ni de madre, es la libertad de compartirlo conmigo, con su marido. Sí, me hablamos de matrimonio sin contacto y de límite temporal, pero jamás acepté esa frontera en mi corazón. Me propuse, desde el primer día, que a mi lado sentiría la alegría de vivir sin miedo a su propia fuerza, a sus dones o a su pasado. Y si debo repetírselo cien veces, lo haré.

Porque, en medio de batallas, epidemias y amenazas, ella se ha convertido en lo más valioso

de mi vida. Y ahora, más que nunca, por ese ser que anida en su vientre, quiero que disfrute, que encuentre su lugar. No tengo respuestas mágicas, no me preocupa el futuro más allá de asegurarme de que no la dañen.

Aprieto los puños, sintiendo la sangre bombear con fuerza.
Mi meta es darle un presente que la enamore, un aquí y ahora tan lleno de luz y sinceridad que no pueda imaginar otro sitio mejor. No conozco otro modo de amar que éste: sin presiones, con seguridad y devoción. Que sepa que puede gritar o reír, encender su poder o sus sueños, y yo estaré respaldándola, sin juzgarla.

Muevo la cabeza, sin dejar de sonreír. Sí, seré su apoyo, su escudo, su compañero… el hombre que la ve tal y como es y la prefiere así, real y completa. Tal vez ese sea el mejor regalo que puedo ofrecerle en este momento de dudas: mi certeza de que, con ella, soy un hombre más fuerte, y que juntos podemos afrontar cualquier tormenta.

—¿Y Drummod? —me pregunta Ewan.

—Drummod que espere. —Clavo la vista en la aldea dormida, un par de fogatas humean entre las chozas—. No pienso arriesgar a Mairead ni a nuestro hijo por culpa de ese desgraciado. Ya afrontaré el problema cuando sea preciso, del modo más efectivo posible.

—Vaya. Tú, el gran Lobo Negro, transformado en un papá protector —ironiza Ewan con cariño.

—Llámame como quieras —murmuro, devolviéndole un amago de sonrisa—. Sé lo que quiero: ver a Mairead en paz con su fuerza y, si la naturaleza lo permite, tener a ese niño entre nuestros brazos. Lo demás lo afrontaremos a su debido momento.

—Te veo más claro que nunca.

—Es lo que tiene saber que el presente es todo —suspiro—. Y el presente me dice que mi mujer me necesita, aunque no lo confiese en voz alta.

Me vuelvo hacia la cabaña, paso a paso, llevando en el pecho una determinación inquebrantable. Hay mil peligros ahí fuera, pero nada me asusta más que verla ocultar su alegría o sus temores por miedo a decepcionarme. Mientras me siga eligiendo, le prometo que encontrará un hogar en mí. Porque la felicidad no tiene por qué ser un misterio: puede ser tan simple como respirar el aire, tomarnos de la mano y recordar que, en este presente, nada nos falta para sentirnos plenos.

—Sí —responde, volviendo el rostro hacia mí con una sonrisa suave. Su expresión tranquila me desarma un instante; me recuerda a la Mairead que desearía ver siempre, lejos de la culpa,

del veneno y de la fatiga.

Por un segundo, creo que hemos avanzado. Que por fin se ha tomado un respiro. Pero algo en sus ojos reluce con un matiz decidido, casi calculador. Antes de que pueda preguntarle, se acerca y pone las manos en mis bíceps. Mi piel reacciona a su tacto sin que pueda evitarlo.

—Nairn —susurra, en un tono que no sé si etiquetar de dulce o peligroso—. He pensado en cómo vengarme de Drummod.

Mi respiración se pausa. La seriedad de sus rasgos, el brillo de determinación... Me tenso.

—¿Vengarte? —repito, notando cómo mi corazón se acelera—. ¿Qué significa eso, Mairead?

Ella se endereza y me sostiene la mirada, sin titubeos.

—Escúchame —me corta, apretando un poco mis brazos—. Iré a su encuentro durante la próxima luna llena, dejándole creer que me rindo a sus exigencias. Entonces… haré que beba su propio veneno.

La fuerza de su determinación me golpea. Casi me cuesta asumir lo que acabo de oír.

—¿Estás de broma? —gruño, con un siseo de rabia—. ¿Quieres plantarte sola ante Drummod y envenenarlo como si fuera un plan simple? ¿Te das cuenta del riesgo?

—No es una broma —insiste con voz tensa—. Estoy harta de vivir con miedo. Él me ha amenazado, ha envenenado a tantas personas… Ahora me toca a mí devolverle el golpe.

—¿Y el bebé? —la suelto, sin rodeos, fijando los ojos en su vientre—. ¿Has pensado en tu seguridad? ¿En lo que arriesgas?

Un parpadeo rápido delata que no esperaba esa mención tan directa. Veo un temblor fugaz en sus pupilas, pero no aparta la mirada.

—Lo hago por él más que por nadie —susurra—. ¿Has pensado en lo que hará Drummod cuando se entere de que estoy embarazada de otro hombre? Debo hacerlo antes o este niño siempre correrá peligro.

Por un instante, me falta el aliento. Me quedo mirándola, incapaz de procesar del todo que quiera jugársela así, mucho menos ahora, con el bebé. Siento que mi corazón late con fuerza; me hierve la sangre al imaginar el riesgo que corre.

—No. —Mi respuesta sale con la contundencia de un cañón—.. Ni hablar, Mairead. ¿De verdad te ves capaz de engañar a Drummod y envenenarlo? ¿Crees que se fiará de ti tan fácilmente? ¿Y si algo sale mal?

Ella no recula. Veo determinación en su rostro, pero también un temblor casi imperceptible en sus labios. Sus dedos se aferran a mis brazos con fuerza.

—Por supuesto que soy consciente del riesgo —contesta—. Pero Drummod no deja de ser un riesgo mayor. Mientras viva, mientras crea que sigo atada a esa promesa, no habrá paz. Ni para mí ni para este hijo.

No soporto la sola idea de verla frente a ese maldito MacKay. Trago saliva, notando un nudo en la garganta. Nací para resolver problemas, pero esto me sobrepasa, porque la idea de perderla me asusta más que cualquier guerra.

—Lo entiendo —respondo, suavizando la voz—. Entiendo tu furia y tu cansancio. Has soportado humillaciones y amenazas. Pero, Mairead, no puedes exponer así tu vida. Yo… no voy a permitir que te la juegues sola otra vez.

—No te estoy pidiendo permiso —replica, clavándome esos ojos desafiantes.

Sus palabras me golpean con un eco de verdad. Reconozco su valentía, pero eso no me alivia el miedo. Me aparto apenas un palmo, sosteniéndola por los hombros. Busco su mirada, intentando que vea la sinceridad en mis ojos.

—Vale, si es así —digo al fin, notando un temblor en mi propia voz—. Pero no voy a dejarte ir a ciegas. No pienses ni por un segundo que vas a enfrentarte a Drummod sin que yo esté cerca. ¿Me oyes?

Ella parpadea, asintiendo casi sin querer. Con mis manos en sus hombros, la acerco más a mí, apoyando mi frente en la suya. Mi respiración choca con la suya un segundo.

—No es que te lo prohíba —susurro—. Es que no voy a permitir que él te haga daño. ¿Te queda claro?

—Nairn… —comienza, y en su tono se adivina algo parecido a un agradecimiento y una petición de libertad al mismo tiempo.

—Te daré el espacio que reclamas —aclaro, tragándome mis ansias por encerrarla en un abrazo eterno—, pero no te soltaré la mano. Si Drummod tiene que beber su veneno, lo hará conociendo tu fuerza de frente y mi espada detrás. Lo afrontaremos juntos. Y, por favor… nada de locuras sin avisarme.

Ella inspira, cierra los ojos unos instantes. Siento que su tensión cede un poco y apoya su frente en mi pecho. Le rodeo la espalda con un brazo y siento su calor, consciente de que la tormenta no ha terminado.

—¿Más locuras? —musita, tras unos segundos—. No recuerdo haber hecho ninguna otra.

—¿Te parece poca locura presentarte en mi habitación pidiéndome un matrimonio con tiempo límite y sin obligaciones? —replico, sin poder reprimir una leve sonrisa.

Ella suelta un leve resoplido que, por un instante, me recuerda esa chispa rebelde que tanto adoro.

—Cierto, fue una locura —admite—. Pero aceptaste. Y el motivo seguirá siendo un misterio, ¿no?

Me callo un segundo, tragando el nudo que me sube a la garganta. Tengo que decírselo, me lo debo y se lo debo.

—¿Quieres saber por qué lo hice?

Mairead asiente muy despacio, como si no esperase que realmente contestara.

—Desde la primera vez que te vi, supe que no eras como los demás. No sé si fue esa mezcla de fortaleza y vulnerabilidad que mostrabas sin querer. Pero había algo en ti… algo que me afectaba y me hacía pensar en ti y querer volver mi mirada hacia la tuya contantemente.

Ella me mira con un brillo de sorpresa, sin moverse de mi pecho.

—Nunca fui de planes a futuro ni de promesas vacías —prosigo, con la voz más ronca de lo habitual—. Vivo el presente. Lucho lo que tengo que luchar aquí y ahora. Pero entonces llegaste tú con esa propuesta absurda de un matrimonio sin ataduras, y me di cuenta de que, por mucho que sonara a locura, quería tenerte cerca. Ni siquiera entendía por qué, solo sabía que prefería que fueras libre, pero a mi lado, a que te fueras a enfrentar el mundo sola.

Noto que sus manos tiemblan sobre mis bíceps, y la mantengo cerca, deseando transmitirle mi calor.

—Lo acepté porque algo en mí gritaba que no podía dejarte marchar así —confieso—. A pesar de que decías que solo sería fingido y lo anularíamos, yo sentía que, en el fondo, te quedarías si encontrabas un motivo para hacerlo. Y, egoístamente, quería convertirme en ese motivo.

Ella parpadea, y su respiración se vuelve un poco más agitada. Dudo un segundo, pero sigo, embriagado de sinceridad:

—No sé cuándo se transformó en amor, Mairead, pero llegó sin pedir permiso. Cada vez que te veía se me encendía algo aquí —llevo una mano a mi propio pecho—. Y cada vez que te veía reprimir tus deseos, tus ganas de reír o de pedir ayuda, me dolía. Quería que descubrieras que

ser feliz no es delito, que conmigo no serás juzgada, sino valorada por lo que eres… y por eso acepté tu dichoso matrimonio de conveniencia. Porque pensé: «si necesita ese espacio para ser ella misma, se lo doy. Ya me encargaré de que, cuando vea cómo podemos vivir hoy, no querrá marcharse mañana».

Mairead se separa apenas un par de centímetros para mirarme a la cara. Sus ojos están húmedos, y mi corazón da un vuelco. Siento la urgencia de decirlo todo:

—Así de simple —susurro—. No soy un hombre de sueños remotos ni de melancolías pasadas. Cuando te tuve al alcance, decidí que te quería a mi lado y no podía desaprovechar esa oportunidad.

Mis palabras se quedan flotando en el aire, y en su rostro veo descolocación y emoción a la vez. Trago saliva, con el corazón a la carrera. Parte de mí teme haberla abrumado, pero la otra parte se siente aliviada por contarle la verdad.

—Nairn… —musita, con un temblor en la voz. Baja la mirada un instante, y en ese gesto percibo que algo en su interior se remueve.

—No digas nada ahora —replico, esbozando una media sonrisa—. Piensa en lo que quieres para este momento. Te prometo que haré lo que haga falta para que no te sientas presa de nada. Ni de Drummod, ni de un hijo, ni de un papel. Eres más libre de lo que te han hecho creer.

Ella cierra los ojos un instante, soltando un leve temblor, y noto cómo mis manos la guían con suavidad hacia mí. Si su silencio de ahora es un atisbo de la emoción que la inunda, me conformo con que sepa que la espero sin condiciones.

Me quedo así, sosteniéndola, respirando su olor, y suelto, casi en un susurro:

—En realidad, no eres tú la que necesita mi protección; soy yo el que no concibe estar sin ti.

Ella se mantiene en silencio un momento, con el rostro apoyado en mi pecho y los ojos cerrados. Un leve temblor recorre sus hombros, como si se debatiera entre sus pensamientos y la necesidad de expresarlos. Cuando por fin se decide, su voz llega en un susurro:

—Eras… aterrador.

Lo suelta así, sin rodeos, y me quedo perplejo. La observo alzando apenas el mentón.

—Lo sé —admito, con un matiz de resignación—. Nunca quise dar esa impresión contigo.

—Y demasiado alto —agrega, y suelta un leve amago de risa que me desconcierta.

—Eso no puedo evitarlo —replico, intentando corresponder a su atisbo de broma con algo parecido a una sonrisa. Aun así, siento un nudo en la garganta, esperando qué más va a decir.

Ella inspira hondo, y apoya las palmas en mi pecho como si buscara un punto de apoyo:

—Me asustabas… Y no solo por ese porte imponente —admite, desviando un poco la mirada —. También por tu forma de atravesarme con la mirada, por la fuerza que tenías al hablar, por… esa seguridad que yo no había conocido nunca.

—¿Y ahora? —susurro.

Una mano sube hasta mi hombro, acariciándolo con nerviosismo.

—Estaba huyendo de todo el mundo, negándome lo más básico: confiar en alguien. Y tú… has sido tan paciente, has respetado mis límites… Has hecho que ese contrato absurdo fuera un pretexto para darme un hogar. Me dejaste ir a mi ritmo, sin presionar. Ahora entiendo que no quería un plazo, ni un acuerdo —continúa—. Solo quería… asegurarme de que no me harías daño, de que no me abandonarías a mitad de camino. Y, de algún modo, lograste convencerme sin palabras. Y, de repente, me descubro buscándote a ti como mi refugio, deseando quedarme sin excusas.

—Te lo he dicho y lo repito: no eres tú la que me necesita —murmuro, acariciándole el pelo —. Soy yo quien no concibe mi día a día sin ti. Y si un día decides irte, tendrás la puerta abierta. Pero rezo para que no lo hagas.

—No lo haré —asegura, con un susurro cargado de emoción—. No mientras sigas mirándome así.

Suelto una risa suave, mezclada con un nudo de lágrimas no derramadas. La idea de un futuro con ella, con nuestro hijo, me llena de un coraje y una esperanza que ni mil batallas podrían arrebatarme.

—Entonces nos quedamos juntos —susurro, apretándola contra mí—. Sin más límites que los que tú quieras, sin más tiempo que el que vayamos construyendo.

Ella asiente, y durante un rato solo se oye nuestra respiración acompasada. Ni Drummod, ni amenazas, ni culpas. Solo este presente compartido, tan simple y tan poderoso. Me quedo así, sosteniendo su cuerpo, escuchando la música de su corazón. Y, por primera vez, siento que la locura que empezó como un trato sin sentido ha encontrado el rumbo que, en el fondo, ambos anhelábamos: el de un amor que ya no se esconde ni se niega a sí mismo.

Aunque Mairead aún no pronuncie la palabra amor como tal, con todas sus letras, noto en cada caricia y en cada gesto que el muro que levantó al principio se desmorona. Tal vez no sea capaz de verbalizarlo ahora, pero verla quedarse y soltar sus miedos —aunque sea un poco— me basta. Y en su silencio, adivino un «te quiero» latente que, sin decirse en voz alta, me llena el

pecho más que cualquier declaración ruidosa.

—Estoy tan jodido… —musito, llevándome una mano a la nuca. Es la primera vez que me escucho tan derrotado en mi propia voz.

—Te oí hablar con tus hermanos de esto, Nairn —responde ella de pronto, y su tono parece avergonzado—. Lo siento… no estaba dormida.

—Lo sé —murmuro. Porque si algo tiene ella, es ese sexto sentido para estar ahí cuando mi cabeza echa humo.

—Siempre lo captas todo —suelta con un leve bufido que se convierte en una risa contenida —. A veces resulta desesperante.

CAPÍTULO 46



La luna llena ilumina el claro con una frialdad casi cruel. El viento, helado, me golpea el rostro mientras avanzo en silencio, con el corazón latiendo desbocado. Bajo la capa que me cubre, mis manos tiemblan un poco, pero no es por el frío.

Es por la certeza de que Drummod está aquí, esperándome, convencido de que me tiene en su puño. Y aunque quiera fingir que todo está bajo control, las náuseas me recuerdan que no puedo arriesgarme más de la cuenta. Una mano roza mi vientre en un gesto inconsciente: el hijo que crece dentro de mí y que, si todo sale mal esta noche, podría quedar indefenso.

—Ven sola — exigía la carta de Drummod. —Y no te atrevas a contarle nada a Nairn.

Pero lo cierto es que él y sus hombres aguardan en la oscuridad del bosque para emboscar cuando Drummod intente llevarme con él.

Un crujido de ramas anuncia la llegada de Drummod. Aun sin verlo, reconocería la opresión en el aire: ese hedor a violencia que siempre le acompaña. Y cuando sale de entre los árboles, con varios de sus hombres pisándole los talones, mi sangre se hiela un instante.

—Ah, Mairead… al fin has recapacitado —escupe, con una sonrisa que me produce escalofríos. Avanza un paso y sujeta con desdén el borde de mi capa—. Tanta resistencia solo demuestra que eres una Sutherland. Pero ya ves, tu destino está marcado desde antes.

—No he tenido más opción… —murmuro, adoptando el papel que le he vendido en la carta de respuesta—. Estoy cansada de esconderme. Has envenenado a demasiados…

Drummod suelta un gruñido bajo, y uno de sus hombres, un tipo recio y de mirada muerta, da un paso adelante para inmovilizarme, pero Drummod alza la mano.

—Dejad que ella dé el primer paso —ordena. Luego se me acerca, tan cerca que percibo su

aliento apestoso—. Veo que Nairn Gunn no está contigo. Bien. Ese demonio cree que te tiene, pero siempre supiste a quién pertenecías de verdad, aunque soy un hombre precavido y no está de más asegurarse…

Trago saliva, conteniendo la ira que me bulle dentro mientras él hace una señal a algunos de sus hombres para que echen un vistazo alrededor.

—¿Qué… qué quieres? —farfullo, obligándome a sonar más débil de lo que me siento—. Ya sabes que haré lo que pidas, con tal de que dejes en paz a la gente.

Él sonríe de forma siniestra. Su mano se cierra en torno a mi muñeca y me sujeta con fuerza, provocándome una punzada de dolor.

—Oh, bruja, no seas absurda —responde él, con un tono burlón—. Sabes bien que no eres tú quien dicta condiciones. Llevas tiempo intentando esquivarme, pero tu promesa sigue en pie. Eres mía por derecho. La regente lo ha ratificado.

—Estoy cansada de discutirlo —susurro, bajando la cabeza—. Solo quiero acabar con este tira y afloja. Si prometes que no volverás a dañar a más inocentes, puedes considerarme a tu entera disposición.

Él suelta una carcajada seca, sin soltarme la muñeca. Luego, me empuja un poco hacia sus hombres, con un gesto de mando. Siento que algo en mi vientre se tensa de puro miedo, pero me aferro a la idea de que Nairn está ahí, tan cerca.

—¿Sin tu amado Nairn Gunn? —se burla Drummod—. Habría disfrutado viéndole observar cómo te arrodillas ante mí.

—No es necesario… —respondo, girando el rostro para ocultar mi repugnancia.

—Tranquila, no tardará en descubrirlo —continúa Drummod, con un deje de malicia—. Pero antes, confiesa qué has hecho estos meses. ¿Te ha gustado que el Laird Gunn te toque? ¿Te ha gustado servir de entretenimiento a ese bastardo? ¿Crees que puedes traer un hijo que no sea mío? Cada latido tuyo me pertenece, no lo olvides.

El comentario sobre el hijo me enciende la sangre, aunque disimulo. Intento sostener la compostura; no debo alzar la voz ni mostrar mi odio. Sé que Nairn y los suyos están a la espera de la señal o del mínimo error de Drummod.

Carraspeo, tragando saliva.

—¿Crees que me importa lo que pienses? —susurro, con un matiz de cansancio—. Me arrastraste a este destino, me has perseguido con tu obsesión. Si te lo cuento, ¿qué lograría?

Drummod inclina la cabeza con una sonrisa de tiburón.

—Lograrías que me apiade de ti, si me place. Me gusta verte así, sin fuerzas, sabiendo que en cualquier momento podría obligarte a lo que quiera. Pero primero, quiero ver si no hay trampas. Anda, quítate esa prenda y date la vuelta.

Desato la capa con cuidado, mostrando mi vestido bajo la luz de la luna. Cruzo los brazos, incómoda, pero él hace un gesto a uno de sus hombres que me rodea para revisar si oculto un arma. Me roza con esa desconfianza asquerosa. Me muerdo el interior de la mejilla para no gritar.

—¿Satisfecho? —siseo, cuando el hombre se aparta.

—No del todo —responde Drummod, y sus palabras vienen envueltas en una mueca de burla.

Hace un gesto rápido y me agarra un mechón de cabello con brutalidad, obligándome a alzar la barbilla. Un dolor intenso me atraviesa el cuero cabelludo, y antes de que pueda oponer resistencia, se inclina sobre mí para plantar sus labios en los míos de forma violenta.

—¡Suéltame! —protesto con un gemido ahogado.

Intento girar la cara, pero él me sujeta con la mano enredada en mi pelo, retorciendo el cráneo lo bastante como para anular mi movimiento. Mi vientre se crispa de rabia y miedo. Pienso en el niño que llevo y en la humillación de que Drummod se atreva a arrebatarme incluso un simple beso.

—Quietecita —dice, con la voz impregnada de sadismo—. Vas a aprender lo que significa obedecer.

El hedor de su aliento me asquea. Me revuelvo lo mínimo, temiendo que su furia se desate más. Maldigo por dentro, deseando ver a Nairn irrumpir, pero quizás todavía no ha llegado el momento; tal vez sus hombres han detectado más tropas de Drummod en la retaguardia.

—No soy tu prisionera —mascullo, apretando los labios para zafarme.

—Sí que lo eres —replica, tirando un poco más de mi pelo, con una crueldad que me hace soltar un jadeo de dolor—. Siempre lo has sido, Mairead.

Logro apartar una de mis manos de mi costado, y le doy un leve empujón, aunque no me da el resultado que deseo. Continúa con la mandíbula apretada, más obstinado en humillarme. Los hombres que le acompañan se limitan a observar con indiferencia, como si fuera un espectáculo.

Drummod me clava la mirada, se queda inmóvil unos instantes y, contra todo pronóstico, afloja un poco su agarre. Aun así, sus labios se curvan en un gesto lleno de desprecio.

—He traído a unos cuantos amigos. ¿Sabes? Más allá de este claro hay un pequeño ejército que me es leal.

Mi corazón se acelera.

—Si Nairn aparece, me encargaré de que veas cómo lo degüellan delante de ti —añade Drummod, calculando mi reacción.

El hombre que fue a explorar la zona regresa con prisa y se inclina junto a Drummod, diciendo algo en voz baja.

Intento entender, pero el viento aúlla y no logro captar nada. Sin embargo, adivino que le informa de algo, tal vez de que no han detectado un peligro claro. Drummod asiente con el ceño fruncido y me lanza una última mirada de burla.

—En fin, Mairead, parece que no hay rastro de Gunn. Tal vez has hecho caso de mis órdenes al pie de la letra. Si es así, podríamos… —da un paso más para rozar mi rostro con su guante—, sellar nuestro reencuentro de una forma que no te gustará, pero que a mí me complace.

Siento la bilis subirme a la garganta.

—Haz lo que quieras… —digo, con un hilo de voz que anhela sonar vencido.

Drummod deja escapar un bufido de diversión. Vuelvo a percibir su guante sobre mi mejilla, ese roce incómodo que me produce escalofríos.

—Lo haré —responde con una arrogancia que me crispa—. Te advierto que llevo tiempo deseando cobrármelo. Pensarás que es algo reciente, pero no. Llevo años esperando mi ocasión.

—¿Años? —farfullo, frunciendo el ceño—. ¿De verdad vas a soltarme un discurso sobre lo mucho que me deseabas?

—Brillante —comenta con sarcasmo—. Veo que se te ha afilado la lengua y el carácter junto a los Gunn, pero no te pases.

Uno de sus hombres tose a la espera de órdenes. Drummod lo ignora y mantiene los ojos fijos en mí.

—Siempre quise poner mis manos sobre ese don que posees —suelta con voz oscura—. Te vi cuando eras una niña, ¿lo recuerdas? Porque yo sí. Una ocasión en que socorriste a un crío que se partió la cabeza contra una piedra. Tú… hiciste algo más que aplicar un vendaje. Lo trajiste de vuelta, estaba medio muerto. Jamás olvidaré esa escena. Lo miraste, le susurraste algo incomprensible, y de repente, respiró de nuevo.

Mi corazón late con tanta fuerza que me cuesta mantener el gesto de desinterés. Ni sabía que

él me hubiese visto en ese momento, yo apenas lo recordaba. Trago saliva, intentando no mostrar la conmoción que me produce enterarme de que Drummod ya me observaba en esa época.

—¿Estás delirando? —respondo, adoptando un tono pretendidamente áspero—. No sé de qué me hablas.

—No te hagas la inocente —dice, alzando el mentón—. Tu familia te envió al convento cuando empezaron los rumores. Creían que te enderezarían, ¿verdad? Que enterrarían ese poder tuyo. Pero a mí me bastó verte una vez para saber que no eras una chiquilla cualquiera.

—No sé de qué hablas.

—Mi abuela tenía una profecía —explica, sin dejar de mirar mi rostro—. Repetía que nacería una mujer capaz de inclinar el destino de quien no supiera valorarla. Para algunos sería bendición, para otros maldición. Y siempre me decía: «No subestimes a la Sutherland con ese don en sus venas».

Una risa ácida se me escapa, casi sin querer.

—Te tomaste muy en serio las historias de ancianas —comento, con un matiz sarcástico—. Y te creí más pragmático. Pero resulta que vives aferrado a leyendas.

Sus facciones se endurecen. Sus hombres se miran con cierta inquietud. No les gusta que yo le replique, pero tampoco entiendo por qué Drummod se molesta en explicarme esto.

—Tú lo llamas cuento —dice Drummod, con un deje de furia—. Yo lo llamo destino. Cuando te entregaron a Kester MacKay, supe que sería su perdición y no me equivoqué. Kester se destruyó a sí mismo, y al fin quedaste libre para mí. Y entonces te casas con otro, el maldito Gunn. Pero este también será su final.

Drummod me observa con frialdad. Poco a poco, afloja la mano. Miro de reojo a mis costados, intentando ubicar a su gente. Siguen apostados en semicírculo, vigilándome.

Se gira hacia dos de sus hombres y les indica que me escolten, uno a cada lado. Avanzamos con él al frente, dejando atrás el claro para adentrarnos en una vereda flanqueada por robles torcidos. Me palpita la sien, mientras calculo cuán lejos podrá llegar antes de que Nairn decida intervenir. Me invade la desesperanza de que, si nos alejamos demasiado, las tropas de Drummod nos rodearán del todo.

—No es un paseo agradable —murmura Drummod, sin girarse—. Pero me asegurará que no me tendéis emboscadas sin sentido.

—No sé de qué hablas —musito con un hilo de voz.

—¿No lo sabes? —pregunta con sarcasmo—. Nairn Gunn es un lobo hambriento, le gusta emboscar a su presa cuando está más desprevenida y confiada. Pero se ha equivocado si piensa que no preveía su aparición. Si piensa venir, que lo haga —ladra—. Tiene los bosques abiertos para él. A ver si logra escabullirse después, con mi ejército preparado y escondido para cortar cualquier huida.

Miro hacia los árboles y entonces veo algunos hombres apostados en ellos, escondidos, alerta para que Nairn y los Gunn aparezcan y poder dispararles.

No.

La emboscada no era solo nuestra.

Era suya también.

El peso de la traición se me clava en la piel. Miro a mi alrededor, sintiendo cómo la ventaja de Nairn se desmorona ante mis ojos. Me muerdo la lengua para no mostrar pánico.

—Tu querido Gunn caerá en la misma trampa en la que creíste arrastrarme a mí —se burla Drummond—. Pensaste que eras más lista. Pero, querida, yo llevo planeando esto desde hace mucho más tiempo del que imaginas.

No puede ser.

Drummond sabía que intentaríamos emboscarlo.

Sabía que Nairn vendría.

Un nudo de pánico se me cierra en la garganta cuando Drummond me sujeta del brazo y tira de mí con una fuerza brutal.

—Creo que vas a presenciar un espectáculo interesante —dice, con una sonrisa feroz—. Verás cómo tu gran guerrero se arrodilla antes de morir.

Miro a mi alrededor, esperando desesperada que Nairn no aparezca, que se vuelva sobre sus pies y se ponga a salvo.

Entonces, justo cuando Drummod se vuelve para presumir de su ventaja, oigo un leve silbido. Unas flechas atraviesan el aire y varios de sus hombres caen sin ni siquiera entender qué ha pasado.

Surgen figuras que reconozco como los arqueros Gunn, apostados en lo alto de las rocas. Justo detrás de la línea de los hombres MacKay. El caos estalla, y el sonido de espadas y gruñidos se hace ensordecedor.

—¡Maldito Gunn! —ruge Drummod, tirando de mí para usarme de escudo—. ¡Te crees muy listo, pero no tienes suficientes soldados para vencernos!

Drummod retuerce el brazo, hincando el puño en mi pelo, obligándome a ponerme de rodillas.

Y entonces, lo veo.

Aparece entre los árboles. Solo.

Su capa ondea con el viento. Su espada ya está desenvainada.

Pero esta vez… Esta vez hay algo diferente en su mirada. Y entonces lo entiendo. No es sorpresa. No es rabia. Es…

Es una maldita sonrisa.

Drummond frunce el ceño.

—¿De qué te ríes, Gunn?

Nairn inclina la cabeza, con la calma de un hombre que ya ganó la partida antes de que empezara.

—De que eres más idiota de lo que pensaba.

Y en ese momento, el verdadero ataque comienza. Entre la espesura del bosque, las flechas surcan el aire. Las flechas Gunn las más letales y precisas de toda las Highlands acaban con los guerreros en tierra.

Miro a mi alrededor: de otro flanco surgen más guerreros Gunn, que se unen al ataque. El círculo de Drummod se rompe en cuestión de segundos, con disparos certeros desde distintas alturas.

Los hombres de Drummond caen antes siquiera de entender lo que está pasando.

—¿Crees que esto ha acabado? —escupe, su aliento áspero golpeando mi piel.

Cuando Nairn se acerca, con su espada cubierta de sangre, sus ojos chispean con la ferocidad de un hombre que no ha perdido una sola batalla en su vida.

—No te acerques, Gunn —gruñe—. Si lo haces, la mataré.

Él da un paso. Su rostro no muestra prisa, ni miedo.

—Tómate tu tiempo —dice con tono burlón—. Yo disfruto viendo cómo los hombres se aferran a la última mentira de su miserable vida.

Siento el corazón de Drummod bombear con furia en mi espalda cuando me pone delante de él como su escudo colocando su espada contra mi cuello. Al darse cuenta de que sus tropas son abatidas con rapidez, entra en pánico y mueve un poco la mano con la que me sujeta. Ése es su error: Nairn se abalanza con la velocidad del lobo que todos temen. Antes de que Drummod reaccione, la espada de Nairn se clava en su costado.

Un gemido ahogado escapa de sus labios. Sus manos me sueltan de golpe.

Me aparto justo cuando su cuerpo se tambalea. Se lleva los dedos a la herida y luego los mira, con la incredulidad pintada en el rostro.

—No… —dice y me mira con los ojos desorbitados, como si yo fuera la culpable de su muerte y puede que esta vez tenga razón.

Nairn se acerca. Lento. Mortal.

—¿Qué decías sobre ver cómo me degollaban? —pregunta en voz baja.

Sin vacilar, da el golpe final. Un tajo certero a la garganta. La sangre cae sobre la hierba, y Drummod se desploma con un jadeo que se corta al instante. El bosque vuelve a sumirse en silencio.

Yo jadeo, mi pecho sube y baja con fuerza. Miro su cadáver. Me doy cuenta de que ya no me asusta. Drummod MacKay está muerto.

Nairn deja caer su espada y cierra la distancia entre nosotros en un solo paso.

Su calor me envuelve antes de que pueda pensar en nada más. Sus manos se hunden en mi rostro, recorren mi cuello, mis brazos, mi cintura, como si necesitara asegurarse de que estoy entera, de que soy real.

—Maldita mujer —gruñe, con una mezcla de rabia y alivio.

—¿He hecho algo mal? —murmuro, con una sonrisa temblorosa.

Él exhala un suspiro bajo y áspero.

—No —admite—. Solo esperaba que no hicieras que me diera un maldito infarto en el proceso.

Río, sin poder evitarlo. Es una risa rota, tensa, llena de todo lo que acabo de pasar.

Y entonces, me besa.

No es un beso delicado. No es un beso de victoria.

Es un beso de supervivencia. De necesidad. De pertenencia.

Mis manos suben a su cabello, agarrándolo con la misma desesperación con la que él me sostiene a mí. Su lengua invade mi boca con hambre, con la urgencia de quien acaba de rozar la pérdida.

Cuando nos separamos, su frente se apoya en la mía.

—Nunca más —susurra, su aliento cálido mezclándose con el mío—. Nunca más te dejaré sola.

Y esta vez, sé que es verdad.

EPÍLOGO



La cena en Dunrobin es un refugio de calor y luz en medio de un invierno inclemente.

Las llamas de la chimenea danzan sobre las paredes de piedra, proyectando sombras doradas sobre los tapices. El aroma de la carne asada y el pan recién horneado flota en el aire, mezclándose con el olor de la madera quemada.

Pero aunque la comida es excelente, lo que realmente llena la estancia es la tensión sutil entre los dos hombres al otro lado de la mesa.

Nairn y Cormac.

Si la guerra entre clanes hubiera sido una batalla de palabras afiladas en lugar de espadas, estos dos habrían acabado con medio país.

—Es un milagro que no os hayáis matado aún —comenta Lilias, con el bebé en brazos, balanceándolo suavemente mientras sonríe con diversión.

Ewan, con los codos apoyados en la mesa, se ríe.

—Dale tiempo —dice, mirando a Cormac—. Algún día uno de los dos se cansará de hablar y decidirá usar la espada.

Cormac suelta un bufido, con su mandíbula firme y la mirada fija en Nairn.

—Si tuviera el valor de enfrentarse a mí de verdad, lo habría hecho hace tiempo.

Nairn ni se inmuta. Su expresión es la de un hombre que no ve la necesidad de apresurarse en nada.

—Si quisiera matarte, Sutherland, ya estarías muerto —responde con absoluta calma.

El silencio es denso y cargado.

Cormac aprieta la mandíbula. No le gusta que Nairn tenga siempre la última palabra.

—¿Y por qué no lo has hecho? —desafía, cruzándose de brazos.

Mi marido se toma su tiempo. Bebe un sorbo de hidromiel antes de responder.

—Porque no desperdicio esfuerzo en tonterías.

El golpe es seco, limpio y sin esfuerzo.

Cormac parpadea un instante, como si no supiera si admirar su insolencia o clavarle un cuchillo en la mesa.

Ewan se ríe, Calder niega con la cabeza y Lilias resopla con una mezcla de diversión y exasperación.

—No me tientes, Gunn —murmura Cormac, sin apartar la vista de Nairn.

Mi marido, con su eterna calma provocadora, esboza una sonrisa lenta y peligrosa.

—Sabía que me tenías en alta estima, Sutherland —dice con suavidad—. Si tanto anhelas mi atención, podrías haberme enviado un poema en lugar de mirarme así, como una mujer despechada.

Cormac deja su jarra sobre la mesa con un golpe seco.

—Si fueras menos irritante, Gunn, tal vez hasta te respetaría.

—Sería una pena que me respetaras —replica Nairn, bebiendo un sorbo de hidromiel—. Me gusta más verte frustrado.

—¿Siempre sois así? —interviene Calder, con una ceja arqueada mientras parte un trozo de pan—. Porque desde que entramos en esta casa, tengo la sensación de estar observando a dos gallos peleando por el mismo corral.

Cormac y Nairn le dedican la misma mirada fulminante.

Lilias se ríe.

—Oh, Calder, no has visto nada. Esto es solo la fase preliminar.

—Entonces agradezco que Ewan y yo tengamos que regresar a Dirlot pronto —responde él con sorna—. No sé si mi paciencia resistiría una semana entera viendo a estos dos marcar territorio.

Cormac le dirige una mirada severa.

—Nadie te ha pedido opinión.

—Ah, pero es que la doy gratis —replica Calder con una sonrisa maliciosa.

Antes de que Cormac pueda responder, Lilias decide cambiar de tema de la manera más eficaz posible.

—Enhorabuena, Mairead.

La conversación se detiene de golpe. Levanto la mirada, desconcertada.

—¿Por qué?

Lilias sonríe, una de esas sonrisas suyas, rápidas e indiscutibles.

—Porque no puedes seguir fingiendo que no estás embarazada. Se nota demasiado.

El aire se espesa.

Siento la sangre subirme a las mejillas mientras el cuchillo se me resbala de los dedos y golpea la mesa con un sonido seco.

—Ah… yo… Sí, gracias, Lilias. Estaba esperando el momento adecuado para dar la noticia.

Ewan se echa a reír con fuerza.

—Por los cielos, Mairead, ¿pensabas ocultarlo hasta que el niño echara a andar?

—Sería una hazaña digna de admiración —añade Calder, divertido.

Cormac observa a Nairn con atención, buscando cualquier grieta en su expresión.

—No puedo decidir si parece orgulloso o aterrorizado.

—Ambas cosas, probablemente —responde Ewan.

Miro a Nairn, esperando encontrarlo incómodo, quizás hasta irritado. Pero me está mirando a mí con esa forma suya de observar, paciente y precisa. Su atención se centra en mi rostro, en mi cuerpo, en la mano que instintivamente he colocado sobre mi vientre.

Y entonces, sin apuro, extiende el brazo y coloca su mano sobre la mía. Es un gesto simple, pero lo dice todo.

Su pulgar traza un leve movimiento sobre mis dedos, apenas un roce. Un gesto de posesión. De seguridad.

—Supongo que tenía que ser Lilias quien lo dijera en voz alta —comenta con su tono tranquilo de siempre.

Ella le lanza una mirada divertida.

—No pensaba dejar que lo mantuvierais en secreto por más tiempo.

—Espero que este niño tenga la humildad de su madre —comenta Cormac.

—O la obstinación de su padre —se burla Lilias.

—O la arrogancia de su tío —añado, mirando directamente a Cormac.

—No mezcles a los Gunn con los Sutherland —dice Nairn con su media sonrisa letal—. Nosotros nos llevamos el premio a la inteligencia, sobre todo desde que tú eres una de nosotras.

Cormac resopla.

—Y a la falta de modestia.

El cruce de miradas entre ellos es un duelo silencioso. Dos hombres que se respetan, pero jamás lo admitirán en voz alta.

Lilias rompe la tensión con un suspiro.

—Vamos, hablad de otra cosa antes de que os lancéis los cubiertos.

Ewan asiente, apoyándose en la mesa con interés.

—Hablando de problemas, ¿habéis oído sobre María Tudor y el conde de Angus?

Cormac se tensa.

—Dicen que se ha casado con él en secreto.

—Si eso es cierto —interviene Nairn—, Angus tendrá el control del trono. Es un hombre ambicioso. No le bastará con el título de esposo de la regente.

Ewan se inclina hacia adelante, con gesto sombrío.

—Si Angus domina la corte, Escocia estará en sus manos. Ya tenía poder, pero ahora…

Cormac asiente, serio.

—La nobleza escocesa está dividida. Algunos apoyan a María, pero otros prefieren a Albany. Esta guerra aún no ha terminado.

Lilias suspira.

—Siempre lo mismo… siempre los nobles jugando con los destinos de los demás.

—Sí, pero mientras ellos juegan —añado, con una mano aún sobre mi vientre—, nosotros vivimos y nos dejan en paz.

Nairn aprieta mis dedos ligeramente.

—Exacto —susurra.

El fuego de la chimenea crepita. La conversación continúa, pero yo solo noto su mano sobre la mía y la certeza de que, pase lo que pase en Escocia, aquí, en esta mesa, todo está en su sitio.

Nadie ha preguntado por la muerte de Drummond MacKay. Ni la regente en Edimburgo, ocupada en su propio juego de poder. Ni los nobles que se disputan el futuro del reino. Ni los que un día le ofrecieron su favor y al siguiente lo olvidaron. Ni siquiera los otros clanes que solían observar con recelo sus movimientos.

A nadie le importa un muerto en las Highlands cuando el trono de Escocia está en disputa. Las tierras altas son un mundo aparte. Lo que ocurre aquí, lejos de los castillos y los banquetes, no le importa a nadie.

Los rumores dicen que murió en una emboscada de forajidos. Otros susurran que sus propios hombres lo traicionaron. Pero la verdad… la verdad solo la sabemos unos pocos.

Nairn no se ha molestado en desmentir ninguna de esas versiones. No tiene que hacerlo. No hay justicia que reclamar, ni manos que quieran hurgar en su cadáver. El mundo sigue adelante, como si Drummond nunca hubiera existido.

Pero yo lo sé.

Sé lo que significa su muerte. Sé que, al caer, arrastró consigo el peso de un destino que nunca debí cargar. Ya no hay cartas con amenazas escondidas ni noches en vela temiendo su regreso. Ya no hay manos frías cerrándose sobre mi muñeca, recordándome que yo no era libre.

Ahora lo soy.

El peligro no ha desaparecido del todo. Un nuevo líder de los MacKay surgirá. Habrá más guerras, más sangre derramada en estas tierras salvajes. Pero cuando miro a Nairn, cuando veo la certeza tranquila en su rostro, sé que cuando lleguen, estaremos listos.

Porque el miedo ya no me gobierna. Y nunca más volveré a ser la marioneta de nadie.

Y todo es por él.

Nairn Gunn.

El hombre que no solo me ha salvado del infierno en el que vivía, sino de algo peor: de ser la mujer que creía que debía ser.

Porque antes de él, yo vivía encadenada a mi pasado, a mis miedos, a la idea de que no tenía

derecho a desear nada más allá de lo que me imponían.

Pero entonces apareció él.

Y lo cambió todo.

Me enseñó que la fuerza no siempre es rugir, sino también resistir en silencio. Que el amor no es una jaula, sino un refugio. Que no necesito pedir permiso para existir.

Antes de él, mi vida era un cúmulo de renuncias. De *lo que debe ser* o de *lo que no me corresponde desear.*

Yo creía que la libertad era un susurro imposible.

Y entonces él la convirtió en un grito.

Puedo estudiar las artes oscuras sin miedo, aprender de ellas, fortalecer mi poder hasta que no haya nadie capaz de volver a doblegarme.

Porque mi poder ya no es una carga ni un secreto vergonzoso.

Es mi derecho.

Es mi fuerza.

Y por primera vez en mi vida, no tengo miedo de abrazarlo.

Nairn, que nunca impuso, sino que esperó.

Nairn, que nunca pidió nada que yo no estuviera lista para dar.

Nairn, que nunca me prometió palabras vacías, porque él no promete. Él hace.

Nairn, que me mira como si supiera exactamente quién soy y nunca hubiera esperado menos.

Nunca había conocido a un hombre así. Tan imparable y, al mismo tiempo, tan paciente. Letal y, sin embargo, tan controlado. Capaz de destrozar a cualquiera con una espada y, a la vez, capaz de sostenerme sin que me dé cuenta de que lo está haciendo.

Un hombre que no necesita hablar para que su presencia llene una habitación.

Que cuando dice mi nombre, lo convierte en algo sólido, en algo que vale la pena sostener.

Que cuando me toca, es con la certeza de que le pertenezco, no porque me posea, sino porque yo he elegido dárselo todo.

Un hombre que jamás se ha doblegado ante nadie, salvo ante mí.

Y solo porque él quiere.

Y ahora, mientras me acaricio el vientre, siento la certeza absoluta de que este hijo que crece dentro de mí nunca conocerá el miedo.

Porque tiene un padre que lo protegerá con todo lo que es y jamás dejará que nadie nos arrebate lo que hemos construido.

Nairn nunca lo dirá en voz alta. No es un hombre de discursos ni de grandes promesas vacías.

No necesita serlo.

Porque él demuestra lo que siente con cada acción, con cada decisión.

Con la forma en la que su cuerpo se interpone entre el peligro y yo, como si fuera algo natural.

Con la paciencia con la que me ha enseñado a no huir de lo que deseo.

Y lo deseo tanto...

Su tacto. Su aliento sobre mi piel. La fuerza contenida en sus manos cuando me sostiene, cuando me reclama con la certeza de quien nunca ha dudado de lo que es suyo.

Su boca sobre la mía, sin pedir permiso, porque sabe que lo estoy esperando.

El peso de su cuerpo empujándome contra el lecho, cubriéndome, envolviéndome en su calor.

El sonido bajo de su risa cuando me encuentra temblorosa, rendida bajo sus caricias, incapaz de contener lo que me provoca.

Los murmullos ásperos de su voz en mi oído, diciéndome cosas que nadie más ha dicho jamás.

Cosas que me hacen estremecerme. Cosas que me hacen abrirme más, perderme más, entregarme a él hasta que ya no queda nada de la mujer que fui antes.

Él no es solo el hombre que amo.

Es el hombre que ha reescrito todo mi ser con sus manos, con su boca, con su cuerpo, que me ha enseñado lo que significa el deseo y que me ha dado la libertad de sentirlo sin miedo.

Porque cuando estoy con él, cuando estoy desnuda bajo su mirada, no hay inseguridad, no hay vergüenza, no hay dudas.

Solo está su piel sobre la mía.

Su aliento entrecortado cuando le araño la espalda.

Su susurro ronco cuando me llama por mi nombre, cuando me pierde con él.

Y su certeza, su absoluta certeza, cuando se hunde en mí, lento, implacable, sin apartar los ojos de los míos, como si quisiera que entendiera que no hay vuelta atrás.

Y no la hay.

Porque en ese momento, en cada uno de esos momentos, sé que no importa lo que ocurra en el mundo.

No importa la guerra.

No importa la política.

No importa el pasado.

Ni siquiera el futuro.

Solo importa él.

Nairn.

El hombre que lo es todo.

Esperando a que yo entendiera lo que él supo desde el primer momento:

Que él es mi hogar.

Siempre lo ha sido.

Y siempre lo será.

Y quiero decírselo.

Pero las palabras se atascan en mi garganta porque nunca he sabido cómo decir algo tan grande sin que se me quiebre la voz.

Así que espero al momento justo.

La conversación en la mesa sigue su curso, con Ewan y Calder burlándose de Cormac y Lilias intentando mantenerlos a raya.

Pero yo no estoy ahí.

No del todo.

Estoy en él.

En la forma en que sus dedos rozan los míos sobre la mesa, distraídamente, como si fuera lo más natural del mundo.

En la forma en que su mirada se desliza hacia mi vientre antes de volver a encontrarse con la mía.

En la forma en que, incluso en medio de esta conversación ruidosa, su atención está donde siempre ha estado.

En mí.

Y entonces, sin pensarlo, lo susurro.

Tan bajo que solo él puede oírlo.

—Te amo.

Lo digo rápido, con la esperanza de que el ruido lo ahogue.

Pero él siempre me oye.

Nairn se queda quieto un instante.

Y luego, muy despacio, vuelve la cabeza hacia mí.

Su mirada es intensa, profunda, cargada de algo tan abrumador que siento que me clava en el sitio.

Siento los dedos de Nairn deslizarse entre los míos, firmes, cálidos.

Me recorre con la mirada como si pudiera desnudarme ahí mismo, con todo el mundo delante, y le diera igual.

Y entonces, con esa voz suya, grave, tranquila, que siempre parece un filo de acero deslizándose sobre la piel, dice:

—Lo sé.

Y sonríe.

No una sonrisa obvia, ni burlona, ni condescendiente.

Una sonrisa pequeña, leve, pero letal.

Porque es la sonrisa de un hombre que lo tiene todo.

Y lo tiene porque yo se lo he dado.

Siento la exhalación lenta de su aliento cuando sus labios rozan mi sien.

Su mano, fuerte y firme, se desliza sobre mi espalda.

Cierra los ojos un instante, como si quisiera grabarse este momento en la piel y cuando los

abre, su voz es la única verdad que necesito.

—Y yo a ti. Hasta que me muera.

Porque con él, el fuego en mi alma no se apaga, arde más fuerte que nunca.

Fin

Tu opinión cuenta más de lo que crees. ¿Me la dejas?

NOTA DE LA AUTORA

Podría empezar esta nota hablando de la documentación histórica, los clanes escoceses y los matrimonios por decreto, pero a quién quiero engañar.

Voy a hablar de lo que realmente importa.

Nairn Gunn.

Y de cómo me ha destrozado la vida para cualquier otro hombre.

¡Dios bendito y todos los santos del Olimpo!

Porque, amigas, me he enamorado.

Y no de una manera sana. No con esa admiración distante con la que se suspira por un personaje. No.

Nairn Gunn me tiene gateando, temblando de emoción y cuestionando mis estándares sobre los hombres.

Porque no, Nairn no es el típico Highlander bruto, dominante y de paciencia nula.

Es mejor.

Es un hombre templado por la guerra, pero con la capacidad de esperar sin exigir, de proteger sin encerrar, de quedarse cuando todos los demás han decidido marcharse.

Es fuerza, sí. Pero sobre todo, es un refugio. Aunque también es un hombre que no da marcha atrás en lo que considera suyo. No porque la "posea", sino porque ha cruzado un punto de no retorno en su corazón.

Y si creéis que eso es fácil de encontrar en un personaje masculino, os digo desde ya que no lo es.

Porque este libro no solo va de pasión, de tensión insoportable y de un matrimonio de conveniencia que nunca debía significar nada.

Este libro es sobre Mairead.

Sobre una mujer que ha aprendido a hacerse pequeña para sobrevivir.

Sobre alguien que ha creído durante demasiado tiempo que había algo malo en ella.

Sobre una persona que ha intentado encajar en el molde que otros hicieron para ella, hasta que el fuego en su alma se apagó.

Yo sé que ahora lo que se lleva son las protagonistas de carácter indomable, las que saben pelear, desafían al héroe y no se callan ni debajo del agua.

Pero no todas somos así. Y Mairead tampoco lo es.

Y quizás por eso le tengo un cariño especial. Porque yo también he sabido lo que es querer pasar desapercibida.

Sé lo que es sentir que tienes que encajar en una caja diminuta para no molestar a nadie, pero como era una niña gordita (por decirlo finamente y mimar mi ego), y, además, extremadamente tímida, lo que hacía que aquella caja me viniera aún más pequeña. Ni idea de cómo he acabado siendo tan desvergonzada ahora.

Así que este libro también es para todas nosotras. Para las que alguna vez hemos pensado que debíamos pedir perdón por ser quienes somos.

Para las que hemos creído que la vida de otras personas merecía más protagonismo que la nuestra.

Y para todas las que hemos aprendido que no hay nada malo en brillar, en sentir, en arder.

Y aquí es donde entra ÉL.

Porque si hay alguien que le enseña a Mairead que merece algo más, que merece desear, soñar, elegir… es Nairn.

Con su paciencia. Con su lealtad. Con su forma de mirarla como si fuera lo más importante de su mundo, incluso cuando él mismo aún no lo sabe.

Así que sí, este libro me ha hecho enamorarme hasta las trancas.

De la historia. De las Highlands. De estos personajes que me han roto y sanado a partes iguales.

Pero sobre todo, me ha hecho recordar que el amor no es solo pasión desbordada.

Es esperar.

Es entender.

Es dar sin exigir nada a cambio.

Y si después de leer este libro no terminái s suspirando por Nairn Gunn, no sé qué libro habéis leído.

Ay, al lío.

El clan Gunn se asocia sobre todo a Caithness, en la región nordeste de Escocia. Esta zona, de costas abruptas y páramos azotados por el viento, no era precisamente un escenario fácil para asentarse. Sin embargo, la sangre vikinga de los Gunn les concedía cierta ventaja en aquel entorno: supuestamente descienden de Gunni, un príncipe noruego emparentado con la casa real de Orkney, así que esa mezcla de espíritu nórdico y coraje de las Highlands quedaba grabada a fuego en su forma de vida.

Imaginar a un highlander con sangre nórdica me acelera el pulso todavía más.

Muchos señalan el castillo de Dirlot como uno de los bastiones vinculados al clan, aunque también aparezca relacionado con otros linajes de la zona. Situado en un promontorio rocoso y rodeado de barrancos, Dirlot no estaba precisamente en un lugar accesible. Es fácil imaginar que, en su momento, fue un enclave militar estratégico… y también escenario de más de una escaramuza sangrienta.

Ahora está en ruinas, como el clan Gunn prácticamente.

A base de enfrentamientos , la línea principal de los Gunn quedó muy mermada. Algunos historiadores hablan de una desaparición parcial porque el liderazgo tradicional se perdió. No obstante, no significa que no quedaran (o queden) Gunn por el mundo. De hecho, hay ramas supervivientes y sociedades del clan Gunn que mantienen viva la herencia cultural y familiar.

Nairn… voy por ti o unos de tus descendientes.

Pero su legado vikingo y su historia épica perviven, tanto en las Highlands como en la imaginación de quienes, como tú y yo, nos emocionamos con solo pensar en un Highlander de sangre nórdica, con un lema tan contundente como «Aut pax aut bellum»: o hay paz, o hay guerra. Y, con ellos, nunca faltan las anécdotas ni las luchas épicas que aún resuenan en los valles y acantilados de Escocia.

Luego está el tema de la mujer española de Enrique VIII, la famosísima Catalina de Aragón, hija de los reyes Católicos. Sí, la pobre primera esposa, esa que tuvo que aguantar al rey cuando aún no había perfeccionado sus habilidades para el drama matrimonial. ¿Y qué ocurrió? Que, tras años de convivencia —y de muchos esfuerzos por parte de Catalina para darle un heredero varón —, el rey se encaprichó de Ana Bolena, la nueva y flamante tentación de la corte.

Ahora bien, Enrique no era precisamente un as de la diplomacia. Al ver que el Papa no le concedía la anulación de su matrimonio, pensó: «Pues me monto mi propia Iglesia y aquí paz y después gloria».

Bueno, no fue así tal cual:

La verdad es que el muchacho no se sentó un día con un pergamino en blanco y dijo: «¡Ea, voy a fundar mi propia religión!». Más bien fue algo así:

1. El Papa se negó a concederle la anulación para romper con Catalina de Aragón.
2. Enrique, ofendido y con muchas ganas de “libertad matrimonial”, se miró en el espejo y pensó: “Bueno, pues prescindo del Papa y me nombro yo mismo jefe de la Iglesia de Inglaterra.”
3. A la hora de la verdad, mantuvo gran parte de la liturgia católica, solo que sin el visto bueno de Roma (y con la ventaja de que el rey mandaba más que nadie).

No se lanzó a abrazar el protestantismo “made in Lutero” con gran devoción teológica. En realidad, al principio de su reinado, llegó a escribir un tratado en defensa del catolicismo (tanto que el Papa lo nombró “Defensor de la Fe”... ironías del destino). Pero su ruptura con el papado allanó el camino para que Inglaterra se fuera acercando a posturas más protestantes.

Así que, ¿inventó una religión nueva? Más bien se quedó con la "versión inglesa" del cristianismo, dándole su toque personal y sustituyendo la figura del Papa por la suya propia como cabeza de la Iglesia. Fue un "catolicismo sin Papa" en sus inicios, que con los años —y sobre todo con sus herederos, como Eduardo VI y la mismísima Isabel I— se convertiría en el protestantismo anglicano que conocemos hoy.

Vamos, que no se puso a fundar iglesias de cero, sino que reetiquetó la que ya existía para que nadie pudiera decirle con quién casarse y con quién no. Porque, si algo le molestaba a Enrique VIII, era que alguien (fuera el Papa o el vecino de al lado) osara ponerle límites.

Para Catalina, fue un drama monumental. Lo perdió casi todo: el trono, el respaldo político, la influencia… y, claro, se convirtió en la "dama repudiada" y su hija con Enrique en ilegítima.

Mientras tanto, Ana Bolena pasó a ser la favorita... hasta que dejó de serlo. Porque, como muchos sabréis, el curriculum amoroso de Enrique VIII incluía un par de cabezas rodando por la Torre de Londres.

Entre ellas, la de Ana.

Dicen que a Catalina, cuando se enteró, ni se le movió un pelo —o eso quiere la leyenda—, porque bastante había sufrido ya. Sarcasmos aparte, lo cierto es que los líos de faldas de Enrique VIII trascendieron cualquier límite, metiendo a medio mundo en una hoguera de intrigas.

Como ya andaba encaprichado de Jane Seymour, a Ana la acusó de usar brujería para convertir a Enrique en su esposo, de mantener relaciones adúlteras con cinco hombres, de incesto con su hermano Jorge Bolena, vizconde de Rochford, y de injuriar al rey y conspirar para asesinarlo. Para colmo, la acusación añadía el agravante de traición. Esos cargos, claramente fabricados, se presentaron ante una Corte presidida por el propio tío de Ana, Thomas Howard, III duque de Norfolk.

En mayo de 1536, Ana Bolena y su hermano fueron condenados a muerte, bien en la hoguera o bien por decapitación, según eligiese el rey. Los otros cuatro hombres acusados de mantener relaciones con Ana fueron sentenciados a ser ahorcados, ahogados y descuartizados.

Lord Rochford fue decapitado inmediatamente después del juicio.

Vamos, que se quitó de encima a todo aquel que se interpusiera entre él y su siguiente matrimonio con Jane Seymour… que tampoco duró mucho, pero esta lo hizo con la cabeza puesta tras dar a luz al único hijo varón de Enrique… que tampoco duró mucho.

De acuerdo con una investigación realizada en marzo de 2011, el patrón de embarazos de sus esposas y su deterioro mental sugieren que Enrique VIII tenía el antígeno sanguíneo Kell positivo, que ocasiona abortos en mujeres con antígeno Kell negativo y mortalidad neonatal y el síndrome de McLeod. Enrique VIII nunca reconoció mal alguno en sí mismo por las pérdidas recurrentes de los embarazos de sus respectivas 6 esposas. (Oh la lá, qué sorpresa)

Eso sí, si paseáis algún día por la Torre de Londres, contadme si no sentís un escalofrío. Dicen que en sus muros resuenan todavía los suspiros de muchas mujeres que creyeron que el amor —o, al menos, el matrimonio real— venía con final feliz.

Pero, como Enrique VIII enseñó al mundo, nada está escrito en piedra cuando el capricho se convierte en ley. Y si no, que se lo digan a las cinco esposas que siguieron a Catalina.

Para rematar el cuadro, os recordaré que Jacobo IV, rey de Escocia y cuñado (sí, cuñado) de Enrique VIII, pensó que era buena idea tratar de hacerse con Inglaterra mientras el monarca estaba entretenido en Francia.

Craso error.

Subestimó a la española (como muchos otros, jejejeje) , que estaba al mando en ausencia de Enrique, y vaya si le salió caro.

Jacobo IV murió en la batalla de Flodden, y su viuda, Margarita Tudor (hermana de Enrique VIII), terminó casándose con alguien que pretendía quitarle el trono al propio hijo de ella.

En fin, la nobleza escocesa siempre ha tenido la capacidad de complicarse la vida hasta el infinito... y gran parte de las miserias de Escocia, vinieron precisamente de estas ambiciones desmedidas y luchas internas.

Por supuesto, tampoco ayudaba el hecho de que muchos de estos nobles miraban por encima del hombro a los highlanders, considerándolos poco menos que salvajes porque eso es imperdonable en nuestro mundo de escoobsesas y jamás se lo perdonaremos, jamás.

Espero de corazón que esta historia os haya enamorado y suspirar tanto como a mí.

Y, si os apetece seguir compartiendo más aventuras, sorpresas y amores imposibles (o muy posibles), os invito a seguirme en Amazon para no perderos ninguna de mis novedades.

Se os quiere,

Anne

AGRADECIMIENTOS

¡Y llegamos a los **agradecimientos**! No sabéis lo feliz que me hace este momento, porque, chicas, con cada libro que escribo no solo voy ganando lectoras, sino también amigas. ¡Y qué amigas! De esas que siempre están ahí para apoyar, comentar, reír y suspirar juntas por nuestros amados protagonistas. Voy a hacer un encuesta sobre vuestros favoritos, los amasaré juntos y crearé al protagonista de los protagonistas y lo le diremos a la IA que nos cree un novio virtual igual que él para los ratos aburridos, jajajajajaja.

Gracias a todas por estar a mi lado, por acompañarme en cada aventura literaria y por llenar mi buzón de mensajes, comentarios y reseñas que me alegran el día. Sin vosotras, esto no sería ni la mitad de divertido y gratificante.

intentando ordenar todo el torrente de emociones y agradecimientos que llevo dentro. Empecemos por lo más importante, sin rodeos: **gracias**. Pero no es un gracias cualquiera, es de esos que te recorren de la cabeza a los pies, uno de esos que llevan un "te lo debo todo" implícito. Cada vez que publico un nuevo libro, me embarga esa mezcla de nervios y emoción, preguntándome si lograré tocar vuestras almas, arrancaros una sonrisa, una lágrima, un suspiro...

Y entonces llegáis vosotras. **Mis lectoras, mis amigas.** Porque sí, cada vez que una de vosotras se adentra en mis historias, siento que estamos conectadas de una manera especial, como si recorriéramos juntas cada castillo, cada campo de batalla, cada mirada intensa que atraviesa las páginas. Vuestras palabras, vuestras risas, esos mensajes que llegan tras haber pasado una noche en vela con mi libro entre las manos... Todo eso me hace sentir que no estoy sola en este viaje. Que **estamos en esto juntas.**

A vosotras, las que os habéis desvelado por "solo una página más", las que habéis hecho de mis personajes vuestros amigos, los habéis defendido, amado, odiado y vuelto a amar. Vuestras emociones son mi premio, vuestro cariño es el mejor combustible para seguir escribiendo. **Sois el verdadero corazón de mis historias.**

No os imagináis lo que significan esos mensajes que recibo, cada uno es como un abrazo, como una conversación íntima entre amigas. Me hacéis reír, llorar y emocionarme con vosotras, y eso... eso es algo que no cambiaría por nada en el mundo. Porque aunque parezca que soy yo quien os cuenta historias, sois vosotras las que dais vida a cada una de ellas.

Así que **gracias**, de corazón. Por vuestra pasión, por vuestro entusiasmo, por creer en mí y en mis personajes. Por cada comentario, cada reseña, cada palabra de aliento. Vosotras sois la razón por la que sigo creando, soñando y escribiendo con el alma.

Nos queda mucho por vivir juntas, y no puedo esperar para seguir recorriendo este camino con vosotras. Así que, con todo mi cariño y muchas más historias por contar, os mando el abrazo más grande del mundo, de esos que se sienten en lo más profundo.

¡Seguimos, chicas! Esto solo acaba de empezar, y sé que lo mejor está por venir. 🌟💔

Para empezar, quiero agradecer a mis grandes apoyos:

Juncal: Por esa alegría que aportas a mi proceso creativo, tan refrescante como un amanecer en las Tierras Altas.

Tristán: Eres la inspiración detrás de cada palabra que escribo, como el viento que susurra entre los pinos escoceses.

A mi club de las Hadas:

Ana Molinos: Gracias por ser esa fuente constante de energía y apoyo, tan inquebrantable como los castillos de Escocia.

Sara Nogales: Por tu meticulosa corrección y ese apoyo implacable, tan férreo como un guerrero Highlander.

Aroa Ramírez: Porque mi recuperada intensidad te la debo a ti, que me recordaste que la había perdido, como las antiguas leyendas de los clanes.

María José Ramírez: Por ser tan fan, tan entusiasta, por animarme a escribir. Eres como el fuego que calienta las frías noches en las Tierras Altas.

Rocío Blanco: ¡Eres la guinda del pastel! Gracias por esas ayuditas mágicas y tus monólogos que son pura chispa.

Jessica Cruz Escámez: A la velocista de las letras, cuya velocidad de lectura desafía a la luz y cuyos comentarios me encantan.

Rocío Yuste: A la maga de las reseñas, capaz de capturar los detalles más pequeños de mis novelas con su varita mágica de palabras.

Verónica Leiro, qué bonita es y que entusiasmo desborda.

Y ahora quiero hacer una mención especial a las que ya considero “mis chicas”:

Estefanía Cobo Moreno, Susana Vila, Lidia Armario, Eva_bueu, Elenablda, Pilu_baca, Tere Reixach, Estefanía Cobo, Mónica (@slayertxu), Meli Berzaghi, Pepi Armario, María_ese_ce, Denis Luz, Lau Soler (que me alegra el día con sus MD, jejejeje), Emma. MarW, Iria García Blanco, María Marchena González, Ana Sofía Ribeiro, Mariina Castro, Lola de Albacete, Pepa Urea Serrano, Lola López García, Monserrat Martin Barrero, Rakel Córdoba, Silvia Gámez, Gloria Benitez Sody, Antonia Ávila Suarez, Isabel Marchante (con esa estantería con todos mis libro, wowwww), Verónica Ramon Romero, Graciela Peñarrocha, Monica Lopez Torres.

Es increíble poder tener lectoras como vosotras. No os imagináis los nervios que se pasan cada vez que se deja volar un libro nuevo sin saber si será aceptado bien, si esta vez se ha perdido la chispa, si no se ha sido capaz de conectar con el lector y entonces llegáis vosotras como los ángeles de Anne Charlie y me hacéis recuperar el aliento y la confianza de nuevo. ¡Sois increíbles! No tengo palabras suficientes de agradecimiento para vosotras.

Elena de Elenasinh_books porque ha sido precioso su entusiasmo y la forma en que me ha tenido en vilo con sus stories sobre Entre las páginas del tiempo.

Vir de @vir_entre__libros: Tu crítica astuta siempre me ayuda a crecer, como un sabio druida que guía a su clan.

Aryceli de @aritakitten_lecturas: Por tu perspicacia con los personajes, tan aguda como la mirada de un águila sobrevolando los montes escoceses.

María de @vilmont_books: Por la creatividad que aportas al universo literario, tan brillante como las estrellas en una noche despejada en Escocia.

Olivia Monterrey de @monterreyolivia: Por tu generosidad al compartir mi trabajo, tan vasta como las llanuras escocesas.

Teresa de @leercomosinohubieraundespues: Por esa contagiosa positividad que me recuerda a los días soleados en las Tierras Altas, que, aunque escasos, son inolvidables.

Ilia de @hoy_esta_leyendo: Tus historias añaden color a todos nuestros días, como un tapiz celta lleno de historias y leyendas.

Susana de @mislibros_misbebes: Por tu tranquila constancia y amabilidad, tan serena como los lagos escoceses al amanecer.

Mónica de @monicasam.world: Por hacer del humor un idioma universal, tan refrescante como un trago de buen whisky escocés.

Mireia de @dreamingofmimibooks: Tus reseñas siempre me dan el aliento que necesito, como el viento que sopla fuerte y libre en las cimas de las montañas.

Raquel de @vivir._leyendo: Por tu perpetuo positivismo y calor humano, tan acogedor como una cabaña en medio de la nieve.

Maricruz de @mari.csang: Por tu valentía y dedicación inquebrantables, tan férreas como las fortalezas de los antiguos clanes.

Marta de @minedreadings: Tu intuición aguda siempre revela los matices de una historia, como un bardo que conoce todos los secretos de su pueblo.

Anabel Botella de @anabel_botella: Por esa escritura emotiva que abre corazones, tan profunda como las leyendas que se cuentan alrededor del fuego.

Vero de @vdeverolibros: Por mantenerme al día con las novedades editoriales, como un mensajero que trae noticias desde tierras lejanas.

Angela Bennet de @angelabennet.author: Por tu generosidad y ese corazón inmenso, tan vasto como los valles y montañas de Escocia.

@laureleeyescribe: Eres una asistente indispensable, como un fiel escudero en las batallas de las Tierras Altas. ¡No sé qué haría sin ti!

@manuelaramirez_escritora: Por tu belleza eterna y tu apoyo constante, como las antiguas piedras de los castillos escoceses que resisten el paso del tiempo.

Ygritte de @ygritte.berlana: Tu entusiasmo por la lectura alimenta nuestra comunidad, como los ríos que nutren los verdes valles de Escocia.

@villacositas8: Por tu disposición a seguirme y esperar pacientemente, como un Highlander esperando el momento perfecto para atacar.

@viviendo1000historias: Por compartir mis libros con tus seguidores, como un bardo que comparte historias alrededor del fuego.

@leeresdeguapas: Por tus maravillosas reseñas que siempre me alegran el día, tan brillantes como un amanecer en las Tierras Altas.

@marianabooker: Por tu amor incesante por las letras y por decirme que sí, como un pacto entre clanes en tiempos antiguos.

Eva de @letrasychocolate: Por tu generosidad al compartir mi trabajo, tan dulce como el chocolate que se disfruta en una tarde fría.

Jesica Azpeleta: Siempre brillante, siempre maravillosa, como las estrellas que iluminan el cielo escocés.

@volamosentreletras: Tu opinión es como el viento que guía a los barcos hacia el puerto seguro. Gracias.

@bookstagramer1: Por tu apoyo constante y ese espíritu positivo, tan fuerte como el de un guerrero escocés.

Mrs. Svetaracherry: Tus palabras amables son el bálsamo que calma las heridas de batalla. Siempre me dan un impulso.

María de @maria.12.al: Por estar siempre presente con esa dulzura y apoyo, como la melodía de una gaita que nos reconforta.

@brr.leyendo: Por encontrar tiempo para mis libros en tu ocupado calendario de lectura, como un druida que siempre encuentra tiempo para sus rituales.

Mireia de @la_estanteria_de_mire: Por convertirme en una de tus autoras favoritas, es un honor digno de un brindis con el mejor whisky.

Ana de @aniibook: Por tu apoyo constante y por amar a mis personajes tanto como yo, como si fueran parte de tu propio clan.

Aure de @cazafantasia: Por siempre brindar una perspectiva fresca y emocionante, como las primeras luces del día en un paisaje escocés.

Noemi de @mysticnox1: Tu constancia y amor por la literatura son como las montañas de Escocia: inquebrantables e inspiradoras.

Mónica de @monicairado: Por tus sabias palabras que siempre me elevan, como las águilas que vuelan alto en el cielo escocés.

Laura de @laurabookcase: Por ese amor compartido por las letras y las historias, tan profundo como los lagos escoceses.

Laura de @laurabooksblogger:Por su entusiasmo arrollador y por insuflármelo a tope.

@101 lecturas: ¡Gracias por ser parte de esta historia!

Cecilia de Divinas lectoras: Por ser una crítica incisiva y valiosa, como el filo de una espada bien afilada.

@vivir_leyendo: Tu pasión por los libros es tan contagiosa como las danzas y cantos de una fiesta en las Tierras Altas.

@mi_amante_unlibro: Por ser una constante en mi viaje literario, como un faro que guía a los barcos en la oscuridad.

@buscando.lectura: Por siempre estar dispuesto a explorar nuevas historias conmigo, como un aventurero en busca de tesoros ocultos.

@viviendo1000historias: Tu entusiasmo es como el rugido de un león en la vasta sabana, nunca deja de motivarme.

@_romanticasdelnorte: Por tu amor por el romance y las historias emocionantes, tan apasionado como un baile bajo la luna.

@missattard: Por ese espíritu libre y tu aprecio por las palabras, como un viento que sopla libremente por las colinas.

@cuandolosmiosduermen: Por encontrar tiempo para mis historias en medio de la ajetreada maternidad, como una madre escocesa que siempre encuentra tiempo para sus hijos.

Isabel P. Moreno: Por ese amor por la literatura y ese ojo crítico, tan agudo como el de un halcón en plena caza.

@dulce_caramelo8: Por ser un oasis de dulzura y apoyo, como las refrescantes cascadas escondidas entre las montañas escocesas.

@bookeandoenlasnubes: Tu pasión por los libros me inspira cada día, como las majestuosas vistas de las Tierras Altas que inspiran a poetas y artistas.

@wendyreviews: Tu crítica constructiva es como el entrenamiento de un maestro espadachín, siempre me ayuda a crecer como escritora.

@marianabooker: Por compartir mis historias con tu público, como los bardos escoceses que llevan cuentos de aldea en aldea.

@leoquemeleo: Por tu apoyo incansable y tu amor por los libros, tan fuerte como el lazo entre un Highlander y su clan.

@come.libros2020: Por siempre mantenerme en tus pensamientos y recomendaciones, como un antiguo mapa de tesoros que se pasa de generación en generación.

@bookstragramer_1: Tu dedicación a la comunidad literaria es como la de un líder escocés, verdaderamente inspiradora.

@mariafrases: Por compartir mis palabras con tanto amor y entusiasmo, como los cuentos que se cuentan al calor de una hoguera.

Mónica de @volando entre libros: Como los valientes guerreros de las Highlands, tu aliento y ánimo han sido un baluarte.

@pilardans: Tu amor por la literatura y la escritura es tan profundo como los misteriosos lagos de Escocia.

@me.leo.toa: Por ser siempre un faro de apoyo y amor por la literatura, como los faros que guían a los barcos

en las costas escocesas.

@conlibrosyaloloco1981: Por tu constante apoyo y tus amables palabras, tan reconfortantes como un abrazo en una noche fría.

@salseo_de_libros: Tu entusiasmo es contagioso, como las danzas y canciones de una fiesta en un pueblo escocés.

@tintayletrascirculo: Tu amor por las palabras y las historias es tan profundo como las raíces de los antiguos robles escoceses.

@leerconthea: Por tu apoyo constante y tu amor inagotable por los libros, tan eterno como las montañas de Escocia.

@lecturas_de_sara: Por tu amor por la literatura y tu apoyo constante, como el flujo constante de un río escocés.

@iralybookaholic: Tu pasión por las letras y las historias es un regocijo, como un día soleado en las Tierras Altas.

@amorporlolibros84: Por tu apoyo inquebrantable y tu amor por los libros, tan firme como un castillo escocés.

@maytelizondo: Por tu visión detallada y tu amor por la literatura, como un águila que observa todo desde lo alto.

@yoizna: Tu entusiasmo siempre me inspira a seguir escribiendo, como los vientos escoceses que impulsan las velas.

@lecturasdesonia: Por tus valiosos comentarios y tu amor por la literatura, tan preciados como un antiguo relicario.

@booksbyclau: Tu apoyo y entusiasmo son como el calor de una chimenea en una cabaña escocesa, realmente invaluables para mí.

@lolatoro_Aleciablue: Por tu amor por las historias y tu constante apoyo, tan leal como un escudero a su señor.

@perdida_entre_libros86: Tu pasión por los libros es como el fuego que arde en el corazón de un guerrero escocés.

@valientegarciamaríajose: Por tu valentía y amor por las letras, tan fuerte como el espíritu de un Highlander.

@laslecturasdeari_: Por tu inquebrantable pasión por la lectura, como las antiguas tradiciones que se mantienen vivas en Escocia.

@paseandoentrelibros: Por siempre hacerme sentir valorada y apreciada, como un tesoro escondido en las Tierras Altas.

@instaromanticreader: Tu pasión por la lectura y el romance es como una balada escocesa, siempre inspiradora.

@aniibook: Por siempre ser una fuente de apoyo y ánimo, como un manantial en medio de un bosque escocés.

@biri.biankis: Por tu entusiasmo contagioso y tus valiosos aportes, como un festín en un gran salón escocés.

@sendra.black.escritora: Tu amor por la escritura y la lectura es como la pasión de un bardo contando historias épicas.

@romanticoslibros: Tu dedicación a la literatura romántica es como una leyenda de amores eternos en las Tierras Altas.

@crazyreadersladys: Por tus reels preciosos y tus pandichachis que siempre llegan a cinco cuando me valoras.

A Sara Alba, mi fiel escudera desde el comienzo de esta aventura. Gracias por prestarme tu vestido de novia

(jejeje) y por siempre encontrar un momento para sumergirte en mis letras y dejarme tu valiosa opinión.

A Patricia Machtl porque sus opiniones agridulces, jajaja, que con su espada afilada de comentarios me mantiene despierta, no por eso no, por ser fiel, por leerme, aunque a veces no le guste y sus críticas constructivas (aunque lo de Outlander para adolescentes ha escocido un poco, pero sin acritud, nena)

A Nani Mesa, porque me habla de sueños y yo… Sueño con palabras así y con escoceses de ensueño. Estamos en la misma onda.

A Toñi Cruz, cuyo entusiasmo me recuerda al espíritu indomable de un highlander. Tu primera reseña en las redes fue como el canto de las gaitas escocesas, aliviando el peso de la espera y la incertidumbre de las primeras opiniones.

Y a Montse Muros, la enciclopedia viviente de los musos, tan hermosa como un amanecer en las Tierras Altas. Tu apoyo y sabiduría son el faro que guía mi pluma.

Mi Dubli: Joder, nunca me he reído tanto con alguien. Esta mujer es increíble y tenéis que leer sus libros si queréis ejercitar los abdominales de la risa. Dublineta Eire, buscadla.

Marta Sebastián: Por estar siempre a mi lado y acoger mis palabras con un amor y dedicación inquebrantables, como el melódico eco de una balada bajo el cielo estrellado de Escocia.

Dulce Mercé: Por siempre compartir mis palabras con tanto amor y dedicación, como un dulce canto bajo la luna escocesa.

Sany Garcés: Por tu pasión por las letras y tu apoyo constante, tan ardiente como el fuego de un campamento.

Ana SP: Por tu visión detallada y tus constructivos comentarios, tan precisos como un arquero escocés.

Yennely Perez: Por tu apoyo inquebrantable y tu amor por la literatura, tan profundo como los misterios de Escocia.

Gemma Herrero Virto: Por ser tú y estar siempre, como las montañas eternas que vigilan las Tierras Altas.

Elena Fuentes Moreno: Por siempre ser una “fuente” de apoyo, como los ríos que nutren los valles escoceses.

María del Mar Fernández Salmerón: Por tu amor por las letras y tu apoyo constante, tan inquebrantable como un escudo escocés.

Sonia Puente: Una escritora como la copa de un pino, cuya grandeza y talento se asemejan a los majestuosos pinos de los bosques escoceses.

Y no puedo olvidarme de dar las gracias a esas lectoras geniales que se han unido mi clan con estas historias de Highlanders y me alegran los días con sus comentarios y me ha hacen reír con su entusiasmo.

Sois geniales.

Comgatigos, Rosa Clara Rivero, Chari Llamas, Paqui Dede, Marisa Mengual, Inma Camino, , Jessica González, Tamara Sánchez, Katy Kat, Mari Carmen Ruz, Carmen Rodriguez, , Isabel Mari Cruz, Tani Montellano, Cristina.r, Laura Sanchéz. Ana Drendes, ,@myclosetlm, María, Ana M.B. Nicol Mendoza, Sabina Shelemmer, @la-cocinillas_de_mi_casa, Jennifer Charles, Sonia Barroso, tremendoo, Charo Berrocal, Beatriz Cánovas González, María Marchena, Cristina Bermejo, Rachel (alfarera_81), Raquel Córdoba, Elena Picó, Julia Ruizmo, Elena Guerra, Raquel Ruizmo, la_cocinillas_de_mi_casa, Laura Lora, María José Selma, Mari Carmen Ramírez, Izaskun Rivas Hernández, Patricia López Alburquerque,, Alicia Blanco, Vivi Iglesias, Mónica de la Cruz, Isabel Fernández, Nieves Jimeno, Lucia Chamorro, Lidia Perez-Barba, lady_romcom, Martha Worthales, Silvia Gámez que ha tenido una idea genial y es la de crear un grupo de escoobsesas.

Chicas, me encanta que me habléis, que me busquéis, que me compartáis vuestras opiniones.

Gracias de corazón por ser parte de este hermoso proceso creativo y por confiar en mí para animar vuestras lecturas.

Cada palabra, cada nombre, cada sentimiento compartido ha sido un honor para mí.

Espero que estas dedicatorias resuenen en aquellos a quienes van dirigidas y si no estás y me has ayudado,

aunque solo sea con una pequeña palabra, espero que sepas que no te nombro por despiste, no porque no lo aprecie.

Solo dímelo y te uno a este Club de Esco-fanes.

Vuestra Anne, siempre vuestra.

BIBLIOGRAFÍA

Scottish Customs de Sheila Livingstone

Scottish History of James MacKay

Historia de Escocia: Una guía fascinante de la historia de Escocia de Captivating History

Breve Historia de Escocia de Ana Barrera

Escocia misteriosa de Manuel Jesús Palma Roldán

Clanes escoceses y genealogía en Escocia

Clan escocés - Wikipedia, la enciclopedia libre

La compleja historia escocesa y la lucha de sus clanes que se narra en la serie 'Outlander'

Clan Gunn - Wikipedia, la enciclopedia libre

Clan Sutherland - Wikipedia

Jacobo IV de Escocia - Wikipedia, la enciclopedia libre

Robert Sutherland, 6th Earl of Sutherland - Wikipedia

Battle of Drumnacoub - Wikipedia

Tradiciones del Hogmanay, la Nochevieja en Escocia

Alejandro Estuardo, conde de Buchan - Wikipedia, la enciclopedia libre

Castillo de Dunrobin www.castilloescocia.es

Conmoción por la muerte de Alexander Sutherland, Lord Strathnaver, a los 40 años www.vanitatis.elconfidencial.com

Clan Sutherland Historia y Jefatura en disputa

Alecander Gordon, maestro de Sutherland Vida temprana y Finca

La Isla de las Discusiones y la Isla de los Acuerdos: el peculiar modo escocés de resolver conflictos

En tierra de leyendas – OSCAR LARRAGA

Visita al Castillo de Floors, el castillo habitado más grande de Escocia | Mad About Travel, blog de viajes sobre Escocia

12 PUEBLOS MÁS BONITOS DE ESCOCIA ❤ La Cosmopolilla

La sexualidad en la época victoriana

La primera revolución sexual | Clionauta: Blog de Historia

Sexo seicentista y dieciochesco - Jot Down Cultural Magazine

Lady Julian: sexualidad y prostitución en un barco del siglo XVIII

'Harlots: Cortesanas', el negocio del sexo en el siglo XVIII

Así eran las prácticas sexuales más peculiares de la Historia

https://www.nuevatribuna.es/articulo/historia/sexualidad-epoca-victoriana/20171203181816145989.html

https://www.rtve.es/noticias/20140706/cuando-se-invento-condon/967680.shtml

https://www.diariodelviajero.com/reino-unido/el-club-mas-sexual-de-escocia

https://www.northcoast500.com/es/ver-hacer/patrimonio-hist%C3%B3rico/explorar-el-pa%C3%ADs-MacKay/

https://en.wikipedia.org/wiki/Battle_of_Solway_Moss

https://en.wikipedia.org/wiki/Castle_Varrich

https://www.tienda-medieval.com/es/espadas-los-inmortales/12130-espada-mandoble-claymore-highlander-iii-larp.html

https://www.loquis.com/es/loquis/1375807/Castillo+de+Tor

La verdad sobre el cinturón de castidad y otros mitos sexuales

La verdadera historia del cinturón de castidad | Placeres | S Moda | EL PAÍS

Cinturón de castidad - Wikipedia, la enciclopedia libre

El luto en la historia occidental - Funeraria Zaragoza - Servicios Funerarios Tempus

https://es.wikipedia.org/wiki/Protestantismo

https://es.wikipedia.org/wiki/Enrique_VIII_de_Inglaterra

BIOGRAFÍA

Anne K. Austen es un seudónimo, y todo lo que rodea a esta autora está envuelto en sombras y misterio. Así que tú, querido lector, que estás sumergiéndote en esta biografía, tendrás que mantener el secreto de su identidad si es que llegas a descubrirla…

Una verdad incuestionable es que Anne nació el 22 de agosto de 19 ¿? Otra verdad impepinable es que jamás revela su edad y mucho menos desde que hace frente a una importante crisis de los cuarenta ¡Uch!

Nació en Santurtzi (Vizcaya), o ¿fue en Nueva York? Lo cierto que es que sí se fue por toda la orilla hasta un pueblecito de Vitoria que ahora echa de menos porque parar, ha parado poco. Es lo que tiene sentir ganas de comerse el mundo, que uno nunca puede estar quieto.

Desde siempre, su vida ha sido un perenne capítulo lleno de libros. De niña, leía más de lo que hablaba y se refugiaba en novelones quizás demasiado avanzados para su edad. Y es que por leer se lee hasta las indicaciones del champú, luego tiene un montón de información en la cabeza que se mezcla y entrelaza y la vuelve un poco loca, así que la deja salir en forma de tramas y personajes. Cada rincón de su mente es un tesoro de ideas y creatividad, alimentado por años de devorar libros y explorar universos literarios.

A los doce, descubrió el mundo de las novelas románticas, con portadas de hombres musculosos y cabellos dignos de anuncios de champú, y las devoraba como si no hubiera un mañana.

Fue también a esa edad cuando Anne comenzó a escribir sus primeras novelas en folios, con líneas que nunca lograban ser rectas. Compartía estas historias en clase, distrayendo completamente a sus compañeras, hasta que la profesora de lengua confiscó una de sus novelas. Para su sorpresa, ¡la profesora se la leyó y la animó a seguir escribiendo! A los doce, también ganó su primer premio de cuentos y en el 2017 también fue finalista del Premio Literario de Amazon, pero con su otra personalidad, la más seria y dramática.

Con grandes expectativas, estudió Ciencias Económicas, pero Anne nunca dejó de escribir. En las aulas de estudio, en lugar de prepararse seriamente, se encontraba inventando historias. Es que escritor no se hace, se nace, y es imposible no escribir cuando pasas más tiempo creando mundos que viviendo en la realidad.

Anne es una lectora voraz y amante indiscutible de cualquier género literario, entre ellos, la romántica, de la que se declara acérrima defensora. La capacidad de amar es nuestra virtud más humana y la pasión, su forma de expresarse. Escribir sobre ello la convierte en la mujer más afortunada sobre la tierra y espera poder compartir parte de esa felicidad con sus lectores.

Así que, si alguna vez coincides con Anne y no te responde, no se lo tengas en cuenta. Está en otro mundo, creando. No concibe una vida sin libros, sin historias de hombres que quitan el aliento y te hacen sentir mariposas en el estómago. No concibe una realidad sin irrealidades, porque así es ella: una soñadora, una romántica empedernida que necesita las historias románticas tanto como el aire que respira.